

Karlheinz Deschner

-

Historia criminal del cristianismo

*Siglo x: Desde las grandes invasiones
normandas hasta la muerte de Otón III*

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Claudio Gancho

Cubierta: Geest/H0verslad

Ilustración: La corona de los emperadores germánicos
(Reichenau, hacia 962), que se conserva en el
Kunsthistorisches Museum de Viena / Archiv für Kunst und
Geschichte, Berlín

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: 9. und 10.
Jahrhundert*

© 1997 by Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© 1998, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Enric Granados. 84, 08008 Barcelona

ISBN 84-270-2299-9

Depósito legal B. 748-1998

Fotocomposición de Fort, S. A., Rosselló, 33, 08029 Barcelona

Impreso por Liberduplex, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mis amigos Alfred Schwarz y Herbert Steffen. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres y a todos ' cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilhelm Adler
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Arnold
Josef Becker
Karl Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Prof. Dr. Dieter Birnbacher
Dr. Eleonore Kottje-
Birnbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dieter Feldmann
Dr. Karl Finke
Franz Fischer
Klare Fischer-Vogel
Flenry Gelhausen
Dr. Helmut Háussler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Karl Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Prof. Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchler
Jürgen Mack

Volker Mack
Dr. Jorg Mager
Prof. Dr. H.M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Jean-Marc Pochon
Arthur y Gisela Reeg
Hildegunde Rehle
M. Renard
Gabriele Rówer
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau
Johanna
Heinz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Werner Schmitz
Norbert Schneider
Alfred Schwarz
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael Stahl-Baumeister
Herbert Steffen
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bernd Umlauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wild
Lothar Willius
Dr. Elsbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzlsperger
Dr. Ludwig Zoliitsch

ÍNDICE

1. El peligro normando y el emperador Carlos III el Gordo . . .	15
<i>Matar «con la ayuda de Dios» y ser vencido sin ella.....</i>	17
<i>Muertes principescas en Franconia oriental y occidental.....</i>	19
<i>Carlos el Gordo, al que todo le cupo en suerte y en todo</i>	
<i>fracasó.....</i>	19
<i>Cuando los cristianos tienen que soportar lo que ellos hacen a</i>	
<i>otros.....</i>	21
<i>De bellis parisiacis o «Nada de lo que habría sido digno de la</i>	
<i>majestad cesárea».....</i>	21
<i>La providencia divina opera alevosamente: Final del dominio</i>	
<i>normando en Frisia.....</i>	23
<i>Política interna, hasta la amputación de los órganos genitales,</i>	
<i>«de modo que tampoco quedaba ninguna huella...».....</i>	25
<i>El obispo Liutwardo de Vercelli, celebrado y quemado vivo. .</i>	26
<i>Veinticinco años de matrimonio josefino; superada la prueba</i>	
<i>de fuego.....</i>	27
<i>«Golpe de estado» de Arnulfo y rápido final de Carlos.....</i>	29
2. Arnulfo de Carintia, rey francooriental y emperador	
(887-899).....	33
1. ARNULFO DE CARINTIA: FRANCONIA ORIENTAL Y EL ESTE .	35
<i>«¡Salve, Arnulfo, rey grande!».....</i>	35
<i>San Emmeram, o «Alabar a Dios sin lengua es algo que</i>	
<i>produce admiración».....</i>	37
<i>«... Un grito de batalla hasta el cielo».....</i>	40
<i>El empuje (alemán) hacia el este.....</i>	41
<i>Guerras devastadoras con Moravia.....</i>	42
<i>La «figura clave» en la política de la época, el arzobispo</i>	
<i>Fulco de Reims, vira como una veleta.....</i>	46
<i>Fin del (santo) rey Sventiboldo, o así era entonces la vida en</i>	
<i>los círculos cristianos más altos.....</i>	50
2. ARNULFO DE CARINTIA: EL PAPADO E ITALIA.....	53
<i>Lujo y crímenes.....</i>	53

<i>Guido y Berengario, guerra civil en Italia y política oportunista de los papas</i>	55
<i>El papa Farinoso corona a los «tiranos» de Italia y llama a Arnulfo para que los combata.....</i>	57
<i>La toma de Bérgamo, o cómo una misa matinal siempre da fuerza.....</i>	58
<i>Arnulfo sitia Roma, allí hace rodar cabezas y se convierte en el primer antiemperador francoalemán.....</i>	59
<i>Mueren el emperador Arnulfo y el papa Formoso</i>	61
<i>El sínodo fúnebre, una pieza cómica y macabra de rango papal.....</i>	62
<i>Formosianos y antiformosianos</i>	63
<i>Mueren el emperador Lamberto y el emperador Arnulfo; los húngaros invaden Italia septentrional.....</i>	65
<i>Cómo, por obra del obispo de Verona, Luis III se convirtió en Luis el Ciego.....</i>	66
 3. El rey Luis IV el Niño (900-911)	69
<i>Luis IV el Niño, la marioneta del clero.....</i>	71
<i>Empieza el ataque húngaro</i>	75
<i>«Trabajo positivo de los cristianos alemanes en el este» y «el perro más asqueroso...».....</i>	76
<i>De los «salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»</i>	78
<i>La querella de Babenberg (897-906).....</i>	80
 4. El rey Conrado I (911-918).....	85
<i>Fracasa el intento de recuperación de Lotaringia.....</i>	87
<i>Cómo de «Arnulfo el Justo por la gracia de Dios» se pasó a Arnulfo «el Malo».....</i>	89
<i>Triunfa Salomón, el obispo asesino.....</i>	90
 5. Enrique I, el primer rey germánico.....	95
<i>Así cuida uno de los suyos.....</i>	97
<i>Los que se aprovecharon de la matanza de los sajones.....</i>	98
<i>Entra en funciones un rey no ungido.....</i>	99
<i>Novias lucrativas y un obispo más flexible.....</i>	101
<i>«Movimientos de confraternidad» y proximidad de los clerizontes.....</i>	102
<i>La «santa Lanza».....</i>	104
<i>De la paz infernal de los cristianos y de sus «valores básicos»</i>	105
<i>Los historiadores de ayer.....</i>	106
<i>... v los historiadores de hoy.....</i>	107

<i>La «seguridad de frontera» de Enrique, o «... de allí no escapó ninguno»</i>	109
<i>«... porque el soldado hiede a podredumbre»; el obispo Thietmar «en la cima de la cultura de su tiempo»</i>	112
<i>«... el trabajo educativo de años»</i>	116
<i>«Prueba de eficacia»</i>	118
<i>San Wenceslao, santa Ludmila y dos cristianos piadosos asesinos de parientes</i>	119
<i>El santo colaborador y mártir se convierte en el adalid antialemán. Enrique I, «fundador y salvador del imperio alemán»</i>	123
6. Otón 1 «el Grande» (936-973).....	125
<i>Primero la espada</i>	127
<i>Protección de la Iglesia, guerra a los paganos</i>	128
<i>Los obispos, un instrumento provechoso de dominio</i>	130
<i>Bandas de príncipes y familias católicas: Baviera y los hermanos del rey se rebelan</i>	132
<i>«Solicitud por los parientes» y sus consecuencias: El levantamiento liudolfino</i>	136
<i>«Christi bonus odor» (buen olor de Cristo) o «un sacerdocio regio»</i>	140
<i>«Perlas amables» y una lucha de treinta años por el poder</i> . . .	142
<i>La batalla de Lechfeld en 955, un «gran don del amor divino»</i>	144
<i>El obispo Pilgrim de Passau (971-991), un gran falsificador ante el Señor, se erige un monumento literario</i>	149
<i>Un esclavista y guerrero se convierte en el primer santo católico canonizado de forma oficial y solemne</i>	151
<i>«Patrón contra ratas y ratones», «el peligro del este» y los 29 apartados de los «huesos sagrados»</i>	154
<i>Establecimiento de la «colonización del este» alemana, o las «buenas obras» de los margraves Hermann Billung y Gerón</i>	156
<i>Otón inaugura la evangelización de los wendos y hace «allí tabla rasa»</i>	159
<i>Otón «el Grande» hace decapitar a 700 prisioneros de guerra eslavos y ordena el exterminio de los redaños</i>	160
<i>Favores sobre favores para la «capital del este alemán...»</i>	162
<i>Polonia confía las ovejas al lobo</i>	165
<i>Santa Olga (fallecida en 969)</i>	166
<i>San Vladimir, «el grande e igual a los apóstoles»</i>	168
<i>Política escandinava: ¿Guerra y negocio por amor de Dios?</i> . .	171
<i>Se anuncia la «edad tenebrosa»</i>	176

<i>El papa Sergio III, asesino de dos papas.....</i>	178
<i>Aparición del «gobierno romano de ramera»; el papa Juan X en el lecho y en el campo de batalla.....</i>	180
<i>Situación anárquica en Italia.....</i>	183
<i>El rey Hugo hace valer su autoridad y enriquece a los suyos. .</i>	185
<i>Papas por gracia de Marozia y la noche de bodas del rey Hugo.....</i>	186
<i>Berengario II, rey de Italia.....</i>	189
<i>Juan XII convierte el amor en epicentro de su pontificado ...</i>	192
<i>Juan XII corona emperador a Otón I y éste otorga el Privilegium ottonianum.....</i>	193
<i>El papa conspira con todos los enemigos del imperio.....</i>	195
<i>Un «monstrum» es derribado del trono papal y muere de un «ataque de apoplejía».....</i>	197
<i>Tumultos y horrores en Roma y en la historiografía.....</i>	200
<i>El clero, el principal apoyo y el beneficiario también en Italia.</i>	203
<i>El emperador consigue «uno de los objetivos más importantes de su vida en sus últimos años de gobierno».....</i>	206
 7. El emperador Otón II (973-983).....	209
<i>Clérigos en la proximidad del soberano.....</i>	211
<i>Guerras por Baviera y Bohemia.....</i>	213
<i>Guerra por Lotaringia.....</i>	215
<i>Guerra en el norte.....</i>	218
<i>Capo di Colonne, la primera gran derrota de la dinastía otoniana.....</i>	222
 8. El emperador Otón III (983-1002).....	227
<i>El conflicto del trono por causa de Enrique el Pendenciero y de los obispos.....</i>	230
<i>En manos de mujeres piadosas y del clero.....</i>	231
<i>Entre dos santos y un futuro papa.....</i>	234
<i>«Nuestro eres tú...».....</i>	236
<i>Escenas en torno a la santa sede.....</i>	237
<i>El arzobispo Giselher soborna, falsifica y cobra.....</i>	242
<i>Catorce años de guerra permanente contra los esclavos del Elba.....</i>	244
<i>«... reunir las legiones», acción concertada en Gnesen en provecho de Roma.....</i>	248
<i>La disputa de Gandersheim.....</i>	253
 Notas.....	259

CAPITULO 1

EL PELIGRO NORMANDO Y EL EMPERADOR CARLOS III EL GORDO

«Pero Carlos, que llevaba el título de emperador, partió con un gran ejército contra los normandos y llegó hasta su fortificación: pero entonces le faltó el valor y por mediación de algunos consiguió mediante un tratado que Godofredo se hiciese bautizar con los suyos y logró tomar de nuevo como feudo Frisia y las demás posesiones que Rorich había ocupado.»

*ANNALES BERTINIANI*¹

«Cuando el emperador tuvo conocimiento de sus astutos manejos y de todas sus maquinaciones, trató con Enrique, un hombre muy prudente, con el secreto propósito de eliminar mediante un ardid al enemigo, al que había invitado en la frontera extrema del imperio... decidió actuar con astucia más que con violencia.

En consecuencia, despachó a los enviados con una contestación equívoca y les permitió regresar con Godofredo asegurándoles que por medio de sus emisarios daría a todos los asuntos de su misión una respuesta que satisficiera tanto a él como a Godofredo, sólo para que continuase siéndole leal.

Después envió a Enrique para que tratase con aquel hombre y junto con él, a fin de ocultar el engaño que estaba en marcha, envió también al venerable obispo de Colonia Wiliberto...

Y en efecto, Godofredo murió después de que Everardo le hubiese apaleado y los acompañantes de Enrique le atravesasen, siendo asesinados todos los normandos que se encontraban con él. Por consejo del mentado Enrique, sólo algunos días después Hugo fue atraído mediante promesas a Gondreville, donde alevosamente fue hecho prisionero y, por orden del emperador, el propio Enrique le sacó los ojos... Acto seguido fue enviado a Alemania, al monasterio de san Galo... Finalmente, en tiempos del rey Sventiboldo fue tonsurado por mi propia mano en el monasterio de Prüm.

*ABAD REGINO DE PRÜM*²

Matar «con la ayuda de Dios» y ser vencido sin ella

Durante casi dos decenios los ataques de los invasores quedaron frenados mediante el pago de tributos por parte de Carlos el Calvo. Pero desde 878-879 los golpes de mano volvieron a menudear. En su tiempo fue precisamente el rey inglés Alfredo «el Grande» -el que favoreció a la Iglesia con donaciones, fundaciones de monasterios y el envío anual de dinero a Roma, germen de lo que luego sería «el óbolo de san Pedro»-, quien detuvo, al menos de momento, los continuos ataques de los vikingos mediante una reforma del ejército, bases de apoyo, fortalezas de refugio y grandes barcos.

Pero justo bajo la presión de los anglosajones, arreció entonces una nueva oleada normanda, el «gran ejército» que invadió Bretaña por mar y devastó «a sangre y fuego, sin encontrar resistencia, la ciudad de los mori-nos, Thérouanne. Y cuando vieron lo bien que les iba en los comienzos, recorrieron todo el país de los menapios arrasándolo a sangre y fuego. Después remontaron el Escalda y devastaron por completo a sangre y fuego todo Brabante». También fue incendiado por completo el rico monasterio de Saint-Omer. Ciertamente que el rey francooriental Luis III el Joven, vencedor de Andernach los expulsó; más aún, «con la ayuda de Dios» mató a muchos (*Annales Bertiniani*), mató «por mano de Dios a la mayor parte» (*Reginonis chronica*), «a más de cinco mil» (*Annales Fuldenses*). Pero también murió Hugo, un hijo ilegítimo del rey; de lo contrario «habría obtenido una gloriosa victoria sobre ellos» (*Annales Vedastini*).

Pero muy raras veces fueron expulsados «y muertos», como se dice en los Anales de Fulda con un bello lenguaje cristiano, «por cuanto Dios les dio lo que se tenían merecido». Ocurrió más bien que el 2 de febrero de 880 los normandos aniquilaron por completo al ejército mandado por el duque sajón Bruno. Allí sucumbió éste, que era hermano de la reina, al igual que cayeron los obispos Teoderico de Minden y Markward de Hildesheim, once condes y dieciocho alabarderos reales con todas sus gentes.³

Hordas de normandos, que a finales del año 880 penetraron Rin arriba hasta la región de Xanten saqueándolo todo, acabaron reduciendo a cenizas el suntuoso palacio que Carlomagno había construido en Nimega. El 28 de diciembre las gentes del aquilón pegaron fuego al monasterio de Saint-Vaas, en Arras, incendiaron la ciudad y todos los palacios de la región, mataron, saquearon y recorrieron el país hasta el Somme, se llevaron hombres, ganados y caballos, devastaron todos los monasterios de Hisscar, todos los monasterios y lugares junto al mar, destruyeron Amiens y Corbie. reaparecieron en Arras «y mataron a cuantos encontraron, y después de haber asolado a sangre y fuego todo el territorio circundante regresaron sanos y salvos a su campamento» (*Annales Vedastini*).⁴

El 3 de agosto de 881, por lo demás, el joven rey francooccidental Luis III (el hijo mayor del Tartamudo, de su primer matrimonio con Ansgarda) venció a los salteadores en Saucourt-en-Vimeu (cerca de Abbeville), en la desembocadura del Somme, y una antigua canción al-toalemana, el «Ludwigslied», lo «inmortalizó». Compuesta en dialecto francorrenano, es la primera poesía rimada alemana en verso libre, la canción histórica más antigua de la literatura alemana.

Cierto que el desconocido valentón, probablemente un clérigo, difumina la realidad histórica y lo «realza» todo con un sentido cristiano, pero allí están los «héroes de Dios» (*godes holdon*), los francos, los combatientes elegidos del Señor, que luchan contra los «hombres paganos» (*heidine man*). Se apresuran al combate cantando el «Kyrieleison» y Luis en persona avanza como heraldo del Altísimo, lleno de la «fuerza de Dios» (*godes kraft*) y, por supuesto, animado de un noble amor a los enemigos y de misericordia. «A unos los parte por medio, a otros los atraviesa» (*Suman thuruhskluog her, Suman thruhstah her*). Y es que quien confía en Dios sale siempre vencedor. Habría matado «a 9.000 jinetes» (*Annales Fuldenses*). «¡Gloria a ti, Luis, nuestro rey bendito!» (*Uuolar abur Hluduig, Kuning unsér sálig!*).⁵

Ahora, en cambio, avanzaban «las gentes paganas» al mando de sus príncipes Godofredo y Sigfrido. Con la flota y con un ejército reforzado con la caballería penetraron hasta el corazón del imperio francooriental, destruyeron Maastricht, Tongern y Lüttich, redujeron a cenizas las ciudades de Colonia y Bonn «con sus iglesias y edificios» (*Annales Fuldenses*), así como las fortalezas de Zülpich, Jülich y Neuss. En Aquis-grán convirtieron en establo de caballos la iglesia de Santa María, que contenía el sepulcro de Carlomagno, y prendieron fuego al magnífico palacio. Asimismo incendiaron los monasterios de Inden (Cornelimünster), Stablo, Malmedy y Prüm. A la insurrecta población rural la degollaron «como ganado bruto» (Regino de Prüm) y las oleadas de fugitivos llegaron hasta Maguncia.

Muertes principescas en Franconia oriental y occidental

Desde la cercana Frankfurt el rey Luis III, el vencedor de Andernach, ya enfermo de muerte, envió un ejército contra los intrusos. Pero el 20 de enero de 882 murió el rey «por la Iglesia y por el Imperio», y supuestamente «tras una vida sin ganancia para sí» (*Annales Bertiniani*), y entonces sus tropas regresaron, cuando ya se encontraban ante el campamento fortificado de Elsloo, perseguidas de nuevo por los normandos, que celebraron la muerte de Luis y avanzaron entre incendios y saqueos hasta Coblenza para remontar después el Mosela. El 5 de abril, «día de la santísima Cena del Señor», cayeron sobre Tréveris, ciudad que saquearon «e incendiaron por completo, después de haber expulsado a parte de su población y haber asesinado a los restantes» (*Annales Fuldenses*). Cuando avanzaron contra Metz, Wala obispo del lugar, sucumbió «en la batalla» (Regino de Prüm).

Por el oeste Luis III, el rey francooccidental, estaba ya en camino para detener a nuevas hordas enemigas en la región del Loira; pero murió el 5 de agosto de 882, cuando apenas contaba veinte años de edad (al parecer, «en un juego», *locando*, según cuentan los *Annales Vedastini*, mientras perseguía a una muchacha a caballo y tras chocar violentamente contra el dintel de la casa paterna de la moza). Es verdad que su hermano Carlomán continuó la lucha con varia fortuna y mediante el pago enorme de 12.000 libras de plata; pero en diciembre de 884, con sólo dieciocho años, también murió víctima de un accidente de caza en el bosque de Bézu (cerca de Andelys), no por la acometida de un jabalí, como se dijo en un primer momento, sino, como aseguran los analistas, por la acción «involuntaria» de un compañero de caza, de uno de los hombres a su servicio «que pretendía ayudarlo». Ambos reyes fueron inhumados en Saint-Denis. Ciertamente que Luis II el Tartamudo tuvo otro hijo de su mujer Adelaida; pero como éste, que luego se llamó Carlos III el Simple, era todavía un niño de cinco años, los grandes del país pusieron su esperanza en la ayuda de Carlos III el Gordo y lo invitaron a Franconia occidental.⁶

Carlos el Gordo, al que todo le cupo en suerte y en todo fracasó

Carlos III el Gordo (839-888), hijo menor de Luis el Germánico, al que los historiadores le dieron el sobrenombre de «el Gordo» (*Crassus*) sólo en el siglo XII pretendiendo con ello expresar su escasa energía, era el heredero de la porción más pequeña del imperio -Alamania y Alsacia- y en los comienzos obtuvo éxitos extraordinarios. Pero simplemente-

te tuvo suerte. Sin ambición, sin afán de heroísmo, sin ansias de poder, todo le llegó como por su propio peso: en 880 Italia, en 881 la corona imperial y más tarde toda Franconia oriental.

Desde 876 asentado únicamente en la pequeña porción imperial de Suabia, tras la muerte de sus hermanos -el enfermo rey bávaro Carlo-mán, que en su último documento de 879 había renunciado en favor de Carlos, y el rey Luis III el Joven, que murió el 20 de enero de 882 en Frankfurt del Main sin herederos- gobernó también sobre los *regna* de éstos. Y a la muerte de los dos reyes francooccidentales, Luis III, el vencedor de Saucourt, el 5 de agosto de 882 y su hermano Carlomán en diciembre de 884 -aquél, soberano del norte, y éste del sur del imperio occidental-, Carlos III también allí fue reconocido como emperador. En 885 se le sometieron en el palacio de Ponthion todos los grandes, laicos y eclesiásticos, con lo que el imperio franco volvió a surgir en toda su amplitud.⁷

Por lo demás Carlos el Gordo no combatió a los sarracenos, como el papa esperaba, sino a los normandos, como se le pedía de continuo desde el norte de los Alpes. Y, naturalmente, combatió a su manera. Regresando de Italia hizo que primero le rindieran vasallaje en Baviera y después en Worms, antes de que en julio de 882 pusiese cerco, con un poderoso ejército en el que figuraban hasta tropas longobardas, al campamento normando de Asselt (Elsloo), en el curso inferior del Mosa. Pero ni siquiera cuando un incidente favorable vino en su ayuda con el estallido de una terrible tormenta que abrió brecha en el atrincheramiento amurallado, tocó alarma, sino que 12 días después empezó a negociar con los normandos y compró su retirada haciéndoles grandes concesiones.

A cambio de un juramento de vasallaje y de la promesa del príncipe Godofredo de que se haría cristiano, Carlos le entregó la provincia de Frisia. Godofredo, que estaba emparentado con la dinastía real danesa y a quien la fuentes a menudo llaman rey, fue «sacado de la sagrada fuente» personalmente por el emperador y hubo de desposar a Gisla, hija ilegítima de Lotario II y de Waldrada. La tentativa de integrar al príncipe en la dinastía carolingia tuvo un desenlace sangriento. Y según informa el abad Regino, el rey Sigfrido, junto con los demás normandos, recibió «una cantidad incontable de oro y plata»; «muchos miles de libras de plata y oro», al decir de los *Annales Bertiniani*, según los cuales el piadoso emperador «las había tomado del tesoro de San Esteban de Metz y de otros santos y permitió que continuaran como hasta ahora asolando su parte imperial y la de su primo».

Abiertamente fue entonces acusado el archicanciller del emperador y obispo de Vercelli, Liutwardo, de haber sido corrompido por el enemigo y de haber mediado en el acuerdo con el conde Wicberto.

(En 887 el mismo príncipe eclesiástico perdió sus cargos palatinos por su adulterio con la emperatriz, pasándose después al bando de Arnulfo de Carintia, enemigo de Carlos; en 899 los húngaros lo mataron a palos.)⁸

Con todo lo cual ciertamente no cesó el azote normando, al menos en el imperio occidental.

Cuando los cristianos tienen que soportar lo que ellos hacen a otros...

Quien lee los *Annales Vedastini*, obra de un monje del monasterio de Saint-Vaast, en Arras, y descubiertos a mediados del siglo XVIII, se encuentra de continuo con esa miseria, expresada de una forma monótona y gramaticalmente lastimosa. Hablan siempre de «devastación y de asesinatos con incendios» por parte de los salteadores paganos aludiendo una y otra vez a su «sed de sangre humana». Día y noche no dejan de matar «al pueblo cristiano», «pegan fuego a monasterios e iglesias de Dios» y «llevan a cabo sus correrías de manera habitual...».⁹

Todo el mal y desolación que los cristianos provocaron en otros territorios siglo tras siglo lo sufren ahora en sus propias carnes. Y naturalmente sus lamentaciones no tienen fin. Por doquier saqueos, destrucción, esclavizamiento y exterminio. Por doquier monasterios e iglesias reducidos a cenizas, asesinatos de rehenes, gentes que huyen en desbandada y son aniquiladas. Así, «en el año del Señor de 882»: «... y los normandos... arrasaron monasterios e iglesias, mataron a espada o por hambre a los servidores de la palabra divina o los vendieron al otro lado del mar y mataron a los habitantes del país sin encontrar resistencia». Así, «en el año del Señor de 884»: «Pero los normandos no cesaron... de matar, de destruir iglesias, abatir murallas e incendiar aldeas. En todos los campos yacían los cadáveres de clérigos, de nobles y otros laicos, de mujeres, jóvenes y lactantes». O en 885: «Después empezaron de nuevo los normandos a causar estragos, con su sed de incendios y de muerte...».¹⁰

***De bellis parisiacis* o «Nada de lo que habría sido digno de la majestad cesárea»**

En noviembre de 885 el «gran ejército» de los invasores se presentó ante las puertas de París. Según parece habían remontado el Sena con incontables barcos pequeños y 700 naves grandes, que transportaban una fuerza de 40.000 hombres. Posiblemente se trataba de un acto de

venganza por el asesinato alevoso de su rey Godofredo en mayo de aquel mismo año, cuando también a Hugo le sacaron los ojos.

Junto con el conde Odón de París, que posteriormente sería rey, al principio tomó el mando de la ciudad sitiada el obispo Gauzlin (del ilustre linaje de los Rorgonidos, en tiempos uno de los más íntimos de Carlos el Calvo, archicanciller y desde 884 prelado de París). El famoso asedio lo cantó un testigo presencial, el monje Abbón en su epopeya *De bellis parisiacis*. Al enfermar y morir Gauzlin, otro clérigo militar, el abad Ebolo de Saint-Germain-des-Prés, continuó la defensa, que se hizo cada vez más difícil, sobre todo cuando el único ejército franco-oriental enviado para romper el cerco a las órdenes del tristemente famoso conde Enrique abandonó el campo sin haber logrado su objetivo. Los normandos incendiaron todo el territorio circundante según todas las reglas del «arte de la guerra» y en sus asaltos a la ciudad no retrocedieron ante crueldad alguna. Parece que hasta degollaron a sus prisioneros llenando los fosos con sus cadáveres. Como quiera que fuese, «por ambos bandos hubo muchos muertos, aunque fueron todavía más los heridos inutilizados para la lucha»; los normandos «continuaron día tras día el asalto», asediaron París «sin descanso con los más variados recursos de armas, máquinas y arietes; mas como todos ellos [los sitiados] clamaron a Dios con gran fervor, siempre fueron salvados; y la lucha se prolongó en diversas formas aproximadamente ocho meses antes de que el emperador acudiera en su ayuda» (*Annales Vedastini*).¹¹

Pero ninguna ayuda fue suficiente, ni la que aportaron las tropas de varios condes ni las tropas eclesiásticas. Walo de Metz, «quien contra la sagrada institución y su dignidad episcopal empuñó las armas y marchó a la guerra», cayó «el año del Señor de 882» huyendo de los normandos. Una y otra vez leemos que no llegó ninguna ayuda, que no hubo resistencia por parte de nadie (*nemine sibi resistente*) o que se avanzó militarmente, pero «sin ningún resultado próspero o provechoso» (*nil prospere vel utile*) y sin que se llevase a cabo «nada digno de memoria» (*nihil dignum memoriae*), si es que no se dice de inmediato: «Y no realizaron allí

nada provechoso, sino que regresaron con gran oprobio a su país». Y todo «porque en vez de dar un golpe afortunado, apenas lograron salvarse en una vergonzosa huida, con lo que en su mayoría fueron hechos prisioneros y ejecutados» (*Annales Vedastini*).¹²

También el emperador defraudó en general.

Por fin llegó, en octubre, y acampó en la colina de Montmartre. Era un ejército inmenso, pero el general en jefe, el conde Enrique, que personalmente era un verdugo y asesino taimado, cayó con su caballo en una trampa de los normandos y allí murió, pues los suyos le dejaron en la estacada. Carlos no pudo resolver nada. Durante semanas estuvo

inactivo y «en aquel lugar no llevó a cabo nada de lo que habría sido digno de la autoridad cesárea». Incluso cuando se dijo que ya avanzaba Sena arriba un ejército de socorro al mando del rey normando Sigfrido, rescató París y abandonó «al saqueo» de los normandos los territorios de más allá del Sena, «porque los habitantes de los mismos no querían obedecerle» (Regino de Prüm).

También abandonó Borgoña en manos del enemigo del país, que la sometió a extorsión, mientras que de momento él continuó en el oeste. Pero el rey Sigfrido penetró ya en el Oise y marchó detrás de Carlos «devastándolo todo a sangre y fuego; cuando el emperador lo supo -y el fuego le llevó la noticia sin dejar ninguna duda-, regresó a toda prisa a su país». Después Sigfrido prosiguió a conciencia su obra de destrucción. Y también al año siguiente (887) llevaron a cabo los normandos, «según su costumbre, las correrías de castigo hasta el Saona y el Loira... convirtiendo el país en un desierto con los incendios y muertes» (*Annales Vedastini*). Pero el rey Sigfrido regresó en otoño a Frisia, donde lo mataron.¹³

La providencia divina opera alevosamente: Final del dominio normando en Frisia

A veces efectivamente se dieron algunos triunfos.

Por ejemplo, frente a Godofredo. En virtud de su acuerdo con Carlos del año 882, se había hecho cristiano, había desposado a Gisla, hija del rey Lotario II (y de Waldrada), y se había convertido en soberano del territorio que corresponde aproximadamente al de la Holanda actual. Cuando se le inculcó de haber conjurado contra el imperio con su yerno Hugo, hijo ilegítimo del rey Lotario II y hermano de Gisla, «Dios estuvo contra él y el Señor le dio el premio merecido» (*Annales Ful-denses*).

La providencia divina no operaba abiertamente.

El emperador -padrino de Godofredo- lo hizo asesinar por uno de sus acusadores: el conde francooriental Enrique, hermano de Poppo. Enrique, «un varón muy prudente», que evidentemente ideó el plan, y Wiliberto, «el venerable obispo de Colonia» (Regino de Prüm), se encontraron con el ingenuo Godofredo «el año de la encarnación divina de 885» en la isla de Betuwe (entre el Bajo Rin y Waal). Al segundo día de las «negociaciones» el obispo Wiliberto llamó de la isla a la esposa de Godofredo, Gisla, «para estimular su celo por la paz» en otros lugares. Y mientras tanto, justo en el curso de los esfuerzos pacifistas del obispo en otros lugares, los acompañantes de Enrique degollaron secretamente al rey. Y no sólo eso. también fueron «acuchillados todos sus

acompañantes, todos los normandos que se encontraban en Betuwe».

Al cabo de sólo unos días, y por consejo del mismo Enrique, también atrajeron con halagos a Hugo, que «se había conducido imprudentemente con el reino del emperador» (*Annales Fuldenses*), hasta el palacio imperial de Gondreville. Y el noble conde le sacó personalmente los ojos al tiempo que privaban de sus feudos a todos sus seguidores. Más tarde el abad Regino, que es quien cuenta todo esto, tonsuró por su propia mano a Hugo en el monasterio de Prüm, donde ya su abuelo, el emperador Lotario I, había terminado su vida como monje. Hugo murió a los pocos años, mientras que su hermana Gisla, viuda de Godofredo, terminó sus días en el monasterio femenino de Nivelles, cerca de Namur.¹⁴

Un linaje piadoso.

Por otra parte, también el régimen normando de Frisia llegó a su fin. En el norte fueron derrotados en su lucha con los frisones «y muchísimos de ellos fueron muertos». Y en el año de la muerte de Godofredo vuelven a informar los Anales de Fulda: «Finalmente, los cristianos provocaron entre ellos tal baño de sangre que de tan gran multitud sólo unos pocos sobrevivieron. Después los mismos frisones tomaron al asalto sus naves y hallaron tantos tesoros de oro y plata y tantos utensilios de toda índole que todos, desde el más humilde al más encumbrado, se hicieron ricos». El viejo sueño de todos los hombres, y también de los cristianos: ¡tesoros de oro y plata! Como si no fuera más fácil que un camello pase por el agujero de una aguja... En cualquier caso «el dominio normando en Frisia terminó sin dejar huellas palpables» (Blok).¹⁵

Mas para entonces, en la Alta Edad Media, los «hombres del aquilón» habían llegado a muchos países, entre los que se encontraban Islandia y Groenlandia, España, Marruecos, Rusia, Bizancio, y la Iglesia los combatió en todas partes, de forma cruenta e incruenta, a través de analistas, autores, obispos y papas. Pero cuando en los siglos XI y XII crearon los mejores ejércitos de caballería en Europa, cuando se convirtieron en los jinetes más arrojados, los constructores más moderaos de fortificaciones (desde mediados del siglo XI desarrollaron la fortaleza con muro y fosos), cuando en Sicilia armaron una poderosa flota de guerra y tuvieron en Jorge de Antioquía a uno de los almirantes más capaces de la Edad Media y cuando asumieron el mando militar, entonces el papado se pasó a su bando y no sólo jugaron un gran papel en las cruzadas, sino que además, al ser «un pueblo avezado en la guerra», como decía Guillermo de Malmesbury, que «apenas podía vivir sin guerrear», se hicieron imprescindibles para los representantes de Cristo.¹⁶

Sin embargo, durante el gobierno de Carlos III el Gordo no sólo se le reprochó al soberano su escaso espíritu de lucha frente a los normandos, sino que al mismo tiempo creció la inseguridad en el interior, se

multiplicaron los salteadores de caminos, los robos a plena luz del día y las inveteradas luchas de familias, también y precisamente, en el imperio francooriental, lo que en modo alguno contribuyó a fortalecer el prestigio del emperador.

**Política interna, hasta la amputación de los órganos genitales,
«de modo que tampoco quedaba ninguna huella...»**

Así en 882 estalló una contienda sangrienta entre sajones y turingos, entre Poppo, conde de la Marca Sorbia, y el conde franco Egino, sin que sepamos el motivo de tal guerra, sino simplemente que «Poppo con los turingos sufrió graves pérdidas». También al año siguiente la misma fuente informa de un modo lacónico sobre «una guerra cruel», que también perdió Poppo «como ya venía siendo habitual» (*prout antea solebat*). Huyó «con apenas algunos hombres, mientras que todos los demás sucumbieron». Por otra parte, en el año 880 obtuvo grandes éxitos contra los eslavos, contra dalemincios, bohemios, sorbios «y demás vecinos de alrededor». «Con la confianza en la ayuda de Dios los derrotó de tal modo que de aquella gran muchedumbre no quedó ninguno» (*Annales Fuldenses*). Perdió la vida en 892.¹⁷

En la Marca Oriental, el conde Aribio llevó a cabo, a lo largo de dos años y medio, una guerra sangrienta contra los hijos de sus predecesores en el cargo, los margraves Guillermo y Engilscalco, caídos en 871 luchando contra los moravos. Para ello el «*marchio*» hasta se alió con el duque moravo Swatopluk, vasallo del imperio, que le ayudó militarmente varias veces. Y tras la expulsión de Aribio en 882 por los hijos de los margraves, Swatopluk atacó repetidamente la Marca Oriental y degolló «inhumano y sanguinario como un lobo». En 884 Panonia fue saqueada hasta el Raab y la mayor parte del país fue «devastado, destruido y aniquilado a sangre y fuego». En efecto, los moravos irrumpieron allí de nuevo el mismo año «a fin de que, si había quedado algo, devorarlo ahora por completo con la furia de un lobo». También fueron arrasadas todas las posesiones de los hijos de los margraves. Los dos mayores, Megingoz y Poppo, perecieron en su huida ahogados en el Raab. Pero a Werinhar, uno de los hijos de Engilscalco, y a su pariente el conde Wezzilo los mutilaron cortándoles la mano derecha, la lengua y «las partes vergonzosas o los genitales, de modo que no quedó rastro alguno. También algunas de sus gentes regresaron sin la derecha y sin la izquierda». «Siervos y criadas fueron asesinados con sus hijos... Todo esto sucedió sin duda por la misericordia o por la cólera de Dios» (*Annales Fuldenses*). Y ocurrió sin ninguna exigencia de reconciliación por parte del emperador. A él le bastaba el vasallaje de los moravos y su

juramento de «mientras viva Carlos no invadir nunca su imperio con un ejército enemigo».

Entretanto, la estrella del monarca se hundía cada vez más; la inmensa felicidad de los comienzos de su carrera política se fue desvaneciendo progresivamente. Ciertamente, después de la muerte del rey Bo-són de Vienne el 11 de enero de 887, también la Provenza, último país que todavía estaba fuera del imperio, regresó formalmente en la primavera de 887, en Kirchen, a la soberanía feudal del emperador, a cambio de lo cual adoptó a Luis, hijo menor de Bosón (y de la hija del rey Luis de Italia). Pero todo ello pesó poco en la balanza frente a su comportamiento con los normandos, su retirada de París, que todos le recriminaron, su entrega de Borgoña y otras devastaciones de los piratas toleradas por largo tiempo, así como su actitud frente a los sucesos escandalosos de su entorno inmediato, especialmente la caída de su archi-canciller Liutwardo (fallecido en 899).¹⁸

El obispo Liutwardo de Vercelli, celebrado y quemado vivo

Este hombre, un suabo de familia muy humilde, según lo presentan las fuentes hostiles, fue monje en Reichenau (un monasterio que a lo largo del siglo x sólo acogía a miembros de la nobleza) y canciller de Carlos ya en su época de rey de Suabia. El arribista aprovechó la carrera de su protector y en 879-880 fue nombrado obispo de Vercelli, archicanciller y archicapellán de Carlos, llegando a ser su consejero más influyente hasta acabar siendo «honrado y temido por todos, más que el propio emperador» (*Annales Fuldenses*). El advenedizo clerical llegó a disponer de riquezas incalculables al tiempo que se preocupaba solícitamente de sus allegados: un hermano, Chadolt, fue nombrado obispo de Novara en 882, y un sobrino, llamado Liutwardo como él, obtuvo algo más tarde el obispado de Como.

De resultas de su progresiva enfermedad hereditaria, el emperador entregó cada vez más el gobierno a Liutwardo, que acabó por tener en sus manos casi todos los hilos: presidió todas las delegaciones importantes y llevó sobre todo las negociaciones con el papa; en una palabra, el obispo fue «el ministro todopoderoso al lado del soberano débil», fue «sin más, el director de la política de Carlos III» (Schur), «la figura clave... de su gobierno» (Fleckenstein).

Pero poco a poco el obispo Liutwardo fue provocando la cólera creciente de amplios círculos. No sólo porque intentó eliminar a cuantos eran del bando del emperador, ni por su política de abandono frente a los normandos en Elsloo, donde parece que fue sobornado por

ellos, sino también por su codicia, por su nepotismo y, sobre todo, por su política genealógica con la que hizo raptar a muchachas de las familias más ilustres de Suabia y de Italia para entregárselas por esposas a sus parientes. Ordenó incluso una irrupción en el monasterio femenino de San Salvatore de Brescia para raptar a una hija del margrave Unruoch de Friuli, nieta de Luis el Piadoso por línea materna, y entregársela a un sobrino... Un partido brillante sin duda. «Pero las monjas de aquel lugar se entregaron a la oración y rogaron al Señor que vengase la afrenta inferida al lugar santo. Su plegaria fue escuchada de inmediato, pues el que pretendía consumir el matrimonio con la muchacha del modo habitual murió aquella misma noche y la muchacha permaneció intacta. Esto le fue revelado... a una monja de dicho monasterio» (*Annales Fuldenses*).¹⁹

Al tío de la raptada, el margrave Berengario de Friuli, la muerte repentina del sobrino del obispo la misma noche de bodas no le pareció suficiente. Marchó a toda prisa a Vercelli «y, llegado allí, robó de las cosas del obispo cuantas deseó». Y no sólo eso. Hasta de acusó de «herejía» a Liutwardo en el sentido de que «empequeñecía a nuestro Redentor afirmando que era uno por la unidad de substancia, no de persona» (*Annales Fuldenses*). También se le acusó de adulterio, cometido con la emperatriz en persona. Y todo ello se expuso a la luz pública en el verano de 887, en la dieta imperial de Kirchen (en Lórrach).

Pero Carlos el Gordo no sólo era tranquilo por naturaleza y hombre sin ambición; también era un enfermo físico, y tal vez psíquico. En la primavera, durante su estancia en el palacio de Bodmann, su enclave preferido junto al lago de Constanza, mandó que le hicieran «una incisión en la cabeza (*incisionem*) por el dolor que sentía»; una falsa traducción menos dramática sugiere que no se trató de una trepanación.

En cualquier caso, el emperador era casi incapaz de gobernar (destino, por cierto, de muchos gobernantes). Y en aquella situación fatal también entregó a su primer hombre a la furia y al desencanto general. Sin mediar palabra con Liutwardo, le privó de muchos feudos «y como a un hereje odiado de todos lo expulsó con oprobio del palacio; pero aquél huyó a Bavicra junto a Arnulfo y con éste pensó en cómo arrebatarse el gobierno al emperador...».²⁰

Veinticinco años de matrimonio josefino; superada la prueba de fuego

Pero el ilustre matrimonio no quiso que el adulterio recayese sobre ellos. Y así, Carlos, a los pocos días, llevó a su esposa Richardis «ante la asamblea imperial por el mismo asunto y, parece maravilloso -escribe

maravillado el abad Regino-, la emperatriz confesó abiertamente que él jamás se había unido con ella en abrazo carnal, aunque ella hacía más de diez años que vivía en su compañía por matrimonio legalmente celebrado».

¿Más de diez años? Veinticinco años, pues ya en 862 Carlos el Gordo había desposado a la hija de Erchanger, conde de Alsacia y Bris-govia. Un cuarto de siglo de matrimonio como hermanos. No, algo todavía más hermoso y puro: «Ella afirmó incluso que no sólo había permanecido libre de su unión sino de toda unión con varón (*omni virili commixtione*), ensalzó la inviolabilidad de su doncellez y se ofreció confiada, si era voluntad de su marido, a demostrarlo mediante el juicio de Dios omnipotente, o bien mediante un duelo o mediante la prueba de las rejas de arado incandescentes, que era una mujer consagrada a Dios». Por ello, después de la separación la emperatriz Richardis se retiró al monasterio de Andlau en Alsacia, que ella había construido en sus posesiones, para no servir más a la vanidad de ningún hombre, sino «para servir a Dios», como dice el abad Regino.²¹

El emperador renunció generosamente a una prueba de la doncellez de Richardis mediante un duelo legal o mediante las rejas de arado incandescentes.

Mas la propaganda eclesiástica se adueñó del maravilloso caso de pureza y, adornándolo con datos fantásticos, hizo que la calumniada emperatriz superase gloriosamente la prueba del fuego. Incluso el *Mar-tyrologium Germaniens* (editado con *Imprimatur* de 6 de mayo de 1939) insiste en la superación de dicha prueba. También se viene exhibiendo durante siglos (en el monasterio de Etival) una camisa de baño que, ceñida al cuerpo desnudo de la heroína puesta a prueba, está tostada en los cuatro extremos, pero ni ardió ni tampoco quemó el cuerpo virginal de la emperatriz. Y mientras que el calumniador expía en la horca la sucia mentira, la pobre Richardis (aunque no tan pobre, pues ya a finales de la década de los setenta había recibido una serie de monasterios femeninos) «distribuye a los pobres y monasterios todo cuanto todavía le quedaba».

Y también ella entró en un monasterio viviendo ya exclusivamente para la salvación, de su alma, la humildad y la oración. Por lo que Dios glorificó su sepulcro con milagros y en 1049 el santo papa León IX honró su venerable cadáver, «lo que equivalía a una canonización», según escribe el sacerdote capuchino P. Wilhelm Auer von Reischach en su *Heiligen-Legende*, editada «con aprobación del Excelentísimo Obispo Ordinario de Augsburgo y con permiso de los Superiores». Y a renglón seguido nos recomienda la oración litúrgica: «Oh Dios, que liberaste a tu santa virgen Richardis de las calumnias de los hombres y la coronaste de gloria eterna, te rogamus nos concedas que, siguiendo su ejemplo y

por su intercesión, de tal modo amemos al prójimo de palabra y obra, que obtengamos las recompensas del amor eterno. Amén».

Anotemos de paso la bella expresión: siguiendo su ejemplo, de tal modo amemos al prójimo de palabra y obra... Ello no induce a pensar en el pobre Carlos el Gordo. ¡Y tras veinticinco años de matrimonio virginal con una santa -¿dónde queda la paridad!- ni siquiera se le beatifica! Ciertamente según el mentado sacerdote capuchino Wilhelm Auer von Reibach: «Él fue debilitándose cada vez más en el espíritu... y expulsó a la noble mujer, aunque ella se declaró dispuesta a todas las pruebas de su inocencia y pureza».²²

Con alguien como Carlos el Gordo, que en cada vileza perdía de inmediato los nervios, ciertamente los mojigatos tienen poco que hacer. Ni tienen mucho más los historiadores. Unos y otros exaltan a personajes de otra índole, a hombres con fuerza y sobre todo con fuerza de penetración, a tipos, por ejemplo, con el carácter criminal de Carlos I «el Grande», a bandidos estatales, devoradores de pueblos, azotes de la humanidad, grandes caudillos que saquean cientos de miles de kilómetros cuadrados y pasan sobre los cadáveres como sobre basura, caníbales de estatura secular, terroristas de la historia universal. A eso se llama política universal de los carolingios, mientras que Carlos III el Gordo será siempre «doblemente fracasado» (*Handbuch der Europäischen Geschichte*), y los historiadores en toda regla nada aborrecen más que la debilidad y el fracaso y nada estiman más que la fuerza y el éxito, cualquiera sea su precio. Por el contrario, cuanto mayor es el precio, mayores son las alabanzas.²³

«Golpe de estado» de Arnulfo y rápido final de Carlos

En junio de 887 Liutwardo de Vercelli fue relevado por su antagonista, el arzobispo Liutberto de Maguncia (863-889), un gallardo debe-lador de normandos, de los que abatió unas veces «no pocos» y otras «muchísimos» (*Annales Fuldenses*): pero a quien la misma fuente católica llega incluso a calificar de «paciente, humilde y bondadoso», lo que desde el punto de vista cristiano armoniza perfectamente bien. Liutwardo, en tiempos archicapellán de Luis el Germánico y de Luis el Joven, al ser depuesto como canciller buscó refugio en el duque Arnulfo de Carintia. Y el arzobispo Liutberto de Maguncia, que todavía en 887 llegó a ser el consejero más importante del emperador, pronto hizo lo mismo. Su cambio de partido en la asamblea imperial de Tribur, que asimismo estableció la monarquía de Arnulfo, decidió la deposición de Carlos, pero el arzobispo hubo precisamente de «mejorar... su posición maltrecha» (W. Hartmann). ¿Y no se habría comportado con el nuevo

señor exactamente igual que antes, de no haber muerto ya en febrero de 889?

La sublevación de Arnulfo, su «golpe de estado», empezó al inducir a los bávaros a la defección, y muy pronto marchó con ellos y sus tropas carintias a Frankfurt, donde los francoorientales, y sobre todo los *Con-radinos*, lo nombraron rey en noviembre de 887. Carlos *evitó al que se* acercaba retirándose a Tribur; pero su tentativa de reclutar en la dieta imperial una fuerza de choque contra Arnulfo fracasó lastimosamente. En torno suyo estalló una poderosa conjuración de la nobleza, que lo forzó a abdicar. Y hasta los alamanes en bloque lo dejaron en la estacada. La corte se disolvió e incluso sus servidores lo abandonaron. La gente se pasó «a porfía» al bando de Arnulfo, escribe el abad Regino, «de modo que a los tres días apenas quedó nadie que le prestase simplemente los servicios de la caridad humana». Un cristianismo práctico (en el doble significado de la palabra).

Y como siempre los obispos desertaron en tropel. En efecto, prestaron vasallaje a Arnulfo «sin excepción y complacientes» (Dümmler). A los dos meses de la deposición de Carlos se presentaba ya ante el nuevo soberano su notario y canciller, el obispo Waldo de Freising. Tampoco la gran asamblea, que se reunió medio año después en Maguncia, tuvo una sola palabra de desaprobación sobre la caída del emperador, a juzgar por las actas sinodales. Todo lo contrario. El sínodo -que una vez más se explaya largo y tendido sobre las inmensas posesiones eclesiásticas y sobre la entrega de los diezmos al clero (cánones 6,11,12,13,17, 22), a la vez que contra la lascivia de los clérigos (algunos de los cuales hasta habían tenido hijos con sus hermanas, hacia 10)- ordena ya desde su canon 1 la plegaria de todos por el nuevo rey Arnulfo y por su esposa.

Naturalmente tampoco resolvió nada el que Carlos enviase al sobrino rebelde el trozo de la supuesta «madera de la Santa Cruz de Cristo», sobre la que en tiempos Arnulfo le había jurado lealtad, «a fin de que, reflexionando sobre sus perjurios, no actuase contra él con tanta crueldad y barbarie». Pues aunque al parecer también el desvergonzado príncipe vertió lágrimas a la vista de la reliquia, naturalmente «dispuso a su arbitrio del imperio» (*Annales Fuldenses*). Así y todo, el arzobispo de Maguncia, Liutberto, no dejó de proporcionar al emperador «convertido en mendigo» el mínimo para vivir, hasta que el nuevo soberano concedió al depuesto -y tras habérselo éste mendigado- un par de palacios en Alemania «por misericordia... y en usufructo hasta el fin de sus días...».²⁴

Pero el final de sus días le llegó sorprendentemente pronto al emperador Carlos III, que moría el 13 de enero de 888, abandonado de todos, en Neudingen, en el curso superior del Danubio; según los *Annales Ve-dastini* «fue estrangulado por los suyos», lo que no resulta imposible. «En cualquier caso, terminó pronto su vida presente, para alcanzar

la celestial, según creemos.» Los Anales de Fulda, sin embargo, presentan así el hecho: «... pues sólo unos días permaneció lleno de piedad en los lugares que el rey le había otorgado, y pasado el Nacimiento de Cristo acabó felizmente su vida el 13 de enero; y mientras lo inhumaban honrosamente en la iglesia de Reichenau muchos de los espectadores vieron el cielo abierto...» (las permanentes mentiras cristianas). Y entretanto el vencedor se dejaba cortejar por la nobleza francooriental y eslava en Ratisbona «y allí mismo celebraba dignamente el Nacimiento del Señor y la Pascua».

Tras la desaparición del último soberano sobre el conjunto del imperio carolingio surgen, ahora para siempre, los reinos como fragmentos del imperio. El único carolingio bajo los nuevos gobernantes fue Arnulfo de Carintia, aunque fuese un vástago ilegítimo de la dinastía y, por lo mismo, con un derecho al menos dudoso al trono. Los francooccidentales nombraron rey al conde Odón de París, el legendario defensor de la ciudad. En Borgoña fundaba un nuevo reino el güelfo Rodolfo (888). Y en Italia se disputaban el poder dos miembros de la alta nobleza franca: Berengario de Friuli y Guido de Spoleto.

El Estado carolingio en su conjunto había cumplido su papel. El título de emperador se convirtió en la manzana de la discordia de los pequeños príncipes italianos. El último emperador fantasmal de la dinastía, Luis III el Ciego, hijo de Bosón, murió hacia 928, después de haber sido emperador en Italia en 901 y haber sido allí cegado en 905, con lo que prácticamente quedó incapacitado para gobernar. Pero bajo los carolingios del siglo IX el papado había conseguido un aumento considerable de poder, fundamento de su ulterior ascensión en el siglo XI.²⁵

CAPÍTULO 2

ARNULFO DE CARINTIA, REY FRANCOORIENTAL Y EMPERADOR (887-899)

«Como su padre Carlomán, también Arnulfo entró en las Marcas
surorientales cual comandante a través de la "escuela"
política y militar... Cuando, ya enfermo, el emperador
Carlos III se fue debilitando políticamente cada vez más.
Arnulfo intervino con toda rapidez y en 887 se alió con el
depuesto archicanciller Liutvardo para derribar a Carlos...
A partir del sínodo de Frankfurl, en 888, Arnulfo pudo apoyarse
firmemente en las iglesias episcopales.»

WILHELM STORMER¹

«En mí tenéis al adversario más encarnizado de todos los enemigos
de la Iglesia de Cristo y de cuantos se oponen a vuestro ministerio
sacerdotal.»

ARNULFO DE CARINTIA²

«De Franconia partió el rey victorioso hacia Alamanía y en la corte
real de Ulm celebró dignamente la Navidad del
Señor. Desde allí marchó hacia el este... y en julio llegó
a Moravia. Allí permaneció durante cuatro semanas -allí se unieron
también los húngaros a su campaña-, arrasando el país entero con
tal prepotencia... Antes de la Cuaresma el rey visitó por todo el
territorio francooccidental (Lotaringia)
monasterios y sedes episcopales para rezar.»

ANNALES FULDENSES³

«Anarquía, injusticia e inseguridad jurídica constituyen
la característica de la época surgida en el suelo de la
estructura feudal de la sociedad...»

L. M. HARTMANN⁴

1. ARNULFO DE CARINTIA: FRANCONIA ORIENTAL Y EL ESTE

Arnulfo «de Carintia» (hacia 850-899) fue el primogénito entre los descendientes extramatrimoniales del rey de Baviera y de Italia, Carlo-mán, hijo mayor de Luis el Germánico y de su mujer Liutwinde, evidentemente una luitpoldingerina. Además de Ota, su esposa legítima, Arnulfo hizo felices a varias concubinas y tuvo también numerosos hijos extramatrimoniales; pero nada de todo ello molestó al clero. Más bien el príncipe adicto por completo a la Iglesia se vio apoyado por la comunidad de los santos al igual que él le prestó su apoyo, aunque ya había renunciado a una unción.

«¡Salve, Arnulfo, rey grande!»

Desde el comienzo existió una relación estrecha entre los obispos y el nuevo soberano, quien en un documento se declara «el adversario más encarnizado de todos los enemigos de la Iglesia», «hijo y defensor de la Iglesia católica», y que inmediatamente después de su elevación al trono también demostró su favor mediante donaciones y gestos de benevolencia. «Con generosidad sorprendente» dotó a los obispos con bienes reales, bosques y con derechos de acuñación de moneda, mercado y arbitrios con una «frecuencia antes desconocida» (Fried). En sus doce años de gobierno convocó cinco sínodos. La autoridad de los prelados le resultó muy favorable frente a los insurgentes poderes particulares. Autoridad que por añadidura pudo sancionar su reinado ilegítimo.

Por otra parte, el poder del soberano favoreció a la Iglesia en el en-frentamiento con los duques y la alta nobleza hereditaria. Por ello también la Iglesia favoreció su causa de inmediato, mandó rezar por él desde el comienzo y en seguida se empeñó en su protección bajo amenaza de penas canónicas. Pero ya se entiende que también le hizo ver claramente los deberes de un regente cristiano sabiendo que en la medida en

que lo apoyaba se apoyaba a sí misma. Con ello puso en marcha un proceso que otorgó a la Iglesia una intervención mucho mayor que antes -con las fatales consecuencias que de ello se derivarían- y que «la convirtió en el factor más poderoso dentro del Estado» (Mühlbacher).⁵

Mientras que durante años ya ni siquiera aparecen los condes en el entorno del rey, hay una serie de obispos favoritos del rey que permanentemente deciden el rumbo político. Primero fue el arzobispo Thiet-mar de Salzburgo, archicapellán de Arnulfo, director de la capilla palatina y de la cancellería. Más tarde, en grado aún mayor, fue el canceller y diácono Asperto, nombrado en 891 obispo de Ratisbona por Arnulfo, siguiéndole al frente de la cancellería (desde 893) el obispo Wiching de Neutra. Un político influyente en la proximidad del soberano fue también Hatto I de Maguncia, tan inteligente como taimado, cuya muerte (913) muchos atribuyeron a un rayo justiciero. Hatto descendía de un linaje suabo, partidario de Carlos; pero a la caída del emperador rápidamente se pasó al bando de Arnulfo, recompensándole éste con las abadías de Reichenau, Ellwangen, Lorsch y Weissenburg, y en 891 con el arzobispado de Maguncia. Este prelado acompañó al rey dos veces a Italia e intervino en todos los asuntos públicos importantes. Notable poder político tuvieron asimismo los obispos Salomón III de Constanza (notario desde 884, canceller de Carlos III desde 885 ¡y capellán de Arnulfo ya en 888!), Waldo de Freising, Erchanbald de Eichstätt, Engiimar de Passau y el prócer Adalbero de Augsburgo, a quien Arnulfo nombró preceptor de su hijo.⁶

En mayo de 895 se celebró la asamblea imperial de Tribur (el palacio real de Maguncia), que fue uno de los sínodos más grandes y brillantes del siglo, y en el cual el episcopado francooriental, con una asistencia extraordinariamente numerosa, exaltó a Arnulfo con exagerado entusiasmo como el rey «cuyo corazón inflamó con fuego el Espíritu Santo y lo encendió con el celo del amor divino, para que todo el mundo conozca que no fue elegido por un hombre ni a través de un hombre, sino por Dios mismo», como rezan las actas sinodales. Viejas sentencias de los prelados, pues a quien ellos eligen y apoyan ¡es siempre el elegido por Dios!

En el sínodo, convocado según Regino de Prüm, «contra muchísimos laicos, que se esforzaban por reducir la autoridad de los obispos», éstos procuraron con tanto más empeño potenciar su posición. Y así, discutieron detenidamente algunas disputas jurídicas de eclesiásticos y seculares, los malos tratos que recibían los clérigos, heridos y hasta asesinados al parecer con más frecuencia que antes, y hasta parece que hicieron comparecer a un sacerdote al que le habían sacado los ojos. Un canon contiene la orden del rey mandando encarcelar a quienes despreciaban la excomunión eclesiástica ¡sin que rescate alguno pudiera

impedir la ejecución de los insubordinados! Se exige además la plena subordinación al papado, ¡«incluso cuando la santa sede impusiera un yugo difícilmente llevadero»! Varios capítulos (13 y 14) versan sobre lo que siempre era lo más importante: el dinero, las posesiones y los diezmos, sin que falte tampoco uno contra los salteadores de iglesias (hacia 31). Según el capítulo 7 los bienes robados a la Iglesia han de devolverse multiplicados por tres, remitiéndose para ello a las falsificaciones seu-doisidorianas (que se citan también en otros cánones, como el 8 y el 9, aunque por otra parte se ordena estar atentos a quienes exhiben falsas cartas papales).⁷

Naturalmente que el rey otorgó su beneplácito a las resoluciones. Más aún, a la pregunta retórica de hasta qué punto «estaba dispuesto a defender la Iglesia de Cristo y ampliar y exaltar su ministerio» empezó por alentar a los «pastores», a los que apostrofó como «las luminarias más resplandecientes del mundo», a poner manos a la obra con toda energía: «ya sea a tiempo o a destiempo, reprended, amenazad y exhortad con toda paciencia y doctrina, a fin de que con vigilante solicitud y mediante la exhortación continua llevéis a las ovejas de Cristo al redil de la vida eterna». Pero después destacó toda su solidaridad. «En mí tenéis al adversario más encarnizado de todos los enemigos de la Iglesia de Cristo y de cuantos se oponen a vuestro ministerio sacerdotal.»

Nada tiene por ello de sorprendente que los venerables padres conciliares se levantasen de sus asientos y a una con toda la clerecía asistente rompiesen tres o cuatro veces en el grito de «¡Cristo, escúchanos! ¡Salve, Arnulfo, rey grande!» (¿No recuerda el grito de exaltación que todavía ronda nuestros oídos: *Heil...*?) A ello se sumó el repique de campanas y el Tedeum, todo en alabanza de Dios, «que se había dignado otorgar a su Iglesia un consolador tan piadoso y clemente y un auxiliador tan bueno para gloria de su nombre».⁸

Con especial fervor y veneración honró el soberano a su santo patrón, elevado durante su reinado a patrón del imperio, a la categoría de santo imperial.

San Emmeram, o «Alabar a Dios sin lengua es algo que produce admiración»

Emmeram, un obispo y mártir muy misterioso (siendo difícil decir qué es lo que fue menos, en el caso de que pudiera haber sido ambas cosas) de finales del siglo vn, en tiempos del príncipe bávaro Teodón fue culpable de la seducción de Uta, hija del duque, que quedó embarazada, y más tarde fue muerto en Helfendorf (actual Kleinhelfendorf, en

la Alta Baviera) por el hermano de ésta, Lantperto, cuando se dirigía a Roma. Las tablas con leyendas de la capilla martirial allí levantada han inmortalizado el «suceso» con imágenes y versos:

*¡Oh crueldad de la pena y tormento,
que Emeram padeció!
Uno a uno los miembros de su cuerpo
el verdugo le arrancó:
los dedos de las manos y los pies
le cortaron a cercén.
Por ello hereda el reino celestial
y lo contempla por la eternidad⁹*

Cuándo ocurrió todo esto, si realmente ocurrió, lo ignoramos por completo y es asunto de discusión como casi todo lo relativo a este personaje: su origen, su episcopado y, sobre todo, los motivos que condujeron a su ejecución. La fecha pudo ser el año 685, aunque también el dato es totalmente inseguro. ¿Sucumbió el «mártir» en tanto que representante del poder franco en una Baviera que luchaba por su independencia? ¿Alcanzó la palma del martirio como seductor de la hija embarazada del duque? O tal vez asumió libremente el castigo de la seducción, como supone la piadosa versión de su primer hagiógrafo, el obispo Arbeo de Freising en su *Vita Haimhrammi*, aunque «sin duda ateniéndose únicamente a la idealizante leyenda popular y romántica» al decir del *Kirchen-Lexikon* (católico) de Wetzer/Welte, que agrega además: «leyenda popular que está en contradicción con su propio relato».

El obispo Arbeo redactó su obra ya en 772 y evidentemente por motivos egoístas, que según el *Lexikon für Theologie und Kirche* (1931, también católico) no fueron otros que «el interés de los lugares de su diócesis en que se veneraba a Emmeram» (por cierto que en la última edición de 1995 ya no se habla de «mártir»). Y el obispo Arbeo, de la casa nobiliaria de los Huosi, que pudo ocupar varias veces la sede episcopal de Freising, fue un prelado muy ambicioso empeñado en ampliar las posesiones y la jurisdicción de su obispado. Mas casi todas las exposiciones populares católicas evidencian un horroroso mal gusto más que patente, que desde luego encaja muy bien con las exudaciones pastorales de Arbeo. Y así, después que el hermano de Uta hubiera dado caza al «santo», que había partido de viaje, éste muere como un gran mártir cristiano. Lantperto, el hijo del duque, había contratado a «cinco matarifes» para que «descuartizasen el cadáver del santo varón Emmeram vena a vena y miembro a miembro». Y mientras lo mutilan horriblemente, le sacan los ojos, le cortan la nariz y las orejas, las manos, los pies

y las partes deshonestas (aunque naturalmente esto último sólo se supone), el hombre da gracias a Dios «con gran devoción» por la espantosa tortura.¹⁰

La veneración de Emmeram como santo sólo empieza algunas décadas después de su muerte, aunque, eso sí, acompañado con los más bellos milagros, con curaciones de enfermos y expulsiones de demonios, sin que falten los prodigios punitivos (pues los obispos de Ratisbona abusaron una y otra vez de sus posesiones siempre crecientes. ¡Más tarde hasta se le atribuyeron siervos de la gleba al santo!).

El culto glorioso, que todavía se reavivó en el siglo XVII, no sólo se extendió por Baviera en la Alta Edad Media. Pero fue entre los carolingios de Franconia oriental donde Emmeram alcanzó su máxima importancia como santo tribal y bajo Arnulfo llegó a ser el patrón personal del emperador y el auxiliador en las batallas contra los moravos. Sólo a él creyó deber su salvación del peligro de muerte en la campaña de 893 contra Swatopluk. Por ello hizo espléndidas donaciones a los monasterios bávaros y en especial al de St. Emmeram, que recibió toda la ornamentación de su palacio y en 899 su cadáver. Pero en la edición del *Lexikon für Theologie und Kirche* de 1995 ya no tiene sitio: desaparece todo el artículo «St. Emmeram», cuando en la edición de 1931 ocupaba el doble de extensión que la dedicada a la persona del santo.

Como ocurre siempre: los monjes emmeramenses veneraban la memoria de su benefactor, pues anualmente celebraban el día de su muerte un oficio solemne y a lo largo del año elaboraban en su nombre invenciones y falsificaciones de documentos, como la de que les habría testado toda la ciudad de Neustadt. Frente a todas esas trapacerías, hasta «el genuino patrón del monasterio, Emmeram, durante largo tiempo retrocedió cada vez más hacia un segundo plano» (Babl). De todos modos, continúa viviendo en las tablas legendarias de Kleinhelfendorf (y realmente no sólo allí):

*Alabar a Dios sin lengua
causa ciertamente admiración.
Pero la chusma impía
ni siquiera pudo soportar
que alabase siempre a Dios
y le hizo cortar la lengua.
Mas sigue alabando a Dios.
Alabemos ese milagro,
suene la lengua en los viejos oídos
sin preguntar por la furia del tirano.¹¹*

«... Un grito de batalla hasta el cielo»

Arnulfo, marcado por los hechos de armas en las marcas surorientales, tras la separación de algunos condes fronterizos de su padre Carlomán, rey de Baviera, obtuvo poco después de 876 la administración del antiguo ducado esloveno de Carantania, su verdadera base de poder en el este. De ahí también su sobrenombre «de Carintia». Pero mientras pudo golpear en la Panonia inferior, de primeras fracasó (con su padre tullido) en el territorio septentrional del Danubio al chocar con la oposición interna de Baviera. Sus enemigos, primero el conde Ermberto de Isengau y después el margrave Aribó, consiguieron el apoyo de poderosos parientes de Arnulfo, como Luis el Joven y Carlos III el Gordo, hermanos de su padre, que lograron imponerse en Baviera.

De todos modos Arnulfo había tenido que aprender a transigir políticamente, había tenido que aprender a esperar y, naturalmente, a combatir. Se había acreditado como espadón varias veces, y entre ellas en 882 como comandante del cuerpo de ejército bávaro contra los normandos, donde ciertamente no se pudo obtener nada, mientras que a mediados de octubre de 891 los derrotaba en Löwen del Dyle (actual Bélgica). Por lo demás, había sido un claro acto de venganza, pues poco antes, en el mes de junio, en el Geule «un ejército de cristianos, oh dolor, por causa de sus pecados» había sido vencido, y entre los muchos nobles caídos pereció también uno de los comandantes, Sun-derold, nombrado por Arnulfo arzobispo de Maguncia (Regino de Prüm).¹²

Pero ahora, en el Dyle, «Dios del cielo les infundió fuerza». Y ello en forma tanto más manifiesta cuanto que los alamanes, reclutados asimismo con subterfugios, se habían vuelto atrás y «el rey los envió a su casa». Pero con qué energía arengó «a los nobles señores de los francos»: «Vosotros, varones, puesto que adoráis al Señor y habéis sido invencibles siempre que con la gracia de Dios defendisteis la patria, cobrad ánimo pensando que vengáis la sangre de vuestros padres derramada por furiosos enemigos totalmente paganos... Ahora, guerreros, adelante, ahora tenéis ante vuestros ojos a los criminales en persona, seguidme... En el nombre de Dios ataquemos a nuestros enemigos, para vengar no nuestra afrenta sino la del Omnipotente» (*Annales Fuldenses*).

De los pechos de los nobles francos «se elevó entonces un grito de batalla hasta el cielo», que pronto fue escuchado, cosa que no siempre ocurre. Mas como ahora «los cristianos se agolparon para matar», arrojaron «a montones» los cuerpos de los paganos al río, «a cientos y a miles... de modo que sus cadáveres retuvieron el agua...». Dos reyes, Sigfrido y Gotfrido, fueron muertos, 16 estandartes reales fueron enviados en triunfo a Baviera y se ordenaron procesiones. Arnulfo en perso-

na «celebró un desfile con todo el ejército alabando a Dios, que había concedido tal victoria a los suyos...».

Realmente portentosa, pues sólo «*uno nomine*» había perdido el bando cristiano (¡que debía de ser un verdadero diablo!), mientras que el bando enemigo perdía «*tanta milia hominum*». Historiografía católica. Allí estaban ciertamente los «criminales», aunque al propio tiempo -y lo subraya orgulloso el analista para exaltación de la propia empresa- el que combatía era «el pueblo de los daneses, el más valeroso entre los normandos», que «nunca antes» había sido vencido en un atrincheramiento. Durante siglos se celebró en Lówen aquella admirable victoria, a partir de la cual los normandos dejaron para siempre en paz el imperio francooriental (excepción hecha de una correría que realizaron al año siguiente, llegando hasta Bonn y Prüm).

Ciertamente que aquel fue un año milagroso.

Fue, en efecto, el año 891 cuando el obispo Embricho de Ratisbona murió cargado de días y «feliz», y también cuando ardió Ratisbona: «por la cólera divina y de forma milagrosa, la ciudad se vio de repente en llamas y el 10 de agosto ardía con todos sus edificios, incluidas las iglesias, a excepción de la casa de san Emmeram mártir y de la iglesia de san Casiano, que aunque estaban en medio de la ciudad, quedaron protegidas contra el fuego por obra de Dios». Estalló entonces la cólera divina, que devoró (casi) toda la ciudad y también las iglesias; pero dos edificios sagrados se salvaron «por obra de Dios» (*Annales Fuldenses*).¹³

*¡Oh poder maravilloso del Señor!
Tortuosos, aunque rectos, son los caminos
por los que conduces a tus hijos hasta ti; a
menudo resulta extraño de entender, pero al
final triunfa tu alto designio.*

El empuje (alemán) hacia el este

El rey Arnulfo hizo construir en Ratisbona un nuevo palacio. La ciudad ya había sido la residencia central de Luis el Germánico, un eje de la misión oriental y centro del comercio caravanero con Bohemia, Moravia y Hungría; todo lo fundamentalmente cristiano y occidental se amontonaba allí: el poder del Estado, la Iglesia y el dinero. Ratisbona fue la ciudad a la que sin duda Arnulfo (que a menudo visitaba también los palacios de Otting y Ranshofen, como ya lo hicieran su padre y su abuelo) se sintió más vinculado, en la que firmó una tercera parte de sus documentos, en la que se celebraron al menos cuatro dietas imperiales y en la que hay testificadas numerosas estancias. Para los investigadores

esa elección de su tierra central no sólo refleja su propio pasado «sino también el afianzamiento de la tradición de Luis el Germánico y la prioridad de la política suroriental, así como el fino olfato de Arnulfo para las realidades políticas» (Störmer).

Dicho de otro modo: el empuje (alemán) hacia el este se dibuja ya claro en el rey Arnulfo.

Inmediatamente después de su «golpe de estado», Arnulfo se retiró, con vistas al afianzamiento de su posición, a su base de poder más importante, ahora ya bastante fuerte, para aplastar sin esfuerzo el intento de rebelión de su joven primo Bernardo en Suabia. Bernardo (hacia 876-891/892), soltero como Arnulfo, era hijo del emperador Carlos III, que en 885 no pudo imponer a Bernardo como sucesor al trono (al igual que dos años después fracasó también Carlos en la adopción de Luis, hijo de Bo-són de Vienne y carolingio por línea materna). Pero Bernardo, que ciertamente quería restablecer el imperio originario de su padre, no quiso renunciar a sus derechos al trono aun después de la exaltación de Arnulfo como rey de los francoorientales. En 889 se sublevó aliándose con los nobles de Retia y Alemania, así como con el abad Bernardo de Saint-Gallen (a quien Arnulfo depuso después), pero fue muerto un año después, cuando el margrave Rodolfo de Retia aplastó la intentona.

Ya a finales del verano de 889, Arnulfo marchó personalmente como general en jefe de un poderoso ejército contra los abodritos, después de haber celebrado poco antes una asamblea en Frankfurt con sus grandes y muchos obispos, entre los que figuraban Sunderold de Maguncia y Wiliberto de Colonia. De todos modos esta vez no pudo conseguir nada en el norte y de nuevo «celebró en Ratisbona de una manera digna la Navidad del Señor».

Y todo continuó con procesiones eclesiásticas, con incursiones guerreras y con rezos y matanzas permanentes. En los últimos años del siglo ix Arnulfo atacó especialmente y casi de manera continuada a Moravia. Ciertamente que, como el territorio se había ido fortaleciendo progresivamente, había firmado la paz con el mismo en 985 e incluso había querido que Swatopluk fuera el padrino de bautizo de su hijo Sventiboldo. Pero nada de todo eso perduró y pronto regresó Arnulfo a su comportamiento habitual.¹⁴

Guerras devastadoras con Moravia

«En el año de la encarnación divina de 890», cuenta el abad Regino, el duque de los moravos, «hinchado con la arrogancia del orgullo», se alzó contra el rey. Por lo que éste naturalmente marchó con soldados contra el reino de los moravos «y arrasó todo lo que encontró fuera de

las ciudades. Por fin, como todos los árboles frutales habían sido arrancados de raíz, Sventiboldo pidió la paz ¡y la obtuvo bastante tarde, pues hubo de entregar a su hijo como rehén!». Sin embargo, Arnulfo, que en el este practicó claramente la táctica de «tierra quemada», aún tuvo tiempo -como sabemos por otras fuentes- de marchar a Reichenau «para rezar» y celebrar de nuevo en Ratisbona «la Navidad de Cristo».

Y de nuevo en 892, esta vez en la residencia real de Ulm, después de haber celebrado «dignamente la Navidad del Señor», marchó «al este» con un propósito mejor: «con la esperanza de encontrarse allí con el duque Sventiboldo». Pero Swatopluk, «aquella cabeza llena de mentira y astucia», no estaba dispuesto a firmar la paz sin más. Hábilmente se negó «a ir a ver al rey», por lo que el rey hubo de ir hasta él, cosa que le resultó tanto más fácil cuanto que para entonces ya tenía firmemente en el puño Franconia oriental. Y probablemente hasta lamentó las concesiones hechas con anterioridad. «En cualquier caso fue él quien inició la guerra» (Reindel). Y fue él, una vez más, quien ambicionó «la soberanía del rey alemán sobre el Gran Reino de Moravia» (Stadtmüller). Bajo Swatopluk -no sin razón considerado a veces el primer gran paneslavista, que había sido designado por el papa «rey de los eslavos»- el reino había alcanzado su máximo poder.

En el sur se extendió por las dos orillas del Danubio hasta el Drave y el Save, en el este hasta el reino búlgaro, y en el norte casi hasta el Saale, más allá de la Bohemia por él sometida. Y su influencia parece que llegó «hasta los eslavos del Elba y del Weichsel» (Lówe).

Fue precisamente esa amplitud de poder la que sin duda provocó al francooriental. Con tres cuerpos de ejército, formados por francos, bávaros y alamanes, en julio de 893 irrumpió una vez más en Moravia y hasta consiguió que combatiesen a su lado los húngaros, aquellos diablos paganos a los que un rey católico llamó al occidente católico, para el que pronto se convertirían en un infierno insoportable, como se le reprochó a Arnulfo (y se le sigue reprochando). «A lo largo de cuatro semanas actuó personalmente con tal prepotencia... que arrasó todo el país». Y una vez más, durante el invierno, visitó en Lotaringia todos «los monasterios y sedes episcopales para rezar» (*Annales Fuldenses*).¹⁵

Ese mismo año también Arn. «el venerable obispo de Würzburg» (855-892), partió una vez más a combatir a los eslavos, aunque esta vez perdió la vida. El obispo Arn, a quien los descendientes cristianos de los paganos que le habían dado muerte veneraron como a santo, fue sin duda un hombre con «experiencia oriental». Los investigadores lo presentan como caudillo militar «al menos en cuatro campañas», actuando al mismo tiempo, tan entrelazadas iban ambas cosas, como «mantenedor de los cometidos misionales de su obispado» (Wendehorst) haciendo hincapié en que su «empeño diocesano» estaba «sobre todo al servi-

cio de la cristianización y del perfeccionamiento de la organización eclesiástica» (Störmer).

Por desgracia no sabemos mucho de las dotes de mariscal del obispo Ara. Así y todo, el ardoroso guerrero, «representante de una destacada *vita activa*» (Störmer), en un golpe de mano dado en 871 -y lo consignan los Anales de Fulda- fue capaz de robar «644 caballos ensillados y embridados e igual número de escudos», para volver después «alegremente» a los «cometidos misionales» y a continuar la «cristianización» del mundo.

Ya en 893 se dio una nueva campaña contra Moravia. Fue el año en que tuvieron un final desgraciado los hijos de dos margraves, los hermanos Engilscalco I y Guillermo.

El vástago homónimo de Engilscalco, Engilscalco II, había raptado en tiempos a una hija soltera de Arnulfo y había huido con ella a Moravia; mas pronto, recuperado el favor real, de nuevo ejerció de margra-ve en el este. Con ello, sin embargo, se granjeó la enemistad de los grandes de Baviera y, cuando en 893 se presentó candidamente en el palacio de Ratisbona, lo condenaron y le sacaron los ojos, según parece sin el conocimiento del rey. Después de lo cual, cuando su primo Guillermo, temiendo por su vida, se dirigió a Swatopluk, fue decapitado como reo de alta traición. Y cuando un hermano de Guillermo, el conde Rud-berto, huyó a refugiarse junto a Swatopluk, éste lo hizo asesinar alevosamente «con muchísimos otros», con todos sus acompañantes. Fueron confiscadas todas las posesiones de los eliminados en las dos orillas del Danubio y en parte se le otorgaron al abad Snelpero, del monasterio Kremsmünster, uno de los que más se aprovecharon de la tragedia. Arnulfo marchó de nuevo contra el reino del duque Swatopluk, esta vez asociado con los búlgaros, y «devastó la mayor parte...», pero cayó en una emboscada y sólo «con gran dificultad» regresó a Baviera. Y en el monasterio de Emmeram se contaba más tarde que el rey atribuía su salvación a san Emmeram, su patrono.¹⁶

Las incursiones guerreras de los francos en 892 y 893 fracasaron, aunque Arnulfo había atacado cada vez a la Gran Moravia por dos flancos con ayuda de los húngaros y los búlgaros (un viejo procedimiento de «diplomacia política» todavía vigente: dos asociados caen sobre un tercero y después se devoran mutuamente). El poder de Swatopluk se mantuvo incólume.

Pero al año siguiente regresaron los húngaros. Y esta vez sin que nadie los llamase. Y tampoco hicieron la guerra en favor de Arnulfo, sino contra él. «Mataron a todos los hombres y a ías mujeres ancianas, sólo a las jóvenes se las llevaron consigo como ganado para satisfacer su placer y arrasaron toda Panonia hasta la destrucción total» (*Annales Fuldenses*). No sin razón exclama irritado el obispo Liutprando de Cre-mona: «¡Oh ciega tiranía del rey Arnulfo! ¡Oh día desgraciado y do-

loroso! Para humillar a un sólo hijo de hombre toda Europa se vio sumida en miseria y llanto. ¡Oh ciega ambición, que dejaste viudas a tantas mujeres, privaste a tantos padres de sus hijos, arrebataste la honra a tantas vírgenes y la libertad a tantos sacerdotes de Dios con sus comunidades! ¡Cuántas iglesias se vieron asoladas por ti y cuántos territorios habitados devastaste, oh insensata ambición!».¹⁷

Tras el asalto húngaro pareció a los bávaros que era llegado el tiempo de firmar la paz con Moravia. Pero no duró mucho. Y desde luego debido a las miserias internas, como las grandes hambrunas, que precisamente castigaron por entonces a amplios territorios de Franconia oriental. Dos veces, en 895 y 897, las recuerda el analista casi con las mismas palabras: «en todo el territorio de Baviera, de modo que en muchísimos lugares la gente moría de hambre». Pero también en 893 había habido una epidemia de hambre y en 889 la gente, aunque no ciertamente la clase nobiliaria, había sufrido una hambruna gravísima. Para los nobles lo que contó sobre todo fue que en el interin el duque Swato-pluk I, aquella «fuente de toda deslealtad», aquel vampiro sediento de sangre humana, en 894 había terminado «infelizmente su vida», y desde luego no sin conjurar por última vez a los suyos a que «no fueran amantes de la paz» (*Annales Fuldenses*), sino que se mantuvieran enemigos de sus pérfidos vecinos.

Y eso mismo era lo que querían los vecinos.

El rey Arnulfo, sintiéndose, no sin razón, cada vez más fuerte, supo en todo caso lo que tenía que hacer. Para empezar, en el verano de 897 convocó una dieta imperial en el palacio de Tribur, más tarde «buscó el monasterio de Fulda para orar». Después en la residencia real de Salz, junto al Saale, recibió a los embajadores de los sorbios y posteriormente, en Ratisbona, a varios duques bohemios, los cuales solicitaban ayuda contra sus enemigos los moravos, «de quienes por entonces eran oprimidos de la forma más dura, como ellos mismos atestiguaban. El rey y emperador acogió amistosamente a tales duques, les dijo muchas palabras de consuelo y les hizo regresar a su patria contentos y cargados de dones; y todo el otoño de aquel año lo pasó en lugares cercanos al norte del Danubio y del Regen, con el propósito también de estar pronto con sus leales, si el pueblo antes citado necesitaba su ayuda» (*Annales Fuldenses*).¹⁸

Ya se comprende que pronto las cosas tomasen ese rumbo. Porque si bien Mojmir II y Swatopluk II, hijos de Swatopluk, después de la muerte de su padre habían firmado la paz con los francoorientales, pronto no pudieron mantener a nadie bajo su dominio. Ello repercutió también en su paz con los francoorientales, cuya hora pareció haber llegado. Fue tal el odio que estalló entre ambos hermanos, «que si uno de ellos hubiera podido echar mano y adueñarse del otro, con toda seguridad lo habría condenado a muerte» (*Annales Fuldenses*).

Arnulfo, que tomó partido por Swatopluk II, el menor de los hermanos, aprovechó la situación que sin duda Dios le deparaba para arrasarlo a sangre y fuego el territorio de Mojmir y matar a muchos eslavos. Una buena obra cristiana y católica, que realizaron por él los margraves Liut-pold y Aribio, pues también ellos «humillaron con el fuego y la espada..., devastaron y asesinaron» a quienes deberían haber protegido y liberado. Así, el propio Aribio había indisputado a los hermanos entre sí y desencadenó la guerra civil morava con el fin exclusivo de hacer botín.

Y si bien es cierto que Aribio fue alejado por breve tiempo, pronto, sin embargo, fue perdonado por completo y repuesto en su antiguo cargo.¹⁹

Con la soberanía exclusiva de Mojmir empezó también el restablecimiento del «ordenamiento» eclesiástico. Mediante el envío de valiosos dones al papa Juan IX, solicitó el príncipe nuevos obispos para su Iglesia sumida en la orfandad, y pronto los obtuvo. Pero la institución de una Iglesia nacional en Moravia intensificó aún más la enemistad con Baviera, pues la guerra se desarrolló entonces con el mismo encarnizamiento cargado además de motivaciones religiosas.

Ya durante el invierno de 898 irrumpieron en Moravia «los príncipes de los bávaros con sus tropas de forma audaz y violenta», la recorrieron «con un gran tropel de hombres», que devastaron, robaron y saquearon y, en una palabra, «reunieron un botín y con él regresaron a casa». Y de nuevo en el verano de 899 los bávaros invadieron Moravia, «saquearon y devastaron cuanto pudieron» y por segunda vez liberaron al joven Swatopluk y a sus compañeros de la cárcel en que se encontraban y «por compasión» los llevaron consigo, no sin antes haber pegado fuego a la ciudad.

Y ya el año 900 provocaron enormes incendios y estragos durante tres

semanas en Bohemia y en todo el reino de Moravia sin más objetivo que

la destrucción, «y por fin regresaron felices y contentos a su casa»

{*Anna*

les Fuldenses). Pero después hubo tarea suficiente con los húngaros.²⁰

Y también en el oeste hubo turbulencias.

La «figura clave» en la política de la época, el arzobispo Fulco de Reims, vira como una veleta

Tras la deposición de Carlos III y el reconocimiento de Arnulfo de Carintia el gran Estado carolingio se había disuelto definitivamente y en las diversas partes del imperio fue la clase dirigente la que eligió de entre sus propias filas a los reyes de los países sucesores del imperio. Esto recuerda, con todas las diferencias que pueden establecerse, los últimos estertores de la dinastía merovingia.

Dos partidos se combatieron en el imperio occidental, cuyas ofertas de sucesión al trono había rehusado Arnulfo. Lo que impulsó el desa-

rollo de un imperio «alemán» según el acta de 843. El grupo más fuerte coronó al conde robertino Odón de París, hijo de Roberto el Valiente, que era un no carolingio, pues Carlos, el hijo póstumo de Carlos el Tartamudo, todavía no contaba como soberano. La coronación la llevó a cabo el 29 de febrero de 888 en el palacio imperial del Compiègne el joven arzobispo Walther de Sens, que triunfaba por entero en política y del que dependía París como obispado sufragáneo. El rey Odón (888-898), que con ocasión de una incursión guerrera pudo postrarse ante la tumba de un santo, orar «con el mayor fervor» y derramar «muchas lágrimas» (*Annales Vedastini*), llegó a ser, gracias al favor del emperador Carlos el Gordo, soberano de todos los condados (especialmente «belicosos») del Loira, dispuso asimismo de algunas de las abadías más famosas (Saint-Martin de Tours, Saint-Germain-des-Prés, Saint-Denis, Saint-Amand) y contó con el apoyo de una parte notable del episcopado. Prometió mediante documento incrementar con todas sus fuerzas las posesiones de la Iglesia y defender los dogmas de la fe cristiana; y sólo tras esa promesa obtuvo el juramento de lealtad.

El otro partido, que en el propio reino de Odón se alzó contra él, lo capitaneaba el arzobispo Fulco de Reims (883-900) por el mero hecho de que el arzobispo Walther de Sens, un competidor de su propia sede, había ungido rey a Odón.

Fulco, sucesor desde el 883 de Hinkmaro de Reims con el apoyo del abate Hugo, fue un «personaje clave» en la política (Hlawitschka), un prelado que fortificó en Reims la abadía de Saint-Bertin y que también hizo erigir las dos primeras fortalezas episcopales en Omont y Epernay. Pero Fulco fue sobre todo un oportunista clerical del tipo más edificante. Empezó por favorecer al duque Guido de Spoleto, que había sido adoptado por el papa, le llamó a su lado y poco antes de la elección de Odón le hizo coronar rey en Langres por manos del obispo del lugar, Geilo. Éste, que antes había sido seguidor del usurpador Bosón, a quien debía incrementos considerables de sus posesiones, probablemente esperaba ahora otras ventajas de Guido. Y Fulco estaba emparentado con Guido y habría visto con muy buenos ojos a uno de su estirpe portando la corona real de los francooccidentales.

Ante la situación política que se abría ante sus ojos, Guido se resignó y regresó a Italia. Pero tras el fracaso con Guido el arzobispo Fulco se sometió al rey Odón y en la primavera del 888 le prestó juramento de fidelidad. Con vistas a librarse del aislamiento y afianzar su poder, Fulco, todavía en junio del mismo año, durante la dieta imperial celebrada en Frankfurt, buscó a Arnulfo de Carintia y le ofreció la corona de Francia occidental. En tan noble empresa el arzobispo estuvo acompañado por los obispos Dodilo de Cambrai, Honorato de Beauvais, Hetilo de Noyon, el arzobispo Juan de Rouen, que había sido expulsado de su

obispado, y el abate Rodolfo de Saint-Omer y Saint-Vaast. Este último monasterio está en Arras, y en él escribió un monje coetáneo los Anales de Saint-Vaast, los *Annales Vedastini*.²¹

Pero el descalabro de Carlos el Gordo le dio a entender a Arnulfo que el gran *regnum* franco difícilmente podría ser gobernado por un sólo soberano. Y así, no sólo renunció al imperio occidental sino también a Italia y Provenza. Dejó al arzobispo Fulco «sin consejo y consuelo» y en agosto del 888 se encontró con Odón en Worms (tras el triunfo de éste sobre los normandos el 24 de junio en las Argonas). Allí estipuló con él un pacto de amistad y le envió una corona, con la cual Odón se hizo coronar una segunda vez el 13 de novimebre de 888 en Notre-Dame de Reims, en presencia de los embajadores francoorientales -fue una «coronación de afianzamiento»- ja manos del arzobispo de Reims. Fulco!

Pero a más tardar en 892 Fulco también volvió de nuevo las espaldas a Odón, al que había coronado, y se conjuró contra él aliándose entre otros con los obispos de la provincia eclesiástica de Reims, que figuraban entre sus secuaces, como Riculfo de Soissons, Hetilo de Noyon y Herilando de Théroutanne. De fuera de la mentada provincia también se adhirió el obispo Teutbaldo de Langres, que debía a Fulco su prebenda episcopal. Y el 28 de enero de 893 no fue otro que el arzobispo Fulco el que en Reims consagró rey a Carlos III el Simple (893-923), hijo de Luis el Tartamudo, un muchacho que acababa de cumplir los trece años (el sobrenombre se le dio en época posterior). Se trataba ciertamente de un carolingio. el último vástago de la línea francooccidental, y en consecuencia, de un heredero legítimo del imperio. Pero durante cuatro años, desde 888 hasta 892, Fulco había reconocido a Odón como rey legítimo y le había prestado juramento de lealtad... Y ahora leemos: «Y todos se conjuraron contra el rey Odón» (*Annales Vedastini*)²²

Ciertamente que no fue la «legalidad» de Carlos la que convirtió al prelado en su abogado, sino «la manifiesta enemistad y el odio contra Odón». Incansablemente maquinó contra éste y en favor de su protegido. Instigado por Fulco, también el papa Formoso se decantó por el partido de Carlos, pero continuó otorgando el título de rey a Odón. Y después de la Pascua de 893 el cabeza de la Iglesia de Reims marchó con algunas tropas en compañía del joven rey contra Odón. Pero éste les hizo correr, penetró en Francia, devastó, robó, desoló el país, sitió la ciudad de Reims, que Carlos liberó en septiembre de 893 al mando de un ejército poderoso. «Y así son muchos los que pierden la vida por ambos bandos; se cometen muchas violencias y maldades, robos incontables y pillajes continuos» (Regino de Prüm). Y fueron precisamente las iglesias y los monasterios las que por más tiempo y una y otra vez fueron saqueados, asolados y destruidos, y naturalmente por fieles cristianos.

Se llegó después a un armisticio con el que de primeras el arzobispo Fulco buscó ayuda en Arnulfo a favor de Carlos el Simple, toda vez que el arzobispo tomó posición contra Guido; pero más tarde la buscó en Guido, el enemigo más encarnizado de Arnulfo, al que también hizo saber que Arnulfo preparaba contra él una campaña militar. Transcurrido el armisticio, de nuevo en la primavera de 894 Odón plantó sus huestes guerreras ante las murallas de Reims, por lo que el rey Carlos se refugió en Arnulfo, decidido ahora en favor de Carlos y en contra de Odón; pero esto no cambió la situación política en el imperio francooccidental.

Cuando Carlos regresó de Franconia oriental, ya Odón le estaba esperando listo para combatir junto al Aisne, y de repente Carlos se vio abandonado por numerosos condes y obispos. Más aún, cuando en la dieta imperial de Worms de 895 Odón consiguió el reconocimiento de Arnulfo, que ya le había fallado a Carlos, éste por consejo de Fulco, su primer estadista, conectó con Sventiboldo, hijo de Arnulfo, que acababa de encaramarse al trono de Lotaringia. Pero apenas había irrumpido en el imperio occidental para apoyar a Carlos, convenció a algunos de los magnates del mismo para que lo dejaran en la estacada; por lo cual Carlos y el arzobispo Fulco, desconfiando de él, se volvieron secretamente a Odón y llegaron a un entendimiento con él aunque sin poder confiarse. Así las cosas, el arzobispo Fulco recurrió a la mediación del papa Formoso para establecer una alianza con el emperador Lamberto, hijo de Guido, que había fallecido a finales de 894. Mas todo se vino abajo, porque a mediados de febrero el propio Arnulfo se impuso en Roma la corona imperial.

En el imperio occidental el desorden era completo: se asesinaba y se firmaba la paz. para continuar luego con las devastaciones y matanzas. Ni siquiera los príncipes de la Iglesia fueron ya sacrosantos. Ya en 850 fue asesinado el obispo David de Lausanne. En 894 al obispo Theut-boldo de Langres le sacaron los ojos gentes del séquito de Carlos, como eran el duque Ricardo de Borgoña y sus huestes, y el arzobispo de Sens fue encarcelado. En 895 el arzobispo Fulco pudo escapar a uña de caballo en un encuentro no querido con sus enemigos, pero su acompañante, el conde Adelung, cayó en la trampa.

Después de que a comienzos del verano de 896 Odón hubiese conquistado Reims, el obispo local Fulco, hasta entonces decidido partidario de Carlos, se pasó naturalmente al bando del vencedor y, al menos externamente, estuvo de su parte, «obligado por la necesidad», dicen en su disculpa los *Annales Vedastini* «y le dio satisfacción cumplida en todo lo que le ordenó». Carlos huyó, pero al verano siguiente se unió con Odón, que para entonces había enfermado gravemente. Carlos todavía le aseguró mediante contrato un territorio, así como la sucesión en el cargo de rey. Odón murió a principios de enero de 898.

Más tarde Carlos el Simple consiguió «de nuevo el trono paterno» en Reims, convirtiéndose en el único soberano en el imperio francooccidental. Con ello se habían echado las bases para la restauración carolingia en el oeste. Ciertamente que Odón no había dejado ningún heredero; mas para disgusto de la nobleza, siempre demasiado dispuesta para incrementar su poder doméstico, se preocupó por la promoción de la propia estirpe y especialmente a su hermano Roberto -a quien, sin embargo, prudentemente no le legó la corona- le transmitió un importante potencial político: la base para una posición privilegiada de los Robertinos, que en 922/923 Roberto I y en 987 Hugo Capeto supieron aprovechar para hacerse con el trono.

Pero el 16 de junio del 900 el arzobispo Fulco, que para entonces ya había sido elevado a la dignidad de archicanciller, fue golpeado y muerto «en el acto» por un vasallo de Balduino II, conde de Flandes (a consecuencia de una disputa por la posesión de la rica abadía de Saint-Vaast en Arras, que antes había pertenecido a Balduino). Lo cuentan los *Annales Vedastini*. (Algunos años más tarde el obispo Otberto de Estrasburgo fue expulsado y asesinado por sus diocesanos; también Arnusto, arzobispo de Narbona fue asesinado después de haberle sacado los ojos y haberle cortado la lengua y los genitales.)²³

También jugó un papel específico la «tierra medianera» entre el oeste y el este.

Fin del (santo) rey Sventiboldo, o así era entonces la vida en los círculos cristianos más altos

Lotaringia, que a la muerte de Lotario II y en virtud del tratado de Meerssen (870) había quedado dividida entre los francos del oeste y del este, una década después quedaba incorporada por entero, y ahora por el tratado de Ribémont, al imperio francooriental, en el que obtuvo una posición especial. Y así continuó siendo, incluso después en tanto que reino parcial, un territorio propiamente autónomo con cancillería separada bajo los soberanos cambiantes; como paisaje histórico continuó siendo algo de «*Germania*» y de «*Gallia*» o, dicho de otro modo, la «tierra medianera», que para los francoorientales estaba en la Galia, aunque también para los francos de occidente resultaba casi un territorio y un pueblo extraños, el de los «lotarienses». Incluso cuando desde el siglo X perteneció al *regnum teutonicum*, al denominado Sacro Imperio Romano, «no perteneció a Alemania». En cualquier caso así lo afirma Karl Ferdinand Werner.

A resultas del nacimiento en 893 de su hermanastro Luis IV el Niño, único hijo que Arnulfo tuvo de matrimonio legítimo (con la conradina

Ota), el hijo ilegítimo Sventiboldo perdió la segundad de sucesión al trono. Pero en contra de la inicial resistencia, primero de los grandes francoorientales y después de los lotaringios, el rey Arnulfo consiguió en la dieta imperial de Worms (895) que el extramatrimonial Sventiboldo -así llamado por su padrino de bautismo, el duque moravo Swato-pluk (Sventibaído)- fuese reconocido rey de Lotaringia y le hizo ungir según el modelo francooccidental. Iba a ser el último reino lotaringio totalmente autónomo y desde luego constituyó un acontecimiento de grandes consecuencias, al menos en beneficio de la parte alemana.²⁴

El rey Sventiboldo (895-900) gobernó bajo la soberanía feudal de su padre un reino parcial autónomo. Impuso hasta de forma violenta y desenfrenada un régimen agitado y convulso en un territorio que desde Frisia al norte hasta Borgoña y Alsacia estaba castigado por salteadores, bandidos y querellas sangrientas y que él perturbó aún más a medida que pudo disponer de mayor autoridad. Promulgó por su cuenta documentos y leyes, dispuso de la herencia imperial, se mostró independiente incluso en política exterior y no se comprometió en las correrías imperiales. Pero gobernó como de costumbre con asesoramiento episcopal. Su capilla palatina la dirigió el arzobispo Hermann I de Colonia y su cancillería la presidió el arzobispo Tréveris, que durante algún tiempo tuvo sobre él una influencia muy grande. Pero el año 900 los obispos abandonaron a Sventiboldo y se unieron al nuevo rey Luis IV y al imperio francooriental.²⁵

El rey Arnulfo lo había urdido todo gran habilidad, incluso en Lotaringia, donde muy oportunamente hizo pasar a cuchillo al grande nativo, el conde Megingaud de Mayenfeldgau, un sobrino del rey Odón (al que una fuente posterior incluso llama «*dux*»): el conde Alberico lo asesinó alevosamente el 28 de agosto «del año de la encarnación divina de 892» en el monasterio de San Sixto de Rethel. Y el rey Arnulfo entregó a su retoño Sventiboldo el feudo y los cargos de Megingaud. Podría decirse que fue un primer paso para su incorporación. Digamos de paso que el asesino del conde Megingaud, el conde Alberico, fue liquidado cuatro años más tarde «en torno a la fiesta de san Andrés» por el conde Esteban. Y, a su vez, el asesino conde Esteban lo fue cinco años después en un ambiente especialmente romántico «por la flecha envenenada (*sagittae toxicatae*) que alguien le disparó a través de la ventana del aposento, cuando por la noche aliviaba su vientre sentado en el retrete...»²⁶

Así era la vida en los círculos cristianos de la nobleza, así o de modo parecido se hundían, así o de modo parecido lograban o no mantenerse. Pero todo eso y mil cosas más no dejaban de ser minucias frente a los «grandes hechos históricos».

Cierto que en un primer momento tanto los representantes de la Iglesia como de la alta nobleza, los condes Reginar, Odokar, Wigerich y

Richwin permanecieron leales al nuevo rey. Mas pronto Sventiboldo entró en conflicto con las grandes familias feudatarias, especialmente numerosas en Lotaringia (la situación no era nada cómoda, según indican las fuentes a veces entre líneas y a veces de forma más puntual). Y al final también Sventiboldo acabó víctima de la nobleza local.

Primero se enemistó con el clan de los Matfridingos, que tenían su hacienda en las Ardenas; lo constituían los condes de Metz, los hermanos Gerardo y Matfrido. A ellos y algunos otros «nobles», como el conde Esteban, «el año de la encarnación divina de 897» Sventiboldo les retiró feudos y dignidades repartiendo sus tierras o sus posesiones monásticas entre los suyos. «Cuando se quería premiar a un leal o a un pariente, allí estaban las abadías como el mejor regalo» (Parisse). Y, naturalmente, también el rey se apropió de algunos monasterios en Tré-veris y Metz.²⁷

Finalmente Sventiboldo también se malquistó en 898 con quien hasta entonces había sido su consejero y favorito: el conde Reginar I (Cuello largo), el más poderoso de sus grandes, con amplias posesiones entre el Mosa y el Escalda; era nieto del emperador Lotario I y abad laico del monasterio de Echternach en el obispado de Tréveris y de la abadía de San Servacio en Maastricht. El magnate feudal del Mosa llamó en su ayuda a Carlos el Simple, el rey francooccidental, quien, cauto como su abuelo y como él codicioso, avanzó hasta Aquisgrán y Nimega. Cogido enteramente por sorpresa, Sventiboldo huyó; pero con la ayuda del belicoso obispo Franco de Lüttich y de sus tropas y de otros secuaces en el otoño de 898 forzó sin lucha a Carlos a unas negociaciones y regresó a su reino. Y el tratado de paz de St. Goar al año siguiente, firmado bajo la mediación de Arnulfo, aseguró de momento a Sventiboldo la Lotaringia, aunque ya entonces se pusieron las bases, aunque en secreto, para su caída a la muerte del emperador.

Mientras tanto, sin embargo, el poder del rebelde Reginar se mantenía firme. Junto con otros acosados, como el conde Odakar, se había instalado en el lugar fuertemente fortificado de Durofostum o Durfos, sobre el Mosa, con su hacienda, posesiones, mujer e hijo. En dos campañas «con todas sus fuerzas» (Regino de Prüm) no pudo Sventiboldo conquistarlo. Y como los obispos -a los que hasta entonces había favorecido Sventiboldo, pero que acabó desangrándolos en cierta manera por causa del «patrimonio eclesiástico»- no excomulgaron al partido de los rebeldes, como exigía Sventiboldo, sino que más bien se adherían al mismo, su destino y el del reino de Lotaringia habría quedado sellado, aunque no hubiera golpeado «con un bastón en la cabeza y ofendiendo la dignidad sacerdotal» (*Annales Fuldenses*) a su propio archicanciller, el arzobispo Ratbod de Tréveris, quizá durante el último asedio de Durfos.

Los rebeldes agrupados en torno al conde Reginar, así como el alto clero, acabaron exigiendo a Luis el Niño que tomase el poder en Lota-ringia. Pero tras recibir su homenaje en Diedenhofen, Luis regresó de nuevo sin haber expulsado a Sventiboldo. Éste reunió nuevos secuaces, mas el 13 de agosto del 900, en un «encuentro» en el Mosa medio o inferior, perdió el reino y la vida. Sus ejecutores fueron los condes Esteban, Matfrido y Gerardo, a los que tres años antes les había privado de sus feudos. Y a los pocos meses del asesinato del rey, el conde Gerardo tomó también por esposa a la reina Ota como recompensa especial.

Y mientras el conde Reginar, enemigo de Sventiboldo, podía ampliar ahora su poder a las abadías de Echternach y San Servacio en Maastricht y adquirir los monasterios de Stavelot y Malmedy, el eliminado Sventiboldo, con el apoyo del clero, fue alcanzando fama de santidad. Al menos en el monasterio de Süsteren, donde sus dos hijas (habidas de Ota), Cecilia y Benedicta, se sucedieron como abadesas y donde él encontró su último descanso, se le empezó a venerar como santo, sobre todo cuando un diente suyo se demostró repetidas veces milagroso en los dolores de muelas. Y asimismo sus dos hijas, cuyas reliquias también hicieron milagros, fueron veneradas allí como santas.²⁸

En la Italia católica las cosas no iban mejor que en el católico reino franco, y menos aún en la corte papal, sobre la que corrían tiempos cada vez más agitados y turbulentos, con tumultos de la nobleza, crímenes clericales y asuntos sobre los que a menudo ni siquiera logramos for-marnos una idea clara.

2. ARNULFO DE CARINTIA: EL PAPADO E ITALIA

Lujo y crímenes

Las luchas que allí se desarrollaron, tan abundantes en intrigas como en sangre, se comprenden sin dificultad tan pronto como pensamos en la vida holgada y en las riquezas de aquellos prelados -que ya en la antigüedad vivieron así- que nadaban en la abundancia y en un lujo desenfrenado, como el que Gregorovius describe justo a finales del siglo IX. No sólo se reducía a Roma, sino que también afectaba a los obispos de Italia «en la ciudad y en el campo»: «Vivían en residencias suntuosas, que resplandecían de oro, púrpura y terciopelo; comían como príncipes en vajilla de oro; bebían su vino en cálices o cuernas costosísimas. Sus basílicas estaban llenas de hollín, pero sus *obbae* o ánforas barrigudas resplandecían con pinturas. Como en el banquete de Trimalchio, sus sentidos disfrutaban con la vista de bellas bailarinas y con la "sinfonía"

de los músicos. Dormían en brazos de sus concubinas sobre cojines de seda en lechos artísticamente recamados de oro, mientras que sus vasallos, colonos y esclavos cuidaban de su residencia principesca. Jugaban a los dados, cazaban y disparaban con arco. Abandonaban su altar, en el que celebraban misa con espuelas en los pies y con un traductor al lado, y sus pulpitos para montar caballos con guarniciones de oro y monturas sajonas y para dejar volar sus halcones. Cuando viajaban les rodeaba el enjambre de sus cortesanos y lo hacían en carros lujosos con corceles de los que ningún rey se habría avergonzado».²⁹

¿Y no han continuado las cosas durante un milenio del mismo modo o de forma muy parecida?

Juan VIII no había sido aún enterrado, cuando fue elegido su sucesor, Marino I (882-884). Marino (que a veces es designado equivocadamente como Martín II) era hijo de un sacerdote; ya a los doce años había entrado al servicio de la Iglesia romana y más tarde actuó generalmente como legado pontificio (sobre todo en Bizancio contra Fo-cio). Llegó a ser tesorero y más tarde papa, siendo el primer obispo de otra diócesis (la de Caére, hoy Cerveteri) que alcanzaba el papado. Para ello postergó el derecho imperial de confirmación así como los cánones eclesiásticos (en especial el canon 15 del concilio de Nicea) que prohibían el paso de los obispos de una diócesis a otra.

Marino pertenecía al partido de quienes habían sido excomulgados y desterrados por su predecesor, Formoso de Porto, como eran Gregorio y Jorge, que habiendo sido perdonados pronto volvieron a empuñar el timón. Formoso fue restituido de nuevo a su diócesis, el antiguo maestro de ceremonias, Jorge, fue promovido a camarero mayor de la corte y probablemente, aunque esto se discute, el patriarca Focio fue condenado de nuevo.

Poco es lo que sabemos de Adriano III (884-885). Cuando en el verano de 885, tras un breve pontificado, abandonó Roma para ir a encontrarse con el emperador Carlos el Gordo en Worms, sólo pudo llegar a San Cesario del Panaro, en Módena, donde murió repentinamente, quizá de muerte violenta. Existe al menos la sospecha, y curiosamente su cadáver no fue trasladado a Roma sino que lo inhumaron en el monasterio de Nonantula. Pero este santo padre, que en la sequía y la hambruna atormentó a los romanos con duros castigos, fue oficialmente declarado «santo» en 1891. Su fiesta se celebra el 8 de julio.

Pero aunque bajo Adriano III el grupo de los desterrados por el papa Juan aún pudo afianzarse, Esteban V (885-891), que procedía de su círculo más estrecho, se cuidó de su eliminación. Gregorio, el camarero mayor de la corte, que era «muy rico», fue rematado por un compañero curial en el vestíbulo de la basílica de San Pedro «y el suelo de la iglesia, por donde fue arrastrado, quedó enteramente manchado con su san-

gre»; a su yerno, Jorge del Aventino, que era el tesorero papal, le sacaron los ojos, y la viuda de Gregorio fue azotada desnuda y expulsada de Roma. Después de esta superación de sí mismo el arzobispo Fulco de Reims, acomodaticio como ningún otro, felicitó y alentó al nuevo papa para que aplastase definitivamente a los enemigos de la santa sede.³⁰ Aunque ciertamente no se pudiera excluir a tales enemigos, se intentó simplemente adaptarse y trabar amistad con ellos, como lo demuestra el comportamiento de Esteban con Guido de Spoleto. Y se inició un cambio completo en la política papal.

Guido y Berengario, guerra civil en Italia y política oportunista de los papas

Guido II de Spoleto y Camerino había sucedido a su padre Lamberto, naturalizado desde hacía largo tiempo en Italia, conde de Spoleto desde 842, que no estaba emparentado con los carolingios, pero que pertenecía al linaje franco de los Guido-Lamberlinos. Habiéndose orientado en política exterior hacia los francooccidentales y vinculado asimismo con lazos familiares a Toscana y Salerno, se convirtió de hecho en el verdadero soberano de Italia central. Y siguiendo las huellas de su predecesor, buscó sobre todo ampliar su territorio en el sur a costa en buena parte del Estado de la Iglesia y hasta se propuso fundar en Italia una dinastía propia.

Ya Juan VIII, que odiaba a Guido como el enemigo más pernicioso de la Iglesia, había reclamado de continuo la ayuda del emperador Carlos III halagándole y suplicándole «que pusiera fin al mal inveterado». El sucesor, Marino I, se encontró con el soberano (883) en la rica abadía benedictina de Nonantula (en Módena, Italia septentrional), que ya desde sus comienzos se convirtió también en un importante centro político. Guido fue acusado entonces de maquinaciones de alta traición con el griego Basileus y fue expulsado de su ducado. Fue hecho prisionero, pero escapó y en Italia meridional reclutó tropas moras con las que se alió firmemente. El emperador envió entonces contra él a uno de sus partidarios más destacados y pariente suyo: el margrave Berengario, que desde aproximadamente 875 gobernaba en Friuli; pertenecía a la familia de Uruoch y por lo mismo era miembro de la alta nobleza franca asentada desde hacía largo tiempo en Italia. El nielo del emperador estaba estrechamente emparentado con los carolingios por su madre Gisela, hija de Luis el Piadoso, y apoyó a su rama francooriental y sus ambiciones a la corona italiana. Una epidemia en el ejército de Berengario puso pronto fin a la guerra que acababa de estallar; la epidemia se extendió por toda Italia, afectando a la corte y al mismo rey.

Pero Guido pudo afianzarse, a finales de 884 fue indultado por Carlos y a trancas y barrancas pudo regresar a su ducado. Acabó alcanzando tal poder que el papa Esteban V, después de haber solicitado la intervención tanto del emperador griego como del emperador franco, se apoyó en quien por el momento era el más fuerte: el archienemigo de la Iglesia, Guido II de Spoleto. Incluso lo adoptó, como lo había hecho Juan VIII con Bosón, y hasta se lo ganó para una campaña contra los sarracenos, cuya fortaleza de Garigliano Guido tomó por asalto y saqueó. En otra ocasión derrotó en Arpaja al caudillo árabe Arrán con 300 compañeros de armas.

Por otra parte, en enero de 888 Berengario fue coronado rey en Pavía con el apoyo principalmente de los obispos de Italia septentrional, y de hecho sólo gobernó sobre el norte de la península (888-924). Guido a su vez permaneció fuera del país en su empeño por obtener la corona francooccidental; pero tras su fracaso regresó a toda prisa cruzando los Alpes.

Con lo cual en Italia estalló la guerra civil entre los dos príncipes católicos.

Tras su desengaño en Franconia occidental Guido se armó de inmediato contra Berengario; pero en un choque extremadamente sangriento cerca de Brescia (otoño de 888) no consiguió derrotarle. Ambos bandos sufrieron grandes pérdidas y firmaron un breve armisticio, una pausa que sólo sirvió para el ulterior rearme, el reforzamiento y la búsqueda de aliados con vistas al choque inmediato, ocurrido a comienzos del año 889 en Trebia, donde en tiempos Aníbal había derrotado a los romanos. Hubo una matanza espantosa a lo largo de una batalla que se prolongó todo el día y en la que también empuñaron la espada altos eclesiásticos, perdiendo la vida miles de combatientes. Berengario hubo de retirarse y por entonces sólo logró afianzarse al este de Italia septentrional (con el centro en Verona). Entretanto, a mediados de febrero de 889, Guido era proclamado en el palacio imperial de Pavía *senior et rex* por obra principalmente de los obispos del norte de Italia, que «en gran parte eran los mismos que antes habían estado de parte de Berengario» (Dümmler). A cambio Guido hubo de garantizar una vez más la protección de la Iglesia, los privilegios y honores de los prelados y a muchos les favoreció de tal modo que les otorgó todas las posesiones públicas de sus ciudades y hasta les permitió destruir sus fortificaciones.

El papa Esteban V había empezado por apoyar a Guido. Pero pronto dejó de sentirse seguro con el nuevo poder del espoletino, cuyas tierras hereditarias se encontraban en vecindad inmediata. Ciertamente que no se atrevió a enfrentársele abiertamente, pero sus llamadas de ayuda fueron tan habituales como las incontables de sus predecesores. Y así, Esteban ya había pedido al emperador bizantino el envío regular de naves

de guerra, aun negando el reconocimiento al patriarca Focio. El papa había solicitado asimismo la intervención del emperador Carlos III en Italia, donde de todos modos se presentó seis veces. Mas como en el ínterin el monarca había sido derrocado y muerto, sucediéndole su sobrino el rey Arnulfo de Carintia, a comienzos de 890 invitó a éste en forma apremiante «a visitar Roma y San Pedro y a tomar posesión del reino itálico, liberándolo de los malos cristianos y de los paganos que le amenazaban». Pero al rechazar Arnulfo, impedido como estaba por enemigos de dentro y de fuera, la solicitada ayuda no llegó y Esteban se sometió a «los malos cristianos» y el 21 de febrero de 891 coronó a regañadientes emperador en San Pedro (junto con su esposa Agelrude) a quien ciertamente odiaba pero que en aquel momento era el soberano más poderoso de Italia central. Era el primer emperador que no pertenecía a la casa carolingia; no pasaba de ser un potentado italiano particular, aunque pronto consiguió también nombrar rey a su vástago Lamberto que rondaba los quince años.³¹

El papa Formoso corona a los «tiranos» de Italia y llama a Arnulfo para que los combata

Sucesor de Esteban V fue Formoso (891-896), el fundador de la Iglesia búlbara. Implicado en una (supuesta) conjuración contra el emperador y contra Juan VIII y excomulgado por éste en 876, Formoso se había puesto a salvo en el imperio francooccidental y en su prolongación, el ducado de Spoleto. Más tarde, en 878 y después de haberse reconocido culpable, aseguró con juramento al concilio de Troves que aceptaba su degradación al estado laical, que nunca volvería a ambicionar ningún cargo eclesiástico y que jamás volvería a pisar Roma. Hizo este juramento sobre los cuatro evangelios, sobre la cruz de Cristo, las sandalias del Señor y las reliquias de los apóstoles, reforzándolo además con su firma... ¡y el 6 de octubre de 891 se convertía en papa! Tan capaz como ambicioso, seguro que no acariciaba una ambición mayor; pero como casi todos sus predecesores desde hacía mucho tiempo se declaró indigno. Y sus electores debieron de arrancarlo por la fuerza del altar de la iglesia episcopal de Porto, al que se mantenía abrazado. Hay que decir, sin embargo, que Marino I lo había desvinculado del juramento y lo había repuesto como obispo de Porto. También Marino pertenecía, como Formoso, al partido que se había hecho con el poder mediante el asesinato de Juan VIII.

Ya al comienzo de su pontificado lamentaba Formoso las «herejías» y divisiones en la Iglesia. Su principal enemigo fue el diácono Sergio, que luego sería papa tristemente célebre, partidario de los espoletinos o

de la facción nacionalista, mientras que Formoso, cuya comparsa había encontrado refugio en Spoleto bajo el pontificado de Juan VIII, recurrió a Arnulfo y a su protegido Berengario. De todos modos, bajo la presión de las circunstancias Formoso reconoció a Guido de Spoleto, el tirano de Italia, según reconocen los cronistas francoorientales, y aunque siempre renuente, repitió su coronación imperial el 30 de abril de 892 en Ravena y al tiempo coronó como coemperador a Lamberto, hijo de Guido. Y como siempre, las posesiones y los privilegios papales fueron refrendados con un *pactum*. Pero cuando Guido hubo derrotado una vez más a Berengario y siguiendo la vieja costumbre había secularizado patrimonios del Estado de la Iglesia y cuando parecía que su poder no hacía más que crecer, en el verano de 893 Formoso envió legados al rey Arnulfo con el ruego apremiante, una vez más, de que arrancase el reino de Italia y la herencia de san Pedro «a los malos cristianos», es decir, al «tirano» Guido: «*ut italicum regnum et res sancti Petri ad suas manus a malis christianis eruendum adventaret*» {*Annales Fuldenses*)³²

La toma de Bérgamo, o cómo una misa matinal siempre da fuerza

Arnulfo empezó por poner en marcha a su hijo Sventiboldo. Junto con Berengario, éste se enfrentó durante tres semanas ante las murallas de Pavía a Guido, sin esforzarse gran cosa y regresando después, supuestamente sobornado por Guido. Entonces siguió Arnulfo personalmente. En enero de 894, en pleno invierno (todavía en marzo mueren de frío en muchas regiones de Baviera vides, ovejas y abejas), cruzó los Alpes densamente nevados, es probable que por el Brénnero, al frente de un poderoso ejército. En Verona volvió a reforzarse con tropas de Berengario y, «en torno a la Purificación de santa María» (2 de febrero), tras la celebración de la santa misa «al alba», mandó tomar por asalto y en dura lucha la ciudad de Bérgamo, emplazada en alto, y «con la inspiración de Dios» (*Annales Fuldenses*) logró conquistarla. El suceso mereció gran atención de los cronistas coetáneos y de los historiadores de la Edad Media, en buena medida por las muestras de amor al enemigo que allí se dieron.

En efecto, los combatientes de Arnulfo (entre los que figuraban, según consta, el arzobispo Hatto de Maguncia, el obispo Waldo de Frei-sing y el obispo de Neutra, canciller Wiching), fortalecidos con la santa misa, ejecutaron, incluso después de la conquista, a todos los cristianos destacados. A este respecto escribe el obispo Liutprando de Cremona: «Los sacerdotes de Dios fueron atados y arrastrados, las vírgenes consagradas fueron violadas y las casadas fueron mancilladas. Ni siquiera las iglesias pudieron brindar asilo a los que huían, pues en las mismas se

celebraron orgías, exhibiciones indignas y bacanales. ¡Horror espantoso! Hasta hubo mujeres que públicamente se entregaron allí a la lascivia». Y todo ello con la asistencia de los muy venerables señores de Maguncia, Freising y Neutra. Pero una misa matinal siempre da fuerza.

Arnulfo mandó colgar de un árbol, armado por completo, al conde Ambrosio, partidario de Guido, así como a un clérigo llamado God-frido, armado asimismo. En cambio, hizo entrega del obispo Adalberto de Bérgamo al prelado de Maguncia, que naturalmente no le tocó ni un pelo. También Arnulfo se reconcilió rápidamente con el pastor eclesiástico del lugar y ya el 1 de enero de 895 le confirmó todas las posesiones de su Iglesia; también pasaron a manos del prelado bergamasco las tierras del conde Ambrosio de Bérgamo, estrangulado *ante portas*³³

Pero Arnulfo sólo llegó hasta Lombardía.

Cierto que ya en Milán había datado un documento según «el año primero del gobierno alemán en Italia». Pero varios magnates del país, cuya ambición de grandes feudos el rey no satisfizo, se alzaron contra él pese al juramento de fidelidad que le habían prestado. Y contó sobre todo el hecho de que su ejército estaba muy debilitado por la marcha en lo más severo del invierno, la escasez de víveres y las enfermedades. Por todo ello, en marzo de 894 dio la vuelta en Piacenza. Al sur del Po gobernaba el emperador Guido, «el tirano del reino de Italia» (*Annales Fuldenses*), que justo cuando se disponía para marchar de nuevo contra Bérgamo, durante el invierno del mismo año, sucumbió repentinamente a un vómito de sangre junto al río Taro, en Parma. Le sucedió en el gobierno su hijo Lamberto, que ya compartía la realeza desde 891.

En la Pascua de 892 el papa Formoso había ungido coemperador a Lamberto en Ravena y mucho más tarde todavía anunció solemnemente que nada le separaría de su «hijo queridísimo», por el que alimentaba sentimientos paternos. En realidad quería librarse casi a cualquier precio de la garra de los Guidos. Y así envió también muy pronto -cosa que irritó en sumo grado al partido espolentino- una embajada al rey Arnulfo, al que de nuevo instó de palabra y mediante el escrito que llevaba consigo para que prestase su ayuda al santo padre, pues ya su predecesor nada había deseado con mayor vehemencia que el derrocamiento de los espolentinos.³⁴

Arnulfo sitia Roma, allí hace rodar cabezas y se convierte en el primer antiemperador francoalemán

Tras consultarlo con los obispos Arnulfo se decidió a emprender una nueva marcha sobre Roma.

En diciembre de 895 sometió la Lombardía. Y tras una marcha ex-

tremadamente penosa por la violencia de las tormentas y los aguaceros y la terrible mortandad de los caballos -por primera vez «se ensillaron entonces los bueyes a la manera de los caballos»- a través de Toscana, en febrero de 896 se presentó a las puertas de Roma. Pero los espoleti-nos y la valerosa viuda de Guido, la emperatriz Agelrude (hija del duque Adelchis de Benevento, que en tiempos había hecho prisionero a Luis II con un golpe de mano), sorprendentemente cerraron las puertas, poniendo la ciudad en estado de defensa.

Ello dio ocasión al primer asedio de Roma por un rey francoalemán. Y de nuevo estuvo allí el Señor. Cuentan los cronistas francoorientales que todos asistieron a la celebración de la santa misa, confesaron sus pecados, juraron «con lágrimas» lealtad a Arnulfo y «por inspiración de Dios», es decir, «con la aprobación del supremo sacerdote», llevaron a cabo el asalto de la ciudad santa a la primera acometida con la ayuda de san Pancracio, como creyó Arnulfo (que después dedicó al santo dos capillas, en Roding y en Ranshofen). Agelrude desapareció con toda discreción. Más aún, los asaltantes conquistaron Roma «por designio divino, sin que en el bando del rey cayera ni uno sólo de los soldados de su gran ejército». En cambio, en el bando contrario rodaron cabezas ya en la misma entrada. En cualquier caso cuenta el obispo Liutprando que Arnulfo «para vengar la violencia inferida al papa mandó decapitar a una multitud de romanos ilustres, que salieron corriendo a su encuentro».

A pesar de todo no faltaron las cruces procesionales, las banderas y los cantos de júbilo. Y en una procesión festiva marcharon a San Pedro, donde el papa Formoso, renegando de Lamberto, a quien él mismo había coronado emperador, coronó como emperador a Arnulfo, el «Bastardo», convirtiéndolo en el primer antiemperador francoalemán.

Arnulfo sólo permaneció dos semanas en Roma. Después, a comienzos de marzo, marchó a la conquista de Spoleto tras numerosas muestras de simpatía y provisto a su vez de muchas reliquias, los tesoros más valiosos del papa, con los que ya había abastecido a otros. (Por ejemplo, al influyente Hatto de Maguncia con la supuesta cabeza y un miembro de san Jorge, a los que Hatto levantó una iglesia propia en Reichenau. ¡Allí tenían también una reliquia del evangelista Marcos, autenticada públicamente por el obispo de Constanza! Y eso que había llegado al monasterio en 830 por mediación del obispo Ratoldo de Verona bajo el nombre de «Valens». Anotemos que Jorge, uno de los «dioses militares» cristianos, entró según todas las apariencias en el puesto de un dios árabe, el belicoso Teandrito; además, «san Jorge» fue probablemente un «hereje», es decir, un arriano, que sólo la leyenda convirtió en católico.)

Mas pese a la enorme bendición de las reliquias Arnulfo fue víctima

de una grave parálisis antes de lograr su objetivo. Como su padre, Car-lomán, sufrió un ataque de apoplejía, la enfermedad hereditaria de la familia, y la campaña que tan victoriosamente había empezado acabó casi como una huida.³⁵

Mueren el emperador Arnulfo y el papa Formoso

Mientras que el partido espoletino rápidamente volvía a hacerse con las riendas en Roma, el rey regresaba tocado a Ratisbona, donde aún vivió cuatro años minado por la caquexia progresiva. Y hasta el final, hasta un año antes de su muerte, él que tantos «bastardos» había puesto en el mundo, se vio atormentado por los celos, pues se divulgó el rumor «de un crimen de la reina Ota inaudito desde hacía mucho tiempo»: se decía que «había entregado su cuerpo en una unión adúltera y plebeya». Sólo 72 conjurantes pudieron probar ante un tribunal lo infundado de tan monstruosa sospecha.

Por lo demás no fue el único recelo que atormentó al soberano enfermo de muerte y que murió el 8 de diciembre de 899 rondando los 55 años: el recelo de que sus médicos le hubieran dejado baldado. Uno de ellos huyó y se ocultó en Italia; otro, un cierto Gramán, fue decapitado por ello en Otting. Y «una mujer de nombre Rudpure, convicta mediante una investigación segura de haber sido la instigadora de este crimen, murió en la horca en Aibling» (*Annales Fuldenses*), según parece, en el palacio real de Aibling en Rosenheim, donde ocasionalmente Arnulfo había celebrado «la Navidad del Señor» antes de morir «de la enfermedad más vergonzosa», como apunta Liutprando de Cremona. «En efecto, fue atormentado hasta límites extremos por gusanos pequeños, llamados piojos, hasta que entregó su espíritu. Y se afirma que tales bichos de tal modo se multiplicaron en él, que ningún remedio médico pudo proporcionarle ayuda alguna.»³⁶

Tras la retirada de Arnulfo, de nuevo Lamberto, con ayuda de su enérgica madre, gobernó grandes territorios de Italia, cuyo reparto concertó con Berengario en el otoño de 896. Fue también el año en que Lamberto hizo ejecutar al rico conde Meginfredo de Milán y mandó sacar los ojos a un hijo y al yerno del mismo. Y seguramente que también el papa Formoso lo habría pasado mal entonces, después de su traición de los espoletinos, de no ser que a las pocas semanas de la partida de Arnulfo de Roma, el 4 de abril de 896, moría víctima de una enfermedad o del veneno.

Su sucesor, Bonifacio VI (abril de 896), hijo de un obispo llamado Adriano, era un hombre, según se rumoreaba, con un pasado oscuro y a quien el papa Juan VIII había degradado dos veces de su estado clerical.

Según parece una revuelta popular lo habría puesto tumultuariamente sobre la santa sede. Pero sólo durante 15 días, pues «según se cuenta» murió de podagra, (que como se sabe es la gota del pie y «especialmente de los pulgares»: Duden). Y el sucesor de Bonifacio se mantuvo un buen año, que en realidad fue muy malo y en cualquier caso curioso en extremo, pues el enemigo jurado de Formoso pronto embelleció su pontificado con un acto singular, con el que sin duda entró para largo en la historia, que ciertamente abarca todos los actos, aunque con preferencia los criminales.³⁷

El sínodo fúnebre, una pieza cómica y macabra de rango papal

Esteban VI (896-897), que también era hijo de un sacerdote, reconoció primero al emperador Arnulfo, pero cuando el emperador Lamberto de Spoleto volvió a adueñarse de Roma, se pasó al bando de éste, que en mayo de 898 volvió a obtener el refrendo explícito del gran sínodo de Ravenna. Pero entre tanto Esteban, como criatura de la casa de los es-poletinos, llevó a cabo su venganza de Formoso. Pese a que el propio Formoso le había consagrado obispo y pese a haberse cambiado a la sede romana en contra del derecho canónico, Esteban hizo entonces un proceso en toda forma al papa difunto.

El que había sido inhumado nueve meses antes, y ya en avanzado proceso de descomposición, fue entonces sacado de la tumba por los partidarios de los Guidos, revestido de los ornamentos pontificales y en enero de 897 sentado en la llamada silla apostólica de San Pedro ante el «sínodo del cadáver». Durante tres días se celebró el juicio en toda forma contra la momia engalanada; los tres acusadores fueron los obispos Pedro de Albano, Silvestre de Porto y Pascual (de una sede episcopal desconocida), mientras que el defensor de oficio fue un diácono, que estuvo a su lado y que con voz temblorosa fue respondiendo a los acusadores, aunque naturalmente de forma insatisfactoria.

Se inventaron algunos pretextos; al medio putrefacto se le reprochó la violación de un juramento, del que ya antes le había liberado el papa Marino I. Se le acusó de ambición desmedida del papado, cosa que por supuesto también habría podido reprocharse a incontables papas (y a otros prelados). Le echaron en cara el paso de Porto a Roma, de un obispado a otro, generalmente prohibido según una tradición antigua, aunque en ocasiones se había permitido. En efecto, su terrible juez, el papa Esteban VI, había realizado personalmente dicho traslado al cambiar su sede episcopal de Anagni por la de Roma. (Pero si todas las consagraciones de Formoso fueron inválidas, también lo habría sido la

consagración de Esteban como obispo de Anagni oficiada por Formoso ¡y para que no volviera a darse ningún otro traslado Esteban VI se sentaba con todo derecho en el trono papal!)

Lo más sorprendente de todo el asunto, que recuerda una pesadilla en el escenario de una clínica psiquiátrica, quizá no lo sea tanto el proceso en sí, la ocurrencia de un santo padre corroído por un odio apenas creíble, cuanto el hecho de que toda una asamblea episcopal, y fuese o no respetable, asistiera durante tres días a aquel gabinete de horror. ¡Como tampoco tiene relevancia alguna en este marco que Formoso fuese o no fuese un bandido! A la humanidad en efecto se le puede ofrecer todo, en especial a la creyente...

Al final de la comedia macabra -calificada por las fuentes como «espectáculo estremecedor», como «sínodo horrendo» (*horrenda synodus*)~ se declaró depuesto a Formoso, se declararon inválidas las consagraciones por él realizadas, se suscribió el decreto correspondiente, se le maldijo y se ordenó consagrar a todos los consagrados por él. De acuerdo con el protocolo se le arrancaron al cadáver las vestiduras papales hasta dejarle sólo una camisa, se le envolvió en unos andrajos laicales, se le cortaron un par de dedos de la mano derecha, los dedos del juramento o de la bendición, y entre gritos y risotadas se le arrastró bárbaramente por la iglesia y por las calles. Finalmente, y entre los gritos de protesta de la muchedumbre congregada, se le arrojó a una cueva donde se soterraba a extranjeros innominados y después, luego de haberlo desenterrado otra vez, lo tiraron desnudo al Tíber... precisamente en un momento en que la antigua basílica de Letrán se derrumbaba y los romanos revolvían durante un año los montones de escombros en busca de tesoros.

Tampoco el papa Esteban sobrevivió mucho tiempo al proceso. Aquel mismo año de 897, en julio, fue depuesto en medio de una sublevación popular, tras la cual estaban sin uña el partido francooriental de Roma y los secuaces de Formoso (también debieron de contar algunos milagros supuestamente obrados por su miserable cadáver), se le arrancaron sus insignias, lo arrojaron en una prisión monástica y lo estrangularon... para más tarde honrarle con un suntuoso epitafio.³⁸

Formosianos y antiformosianos

Durante décadas continuaron combatiéndose en Roma formosianos y antiformosianos, incluso en el campo literario, con ataques y apologías.

En el mismo año de la muerte del papa asesinado se sucedieron los brevísimos pontificados de Romano y Teodoro II. Antes de morir aún pudieron rehabilitar a Formoso en aquellos días turbulentos. Romano, hermano del papa Marino y partidario de Formoso, declaró nulas todas

las resoluciones del espectáculo del cadáver. Sólo estuvo en el cargo cuatro meses y no sabemos casi nada de su pontificado. Según una edición revisada del *Liber Pontificalis* «después se hizo monje», lo que equivale a decir que estuvo custodiado en un monasterio.

Y Teodoro II, que a finales del otoño de 897 gobernó sólo veinte días, en una asamblea eclesiástica romana anuló por segunda vez todas las disposiciones del concilio del cadáver, reconoció las consagraciones de Formoso, mandó quemar los documentos de deposición de Esteban VI y sepultó con los máximos honores los restos de Formoso hallados por los pescadores del Tíber (o por algunos monjes), ante los cuales, cuando estaban en el sarcófago, hasta algunas imágenes de santos de San Pedro «se inclinaron reverentes. Esto lo he oído yo repetidas veces de algunas personas muy temerosas de Dios en la ciudad de Roma», asegura el obispo Liutprando sin pestañear. Ignoramos el día exacto en que Teodoro II inició su pontificado, el día de su muerte y la causa de su temprana desaparición.³⁹

Los enemigos de Formoso hicieron entonces papa al obispo Sergio de Caére (hoy Cerveteri), conde de Tusculum. Pero antes aún de su consagración, una lucha callejera -con ayuda de Lamberto de Spoleto, a quien Formoso coronó emperador en 892- eliminó a Juan, el candidato de los formosianos al ambicionado trono, que el antipapa Sergio sólo pudo ocupar en 904. Mientras que éste, con sus hordas violentas ahuyentadas, se hallaba en Tuscia bajo la protección del margrave local Adalberto, dispuesto en cualquier ocasión a caer sobre Roma, Juan IX (898-900), un abad benedictino de Tívoli ordenado sacerdote por Formoso, excomulgó a los sergianos.

Juan IX mandó condenar una vez más el sínodo del cadáver por mediación de un concilio convocado en Ravenna. Por una parte los clérigos consagrados por Formoso y expulsados por Esteban VI fueron repuestos en sus denominadas dignidades, por otra parte, el peón de brega de Esteban VI en la profanación del cadáver de Formoso fue expulsado de la Iglesia. También fue excomulgado y depuesto el presbiterio Sergio, que en diciembre de 897 fue elegido antipapa opuesto a Juan IX, aunque en 904 se convirtió en papa legítimo.

Por desgracia el capítulo 7 del sínodo de Ravenna ordenó quemar las actas del sínodo del cadáver. Pero aquella Iglesia siempre ha gustado de quemar: hombres, casas de Dios, escritos; sobre todo, y de una manera sistemática y temprana, los tratados de los «herejes», aunque tampoco perdonó a los textos de los paganos y de los judíos. Y hasta notarial-mente documentó las propias infamias, por ejemplo las actas del concilio de Rímini en 359, las del concilio de Éfeso en 449 y las del concilio de Constantinopla en 867. Y por supuesto el quemar nunca fue prohibido en la comunidad de los santos. Por el contrario, el capítulo 1

de la asamblea de Ravenna prohibió, y el hecho resulta bien elocuente, que en adelante se citase a los muertos ante un tribunal.⁴⁰

Mueren el emperador Lamberto y el emperador Arnulfo; los húngaros invaden Italia septentrional

Por lo demás, Juan IX colaboró con el joven Lamberto de Spoleto, cuando su protector llegó también a papa. Así, declaró la coronación imperial de Lamberto como legítima «por tiempo eterno», en tanto que la de Arnulfo la rechazaba por entero como «bárbara» y obtenida del papa «mediante engaño». Y trabajó para él tanto más gustosamente cuanto que Lamberto no sólo mandaba sin discusión sobre la mayor parte de Italia sino que además Arnulfo languidecía en Alemania impotente y enfermo de muerte. Y es que desde el siglo IV al XX, desde san Constantino I hasta Hitler, la historia de la salvación marcha al compás de la historia de los vencedores.

El mismo concilio que anulaba las actas del sínodo del cadáver declaraba también nula la coronación del «bárbaro» Arnulfo. Por el contrario, según parece también en Ravenna se hicieron algunas concesiones al emperador Lamberto, supuestamente presente en el concilio, a cambio de las cuales debía garantizar los privilegios de Roma, y en especial sus posesiones territoriales. En no menos de media docena de cánones exige el papa la devolución de los bienes inmuebles enajenados a la santa sede, sus derechos, sin que se olvide tampoco de amenazar con la excomunión a cuantos se nieguen a pagar el diezmo. Para los jerarcas los bienes y propiedades son santos y por lo general lo más sacrosanto (aunque para «cínicos» como nosotros naturalmente nada hay santo).⁴¹

Pero el emperador Lamberto, joven, bien dotado, hermoso, murió repentinamente a mediados de octubre durante la caza del jabalí en la región del alto Po, probablemente por una caída del caballo. Aunque el obispo Liutprando de Cremona nos engaña, según confirman otras fuentes antiguas, fingiendo que fue un accidente, cuando en realidad el emperador habría sido asesinado. En Marengo, en un bosque «de inusitada grandeza y belleza, especialmente adecuado para la caza», le habría matado durante un breve descanso su acompañante Hugo, hijo del conde milanés Maginfredo, ejecutado por Lamberto, para vengar la muerte de su padre, y así lo confesó más tarde. El obispo Liutprando escribe: «No temió la condenación eterna, sino que aplicando todas sus fuerzas y ayudándose de una rama fuerte rompió el cuello al que dormía. Pues de matarle con la espada temía que el veredicto público no le había presentado más que como el culpable del crimen».

Como a finales del año 899 también el emperador Arnulfo sucumbía

a una enfermedad en Ratisbona, Berengario de Friuli, viejo enemigo de Lamberto, intentó entonces hacerse con la corona itálica. Pero a finales de septiembre del mismo año sufrió junto al Brenta una sangrienta derrota a manos de los húngaros, en la que también cayeron muchos prelados. Y el obispo Liutvardo de Vercelli, antiguo archicanciller de Carlos el Gordo, fue a su vez muerto en la huida cuando escapaba con sus tesoros, «unos tesoros incomparables que excedían toda medida» (Re-gino de Prüm), y que él naturalmente quería salvar de los húngaros.

Fue la primera incursión de los magiares en «la desgraciada Italia». Nos la ha transmitido Liutprando, que describe ampliamente la ofensiva poniendo repetidas veces de relieve lo gigantesco e inmenso del ejército de los invasores, aunque después sorprendentemente dice que Berengario les opuso otro tres veces mayor. De ese modo también los húngaros fugitivos tomaron la decisión -ciertamente inútil- de ofrecer a los cristianos a cambio de su retorno a casa la devolución de todo su botín además de la indemnización. Y duramente acosados y perseguidos a través de los amplios campos de Verona hasta el Brenta y atormentados por el gran agotamiento de sus caballos y por el miedo, pronto hicieron una nueva oferta: la entrega de todos sus efectos, prisioneros, armas, caballos; a cambio de escapar únicamente con vida prometieron no volver jamás a poner pie en Italia y a dejar incluso a sus hijos como rehenes. Pero «en el acto» recibieron un nuevo desaire, muy cristiano: «Si de gentes que están en nuestro poder y que ya son como perros muertos aceptásemos recibir como un regalo lo que ya se nos ha entregado y pactar con ellos un. acuerdo, el demente Orestes juraría que habíamos perdido el juicio».

De hecho lo habían perdido. No sólo eran prepotentes, también estaban desunidos; muchos deseaban abiertamente, más que el sometimiento de los paganos, el de ciertos cristianos, para tras la muerte de los mismos «gobernar solos y en cierto modo sin limitaciones».

Mientras tanto los húngaros tendieron una emboscada a los cristianos en tres puntos, con el valor de la desesperación marcharon directamente a través del río, irrumpieron en medio de las sorprendidas tropas de Berengario «y los paganos se entregaron a su placer asesino...». Menos un resto miserable todo el ejército cristiano pereció y la llanura del Po se vio inundada por los vencedores.

Cómo, por obra del obispo de Verona, Luis III se convirtió en Luis el Ciego

En febrero de 901 el papa Benedicto IV (900-903) coronó emperador al joven Luis III de Provenza (890-928). El hijo del rey de Borgoña

Bosón y de Irmingarda, a la vez que nieto del emperador Luis II, el año 900 fue llamado al país por los partidarios del emperador Lamberto, fallecido en 898, contra Berengario I. En Pavia fue elevado a *rex Italiae* e inmediatamente después fue recibido amistosamente en Roma y coronado por Benedicto IV. En efecto una parte notable de la nobleza y de los obispos envidiaba la corona de Berengario y evidentemente se sintió desengañada por su derrota contra los húngaros y por su pacto posterior con ellos.

Por lo demás, el emperador Luis III no pudo ofrecer resistencia a Berengario, porque los grandes de Italia septentrional pronto volvieron a apoyarle. Mediante el juramento de que no regresaría más a Italia compró Luis ya en 902 la retirada a través de los Alpes, aunque tres años después cedió a una nueva invitación y Berengario, que de primeras había tenido que huir a territorio bávaro, y después también con ayuda militar bávara mediante un golpe de mano en Verona (905), cayó en la trampa, y todo parece indicar que no sin la intervención del obispo del lugar.

Victorioso, Luis había ya licenciado su ejército y, según refiere el abad Regino, «debido a una invitación del obispo Adalardo de Verona se encaminó a la mentada ciudad con un acompañamiento muy pequeño. Pero los ciudadanos se lo comunicaron con la mayor rapidez a Berengario, que por aquel tiempo vivía como desterrado en Baviera. Éste marchó sin vacilar a Verona con tropas, que había reunido de todas partes, se adueñó con astucia del incauto varón y en la prisión le privó de la luz de los ojos».

«Durante el tiempo nocturno» abrieron las puertas de la ciudad a Berengario; a Luis III, cegado y que ciego sobreviviría casi un cuarto de siglo con el sobrenombre de «el Ciego» y, en la práctica, incapaz de gobernar, se le envió a Provenza, y a un sacerdote llamado Juan «Calzón corto» se le decapitó como cómplice. En 915 el propio Berengario llegó a ser emperador, mas para entonces en Italia no era más que un título honorífico y el cargo no pasaba de ser una farsa.⁴²

Todas las luchas aquí indicadas por el «*regnum Italicum*» reflejan el derrumbamiento de la dinastía carolingia. Todas aquellas campañas, conjuraciones y golpes de mano los llevaron a cabo representantes de las grandes familias francas que se declaraban católicos, los llevaron a cabo Arnulfo, Guido, Lamberto, Berengario, Luis el Ciego. Y todo ese hundimiento de la realeza carolingia tuvo como consecuencia un crecimiento continuo del poder episcopal, ¡como ya antes el ascenso de los reyes carolingios y como antes aún el ascenso y el fracaso de los reyes merovingios!

A todos sobrevivió el parasitismo perpetuo de la Iglesia. Donde otros se hundieron ella prosperó como siempre; y eso ocurrió también

en esta época: mediante el otorgamiento de inmunidades, mediante el traspaso del poder de los *missi* imperiales (bajo Carlos el Calvo), mediante la acumulación de posesiones. Así, por ejemplo, bajo el gobierno de Guido ya el obispo de Módena se convirtió en el señor efectivo de la ciudad. Asimismo los prelados de Cremona, Parma, Piacenza y Mantua de hecho camparon por sus respetos, disponiendo sobre la autoridad de los condes y sobre la captación de impuestos. Berengario, cuyos archi-cancilleres fueron los obispos Adalardo de Verona y Arding de Brescia, hizo todo tipo de concesiones a las iglesias por amor a los santos (y por la salvación de su alma). Y bajo Lamberto aún se incrementaron las grandes concesiones al clero. Las ciudades episcopales precisamente casi escaparon al influjo económico y administrativo de la realeza, cuyo poder fue también disminuyendo en consecuencia. «Anarquía, ausencia de derechos e inseguridad jurídica constituyen la nota característica de la época, crecen en el suelo de la estructura feudal de la sociedad, favorecidas por la debilidad y el cambio constante del poder central...» (L. M. Hartmann).⁴³

Pero si el poder central era fuerte, asimismo se aprovecha la *Ecclesia*, eternamente oportunista. Y si el poder central era débil, el que se aprovechaba sobre todo era el clero eternamente ambicioso de poder, como lo enseña también la historia bajo el gobierno del hijo y sucesor del emperador Arnulfo.

CAPÍTULO 3

EL REY LUIS IV EL NIÑO (900-911)

«Pero el niño siempre enfermizo no pudo llevar a cabo un gobierno autónomo. La soberanía pasó a la nobleza y al episcopado. Los consejeros *decisivos fueron* el arzobispo Hatto de Maguncia y el obispo Salomón de Constanza.»

ALOIS SCHMID¹

«De la actividad de los príncipes laicos en el gobierno imperial nada dicen los analistas.»

SCHUR²

«En esta época totalmente corrompida se cometieron muchas *infamias en la Iglesia y se cometerán otras...*»

ABAD RECINO DE PRÜM³

A la muerte del emperador Arnulfo fue proclamado oficialmente rey, en Forchheim el 4 de febrero de 900, su único hijo legítimo, Luis, que sólo contaba seis años y que en la lista de reyes francoorientales germánicos figura como Luis IV (893-911). Es la primera coronación real segura en la historia francooriental germana. Ya en 897 Arnulfo había obligado a los grandes del imperio (excluidos los magnates de Lotaringia autónomos desde 895) a que aceptaran bajo juramento la sucesión de Luis, cuyo gobierno por lo demás sólo podía ser nominal. Y al mes siguiente también le prestó vasallaje la aristocracia lotaringia, aunque sólo con la esperanza de la mayor autonomía posible.

Esa autonomía la esperaban también otros, sobre todo cuando la creciente actividad de una nobleza cada vez más consciente de su propia fuerza, sus feroces querellas, luchas y rivalidades se prestaban a la pesca en río revuelto. Por lo demás en la lucha por la dirección de unas pocas familias nobiliarias que continuaban subiendo, otras famosas quedaron eliminadas, especialmente en Franconia y en Lotaringia.⁴

Luis IV el Niño, la marioneta del clero

Aunque ya el padre de Luis IV, el rey y emperador, había colaborado estrechamente con la Iglesia, aunque ambos habían afianzado su poder en la lucha con la alta nobleza, ahora fueron los prelados casi en exclusiva los que gobernaron en nombre del menor de edad Luis, pupilo de los sacerdotes. A lo largo del siglo IX se habían ido haciendo cada vez más poderosos y ahora, al no verse ya coartados por ninguna realeza fuerte, empuñaron ansiosos el timón del imperio.

Cierto que el pequeño rey, que muy pronto en la historiografía recibió el sobrenombre de «el Niño» (*infans, puer, adolescens*), sólo de una forma puramente externa constituyó el epicentro, agrupándose a su alrededor la vida estatal y celebrándose también en su nombre el ritual tradicional de las dietas imperiales: para el 901 en Ratisbona, para el 903 en Forchheim, para el 906 en Tribur. Y al igual que Luis en las autoriza-

ciones, también trazaba de su propio puño el rasgo ejecutorio en el monograma real. Pero el muchacho, por añadidura siempre enfermizo, nunca consiguió un gobierno personal. Y hubo también algunos magnates «próximos al rey», como los Conradinos, parientes del joven rey por línea materna, o el margrave bávaro Liutpoldo, un pariente paterno más lejano, que determinaron la política imperial sobre todo como representantes del clero. Fue «un gobierno puramente episcopal» (Nitzsch). «De la actividad de los príncipes laicos en el gobierno imperial nada dicen los analistas» (Schur). Y también entre los «intervenientes», los «medianeros», es decir, aquellos altos cargos por cuyo consejo, recomendaciones e insinuaciones el rey Niño confería derechos, otorgaba propiedades e intercambiaba bienes realengos, se encontraban en primer término los funcionarios eclesiásticos.

Ya se comprende que también los miembros de la grandeza laica revolvieron en la corte, no siendo ciertamente de los que menos el conde Conrado de Lahngau el Viejo (padre de Conrado el Joven, que luego sería el rey Conrado I) y su hermano Gebhardo. Surgió de hecho un régimen aristocrático más poderoso, unos poderes particulares en frecuente competencia de los que salieron duques y ducados; pero justamente por encima se dio entonces una regencia de prelados. Los obispos acompañaron entonces todos los pasos del joven regente, y no ya como simples marionetas. Y a diferencia de muchos magnates civiles estuvieron también presentes en todos sus viajes. Por lo cual Luis el Niño hasta su temprana muerte nunca fue independiente por completo, sino que de hecho dependió de los hombres rectores de su reino, de los altos clérigos con sus intereses particulares nada insignificantes.⁵

Apenas media docena de ellos tuvo una participación decisiva en el gobierno, y por encima de todos el arzobispo Hatto, elevado ya por Arnulfo, y el obispo Salomón III.

Hatto I de Maguncia (891-913), muy activo, inteligente y taimado, una especie de «papa para Alemania», como lo describió Wolfgang Menzel, intervino de continuo en la política, aunque sin olvidarse del provecho de su Iglesia y de sí mismo. Por lo general ambas cosas van estrechamente unidas formando un todo casi inseparable. Había nacido hacia 850 y era oriundo de la nobleza suabia; empezó apoyándose con su clan en Carlos el Gordo, y al ser éste derrocado se volvió de inmediato a Arnulfo de Carintia, lo que muy pronto se hizo pagar: ya en 888 y 889 Hatto fue agraciado con las abadías ricamente dotadas de Reichenau y de Ellwangen, y dos años después obtuvo el arzobispado de Maguncia, una provincia eclesiástica que era la más amplia del imperio francooriental, que se extendía desde Sajonia a Suabia y desde el Elba hasta los Alpes. De ese modo los obispos de Maguncia (que por primera

vez desde 870, y de manera permanente desde 965, dirigieron la archi-cancillería, la cancillería real) ocuparon el primer puesto en el Estado y fueron de hecho «hacedores de reyes».

Poco después de iniciar Luis su reinado, Hatto supo hacerse con el control del rico monasterio de Lorsch (Lauresham), aunque Arnulfo había garantizado la autonomía del famoso monasterio, que Carlos I había elevado a la categoría de monasterio real y que Luis el Germánico había enriquecido con valiosas posesiones imperiales. Llegó a ser un monasterio con propiedades desde el mar del Norte hasta el lago de Constanza ¡y desde el año 766 recibió unas cien donaciones al año! Finalmente Hatto obtuvo también del favor del soberano el monasterio de Weissenburg.

El arzobispo de Maguncia se movía gustoso en la proximidad del soberano. En 893 fue uno de los dos padrinos de bautizo del joven rey; en 894 formó en el séquito de Arnulfo en sus viajes a Italia y en 896 le acompañó para la coronación imperial; en 899 participó de manera determinante en el encuentro insidioso con Sventiboldo en Saint-Goar y en la elección de Luis al año siguiente. Tampoco se ha de olvidar su presidencia en el importante sínodo del 895, celebrado durante la gran dieta imperial en la residencia palatina de Tribur cerca de Maguncia. En una palabra, el arzobispo Hatto, que ya en tiempos de Arnulfo fue llamado «el corazón del rey», aparece ahora como el regente de hecho.⁶

No fue ciertamente mucho menor la importancia del obispo Salomón III de Constanza (890-919) en los asuntos de gobierno durante el reinado de Luis el Niño, en cuyos últimos años fue el verdadero rector de la cancillería, llevando el título de canceller desde 909. Salomón fue amigo íntimo del influyente Hatto y carecía por completo de escrúpulos. Como el señor feudal más poderoso del país en Suabia eliminó brutalmente por dos veces a los pretendientes ducales.

Ambos obispos representaron a su clase de una manera digna y más que digna por cuanto dominaron el arte allí muy desarrollado de atender sobre todo a los propios intereses materiales, sin que contase para nada si las donaciones procedían de un botín de guerra, de adjudicaciones menos sangrientas o cualesquiera otros negocios lucrativos, como el intercambio beneficioso de bienes monásticos por bienes realengos. «En buena medida Saint-Gallen se convirtió entonces en la perla de la corona. También pudieron serlo los obispados de Maguncia y Constanza, pero de éstos no se conserva ni un sólo documento antiguo. Involuntariamente se tiene la impresión de que los señores concertaban entre sí tales negocios, pues el Niño que se sentaba en el trono ni siquiera sabía de lo que se trataba. Y hasta resulta penoso ver con qué avidez se tendían aquellas manos también a la dote de la reina madre Uta, que por lo *demás con el proceso por adulterio había quedado en una situación*

muy embarazosa; y así, por "recomendación" de cinco obispos y de Liut-poldo, se hizo que el pequeño rey otorgase a la iglesia de Seben el palacio de Brixen, que formaba parte de la dote de su madre y al que después se trasladó la residencia del obispo; y más tarde, de nuevo con el "asentimiento" de varios obispos, de algunos condes y, según se dice, por "recomendación" de la propia Uta, se otorgaron a la iglesia de Ratis-bona el palacio de Velden y a la iglesia de Freising el palacio de Fóhring. En uno de tales documentos de donación se dice que era necesario posibilitar el servicio real mediante la solicitud por la Iglesia» (Mühlbacher).⁷

Mas también ejerció su influencia en el gobierno del imperio fran-cooriental el arzobispo Thietmar de Salzburgo, cuando al principio era todavía archicapellán y archicanciller. Lo mismo hizo el arzobispo Pil-grim I de Salzburgo (907-923), que el año 908 obtuvo de Luis IV el palacio real de Salzburghofen (en la actual Freilassing) con abundantes pertenencias, arbitrios y dignidades a cambio de la importante salina de Reichenhall, y al año siguiente (junto con el margrave Aribio) también la abadía de Traunsee (Altmünster), hasta que bajo Conrado I se convirtió en su archicapellán (912). Asimismo jugaron un papel importante el arzobispo Rutbod de Tréveris, archicanciller para Lotaringia, los obispos Waldo de Freising, Erchanbaldo de Eichstätt, Tuto de Ratis-bona, Rodolfo de Würzburg y Thietelah de Worms.

Finalmente, singular relevancia obtuvo el obispo Adaibero de Augs-burgo, preceptor del rey y su segundo padrino, pues junto con Hatto tuvo al niño «en la sagrada fuente del bautismo» (*Annales Fuldenses*) y le impuso el nombre de su abuelo. Los padrinos de bautizo a menudo influyeron profundamente en la política, si es que no estaban metidos de hoz y coz en ella y por eso llegaron a ser padrinos. Ya el obispo Witgar, predecesor de Adaibero, había estado implicado por entero en los asuntos del imperio y había actuado principalmente en los círculos palaciegos de Luis el Germánico y de Carlos el Gordo. Y el propio Adaibero ya había actuado como consejero y acompañante permanente de Arnulfo antes de que, según parece, hasta se convirtiese en el ministro supremo del joven rey, que le llamaba su preceptor más leal, su maestro querido y su padre espiritual. Y así el pueblo, que pronto también lo veneró como beato, creyó que en su tumba se habían producido verdaderos milagros. Únicamente de la actividad de Adaibero en su obispado no tenemos la menor noticia.⁸

Dos acontecimientos fueron especialmente penosos para el imperio francooriental en tiempos de Luis el Niño: una prolongada catástrofe, que llegó de fuera, y un desastre relativamente corto de política interior: el ataque de los húngaros y la llamada disputa de Babenberg.

Empieza el ataque húngaro

A la muerte de Arnulfo los húngaros rompieron las hostilidades.

«El día de su muerte fue para ellos más alegre que todas las festividades, más deseable que todos los tesoros», afirma no sin razón el obispo Liutprando. Su ataque fue inesperado. Con ímpetu increíble y con la secuela de enormes calamidades devastaron amplios territorios de Europa occidental y meridional, y muy especialmente el imperio francooriental, adonde ya en tiempos los había llamado Arnulfo como aliados.

También las guerras húngaras fueron principalmente, aunque no de forma exclusiva, guerras de defensa, y no sólo en 907. Desde la victoria del duque bávaro Bertoldo -hijo menor del margrave Liutpoldo, fallecido en Pressburg en 907- el 12 de agosto de 943 en Wels, que constituyó el mayor éxito alemán logrado hasta entonces contra los húngaros, los bávaros tomaron la iniciativa. En 948 obtuvieron otra ventaja. Ya al año siguiente se enfrentaron con los magiares en la propia Hungría. Y también en 950 el duque bávaro Enrique, hermano de Otón I, uno de los príncipes francoorientales más emprendedores y violentos, llevó de nuevo la ofensiva a territorio húngaro. Obtuvo dos victorias más allá del Theiss, se llevó como botín magníficos tesoros y muchos prisioneros y «regresó a la patria sano y salvo» (Widukind).⁹

Los húngaros o magiares, como se llamaban a sí mismos, eran un pueblo de jinetes nómadas que vivían en tiendas o en cabañas de cañas con un origen en parte ugrofinés y en parte turco. Las fuentes latinas identifican a menudo a estos jinetes rápidos y hábiles manejadores del arco con los hunos y los ávaros. Duramente oprimidos por los pecene-gos, un pueblo turco de jinetes nómadas especialmente belicoso y aliado de los búlgaros, en 895 fueron expulsados de sus asentamientos entre el Volga y el Danubio, junto al mar Negro, e irrumpieron desde la llanura del Theiss saqueando y asolando una y otra vez Panonia, Bohemia y el reino moravo, que ya Arnulfo había combatido en 892 luchando hombro con hombro con ellos y que hasta 906 ellos aniquilaron por completo hasta hacerlo desaparecer literalmente. Desde 899 también invadieron Italia septentrional y hasta incendiaron el sur de Francia; pero desde comienzos del siglo x también atacaron en correrías anuales Baviera, Sajonia, Alamania, Alsacia y Lotaringia. Prolongaron sus incursiones durante más de medio siglo constituyendo de hecho una plaga peor que la de los normandos, que para entonces se habían concentrado especialmente en Ostengland.

El *anno domini* de 900 aparecieron por vez primera los húngaros en suelo que fue bávaro y actualmente es austríaco.

Por el Enns penetraron en el territorio de Thurgau «asesinando y

arrasando a sangre y fuego todo lo que encontraron a lo ancho y a lo largo de cincuenta millas». Por lo demás a finales del otoño un ejército bávaro al mando del conde Liutpoldo de Carintia y del obispo Richar de Passau liquidó en Linz a una pequeña retaguardia húngara, luchando gloriosamente y venciendo con mayor gloria aún, según cuenta el analista. Y es que supuestamente «por gracia de Dios» entre los caídos y ahogados en el Danubio aparecieron 1.200 paganos, pero «apenas un sólo cristiano» (*Annales Fuldenses*).

En 901, tras un ataque a Carantania, los húngaros fueron derrotados en el camino de regreso al Fischa, al este de Viena; y en 902 lo fueron en Moravia junto con los moravos, cuyo reino ya habían saqueado dos años antes los bávaros, como lo habían hecho ya en 890 y en 899. También en 903 se luchó contra los magiares, aunque esta vez con resultado desconocido. Y en 904 los bávaros invitaron a que lo visitase una embajada húngara presidida por su comandante en jefe, Chussal. Primero les ofrecieron un banquete y después los aniquilaron por completo en una espantosa matanza. Y desde luego con la asistencia de Dios.

«Trabajo positivo de los cristianos alemanes en el este» y «el perro más asqueroso...»

Pero parece como si el Señor los hubiese abandonado. Los húngaros regresaron casi todos los años y el 5 de julio de 907, en una guerra ofensiva de los francoorientales -decidida el 17 de junio del mismo año por obispos bávaros, abades y nobles con el rey Luis el Niño-, infligieron una derrota total al cuerpo de ejército bávaro. Una «fuerte derrota», dicen lacónicamente los *Annales Alamannici*. En el campo de batalla quedaron tendidos no sólo varios condes y muchos nobles más, sino también tres abades y tres obispos: el arzobispo Thietmar de Salzburgo con los obispos Udo de Freising y Zacarías de Seben-Brixen. «La sangre de la nobleza y del episcopado bávaros... y el trabajo positivo (!) quedó interrumpido» (Bosl). ¡Hablar de «trabajo positivo» en un país al que gustosamente se miraba como una antigua posesión, pero que por vez primera Carlos «el Grande» había arrebatado a los ávaros en muchos años de guerras, cuya nobleza en su conjunto había sucumbido y, más aún, cuyo pueblo había desaparecido por entero!

El arzobispo Thietmar de Salzburgo, cuyas «reliquias» se pretende que fueron encontradas en 1602 -oh dichosa fortuna- fue contado en dicha ciudad entre los santos o bienaventurados. Al obispo Zacarías de Seben y al obispo Udo de Freising se les reconoció la «palma martyrii» al «haber sacrificado su vida por la fe de Cristo» (Meichelbeck). En la batalla de Turingia, librada el 3 de agosto de 908 contra los húngaros,

cayó también el obispo Rodolfo de Würzburg, el iniciador a todas luces de la querella sangrienta de Babenberg. Por el contrario la tradición ignora «casi por completo» la actividad intraeclesial de este prelado. También su sucesor el obispo Thioto, otra criatura de los Conradinos según parece, estuvo por entero «al servicio del imperio»; pero no se oye «prácticamente nada» (Störmer) de su actividad eclesiástica en la diócesis de Würzburg, que presidió durante casi un cuarto de siglo.¹⁰

Es verdad que en los años 909, 910 y 913 los bávaros liquidaron diversas expediciones húngaras; pero los invasores continuaron devastando las tierras desde los Alpes al mar del Norte y repitieron sus correrías por Alemania, no menos de veinte entre los años 900 y 955. El obispo Miguel de Ratisbona perdió una oreja en la guerra contra los húngaros, pero también dejó tendido a un enemigo, recibiendo muchos parabienes por ello. ¡Para lo que sirvió! El «trabajo positivo de los alemanes en el este» hemos de confesar que «de nuevo se derrumbó por completo» (Heuwieser).

A este respecto hay que observar dos cosas: primera, que los húngaros, al igual que los normandos, estuvieron informados de las discordias internas del occidente católico y supieron aprovecharlas; segunda, que los príncipes católicos a menudo demostraron escasa solidaridad frente a los húngaros, como frente a los normandos o los árabes, y por lo general prefirieron dedicarse a sus negocios tradicionales que a proteger a sus súbditos contra el enemigo. En cualquier caso eso es lo que le ocurrió al duque Arnulfo «el Malo», que mediante un tratado pudo mantener a los húngaros alejados casi por completo de Baviera durante décadas. Más bien los tres pueblos de sarracenos, normandos y húngaros «en incontables casos se echaron al cuello de sus enemigos en el propio territorio. No hubo vacilaciones en aliarse con ellos. Se enviaban emigrantes con el fin de recuperar la propia posición frente a ellos para animarlos a intervenir». Por otra parte, fue la cristiandad occidental la que «compuso, precisamente en los siglos IX y X, una multitud de oraciones conmovedoras contra la peste de los paganos» (Tellenbach).¹¹

En efecto, ¿no era maravilloso, como algo creado realmente por Dios, el que la peste de los paganos condujera a la composición de oraciones tan abundantes como conmovedoras, que condujera hasta el mismo Dios, porque la necesidad enseña a orar? ¿Y pudo la necesidad ser lo bastante grande? De hecho cuanto mayor es la necesidad tanto mayor es la ganancia de los monjes y clérigos, aunque las iglesias y monasterios se hayan desvanecido en fuego y humo, se vuelven a reconstruir, por lo general más grandes y más hermosos (y, como ocurre todavía hoy, se consigue que los «laicos» lo paguen todo).

De ese modo los piadosos señores eclesiásticos hicieron que las incursiones de los húngaros resultasen todavía más terribles de cuanto lo eran en sí, convirtiendo a los húngaros en «instrumentos del diablo», en «Gog y Magog» y declararon que el juicio final era inminente.

Para el obispo Liutprando tales espíritus infernales no tienen Dios ni conciencia. No sólo reducen a ruinas los pueblos y las iglesias, ni simplemente matan a las personas, sino que «para difundir cada vez más el terror, se bebían la sangre de los degollados». El obispo Salomón III de Constanza nos aterra con todas las variantes de imágenes de animales, familiares desde la Biblia y los padres de la Iglesia (incluso respecto de los cristianos): «Ahora penetra en la misma casa de Cristo hasta el perro más asqueroso». Y Regino, abad de Prüm (hasta 899) y de Tréveris (hasta 915), cuenta de los bárbaros verdaderas «atrocidades» (Wein-rich), y con la intención de darles visos de mayor autenticidad se sirve de los abundantes topos etnográficos de la antigüedad para describir en serie las malas cualidades de los (nuevos) hunos, muy especialmente su «cruel ferocidad» (*cruentam ferocitatem*) y su «furor de bestias» (*belui-no furori*); son gentes que no viven «a la manera de los hombres, sino como el ganado»; «como animales salvajes», dice también Widukind; más aún, «devoran como remedios medicinales los corazones de sus prisioneros partidos en trocitos».¹²

De los «salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»

Ese particular desprecio alemán hacia el que es diferente, de otra raza o asiático se prolonga a lo largo de los siglos. ¿Y puede un historiador tan benemérito como Albert Hauck (1845-1918) insistir hasta tal punto en que tales «nómadas» con su «falta de cultura» «sólo podían resultar repulsivos a los germanos sedentarios», en que el sedentario «nada podía ver más odioso» que a «tales bárbaros», y nada podía escuchar más repugnante que su «gruñido desentonado»? ¿Puede Hauck con perfecto derecho tildar una y otra vez a los húngaros de «salteadores» y «bandas de salteadores»? Al antiguo pueblo de cazadores y pastores, un pueblo de guerreros ¿puede calificarlo casi contra su voluntad como «nación que practicaba el robo como una profesión nacional»? ¿No se engaña de medio a medio al afirmar que «no había en absoluto ningún punto de contacto entre aquellos salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»?

No hay duda de que en forma parecida veían los «grandes alemanes» de Hitler a los «infrahombres» orientales, eslavos y asiáticos (¡y cómo sigue dándose esto todavía hoy entre aquellos teutones cuyo nom-

bre es Legión!). ¿Y no se delata el propio Hauck, cuando en la última cita agrega al «salteadores» el simple e insignificante «vagabundos», cual si al menos en su subconsciente se acordase de otros salteadores, menos vagabundos, más fijos, que tan pronto como les era posible permanecían agazapados sobre su robo y que no sólo conservaban el pequeño botín sino todo el país expoliado?.

Escribe el teólogo protestante: «Como el imperio alemán del siglo X era conquistador, también la Iglesia germánica se convirtió en la Iglesia misionera de Europa». Exacto. Por eso pudo Europa convalecer con el germanismo. Mas ¿qué diferencia hay aquí entre «conquistador» y salteador?

El propio Hauck vuelve a recordar: «Todavía a finales del siglo IX la tierra eslava es una designación perfectamente habitual de Carintia». Pero ya en el siglo X la cosa mejora, progresa, adelanta: «Entonces la nobleza alemana adquirió grandes posesiones en el país»: «adquirió», qué hermoso. «También los fundadores alemanes designan como propias extensas llanuras»: como propias, tampoco suena mal. Entonces los obispos de Freising y Seben adquieren asimismo «grandes posesiones inmuebles» en el sureste. La diócesis de Salzburgo empieza por aquellas fechas a «extenderse ampliamente hacia el este»... Extenderse, extenderse ampliamente, con fuerza, etc. Hauck ya ni siquiera se toma la molestia de variar un tanto su vocabulario. El asunto es demasiado hermoso y le arrastra, cual si literariamente no pudiera incorporar con la suficiente rapidez toda aquella herencia, aquella extensa apropiación; y naturalmente ni siquiera tiene tiempo para reflexionar si de hecho «no había en absoluto ningún punto de contacto entre aquellos salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»; entre aquellos monstruos salvajes -como les llama el obispo Pilgrim de Passau, el falsificador de mala memoria- y el pueblo alemán, que ahora empieza «a poner pie firme» en «su» este, para emplear el lenguaje de Hauck. Efectivamente, «es como si hubieran tenido una impresión de lo mucho que significaba para Alemania la expansión hacia el este...».¹³

Pero también para los eslavos significaba mucho, aunque naturalmente en un sentido bien distinto, según que los cristianos asesinasen allí y expropiasen a los «infrahombres» o que «el perro más asqueroso entrase en la misma casa de Cristo», cosa que no siempre resultaba (ni resulta) tan pacífica. Auténtico amor al prójimo. Y buena nueva. Pero precisamente en aquella época, durante el régimen sacristán, estalló en el imperio una guerra civil brutal, la denominada querella de Babenberg (897-906), cuyos orígenes por lo demás se remontan a los últimos años del gobierno de Arnulfo.

La querella de Babenberg (897-906)

Franconia, que originariamente presentaba el mayor número de familias de la alta nobleza, también padeció después las mayores querellas y las pérdidas más dolorosas. A finales del siglo IX y comienzos del X sólo los dos linajes más ilustres de los francos luchaban por la supremacía sobre el territorio del Main y por la mejor posición de salida para los años que habían de seguir a la regencia nominal del rey Niño: eran las familias de los Poppones-Babenberg -así llamada por el conde Poppo de Grabfeld y su fortaleza de Babenberg (Bamberg)- y la de los Conradinos.

Los Babenberger eran Adalberto, Adalhardo y Enrique (II), que gobernaban los condados adyacentes a Fulda, en Grabfeld y en las tierras del alto Main y acabaron perdiéndolos todos. Eran hijos de Enrique, mercenario independiente y comandante en jefe de las tropas de Carlos el Gordo, que murió en 886 ante los muros de París combatiendo contra los normandos, y era, como su padre, enemigo de Arnulfo, que por su parte buscó por todos los medios el derrocamiento de ambos. Para ello se sirvió de los Conradinos, los hermanos Conrado, Gebhardo, Eberhardo y Rodolfo, que procedían de las tierras del Mosela y poseían haciendas en el territorio entre el Rin y el Main, en Niederlahngau, en Hessen y en el Wetterau.

El rey Arnulfo, cuyo palacio evitaban los Babenberger, estaba casado con Uta, de la familia de los Conradinos. Promovía la prosperidad de la familia de ésta a costa de los Babenberger y la favoreció con donaciones; más aún, el año 892, tras la muerte en combate de Arn, obispo de Würzburg, hizo obispo de Main a Rodolfo (892-908), de los Conradinos. Con ello queda programado el enfrentamiento sangriento: «una violenta disputa de la discordia y un proceso cargado de odio inconciliable», escribe Regino de Prüm, «el año de la encarnación divina de 897», que compara las «matanzas recíprocas» con un «ardor increíble» que de día en día crece hasta el infinito. «Incontables son los que caen a espada por ambas partes, se cometen mutilaciones de manos y pies; los territorios que les están sujetos son arrasados con robos e incendios.»¹⁴

Los Conradinos, que gracias al parentesco con el rey Arnulfo avanzaron hacia el este mediante bienes y condados y que durante su reinado y el de su hijo menor de edad ascendieron a la dignidad de duques, fueron preferidos no sólo en Franconia sino también en Lotaringia, donde Gebhardo, de los Conradinos, fue constituido duque oficial y en un documento hasta aparece abiertamente como «duque de Lotaringia». Por el contrario, los Babenberger se vieron cada vez más arrinconados y en 897 hicieron matar cerca de Würzburg al servidor real Trage-boto, probablemente a causa de cesiones territoriales. Así las cosas,

empezó la querella con el obispo de Würzburg, de primeras sin intervención directa del rey, con quien más tarde, ya bajo Luis el Niño, chocaron sus hermanos Eberhardo y Gebhardo.

La situación desembocó en un combate armado. El Babenberger Enrique II encontró la muerte y Eberhardo de los Conradinos resultó gravemente herido. Cuando murió a causa de las heridas, su hermano Gebhardo hizo decapitar inmediatamente al Babenberger Adalhardo que tenía prisionero (902-903). Y entonces entró en acción el régimen de sacristanes. Luis el Niño abrazó el partido de los Conradinos victoriosos y mandó confiscar las posesiones de los desaparecidos Enrique y Adalhardo del partido de los Babenberger, de modo que al menos en parte redundaron en beneficio del obispo de Würzburg. «Después que los Babenberger sucumbieran en la batalla y sus bienes fueran confiscados, el rey Luis el Niño envió el 9 de julio de 903 a Tarassa (Theres), con destino al obispo Rodolfo de Würzburg, "algunos bienes de nuestra propiedad (*juris nostri*), que habían sido de Adalhardo y de Enrique y que por la magnitud de la maldad de éstos... fueron declarados propiedad nuestra".»¹⁵

En el año 906 el hijo del conde Conrado, que más tarde sería el rey Conrado I, llevó a cabo una serie de operaciones en Lotaringia con un ejército poderoso. Siguiendo el uso consagrado arrasó «con robos e incendios» las posesiones de sus enemigos, los buenos católicos que ya conocemos, a saber, los condes de Metz, los hermanos Gerardo y Mat-frido. Tan favorable ocasión la aprovechó naturalmente Adalberto, el último de los Babenberger, y volvió a invadir con sus gentes Wetterau. Hubo varios combates y al final sucumbió el conde Conrado el Viejo en Fritzlar, afianzándose el Babenberger. Eso significa que el vencedor empezó por perseguir «con sus camaradas a los fugitivos y abatió con la espada a una muchedumbre incontable, en especial a los que huían a pie...». El cualificado acaba siendo un experto. Y tras dar cima a este cometido Adalberto se dedicó a todo el territorio; lo que significa que lo recorrió con sus compinches y «todo lo destruyó con muertes y saqueos. Cuando lo hubo terminado regresó con sus camaradas, cargados de botín de guerra y con robos incalculables, a la fortaleza de Bamberg» (Reguío de Prüm).

Bien está lo que bien acaba, debió de pensar el último de los Babenberger. Pero todavía en el verano de aquel mismo año la regencia imperial, presidida de hecho por el arzobispo Hatto de Maguncia, amigo íntimo de los Conradinos, le invitó a una asamblea imperial en Tribur. Al no comparecer allí, Hatto y el rey, que tenía 13 años, le pusieron cerco con un ejército imperial en su castillo de Theres (en Schweinfurt). Tres veces se menciona aquí a Luis el Niño en conexión con la querella de Babenberg.

Tras larga resistencia atrajeron con halagos y «palabras dulces como la miel» -un sucio recurso de Hatto- al último de los Popponen-Baben-berger, sacándolo de su fortaleza. Arteramente fue hecho prisionero y «el obispo se lo entregó al rey Luis» (Widukind); lo condujeron atado en presencia de todo el ejército y el 9 de septiembre fue decapitado como lo había sido su hermano. La sentencia se ejecutó por instigación también de Conrado el Joven, el futuro rey Conrado I. Con su proceder éste se había preparado el camino hacia la realeza...» (W. Hartmann). Mas también el margrave Liutpoldo, el primer hombre de Baviera después del rey, fue «decisivo» en la guerra contra Adalberto, «habiendo participado asimismo en su captura y ejecución alevosas» (Reindel). Sus riquezas y posesiones fueron anexionadas a los bienes realengos, distribuyéndolos después el rey «entre conocidos varones de ilustre nacimiento» (*Reginonis chronica*). Es decir, entre los enemigos de los Ba-benberger, entre quienes también se benefició Hatto de Maguncia, el canalla mayor de toda aquella chusma, un jerarca cuya astucia hasta tal punto temía el duque y futuro rey Enrique de Sajonia que fundamentó su negativa a acudir a una asamblea en Maguncia con la amenaza de un atentado del prelado del lugar.

La fortaleza de Theres se transformó en una abadía benedictina y el castillo de Adalberto en Babenberg, a una con todo el condado, se lo apropió el rey Luis y después surgió de allí el obispado de Bamberg. Y todavía en la Baja Edad Media se cantaba la traición del arzobispo Hatto, especialmente malquisto entre el pueblo. El hombre no fue ciertamente una excepción. En su libro *De synodalibus causis et disciplinis ecclesiasticis*, dedicado al ilustre Hatto, entonces regente imperial, escribe el abad Regino de Prüm: «En esta época totalmente corrompida se cometieron muchas infamias en la Iglesia y se cometerán otras, que jamás se habían oído en los tiempos antiguos» (*Praefatio*).¹⁶

Cuando el 24 de septiembre de 911 moría Luis IV el Niño, que acababa de cumplir los dieciocho años y no dejaba heredero, se extinguió la línea francooriental de Luis el Germánico y de los Carolingios. Todavía el año anterior el rey siempre enfermizo había luchado personalmente con un ejército imperial contra los húngaros en Lechfeld, sufriendo una grave derrota. Por lo demás tanto los coetáneos como los sucesores se ocuparon tan poco de él que ninguna fuente contemporánea menciona ni el lugar de su muerte ni el de su sepultura.

Poco después de la muerte de Luis, entre los días 7 y 10 de noviembre, en una asamblea de príncipes celebrada en Forchheim, los grandes de Franconia, Sajonia, Alania y Baviera ofrecieron de primeras la corona del imperio francooriental al duque de Sajonia, Otón el Ilustre. Mas como él reinaba sobre Sajonia casi con total independencia y de continuo ejercía la autoridad suprema (*supremum imperium*), se negó a

aceptarla por motivos de edad y otras consideraciones (de hecho murió un año después). Entonces la nobleza, siempre según Widukind de Corvey (aunque a menudo se pone en duda su información), por consejo de Otón eligió rey de común acuerdo al conde franco Conrado el Joven, jefe de los Conradinos y desde la eliminación de los Babenberger el más poderoso de la estirpe franca.

Fue aquélla la primera elección «libre», aunque circunscrita solamente a los grandes, en la historia alemana y en el imperio francooriental. Y representó una ruptura definitiva con la tradición, acabando para siempre con la dinastía carolingia. El camino lo había allanado el pacto del arzobispo Hatto con los Conradinos, que significó el hundimiento de los Babenberger y ya antes el de Sventiboldo. En el aspecto dinástico fue un acontecimiento que marcó época, aunque para el pueblo nada cambió de hecho.

Por lo demás Lotaringia, donde el nuevo soberano era odiado, se adhirió al imperio francooccidental por influjo sobre todo de los Reginaros. Y en él permaneció hasta 925, eligiendo todavía como rey aquel mismo año de 911 a Carlos el Simple, hijo póstumo de Luis el Tartamudo, que desde 893 hasta 923 reinó como sucesor del no carolingio Odón. Así se pudo justificar también desde la perspectiva carolingia y legitimista la separación de Lotaringia de Franconia oriental.¹⁷

CAPITULO 4

EL REY CONRADO I (911-918)

«Apoyado en sus consejeros, sobre todo el arzobispo de Maguncia y el canciller y obispo Salomón III de Constanza, Conrado persiguió al comienzo una... política firmemente arraigada en la tradición carolingia; pero con tres campañas militares no pudo impedir que Lotaringia se anexionase al imperio occidental.»

HANS-WERNER GOETZ¹

«Aconsejado por los dignatarios eclesiásticos del tiempo de Luis el Niño más influyentes hasta entonces -el arzobispo Hatto de Maguncia y el obispo Salomón de Constanza-, buscó en el alto clero un apoyo contra los líderes políticos civiles.»

EDUARD HLAWITSCHKA²

Fracasa el intento de recuperación de Lotaringia

Conrado I (911-918), que residió principalmente en Frankfurt, Weil-burg del Lahn y Forchheim, dirigió en la querella de Babenberg (906) a los Conradinos después de la muerte de su padre, Conrado el Viejo de Oberlahngau, y de su tío Gebhardo. A lo largo del decenio de guerra contra los Babenberger y tras su completo exterminio, el clan había afianzado enormemente su propia posición de poder entre los francos del Main. En 906 Conrado en persona derrotó por completo al cabeza del grupo, Adalberto, y ese mismo año vencía asimismo a la pareja lota-ringia formada por los hermanos Gerhardo y Matfrido, con lo que obtuvo una posición de duque en Franconia oriental.

En principio lo que importaba al nuevo rey era la recuperación de Lotaringia, pues tras la muerte del último rey carolingio francooriental, Luis el Niño, ocurrió que el rey francooccidental Luis III el Simple (893/898-923), hijo de Luis el Tartamudo y nieto de Carlos el Calvo, se *hizo en 911 con la soberanía de Lotaringia*. Carlos el Simple (*Charles le Simple, simplex, hebetus, stultus*; el francés *sot* es una denominación posterior) ya había realizado un asalto contra Lotaringia en 898. Habiéndole llamado un aliado suyo, el poderoso conde Reginar, que había perdido el favor de Sventiboldo, Carlos avanzó rápidamente hasta Aquisgrán y Nimega. En el ínterin, sin embargo, Sventiboldo se alió con algunos magnates, sobre todo con el obispo Franco de Lüttich, y apoyado por el duque Otón de Sajonia, suegro de Sventiboldo, en 899 se firmó la paz en St. Goar del Rin.

Pero en 911 Carlos logró la anexión. La nobleza lotaringia esperaba con ello una mayor autonomía y los obispos soñaban con nuevas propiedades y derechos. De hecho el primer documento de Carlos III el Simple, fechado el 20 de diciembre, está otorgado en favor de los canónigos de la catedral de Kammerich, «tras la obtención de la herencia más rica». Ya en enero tuvo el obispo Dogo de Toul conocimiento documentado de su favor, al igual que el monasterio de los monjes de St. Maximin en Tréveris. El obispo de dicha ciudad, Ratbod, llegó a ser archica-

pellán de Carlos y era entonces tan firme partidario del imperio francooccidental como el arzobispo Hermann I de Colonia, en tiempos ar-chicapellán del rey Sventiboldo (y marido de Gerberga, probablemente de la familia de los Conradinos), o el conde Reginar, quien además de sus condados poseía en esa época al menos seis abadías.³

Cierto que en el invierno de 911-912 Conrado I expulsó a Carlos el Simple de Alsacia, donde durante algún tiempo fue reconocido exclusivamente al igual que en Frisonia. Pero tres campañas militares enviadas contra Lotaringia en 912-913 fracasaron. El rey apenas obtuvo éxito alguno, si prescindimos del hecho de que asedió dos veces Estrasburgo y la devastó e incendió. Y después del 913 renunció a cualquier recuperación. Pero Carlos el Simple, único rey carolingio tras el fallecimiento de Luis el Niño, inmediatamente después de la elección de Conrado ya no se designó con el título hasta entonces habitual y simple de «*rex*» sin ninguna otra delimitación, sino que recurriendo a ciencia y conciencia a la tradición francocarolingia se autotituló «*rex Francorum*», como los primeros carolingios. Residió de modo preferente en Metz, Diedenho-fen, Herstal y Aquisgrán, pero fracasó con todos sus sueños ambiciosos y murió en prisión (929).⁴

Dado que Conrado debió su ascensión, y en particular la eliminación de los Babenberger, a la colaboración decisiva de los regentes y de la Iglesia imperiales, es decir, a los influyentes preladados francoorientales, hubo de mostrarse también a disposición de los mismos. Ciertamente debía la corona a los duques, pues sin su elección y consentimiento en modo alguno habría sido coronado. Pero de forma poco prudente se sirvió de la realeza para someter a los duques nacionales de cuyas filas procedía él mismo y que al principio mantuvieron por lo general buenas relaciones con la corte. En cambio tuvo al alto clero a su lado, sobre todo a sus «amigos episcopales» (Hlawitschka), el arzobispo Hatto de Maguncia, fallecido ya en 913, y su canciller, el obispo Salomón III de Constanza.

Conrado I, que ciertamente no carecía de dotes militares pero sí de instinto político, pronto procedió contra los duques (*duces*), especialmente contra su creciente poder en Baviera y Suabia. Y en la lucha contra los poderes regionales actuó también contra las constantes invasiones de los húngaros, que casi año tras año atacaban el imperio, preferentemente Baviera y Suabia, aunque tampoco Franconia, Turingia, Sajonia, Alsacia y hasta Lotaringia se libraron de sus incursiones. Pero contra los húngaros el rey Conrado I fracasó en toda la línea, mientras que los grandes de aquí y allá, como Arnulfo «el Malo» de Baviera y sus tíos suabos, los hermanos Erchanger y Bertoldo, al igual que el conde Udalrico, se impusieron por su victoria del 913 en Inn, después de que el tal Arnulfo «el Malo» hubiera ya derrotado a los húngaros en 909 junto

al Rott y en 910 cerca de Neuching. De ese modo se agudizó aún más el conflicto con los poderes particulares, los llamados «poderes medios», que iban adquiriendo prestigio y respeto.

El rey buscó y encontró apoyo en la Iglesia. El abad laico de Kaiserswerth, el conde de Wormsfeld, de Hessengau y Keldachgau, que también se había hecho ungir por un obispo -es la primera vez que se menciona expresamente esa unción real en el imperio oriental-, se apoyó en el sur, especialmente en el obispo Salomón III de Constanza, y en el norte en el arzobispo Hatto de Maguncia, que gobernó el imperio durante un cuarto de siglo. Y esos estadistas determinantes en tiempos de Luis el Niño también se contaron entre los consejeros preferidos de Conrado.⁵

Cómo de «Arnulfo el Justo por la gracia de Dios» se pasó a Arnulfo «el Malo»

Menos suerte tuvo «Arnulfo, duque de los bávaros y de los territorios adyacentes por la gracia de Dios», para conectar con los círculos eclesiásticos. En su dominio ejerció la soberanía eclesiástica, ocupó obispados y abadías imperiales, tuvo parte en sus ingresos y también manejó las posesiones de los mismos, como ya en tiempos Carlos Martell, con bastante autonomía. Así, por ejemplo, entre los años 907 y 914 secularizó sus bienes, por lo cual el clero, que le había dado el sobrenombre de «el Justo», le puso el remoquete de «el Malo». Desde entonces así se conoció al «destructor de las iglesias», al «enemigo de la Iglesia», pese a que Arnulfo, con la inmensa confiscación de los bienes inmuebles eclesiásticos, no sólo reforzó su poder militar sino que también compró durante décadas la paz con los húngaros a la vez que satisfizo la avidez de sus vasallos.⁶

Arnulfo de Baviera había adoptado muy pronto el título de duque y había reforzado su política autonómica tomando distancias incluso frente al rey. Para vincularse más a los rebeldes, en 913 Conrado desposó a Cunegunda, oriunda de Suabia, madre de Arnulfo, viuda de Liutpoldo de Baviera y hermana de los condes Erchanger y Bertoldo. Pero cuando en 914 Erchanger hizo prisionero al obispo Salomón, canciller de Conrado, y Arnulfo tomó partido por sus tíos suabos, el rey lo expulsó con ayuda de obispos y abades bávaros: el arzobispo Pilgrim de Salzburgo, archicapellán de Conrado desde 912, los obispos Tuto de Ratisbona, Dracholf de Freising, Udalfredo de Eichstätt y Meginberto de Seben. Para decirlo brevemente, en aquella guerra la Iglesia bávara estuvo «por entero del lado del rey» (*Handbuch der Europäischen Geschichte*).

El duque Arnulfo buscó y encontró refugio en el enemigo del país,

en los húngaros. Y cuando regresó en 916, el rey lo expulsó de nuevo, aconsejado ahora y acompañado incluso por el obispo sajón Adalvardo de Verden, un «misionero eslavo». El rey Conrado -«un varón siempre manso y sabio y enamorado de la doctrina divina» (arzobispo Adalberto)- penetró en Baviera al frente de tropas numerosas y la incendió como si fuese un país enemigo. Derrotó a Arnulfo, conquistó Ratisbona, su capital, a la que en parte entregó a las llamas y cuyo obispo Tuto era evidentemente uno de los enemigos más encarnizados de Arnulfo. (Tuto fue también beatificado en su Iglesia.) Conrado impuso en Baviera a su hermano y compañero de armas Eberhardo como gobernador. Y mientras que los grandes de la nobleza civil desaparecían cada vez más del entorno del rey, el episcopado bávaro se constituía en el claro vencedor.

Cierto que en 917 Arnulfo pudo reconquistar su ducado y expulsar a Eberhardo, hermano de Conrado. Más aún, volvió a granjearse el apoyo de sus obispos, sobre todo cuando despojó a los ricos monasterios, cuyos bienes ambicionaban los obispos que participaron del botín; es decir, que los monasterios fueron rigurosamente secularizados -«con la cooperación de los prelados» (Prinz)-. Pero a su muerte, acaecida el 14 de julio de 937, el cielo tomó venganza y, como de ordinario, lo hizo con ayuda del infierno. El cadáver de Arnulfo fue sacado por el diablo de en medio de una bacanal celebrada en Ratisbona y arrojado a una tumba pantanosa, a un charco en Scheyern. En cualquier caso así lo cuenta el cronista del monasterio de Tegernsee, que ya a finales del siglo VIII poseía quince iglesias parroquiales y cuyas posesiones, que ya entonces se extendían hasta el Tirol y la baja Austria, había confiscado Arnulfo en favor, por supuesto, del obispado de Passau.⁷

Pero entre los monjes el duque Arnulfo «el Malo» tuvo la peor reputación, lo que favoreció claramente al rey Conrado I. Éste visitaba a menudo los monasterios de Saint-Gallen y Lorsch, Korvei y St. Emme-ram, Fulda y Hersfeld, cuyas posesiones solía luego agrandar con donaciones.

Triunfa Salomón, el obispo asesino

Del monasterio salió también el prelado, que proporcionó al rey Conrado el apoyo principal en la parte meridional de su reino: Salomón III de Constanza, uno de los incontables prelados que debían su cargo, su «vocación», a su familia. El nepotismo, una especie de juego de la política feudal de clanes, es sobre todo «famoso, tristemente famoso», por los papas que lo practicaron a lo largo de los siglos, aunque «alcanzó su punto más alto» (Schwaiger) durante los siglos XV, XVI y XVII. Natu-

raímente que el fenómeno se encuentra también entre otros príncipes eclesiásticos, como cabildos catedralicios y grandes monasterios. «Una y otra vez leemos cómo obispos, abades y abadesas procuran que sus parientes les sucedan en el cargo. Y hasta diócesis enteras se han encontrado durante generaciones como propiedad de clanes nobiliarios» (An-genendt).

En Constanza, entre 838 y 919 gobernaron tres obispos de la misma familia perteneciente a la alta nobleza alemana: Salomón I murió en 871; cuatro años después tenía como sucesor a su sobrino Salomón II (875-889) y a éste le sucedía a su vez su sobrino Salomón III (890-919). Una tesis doctoral católica califica a los tres como «los obispos más importantes del siglo IX». El mundo se los debe al nepotismo, que floreció en el cristianismo desde los comienzos, desde los días del Jesús bíblico; aquí existe de hecho una tradición apostólica que se prolonga hasta el siglo XX.⁸

Salomón III, nacido hacia 860, creció en la escuela monástica de Saint-Gallen y al menos durante algún tiempo fue muy aficionado a las mujeres. Así, abusó de la hospitalidad de un hombre ilustre, a cuya hija doncella le hizo un hijo; más tarde convirtió en abadesa de Zurich a la seducida, con lo que ella a su vez «hizo mucho por los suyos y por su alma» (*Casus s. Galli*). Salomón fue nombrado notario en 884, y en 885 canciller de Carlos el Gordo. A la caída de éste se pasó al bando del vencedor, ya en 888 era capellán de Arnulfo y dos años después abad de Saint-Gallen y obispo de Constanza. Fue canciller bajo Luis IV el Niño desde 909 y después, a partir de 911, bajo Conrado I, que le favoreció grandemente y que otorgó muchas donaciones «por consejo de nuestro más leal obispo Salomón», y todo ello a costa en buena medida de los condes alemanes, los hermanos Erchanger y Bertoldo.

Cuando el margrave Burchard de Retia, el *princeps Alamannorum*, pretendió abiertamente por vez primera la dignidad de duque, de inmediato tuvo resueltamente en su contra a Salomón, «confidente del rey» y «muy superior gracias a una abigarrada muchedumbre de guerreros» (*Casus s. Galli*). En otoño de 911, y por manejos del obispo Burchard I, fue alevosamente asesinado, con lo que fracasó la primera tentativa de fundar un ducado suabo. Mas no contento con esto, el obispo, aliándose con otros grandes eclesiásticos, y muy en especial con los abades de Saint-Gallen y de Reichenau, quiso aniquilar a toda la familia. Así desapareció la viuda de Burchard con todos sus bienes. Los hijos del asesinato, Burchard II, que más tarde sería duque de Suabia, y Udalrico fueron desterrados y sus posesiones entregadas a sus enemigos. Adalberto, hermano de Burchard I y conde de Thurgau, que era muy querido del pueblo, perdió asimismo la vida por instigación de Salomón y probablemente con el asentimiento de los demás prelados francoorientales.

Incluso a la suegra del Burchard menor, Gisla, durante su peregrinación a Roma le quitaron todas sus posesiones y se las repartieron. Poco después el obispo Salomón III combatía con igual dureza al conde palatino suabo Erchanger y a su hermano Bertoldo, pretendientes asimismo de la dignidad ducal; la mujer del emperador Carlos III estaba emparentada con el linaje condal de los Erchanger, en la alta Renania.

El rey Conrado había intentado mediar al principio para impedir el conflicto, y tras una brillante victoria de Erchanger sobre los húngaros, que en 913 habían invadido Suabia, desposó a la hermana del conde Cunegunda, viuda del margrave bávaro Liutpoldo, caído en Pressburg en 907. Como Erchanger y sus aliados se habían hecho dueños de Suabia con aquella nueva derrota de los húngaros, el obispo Salomón no cesó de acosarlos.

Y así, año tras año, el país fue devastado. Mas por el momento continuaron vencedores los hermanos, a cuyo lado seguía combatiendo victoriosamente Burchard II, hijo del margrave asesinado en 911, cuya familia encontró el destierro permanente. En 914 Erchanger hizo prisionero al obispo Salomón, pero en una contraofensiva fue encarcelado por el rey y expulsado del país. Sin embargo, a su regreso, y con ayuda de su hermano Bertoldo y del Burchard menor, derrotó a los seguidores del monarca en Wahlwies, no lejos de Stockach (915). Como Erchanger se hizo proclamar duque, el rey buscó ayuda en la Iglesia y hasta encontró el apoyo del papa Juan X.

El obispo Salomón acabó triunfando en un sínodo que Conrado y el episcopado franco, suabo y bávaro celebraron el 20 de septiembre de 916 en Hohenaltheim (cerca de Nordlingen del Ries). Fue la primera asamblea eclesiástica general congregada en Alemania durante el período postcarolingio, pero en la cual los prelados sajones brillaron por su ausencia, cosa que se criticó duramente.

Los sinodales se pusieron resueltamente del lado del rey, del «ungido del Señor», que sí participó. Ellos refrendaron con todo empeño su juramento de fidelidad y amenazaron con penas eclesiásticas a sus adversarios, con la mención explícita de Arnulfo y de Erchanger. La presidencia la ostentó el legado de Juan X, el obispo Pedro de Orte, uno de los confidentes más cercanos del papa, enviado expresamente «para que arrancase de raíz la cizaña diabólica, brotada en nuestras tierras», según se dijo. El sínodo también se reunió, como consta en las actas, para «poner fin y aplastar la impía rebelión de algunos perversos».

Según la carta acompañante del papa (que a su vez nombraba arzobispo de Reims a un muchacho de quince años) ¡el sínodo debía deliberar sobre los abusos eclesiásticos! Se abogaba así una vez más, junto a las autoexhortaciones, en favor del propio poder, apoyándose fuertemente en las falsificaciones pseudoisidorianas. El sínodo exigía ios diez-

mos, la protección del patrimonio eclesiástico y el privilegio de que los clérigos no pudieran ser condenados por jueces laicos: quien denuncia a un obispo o a un sacerdote, denuncia el orden divino del mundo («casi todas las decisiones sobre la seguridad de los obispos frente a las autoridades civiles son citas literales de la colección de decretales del falsificador», Hellmann). Mientras que los prelados -con el ejemplo tristemente famoso del papa León III el año 800, quien sólo siguió «el ejemplo de sus predecesores»- podían librarse de cualquier acusación mediante un juramento de limpieza, se procuró agravar aún más los castigos de la Iglesia contra otros en virtud precisamente de las Decretales pseudoisidorianas que se manejaron de manera fraudulenta y cuyo espíritu respiran «plena y totalmente» (Hellmann) las resoluciones sinodales.

Así, fueron condenados al encierro de por vida en un monasterio los dos condes hermanos Erchanger y Bertoldo con su sobrino, que se habían puesto en manos del sínodo evidentemente con excesiva confianza y esperando una solución de la disputa entre parientes (mientras que el duque bávaro Arnulfo y su hermano Bertoldo, yernos de Conrado, rehusaron cautamente asistir al sínodo, pese a la invitación que les hicieron). Pero más duro aún fue el rey, a quien por lo demás los sinodales se equipararon. Sólo tres meses después de su asamblea, el 21 de enero de 917 -y fatalmente todo ello recuerda el final de Adalberto de los Baben-berger-, Conrado I hizo decapitar al conde palatino Erchanger y a su hermano Bertoldo, sus cuñados, así como al sobrino de los mismos, Liutfrido, como «traidores de lesa majestad»; «pero detrás de él se encuentra Salomón, el culpable sin duda de semejante acción» (Lüdtke).⁹

El asunto no reportó ninguna ventaja al rey. Todavía en 917 se sublevó en Suabia el Hunfridinger Burchard II, hijo del margrave de Retia asesinado por el obispo Salomón, rival de los ajusticiados, y ocupó el puesto de éstos. Se adueñó de sus propiedades y pronto obtuvo el reconocimiento de los grandes de Suabia como duque (*dux*). Aquel mismo año regresó Arnulfo a Baviera, se rebeló contra el rey y expulsó a su hermano Eberhardo de su «capital». Finalmente, en 917 los húngaros volvieron a invadir y asolar especialmente Suabia, junto con las regiones de Alsacia y Lotaringia, sin que pudiera advertirse ninguna defensa organizada por el monarca. Pero en el otoño de 918 marchó una vez más contra Ratisbona, aunque de nuevo sin éxito.¹⁰

Poco es lo que sabemos de los últimos tiempos del reinado de Conrado. El 23 de diciembre de 918 desapareció sin dejar hijos en un lugar que desconocemos; más tarde encontró su último descanso en Fulda. Ni pudo frenar a los duques levantiscos ni supo afianzar su propio poder y hasta parece que murió a consecuencia de una herida que sufrió precisamente en la fracasada campaña de Baviera. Mas como sucesor suyo prefirió, según se dice, a su antiguo enemigo: el duque sajón Enrique. Con

el fin de restablecer la paz, prevenir cualquier discordia y salvaguardar la unidad del reino, ya en su lecho de muerte hizo jurar a su hermano Eberhardo, expulsado de Baviera, que entregaría las insignias reales al duque sajón Enrique, un hombre con verdadero poder real, con genuino carisma de rey, y que establecería amistad con él. Todo ello si hemos de atender al relato del monje de Corveyer.

Porque debería quedar abierta la cuestión de si tan noble gesto, que puso en movimiento a tantas plumas, antiguas y modernas, y que sacudió a incontables lectores, como es la designación del sajón por el franco, tan repetidamente admirada y elogiada, fue realmente un hecho histórico, aunque el relato de Widukind contiene sin duda elementos tópicos y muchos adornos que resultan sospechosos. El monje cronista, que pertenecía a la alta nobleza, estaba orgulloso de su linaje, estaba imbuido de una conciencia nacional sajona y estaba resuelto asimismo a destacar la legitimidad de la dinastía liudolfingia, por lo que tal vez hizo nacer más tarde una leyenda política, ya fuese para dar a la causa una mayor sacralización ya fuese para disimular una usurpación.¹¹

En último análisis también los merovingios habían robado sus coronas. Y las habían robado los carolingios. Y muchos otros lo hicieron antes y después. Habitualmente, la historia, la historia política, no está marcada más que por una toma brutal, por la violencia. Tal es la base del Estado, que de buena o de mala gana todos aceptan como instancia integradora; al final se integran bien sean los intereses, las posesiones o el potencial y el prestigio de los dominadores, y de forma patente o velada se dan siempre. La violencia es algo profundamente bárbaro y aniquilador, aunque cuanto más hipócrita es la sociedad tanto más gusta de presentarse con el ropaje del derecho y del orden, como «Estado de derecho». Y es que todo Estado descansa sobre el poder, todo poder sobre la violencia, y la violencia, como dice Albert Einstein, siempre atrae a los moralmente mediocres. Todavía hoy sigue vigente la primitiva ecuación: poder igual a derecho. Todavía hoy, y precisamente en el terreno interestatal, el poder da la medida de quién está del lado del derecho. «A un golpe de Estado o a una revolución que triunfa le sigue a la corta o a la larga el reconocimiento del nuevo régimen por otras naciones. Quien gana una guerra decide sobre el nuevo trazado de líneas fronterizas y sobre el contenido de nuevas constituciones; es quien establece las nuevas reglas» (Esther Goody).¹²

Aun cuando la elección de Enrique I hubiera discurrido de un modo totalmente «legal», el supuesto para la usurpación, la acumulación de poder, de violencia por su parte, por parte de sus padres y de sus antepasados, sólo podía imponerse con la prolongada rivalidad, la explotación, la opresión y el derramamiento de sangre.

Y exactamente así debieron de ocurrir las cosas.

CAPITULO 5

ENRIQUE I, EL PRIMER REY GERMÁNICO

«No sabía leer ni escribir, lo que no representaba
una excepción entre los reyes de la Alta Edad Media.
A este respecto tampoco hizo mucho para la educación
de sus hijos.»

ELFIE-MARITA EIBL¹

«Sólo en el invierno de 928-929... penetró Enrique en
el territorio de los eslavos del Elba y conquistó
Brandemburgo. Desde allí se trasladó el rey al sur,
donde devastó el territorio de los daleminzios...
Otras incursiones bélicas en los años 932 y 934
ampliaron el dominio germánico.»

DIETRICH Q.AUDE²

«Los éxitos de Enrique resultan sorprendentes... El
éxito descansa exclusivamente en la fuerza de la
espada.» «Pisando los talones de las tropas
conquistadoras, y antes aún que el sacerdote, llegó
el tratante de esclavos.»

JOHANNF.S FRIED³

«El rey Enrique, el gran promotor de la paz y celoso
perseguidor de los paganos, murió el 2 de julio,
después de haber obtenido numerosas victorias con
audacia y valor y de haber ampliado por doquier las
fronteras de su reino.»

*ADALBERTI CONTINUATIO REGINONIS*⁴⁴

Así cuida uno de los suyos

A la muerte de su padre, el duque de Sajonia Otón el Augusto (912), Enrique había sido elegido duque por los grandes. Y con su elección real en el Estado francooriental la soberanía pasó de los francos a los sajones. El comienzo de su gobierno marca al mismo tiempo -al menos de cara a una cuestión debatida ya en el siglo XII- el tránsito definitivo del imperio francooriental al «germánico», aunque por una parte sus raíces se prolongan sin duda más allá y, por otra, todavía en el siglo X nadie consideró el imperio otoniano como un imperio «germánico».

Enrique I procedía de la poderosa casa nobiliaria de los Liudolfingios-Otones -emparentada por múltiples lazos con los carolingios- que disponía de abundantes posesiones, especialmente en Sajonia oriental, entre Leine y Harz. Este ilustre linaje (designado unas veces por su representante más antiguo y otras por el más famoso) muestra una vez más hasta qué punto se entrelazan en la historia el afán de poder y la «piedad» y hasta qué punto pueden desarrollarse. Su antepasado, el primero que conocemos con seguridad, el conde sajón Liudolfo (fallecido en 866), con posesiones en las inmediaciones de Harz y en el territorio turingio de Eichsfeld, fue el abuelo de Enrique I y se aprovechó notablemente de la matanza sajona de Carlos I mediante adjudicaciones de tierras. Casó con la franca Oda, a la que Dios bendijo con una ancianidad de 107 años (falleció en 913); en su compañía peregrinó a Roma en 845-846 y obtuvo del santo padre Sergio II, que otorgaba sedes episcopales y otros bienes eclesiásticos a cambio de fuertes ofrendas, las reliquias de varios santos predecesores en el cargo. Incluso fundó con su esposa en Brunshausen una casa de canonesas (852), que en 881 fue trasladada a Gandersheim, siendo una de las primeras fundaciones monásticas de la nobleza sajona. Como tantas otras sirvió para asegurar el provenir a algunas de sus hijas, y al mismo tiempo la piadosa empresa familiar denunciaba una concepción cristiana de la vida.

El mayor de sus hijos, Bruno, tío de Enrique I, murió en 880 al frente de un ejército sajón contra los daneses; el otro fue Otón el Augusto,

padre de Enrique I. Tras el matrimonio de su tía Liutgarda, hija de Liudolfo, con el rey Luis el Joven, obtuvieron diversos privilegios, entre los cuales la garantía de que la dignidad de abadesa estaría reservada a las hijas de la casa liudolfingia. Después de lo cual las hijas fueron sucediéndose una tras otra en el gobierno de la casa. Y hasta la introducción de la reforma protestante en 1589 se mantuvo el estatus de princesa imperial para las abadesas de Gandersheim. Más aún, hasta principios del siglo XIX Gandersheim fue una fundación femenina de la alta nobleza. Así cuida uno de los suyos...

Pero que esta fundación piadosa no fue una excepción lo demuestra la fundación femenina de Essen (852-1803), que asimismo se mantuvo casi un milenio hasta su secularización.

Fundada hacia 852 por Altfrido, obispo de Hildesheim, las monjas procedían de las familias más ilustres del imperio. En tiempos del emperador Enrique IV (fallecido en 1106), ¡la abadía femenina poseía más de cien palacios señoriales y más de tres mil haciendas rurales! Las haciendas eran administradas por campesinos dependientes, por siervos (semi-libres). Eran habituales los numerosos servidores que atendían a las labores de carpintería, albañilería, al trabajo de los campos y al cuidado de los jardines. Las abadesas de la fundación, que fueron obteniendo propiedad tras propiedad y regalía tras regalía, acabaron elevándose a la dignidad de príncipe imperial. Tras la desaparición de la *vita communis* en el siglo x, la abadesa de la fundación femenina de Essen administró su propia hacienda doméstica con cuatro cargos palaciegos y con numerosa servidumbre que incluía un cocinero, un subcocinero, un panadero y un cervecero. Cada noche el jefe de cocina preguntaba a la abadesa lo que le gustaría comer al día siguiente impartiendo después al cocinero mayor y al mayordomo las órdenes consiguientes. Maitres y sumilleres servían durante la comida.

Los que se aprovecharon de la matanza de los sajones

Otón el Augusto, hijo menor del ilustre Liudolfo, gobernó ya como duque sobre toda Sajonia, aunque poseía también extensos terrenos en Turingia, en Eichsfeld, un territorio sito entre Harz y el bosque de Turingia, en el sur de Thüringgau y en Hessen, donde como abad laico del monasterio de Hersfeld disponía de los abundantes ingresos del diezmo incluso en la margen izquierda del Saale. Como dos de los hijos de Otón, Thankmar y Liudolfo, murieron antes que él, le sucedió Enrique I, que era el menor. Con lo cual, sin embargo, no sólo empezaba el régimen sajón en el reino francooriental, sino que al mismo tiempo se daba el paso del tal reino francooriental al germánico.

Sólo poco más de un siglo después del aplastamiento sangriento de los sajones, que duró 33 años, y de la predicación otorgada a los mismos «con lengua de hierro» por su degollador, el «apóstol de los sajones», el santo Carlos I, un sajón se convirtió de hecho en el primer rey germánico. A este respecto conviene recordar una y otra vez que precisamente la nobleza sajona pronto emparentó con la franca, que la mayor parte de la misma se pasó a los nuevos señores y que la colaboración se recompensó a menudo con tierras confiscadas. Así, también los Liudolfingios se habían presentado durante la matanza de los sajones por Carlos «cual partidarios del franco» (Struve), y en agradecimiento por la traición, que aceleró también el paso de Sajonia a la prestación feudal, se les recompensó con tierras en el territorio de Leine cuando todavía se libraban las guerras sajonas en el territorio confiscado. Allí y en otros lugares se extendieron gracias, entre otras cosas, a la violenta usurpación de propiedades de Maguncia, lo que a su vez provocó un conflicto con los Conradinos, sobre todo porque Otón el Augusto había desposado a Hadwige de los Babenberger.⁵

Del tiempo de Enrique I se han conservado tan pocas fuentes (en conjunto 41 documentos, de los cuales 22 originales), que bien podría decirse que sobre ningún otro rey medieval «sabemos tan poco» (Eibl). Y los historiadores que hablan de él, como son el monje Widukind (fallecido después de 973), los obispos Liutprando de Cremona (fallecido en 970/972), Adalberto de Magdeburgo (fallecido en 981) y Thietmar de Merseburg (fallecido en 1018), no sólo pertenecen al estado clerical como de costumbre, sino que además son de origen sajón y casi todos estuvieron especialmente vinculados a la casa principesca sajona. Y en su conjunto informan desde una época posterior.

Entra en funciones un rey no ungido

Enrique I, nacido hacia 876, fue elegido rey por sajones y francos a mediados de mayo de 919, cuando ya tenía casi 45 años. Y lo fue en Fritzlar (Hessen septentrional), antigua cabeza de puente de la misión de Bonifacio. En suelo franco, y por tanto cerca de Sajonia, confiaron al nuevo soberano «con lágrimas, en presencia de Cristo y de toda la Iglesia como testigos insobornables, lo que a ellos les había sido confiado» (Thietmar de Merseburg). Recientemente se sospecha que los grandes francos incluso ya antes le habían elegido rey y le habían prestado homenaje. Faltaban los suabos y los bávaros, pero sobre todo los lotaringios. Los suabos estaban luchando precisamente contra Rodolfo II de Hochburgund (912-937), que evidentemente quería expandirse hacia el noreste. Los bávaros, por su parte, habían derrotado al rey Conrado y

hasta le habían condenado a muerte, en tanto que habían entregado la realeza a su duque Arnulfo «el Malo», probablemente en coalición con algunos francos del Main, sin que sepamos cuándo, si antes o después de la elección de Conrado, ni quién era el «contrincante».

Como quiera que fuese, hasta la exaltación de Enrique pasó casi medio año después de la muerte de Conrado; señal clara de la existencia de problemas. En definitiva el nuevo soberano casi venía a presentar un doble déficit de legitimación, toda vez que no era carolingio y ni siquiera franco. Por ello resulta tanto más sorprendente que se convirtiera en «el rey no ungido» y además por decisión enteramente personal, según Widukind, que es el único que lo cuenta. ¿Fue tal vez al principio, aunque modernamente ha habido intentos de mayor matización, algo menos clerical que su predecesor, que se aprovechó de la Iglesia en la lucha contra los condes y pretendientes, lo que a su vez proporcionó a los obispos una mayor influencia? Como quiera que fuese, Enrique, que supuestamente no merecía tal honor, no se hizo ungir como le había ofrecido el metropolitano de Maguncia Heringer (913-927), naturalmente por motivos de prestigio, por cálculo político. En efecto, la bendición eclesiástica del rey se había hecho habitual en Franconia oriental desde los tiempos de Luis IV, especialmente devoto del clero.

Pero Enrique no quiso aparecer como enemigo de los duques, como continuador de la política fracasada de Conrado; en una palabra, no quiso aparecer como el hombre del episcopado. Y así, al principio se apoyó tan sólo, sin ser mínimamente anticlerical y ni siquiera antiepiscopal, en un único notario (Simón) que podría decirse heredado de su predecesor, y no en la cancillería eclesiástica tradicional, en cuya reestructuración titubeó. Y mientras que Conrado había colaborado estrechamente con el clero, Enrique, aspirando a ser algo más que *primas inter pares*, persiguió la colaboración general con los «*maiores*» civiles del reino, naturalmente en favor de su unidad y de su fuerza de choque.

Tal integración la consiguió por vez primera en 919 con el conde suabo Burchard, que acaudilló el reciente ducado todavía sin apenas afianzar y se implicó además abiertamente en un serio conflicto con el vecino rey de Borgoña, Rodolfo II (que dejando atrás la residencia de Zurich por él conquistada inició el avance sobre el territorio del lago de Constanza, obteniendo grandes realengos, el palacio de Bodmann, la abadía de Reichenau y la ciudad episcopal de Constanza, que por entonces era el corazón de Suabia). Y en 921 llegó a un acuerdo con el príncipe bávaro Arnulfo, que sin duda aspiraba más bien a un reino meramente bávaro; todo ello tras una primera incursión bélica fracasada y una segunda que quedó indecisa.

Enrique fue atraído hasta las puertas de Ratisbona, aunque evitó una batalla decisiva. Y ello porque, a diferencia de su predecesor Con-

rado I, el llamado «genio de la vacilación decidida», no buscó por lo general un intercambio abierto de golpes. «Amenaza perfectamente armado, pero combate de mala gana» (Fried). Esto se aplica más bien a su política interna; no ciertamente a su política oriental. De ahí que con los duques de su reino prefiriese negociar y establecer compromisos. Así, dejó en manos de los dos príncipes germánicos del sur los recursos fiscales que correspondían a su territorio, les concedió el gobierno eclesiástico, la capacidad de disponer de las sedes episcopales y de los monasterios reales, y hasta parece que compartió con ellos algunas competencias de política exterior. Todo ello, por supuesto, única y exclusivamente porque carecía de poder para someterlos por entero. El hecho es que fue aceptado. Y cuando llegó a ser más poderoso y su posición se hizo más estable, acometió también el problema de la autoridad eclesiástica y estrechó sus lazos con el clero.⁶

Novias lucrativas y un obispo más flexible

El gobierno del primer rey germánico muestra una vez más el eje de la política. «Pero el rey crecía y aumentaba en poder de año en año», celebra Widukind de Corvey. El poder... y cuanto más poderoso llega a ser un soberano, tanto más profunda es la inclinación que hace ante él la historiografía. Al menos ésa suele ser la regla, que es de lo que aquí se trata.

Enrique I empezó por buscarse una mujer rica con vistas a reforzar su posición. Rondando los 25 años solicitó la mano de Hatheburg, la hija heredera del conde Erwin de Merseburg, que no tenía hijos varones. La Iglesia desde luego (en la persona de Hatto I) también estaba muy atenta a las posesiones de la muchacha, que también tenían una relevancia política, una puerta de salida hacia el este, con amplias posesiones en aquel territorio. Bajo la influencia manifiesta de la Iglesia, la viuda Hatheburg había tomado el velo. Cualquiera que hubiese sido el egoísmo con que el clero la había conducido al monasterio, con ese mismo egoísmo volvió a sacarla Enrique. «Por su belleza y por la disponibilidad de su rica herencia» la desposó y en ella engendró a su hijo Thankmar.

Pero «la pasión amorosa del rey por su esposa se apagó», denuncia Thietmar de Merseburg. Y entonces vino bien que el «honrado», «prudente» y «hábil jurista», como era el obispo Siegmund de Halberstadt (894-924), aquella «cima de ambición desbordada», combatiese la legitimidad del matrimonio. Aquel «varón que ardía en celo por Cristo», que además «superaba a todos sus contemporáneos por su polivalente conocimiento de la ciencia eclesiástica y civil», supuso un voto precedente de Hatheburg que excluía el matrimonio de Enrique. Y en consecuencia prohibió de inmediato «la ulterior comunidad de vida matrimonial bajo

pena de excomunión de la autoridad apostólica». Por lo que el obediente príncipe católico no pudo ya en realidad hacer otra cosa que despedir a su costilla no canónica.

Una vez más las cosas discurrieron a pedir de boca, pues ya Enrique ardía en amor «por la joven Matilde a causa de su belleza y de su hacienda». Así que pronto volvió a encerrar a la primera esposa en el monasterio, y ya se entiende que reteniendo su rica dote con abundantes tierras en Sajonia oriental, una base del notable realengo otoniano en torno a Merseburg. Y como con ello Enrique había aumentado su poder en el este, ahora lo extendió hacia el oeste con un segundo matrimonio. El año 909 desposó a la hija del conde Thiederich, la joven Matilde, «por su belleza y su hacienda» (Thietmar) e ilustre además por descender (aunque no por línea masculina) del héroe sajón y contrincante de Carlos en la guerra sajona: Widukind. Matilde era su biznieta y, según su biógrafo, «digna de la mayor alabanza» a la vez que sumamente rica, justo por la herencia westfaliana de los Widukinds. Y por supuesto era además muy devota de la Iglesia; en una palabra, una mujer «de grandes prendas tanto en las cosas divinas como en las humanas» (*in divinis quam in humanis profuit*, Thietmar).

De nuevo la sacó Enrique, ahora evidentemente con ayuda del padre de ella, el duque Otón, abad laico de Hersfeld, de un monasterio de monjas, esta vez el monasterio de Herford, donde una abadesa abuela del mismo nombre la educaba, aunque se supone que sin estar destinada al estado religioso. «Salió con las mejillas blancas como la nieve cubiertas de un rojo encendido, cual blancos lirios entreverados con rosas rojas» (*Vita Mathildis*). Ya un día después de su llegada a la santa casa Enrique debió de retozar con su botín. Y su regalo de tornaboda le aportó un notable aumento de influencia en Ostfalia y en Engern.⁷

Se entiende que este hombre, al que la leyenda a través de los tiempos le atribuyó una actitud nada palaciega y una modestia casi campesina con títulos como «Enrique el Pajarero» y «rey del ejército de los pájaros», tampoco como rey perdiera en el negocio. Incluso el obispo Thietmar, que celebra la «capacidad» de Enrique y sus «grandes logros», «las hazañas de nuestro rey dignas del recuerdo eterno», no deja de reconocer: «Si se enriqueció durante su reinado, como muchos afirman, que el Dios misericordioso le perdone».⁸

«Movimientos de confraternidad» y proximidad de los clerizantes

Que después de su elección Enrique rechazase la unción real le enajenó al parecer las simpatías del clero, sobre todo porque el afianza-

miento del rey siempre generaba derechos a su hacedor. Así, Pedro, el príncipe de los apóstoles, susurró al oído de san Ulrico -Enrique le otorgó en 923 el obispado de Augsburgo-: «Anuncia al rey Enrique que aquella espada sin empuñadura representa a un rey que gobierna su reino sin la bendición episcopal (*sine benedictione pontificali*), mientras que la espada con pomo representa a un rey que mantiene el timón del reino con la bendición divina» (*Vita Oitdalñci*). A partir de ahí se le dio a Enrique el título de «*ensis sine capulo*» (espada sin puño).

Esta doctrina de los prelados no debió de postergarla Enrique por demasiado tiempo. Tanto menos cuanto que en el curso de los siglos IX y X los obispos obtuvieron y conservaron cada vez más derechos, y tales que originariamente correspondían al rey, hasta hacerse incluso con los condados. Presumiblemente todo ello fue mucho más importante para el monarca que el consejo de san Pedro y su presentación delante de todo el sínodo.

Sin embargo, Enrique no fue en modo alguno un hombre radicalmente anticlerical. Más bien a los pocos años, tras la inútil tentativa de recortar el poder papal en Alemania -Albert Hauck afirmó en una ocasión: «En la corte de ningún otro rey tuvieron los obispos tan poca influencia como en la de Enrique»-, se fue volviendo cada vez más a la Iglesia. De ahí que lo exalten los cronistas clericales. Enrique levantó templos en Sajonia, donde evidentemente «estaba en la mejor concordia» (Eibl) con los obispos locales. Asistía también con la familia a las oraciones en común de monasterios importantes, como Fulda, Saint-Gallen, Reichenau y Remiremont, el monasterio de los Vosgos en la parte meridional de Lotaringia. Pero en su tiempo -¡tiempos de tribulación!- inundó todo el país una oleada de confraternidad de la nobleza con los monasterios, que en definitiva no era otra cosa que un compromiso pactado de laicos y eclesiásticos con vistas a la mutua asistencia, incluso entre querellas. Curiosamente se llegó a unos «movimientos de confraternidad» regulados, especialmente en la misión y expansión de la Iglesia en las tierras cristianizadas.

De modo muy parecido discurrían las cosas con los florecientes pactos de amistad. Especialmente los pactos de *amicitia* de Enrique con los duques, con «amigos ganados», con los que en esencia buscaba asegurar su soberanía, escapaban a un cálculo puramente oportunista, eran evidentemente esfuerzos integradores, «política de alianza para asegurar la soberanía» (Beumann) y en el fondo una simple camaradería egoísta de los príncipes y de la alta nobleza. Tales amistades con los grandes del reino -que después Otón I rehusó- las pactó Enrique con los duques Eberhardo de Franconia, Arnulfo de Baviera, Giselberto de Lotaringia, también con su predecesor Conrado, con el rey Rodolfo de Hochburgund y varios reyes francooccidentales. Finalmente «consejo y ayuda» fue también una fórmula de la amistad «construida» frente al «natural»

parentesco de la sangre, del que no se distaba mucho en el cristianismo, como a menudo se ha expuesto.

Por lo demás, Enrique I estrechó cada vez más sus lazos con la Iglesia imperial; más aún, bien pronto no emprendió nada sin consultar a los obispos, que mantuvieron «de continuo una posición relevante» a su lado (Waitz). Ya en 921, cuando Carlos el Simple le dio la mano de san Dionisio (al que en la Edad Media se tuvo por una persona, mientras que hoy sabemos que fue el resultado de la fusión de tres personajes), por consejo de un prelado bávaro había emprendido una larga campaña contra Arnulfo, duque de Baviera, al que la Iglesia estigmatizaba como el malo, como tirano e hijo de la perdición; pero cuyas grandes secularizaciones volvió ya a anular en parte el duque Bertoldo, hermano de Arnulfo. Y ya en 922 nombró oficialmente Enrique archicapellán suyo al arzobispo Heriger de Maguncia, cuyo ofrecimiento para ungirlo había rechazado, y cada vez se rodeó más de prelados y abades, que asimismo prevalecieron abiertamente en los documentos reales. También confió la educación de su hijo Bruno de cuatro años (929) al obispo Balderico I de Utrecht y lo destinó a la carrera episcopal.

La «santa Lanza»

Finalmente, tras largos meses de ruegos, reclamaciones y amenazas, en 926 Enrique obtuvo del rey Rodolfo II de Hochburgund, contra entrega de oro, plata y otros regalos, una «parte no pequeña del territorio suabo», la ciudad de Basilea y la santa Lanza, que era garantía de victoria y estaba adornada con un supuesto clavo de la cruz de Cristo, siendo según parece un símbolo de las pretensiones al reino de Italia.

La preciosa pieza ocupaba «con mucho el lugar más destacado» (Althoff/Keller) entre las «insignias imperiales» (cuya posesión demostraba la legitimidad de la soberanía). Por lo demás aquella Lanza sagrada unas veces pasó por ser la lanza de Constantino, otras la lanza de Longino, que en la historia de la pasión traspasó el costado de Jesús crucificado y que más tarde, según se contaba, también había sido mártir (junto con su carcelero al que había convertido) al que se invocaba en las oraciones contra las hemorragias y heridas. Finalmente, desde el siglo XI la santa Lanza fue tenida también por la lanza de san Mauricio, un mártir prominente, venerado por los francos como «santo de la guerra» y constituido en «santo imperial», que -¡según la epopeya cristiana!- había muerto gloriosamente en Suiza durante la persecución de Diocleciano como comandante de la Legión Tebana con no menos de 6.600 soldados. Una patraña enlaza con otra en esta historia de iglesias, santos y mártires, y a menudo una resulta mayor que la otra.

La rareza sagrada, por la que las tres lanzas santas se funden en una sola (como los tres santos hechos y derechos que forman un san Dionisio, más o menos como en la única naturaleza divina están las tres divinas personas...), aquel «inestimable don del cielo», junto al que naturalmente aparecieron otras lanzas sagradas (aunque menos eficaces) traídas a Europa por los cruzados (1098,1241), adornó desde entonces el tesoro de los reyes germánicos y en 1938 fue trasladado de Viena a Nuremberg, la «ciudad de las jornadas del partido del Reich». Hoy reposa de nuevo en la cámara del tesoro del Viena, aunque ya sin aportar como contrapartida «una parte no pequeña del territorio de Suabia» y ni siquiera la ciudad de Basilea. Por entonces la «joya», «portadora de una reliquia sumamente valiosa... garantizaba como símbolo de soberanía unas victorias soberanas al rey de fe solidísima» (Kämpf), y sobre todo su triunfo, por lo que el año 933 figuró al frente del ejército en la batalla contra los húngaros, para la que Enrique eligió el 15 de marzo, día de san Longino...⁹

Bien fuese porque el rey Enrique I se supiera guiado por la «gracia de Dios», como sugiere Widukind. o bien actuase inducido por «razones geopolíticas, como *la ley del Elba*» (Lüdtke), lo cierto es que acabó lanzándose con verdadera furia contra los paganos y emprendió una serie de campañas devastadoras contra los eslavos del Elba. Quizá por ello el arzobispo Adalberto de Magdeburg lo exalta como «adalid de la paz».

De la paz infernal de los cristianos y de sus «valores básicos»

La paz adquirió (¡y no sólo entonces!) un rostro muy preciso para ciertos círculos, y especialmente para los eclesiásticos: «una *pax*, que no consistía en la simple ausencia de guerra y destrucción, sino que constituía la réplica terrena de la *civitas celestis*, en la cual prevalecía por doquier la *iustitia*, el "recto orden", sin que fuera suplantada o destruida en ningún lugar» (Bullough). La «*pax*» así entendida muy bien puede imponerse por doquier a través de la lucha y del horror; más aún, hasta sería necesaria la guerra cuando se lesiona la «*iustitia*», el «recto orden», que es precisamente el orden cristiano.

Esto no es difícil de demostrarlo, incluso hoy.

La historia cristiana no conoce la paz a cualquier precio. La «paz», el «orden», los «valores cristianos fundamentales» han de salvaguardarse, hay que defenderlos, y en caso de necesidad hasta verter la sangre, hasta la ruina total de aquello contra lo que han de defenderse. Contra «criminales sin conciencia» el papa Pío XII permitía hasta la bomba atómica,

hasta la guerra nuclear. Y esto, según lo interpretó entonces el jesuita Gundlach, profesor (y rector interino) de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, hasta el «hundimiento de un pueblo» -con la colaboración intensiva de la Iglesia ya se ha hundido más de un pueblo- y hasta el hundimiento del mundo entero, pues para el fin del mundo permitido por ellos «Dios asume también la responsabilidad». Felizmente, ya en torno al año 2000 no conocemos más guerras, vivimos en una época pacífica por completo, no hay más que medidas «que establecen la paz» y «la mantienen»...

Pero ya en su tiempo, cuando se hacía la guerra de forma sencilla y libre casi en una lucha permanente, realmente de lo que se trataba siempre era de la «paz». La *pax* se convirtió cada vez más, y de manera especial bajo Otón I, en un concepto típico de la política cristiana y en el objetivo natural de cualquier matanza (defensiva u ofensiva) de paganos.¹⁰

Los historiadores de ayer...

En el noreste, sin embargo, Carlomagno ni siquiera acarició proyectos especialmente agresivos. El patriarca Hauck cree incluso que el emperador sólo pensó en fijar en aquellos territorios «las fronteras naturales». «El gran conquistador no tuvo planes de conquista sobre el Elba... Carlos no se dejó inducir a incorporar el territorio wendo al Estado franco... La prueba está sobre todo en que no ocurrió absolutamente nada para convertir a los wendos al cristianismo».

Aunque esto pueda parecer la conclusión un tanto audaz del autor de la *Kirchengeschichte Deutschlands*, que continúa siendo una obra importante, resulta todavía más notable su opinión de que también los carolingios posteriores, Luis el Piadoso, Luis el Germánico, los hijos de éste y los sucesores de uno y otro habían persistido en la idea «defensiva» de Carlos respecto del este, y a lo largo del siglo IX los príncipes francoorientales no habían ido más allá de esa «política defensiva», sobre la continuada y cansina secuencia que nunca pasó de la defección y el sometimiento, de la denegación del tributo y del forzamiento a entregarlo.

Por el contrario, a los ojos de Albert Hauck el compromiso liudolfin-gio en el siglo x fue una verdadera «suerte». «Pues aunque al principio los duques sajones sólo luchan por la victoria y el botín, su superioridad en el campo de batalla condujo por su propio peso a que en lugar de la guerra de rapiña se impusiese la guerra de conquista. Es mérito del duque Otón el haber sido el primero en someter realmente territorio wendo al dominio germánico, haber sido el primero en habitar a las tribus

wendas a la férula de los príncipes alemanes. Con vigor y éxito continuó Enrique I la obra por él iniciada: en lugar de la política defensiva entró entonces la política de ataque a lo largo de la prolongada frontera wen-da.» «En este territorio el duque Otón y el rey Enrique pusieron la base del dominio alemán y con ello la base de la nacionalidad alemana.»

«Desde la victoria sobre los daneses en el año 934, la supremacía alemana sobre los eslavos quedó plenamente asegurada. La soberanía alemana sobre el territorio wendo se extendió a lo largo de toda la línea desde Erzgebirge hasta el Eider... En lugar de una dependencia muy laxa se impuso una marcada anexión más o menos definida. Se advierte la importancia de tales éxitos cuando se tiene presente que el territorio, que de ese modo quedó vinculado al imperio, era mayor que cualquiera de las tribus germánicas. Las conquistas wendas son la obra de trascendencia mundial de Enrique I. Mediante las mismas condujo al pueblo alemán hasta el territorio al cual tras casi un milenio iba a desplazarse el epicentro del poder alemán»¹¹

Vaya, algo maravilloso. Volumen tras volumen seguiremos las huellas de ese «poder alemán», de la realidad alemana de la que debería gozar el este...

De víctimas no se habla aquí, naturalmente, ni de las propias ni menos aún de las ajenas. ¿Sangre? Diríase que ni una gota. Después de todo es un asunto limpio y absolutamente glorioso. Se vence, y se vence porque se es más fuerte. Se conquista, se domina a un pueblo, se le domina de nuevo, se le somete y se le vuelve a someter. Uno se afirma y rompe la fuerza de una tribu, se la fuerza a reconocer la propia superioridad y sobre todo a aceptar una y otra vez el deber de pagar tributo, se la habitúa al dominio ajeno y se extiende la soberanía alemana. ¡Ah, realmente una causa hermosa! Y no corre la sangre. Y no prevalece la injusticia. Y no hay huidas, ni destierros, ni hay esclavizamientos, ni tribulaciones y muertes. ¡Únicamente el «poder alemán», la «soberanía alemana», la «obra de trascendencia universal»! Y naturalmente a ella dedica algunas páginas el teólogo e historiador de la Iglesia Hasuck, que escribió su *opus magnum* en la era del emperador Guillermo..., mucho antes de que Heinrich Himmler y Alfred Rosenberg «descubrieran su amor al "germánico primitivo" (*urgermanischer*) Enrique, que provocó una literatura de niveles parecidos...» (Brühl).

... y los historiadores de hoy

Pero como ahora la atmósfera política ha cambiado y la situación histórica ha experimentado algún desplazamiento, también la imagen histórica resulta algo diferente. La «obra de trascendencia universal»

de Enrique, que naturalmente ya no figura como tal, se minimiza ahora gustosamente, se trata con la mayor sobriedad posible, casi se escamotea y desde luego cambia por completo el enfoque.

El medievalista Eduard Hlawitschka, por ejemplo, en un *Studienbuch*, cierto que apenas dedica once páginas a Enrique I, pero su ofensiva en el este no le merece ni media página (menos aún que la «adquisición de la santa Lanza»). Además sólo se trata de un «reforzamiento preventivo de la frontera», de una «previsión», de la «creación de una tropa de caballería», con la que más tarde «se vence y somete a tributo a las pequeñas tribus eslavas vecinas...». Y aun esto como de paso o simplemente para poder utilizar el nuevo y «experimentado» reclutamiento ecuestre contra los húngaros y advertir a los «vecinos eslavos» contra un apoyo de aquéllos.

En un volumen colectivo el mismo erudito nos ofrece una colaboración de diez páginas sobre el rey Enrique I; pero sobre su «obra de trascendencia universal» viene a decir y escribir una sola frase donde simplemente se habla de «luchas fronterizas con los vecinos eslavos del Elba y del Saale -hevelios, daleminzios, wilzos, obodritas y redaños, a los que se suman también los bohemios- a fin de probar las nuevas tropas de caballería y al mismo tiempo advertir a los vecinos eslavos contra un apoyo por parte de los húngaros».

El territorio saqueado o conquistado de una manera sangrienta por Enrique, que Hauck califica con indiscutible admiración como mayor «que cualquiera de las tribus germánicas», a los ojos de Hlawitschka, que escribe cien años después, se convierte simplemente en una especie de lugar de entrenamiento para las tropas, cómodo y cercano, donde se preparaban de cara a la guerra muchísimo más importante contra los húngaros.¹²

De las batallas propiamente dichas los historiadores recientes en general hablan tan poco como Hauck. De ordinario apenas hablan de sangre, pues sería simplemente inadecuado, menos ajeno al tema que a la «especialidad» en cualquier nivel (de profesores titulares). El *Hand-buch der Europäischen Geschichte* (1992) menciona en el apartado de «Las luchas en general» una única publicación, y es del año 1938.¹³

La historiografía, especialmente la «futura», no procede ni siquiera por aproximación de forma tan «objetiva» como continúa haciéndolo la mayoría de sus representantes. «Las valoraciones estuvieron siempre influidas por los problemas políticos del presente respectivo.» Este juicio de Gerd Althoff y de Hagen Keller en su estudio en dos volúmenes *Heinrich I. und Otto der Grosse* (1944), aunque reza únicamente con la historiografía de los dos primeros Otones, caracteriza más o menos la historiografía en general. Ambos historiadores quizá lo discutirían. De todo modos la «obra de trascendencia universal» de Enrique tampo-

co a ellos les arranca más de dos frases sobre Enrique a lo largo de su voluminoso libro. Y también aquí aparecen una vez más sus «campañas contra los eslavos, llevadas a cabo con gran crueldad» -remitiéndose a Widukind-, simplemente «como preparación para la defensa contra los húngaros y sobre todo como piedra de toque para la nueva caballería».¹⁴

Ése fue un motivo, «posiblemente», como se dice en el manual que acabamos de citar. Pero hubo otro motivo: Enrique necesitaba nuevo territorio real, nuevas posibilidades de expansión y nuevas tribus a las que poder desollar; «el tesoro real volvió a llenarse» (Fried). «Hizo tributarios a los pueblos siguientes -celebra Thietmar mencionando "muy pocos" en el "curso glorioso de la vida" de su héroe-: bohemios, dale-minzios, obodritas, wilzos, hevelios y redarios.» Ciertamente el prelado escribe a renglón seguido: «los cuales volvieron a sublevarse de inmediato...»; pero también de inmediato se les vuelve a atacar «en venganza por ello», como razona con buena lógica cristiana el obispo Thietmar. Mas también se puede suponer naturalmente, siguiendo sobre todo a muchos historiadores alemanes, una «seguridad de fronteras preventiva y tributaria» (Reindel); se puede hablar de la «protección de fronteras», del esfuerzo de Enrique por «poner un cinturón protector militarmente seguro delante del territorio interior» (Fleckenstein).

En resumen, Albert Hauck lleva razón. Enrique se mostró ofensivo en el este. Y así como en el oeste actuó a menudo y en general de una forma discreta, cauta y hasta flexible, así también en el este intervino sin miramientos de ninguna clase.

La «seguridad de frontera» de Enrique, o «... de allí no escapó ninguno»

Con este rey la guerra contra los paganos -especialmente con la caballería acorazada, que poco a poco se fue convirtiendo en un fenómeno permanente- adquirió allí, donde incluso en tiempos de paz florecía el comercio de esclavos, aquel carácter de terror contra algunos pueblos eslavooccidentales y bálticos, que ha conservado durante siglos. Con la lucha violenta contra bohemios, eslavos del Elba y daneses se asoció enseguida la misión religiosa. Mientras el pueblo alemán crecía de continuo, los eslavos del Elba (obodritas, wilzos, redarios, ucros, hevelios, sorbios, milzenos, daleminzios) fueron diezmados con dureza desacostumbrada, sus aldeas fueron destruidas a centenares y sus gentes expulsadas, deportadas y asesinadas. «El dominio extranjero es la mayor desgracia», lamenta el obispo Thietmar, aunque naturalmente piensa cual corresponde a un prelado cristiano sólo en la opresión del propio pue-

blo. («La Crónica de Thietmar, querido lector, solicita un poco de benevolencia...», se dice en el prólogo I.)

Ya en 906 Enrique I, por encargo de su padre, había atacado a la tribu eslava noroccidental de los daleminzios. De ese modo demostró él su «capacitación como guerrero» y regresó «victorioso tras graves devastaciones e incendios» (Thietmar); acción que por lo demás provocó el primer asalto húngaro contra Sajonia. Por supuesto que Enrique, como cualquier sajón, odiaba a los wendos sin que retrocediese ante cualquier injusticia contra los mismos. Así, a una tropa reclutada en Merseburg entre bandidos, ladrones y salteadores públicos, la «Legión de Merseburg» (que todavía entraba en campaña durante el reinado de Otón I «el Grande», hasta que fue aniquilada por Boleslao I de Bohemia), le permitió todo tipo de crímenes contra los wendos. E imperturbable continuó el reclutamiento de desalmados. En efecto, siempre que advertía «que un ladrón o un salteador era un hombre valiente y hábil para la guerra, le eximía del castigo correspondiente y lo trasladaba a los arrabales de Merseburg, le daba tierras y armas y le ordenaba que respetase a sus conciudadanos, pero que realizase correrías contra los bárbaros que osasen acercarse. Así, la muchedumbre formada por tales gentes constituyó un ejército perfecto para la invasión». Y Merseburg, situada en la misma frontera con el territorio eslavo, se convirtió naturalmente en una buena base de tropelías. Siete años de los diecisiete que reinó los empleó el rey en la lucha contra los pueblos eslavos; fueron las suyas unas guerras profundamente injustas, guerras sin otro objetivo que la opresión y la explotación... Y aun así, fue uno «de aquellos grandes caudillos... como los que el destino otorga a nuestro pueblo una vez en el milenio» (Lüdtke).¹⁵

En 928 Enrique, que ya tenía 52 años -y para muchos historiadores ya un «genio» totalmente maduro- abrió la serie de luchas germanohe-velianas, «muchas batallas» como subraya Widukind, que se prolongaron hasta comienzos de los años cuarenta. Para ello se aprovechó el rey de una paz firmada con los húngaros, y de repente irrumpió durante el invierno, cosa muy infrecuente en su tiempo, contra los heveños, una tribu de los wilzos sita más allá del Elba, en el curso medio del Havel. (Del nombre germánico de este río, Habula, deriva el nombre originario de la tribu de los heveños, Habelli; también se supone que tras la inmigración eslava del siglo VI la restante población germánica se mezcló con los eslavos y formó la tribu de los heveños; fue una de las raíces del árbol posterior que fue la Marca de Brandemburgo.)

En el ataque de Enrique contra los hevelios le había acompañado su hijo Otón, que tenía 16 años... Una buena escuela para la vida. Por lo demás el vástago no sabía por entonces ni leer ni escribir, cosa que el padre coronado no supo a lo largo de su vida, aunque su estatura aven-

tajada confería el verdadero ornato a la dignidad soberana!, según comenta Widukind. El monarca era también capaz de beber mucho. Y era a su vez un gran cazador; durante la caza muchas veces «en una sola batida abatía cuarenta o más jabalíes» (Widukind), si es que no se trata de fanfarronadas de cazador.* Las que sí son ciertas son las matanzas de hombres, que tanto el padre como el hijo practicaron como verdaderos virtuosos. Y sus sucesores siguieron el ejemplo de los antepasados. Lo hicieron los cristianos en su conjunto, y de manera muy especial la minoría nobiliaria.

Tras numerosos combates se adueñaron, cuando todo estaba helado, del principal punto de apoyo de los hevelios, que era la estratégica fortaleza de Brennabor (Brandenburg), magníficamente situada. Más tarde aún cambiaría diez veces de manos (y según una hipótesis supuestamente bien fundada, ya habría sido el objetivo de Carlomagno en su campaña de 789 contra los wilzos). En 948 se fundó en los alrededores de la fortaleza la primera iglesia episcopal. Y el territorio del Havel medio en torno a Brandemburgo formó más tarde la Marca del Norte, que Otón I entregó al margrave Gerón.

Inmediatamente después de la conquista de Brandemburgo sometió el rey, tras devastar sus tierras, a los daleminzios que habitaban la parte meridional en torno a Meissen y Dresde y a quienes ya Carlomagno, como el propio Enrique en sus años mozos por encargo de su padre y de nuevo en 922, había combatido y cuya fortaleza principal, Gana (nombre tomado del Jahna, un afluente que desemboca en el Elba por la orilla izquierda cerca de Riesa), sólo pudo conquistar tras un asedio de veinte días no dejando en ella piedra sobre piedra. Todos los varones, y probablemente también las mujeres y los niños, fueron degollados; según Widukind todos los adolescentes (*puberes*), chicos y chicas, fueron reducidos a esclavitud. Para asegurarse su dominio, el rey germánico levantó allí, en lo alto de un cerro de 40 metros de altitud sobre el Elba, el castillo de Meissen (Misni), una fortaleza de notable importancia estratégica. Y también de relevancia eclesiástica, pues con ella se relacionó el obispado posterior. Con todo ello acabó el papel político de los daleminzios.

Aquel mismo año, el 4 de septiembre de 929, un ejército sajón derrotó, gracias sobre todo a la superioridad de sus jinetes de pesada armadura, a los eslavos que se habían sublevado en Lenzen, una fortaleza de barrera junto al Priegnitz, en el curso inferior derecho del Elba. Las fuentes, exagerando las cifras, hablan de 120.000 y hasta de 200.000 bajas entre los wendos; los más fueron fugitivos y prisioneros, a los que se

* «Latín de cazadores» se llaman literalmente en alemán tales fanfarronadas, lo que le da pie al autor para recordar que Otón tampoco entendía latín. (*N. del T.*)

quitó la vida alanceándolos o lanzándolos a un lago hasta que se ahogaron. En cualquier caso «se les golpeó de tal modo, que sólo unos pocos escaparon» (obispo Thietmar). «De la gente de a pie de allí no escapó ninguno y de los jinetes sólo muy pocos, y así terminó la batalla con la derrota de todos los enemigos» (el monje Widukind). Según él en Len-zen combatieron los bárbaros, como se designa una y otra vez a los eslavos, pura y simplemente contra el «pueblo de Dios», cuyo rostro irradiaba «claridad y serenidad»; la buena conciencia que el clero testifica en todas las guerras en favor de su soldadesca. Al día siguiente cayó Len-zen, «una victoria gloriosa por favor y gracia de Dios». Todos los habitantes fueron reducidos a esclavitud, y las mujeres y los niños fueron conducidos desnudos. La guarnición de la fortaleza, que era el fortín principal de los eslavos linones, sito en el único paso de importancia estratégica del Elba entre Bardowieck y Magdeburgo, fue decapitada, pese a haberseles asegurado la libre retirada: «No hubo piedad alguna, sólo aniquilación o esclavitud» (Waitz).

Una «proeza de la historia bélica», según un historiador de la época nazi, llevada a cabo por «el más grande de los reyes de Europa» (*regum maximus Europae*), como nos hace saber ya el monje Widukind. También el obispo Thietmar celebró al carnicero como alguien «que supo tratar a los suyos con prudencia, pero que a los enemigos supo superarlos con astucia y valentía». Efectivamente fueron los años gloriosos de 928 y 929, en los que «el personaje poderoso y verdaderamente heroico», «la grandeza revolucionaria y dueña del destino de Enrique I», «el creador del imperio, el gran rey y hombre alemán», «inició su creativa política oriental» y obtuvo aquel suelo, «que el hombre alemán iba a configurar y que la sangre vital de incontables generaciones conformaría de acuerdo con su gente y su patria» (Lüdtke). También Richard Wagner exaltó a Enrique I en su *Lohengrin*: «¡Tu nombre glorioso y grande nunca desaparecerá de esta tierra!».¹⁶

«... porque el soldado hiede a podredumbre»; el obispo Thietmar «en la cima de la cultura de su tiempo»

Orgullosa proclama también el cronista la muerte en combate de «dos de mis antepasados de nombre Liuthar» en Lenzen: Liuthar de Stade y Liuthar de Walbeck; «cumplidos caballeros de alta alcurnia, ornato y consuelo de la patria...». Las mismas frases a lo largo de milenios: desde la Roma antigua (aquí presente por su «epopeya nacional», *Eneida* de Virgilio 10, 858 y ss.) hasta la correspondiente propaganda de la Guerra Mundial *semper idem*. En cualquier caso lo decisivo, lo que revela y configura la historia es la colosal historiografía de embruteci-

miento y opresión, la historiografía de crímenes y catástrofes y sobre todo la glorificación y santificación de todas las orgías indecibles de batallas y matanzas, que sumen al pueblo en el desconcierto y que se repiten de continuo. Pocas veces se ha expresado de forma tan drástica y contundente como en la «Balada del soldado muerto» de Brecht:

Y como el soldado hiede a podredumbre,
se adelanta con presteza un santurrón
que agita sobre él el incensario
para que no pueda seguir oliendo mal.

Agitar el incensario es justamente lo que hace el obispo Thietmar de Merseburg cuando, inmediatamente después de recordar a sus antepasados, «ornato y consuelo de la patria», relata varios ejemplos y «pruebas», a fin de que «ningún fiel cristiano dude en adelante de la futura resurrección de los muertos...». Porque la permanente matanza cristiana *viribus unitis* del trono y del altar desde comienzos del siglo IV formó un entramado prieto y tradicional con la fe cristiana. Cuanta más sangre se derrama, tanto más necesario resulta el «buen» Dios y muy especialmente la prédica de la resurrección, la mentira de la supervivencia.

Y así Thietmar presenta de inmediato a una persona «que reciente mente ha partido de este mundo» y que vuelta de nuevo a la realidad, conversa de la manera más normal con un sacerdote, lo que naturalmente garantiza «la fiabilidad de la noticia». Algo «muy parecido vieron y oyeron en mi tiempo unos centinelas de Magdeburgo», continúa el obispo. Vieron y oyeron a su vez en una iglesia a dos muertos y bien muertos «cantar entonadamente». Y también los «ciudadanos más pres tigiosos», cuyo testimonio se aduce, vivieron ese placer realmente admirable; de lo que una vez más hay «testigos dignos de crédito». Asimismo unos difuntos de Deventer ofrecieron el sacrificio de la misa y cantaron en una iglesia y a un sacerdote que los miraba lo arrojaron sin demora y a la noche siguiente lo quemaron sin más ni más delante del altar, reduciéndolo «a polvo y ceniza». Cosa de la que incluso da testimonio Brígi da, una prima enferma de Thietmar (hija sin duda de su tío Liuthar, margrave de la marca septentrional de Sajonia), la cual asegura además: «De no impedírmelo mi debilidad, querido hijo, te podría contar muchas más cosas de todo esto».

¡Y el obispo Thietmar nos las podría contar a nosotros!

Lo único que en consecuencia le interesa a él -que una vez acechó «claramente una conversación de muertos», como ahora podría confirmarlo un «camarada» suyo- es predicar «a todos los fieles» y en «forma clara», como subraya de nuevo, «la certeza de la resurrección y de la recompensa futura según los propios méritos». Así pues, lo que quiere

es hacer creer a todos que en la guerra se puede estar orgulloso de ser «ornato y consuelo de la patria», que es posible «caer» en la lucha con el alma tranquila, por cuanto volveremos a resucitar, sí a resucitar, como sus dos antepasados en Lenzen... Y hace que al «incrédulo» todo esto le resulte indudable por las palabras de los profetas: «¡Señor, tus muertos vivirán!». O bien estas otras: «Y los muertos se levantarán en las tumbas, oirán la voz del Hijo de Dios y saltarán de alegría...». En efecto, ¿qué demente podría aún dudar?

Siendo todo tan sencillo, tan creíble y sobre todo tan verdadero, especialmente para un obispo cristiano, Thietmar en su obra histórica nos atiborra formalmente con hechos milagrosos, con visiones en sueños, revelaciones, apariciones diabólicas, visiones, signos y prodigios, curaciones y castigos milagrosos, eclipses solares no menos milagrosos etcétera, etcétera. Y, por lo que nos aseguran los investigadores, es su historia la obra de un varón, «salido de una de las mejores escuelas», «que estaba en la cima de la cultura de su tiempo», que tenía «amplísimos conocimientos» (Trillmich). *Ergo* Hepo, deán de Magdeburgo herido en batalla, «apenas si puede emitir un susurro», pero aún puede «cantar muy bellamente los salmos con sus hermanos». *Ergo* en algún lugar pudo renovarse por entero el vino derramado, de modo que no sólo las monjas pudieron beber del mismo «durante largo tiempo, sino que también lo bebieron muchos otros vecinos y huéspedes para alabanza del Señor». Y en otro lugar un cadáver sagrado no hedía, sino que simplemente emitía un olor tan fuerte como agradable «incluso a más de tres millas según el testimonio de varones muy dignos de crédito».

Se comprende que todo esto y otras cosas chocantes no debemos enjuiciarlo desde la perspectiva actual, según nos enseñan historiadores y teólogos, sino únicamente desde la perspectiva de otra época que creía y pensaba de otro modo. Esto suena a prudente. Pero dejando de lado que todavía hoy hay millones de personas que creen y piensan así, ¿por qué se pensaron y creyeron tan obstinadamente a través de los tiempos todos esos disparates inmortales? Porque miles y cientos de miles de clerizontes obtusos e impostores los metieron con cuchara, porque durante siglos arruinaron los ideales clásicos de la antigüedad griega convirtiendo en «necedad la sabiduría de este mundo» (1 Cor 1,20), porque hundieron el occidente y el oriente en la sima tenebrosa y fatal de la ignorancia y la superstición, de la impostura de reliquias, milagros y peregrinaciones, y enterraron espiritualmente a los pueblos, porque desterraron de las escuelas la cultura general sometiendo y sacrificando toda la educación al cristianismo, porque su locura teológica la convirtieron en la enseñanza por antonomasia, de modo que incluso Tomás de Aquino pudo calificar de «pecado» el afán de conocimiento, si no tiene como objeto «el conocimiento de Dios».

Así se pudo extender e interiorizar sin dificultad alguna cualquier desvarío por monstruoso que fuese ¡hasta el límite de cuanto más absurdo más hermoso! Y no sólo la gran muchedumbre de *illiterati et idiotae*. «Basta un pueblo arrobado -ironiza Voltaire- que corre detrás de un par de charlatanes; con el contagio se multiplican los milagros, y ahora es todo el mundo el que está embelesado.»

Hasta bien adentrada la edad moderna las masas cristianas vegetan en un estado de analfabetismo completo. Lo que tampoco tiene nada de raro cuando la misma aristocracia y la mayoría de los príncipes no supieron escribir hasta la época de los Staufer.

Aquella nobleza cristiana sólo había aprendido algo que estaba por encima de todo: y no precisamente el amor al prójimo ni el amor al enemigo ni la buena nueva del evangelio, sino ¡matar, matar y matar!¹⁷

En 931 Enrique marcha contra los obodritas. En 932 conquista y reduce a cenizas Liubusua, que contaba con 10.000 habitantes y era el centro de la tribu eslava de los lusici (que las investigaciones modernas sitúan en torno a Luckau), la fortaleza que ochenta años después, estando protegida por una guarnición alemana, fue conquistada por el príncipe polaco Boleslao Chrobry. (Ocurrió en el curso de la segunda de las tres guerras que el emperador Enrique el Santo, aliado con paganos, llevó a cabo contra Polonia, y a quien a su vez siempre se celebró como ideal del príncipe cristiano, como *rex christianissimus et athleta Christi*; elogios de los que Boieslao también se mostró digno como muchos otros ya que el 20 de agosto de 1012, en la toma de Liubusua, organizó un «lamentable baño de sangre» [obispo Thietmar] y de nuevo pegó fuego a la fortaleza.) Enrique I sometió a tributo la ciudad de Lausitz y la de Uckermark mediante una campaña del año 934. «Nada tiene de extraño que tales hazañas entusiasmasen también a la Iglesia», se escribe con admiración todavía en el siglo XX. «Arrastrada por la corriente de vida, que brota con Enrique, también la vida eclesiástica se pone en movimiento...» (Schoffel).¹⁸

Esto se aplica incluso a los sucesos ocurridos en el norte. En efecto, ese mismo año de 934, en una guerra sangrienta contra los temidos daneses, tenidos casi por invencibles en toda Europa occidental, Enrique venció a su virrey Gnuba, soberano de Haithabu, lo hizo tributario y lo convirtió en su vasallo. Con ello, sin embargo, el rey Enrique creaba también en el norte una nueva base para la expansión del reino de Dios sobre la tierra. Y así arrancó a los paganos «de su falsa creencia y les enseñó a llevar el yugo de Cristo» (Thietmar). Pues, fiel a la vieja estrategia de primero la espada y después la misión, inmediatamente después de aquella derrota Unno, arzobispo de Hamburgo-Bremen inició el trabajo de conversión en Dinamarca y Birka. Poco después sucumbía Gnuba en lucha contra Gorm, rey de Jutlandia septentrional, bajo

cuyo hijo el rey Harald Diente Azul los daneses se hicieron cristianos.¹⁹ Era sin duda en el oriente donde había que enfrentarse ahora con los diablos más salvajes, todavía muy lejos del «yugo de Cristo».

«... el trabajo educativo de años»

Los húngaros, «espantosos por su indumentaria y talla, son un pueblo muy salvaje y supera en crueldad a todos los animales depredadores», como escribe el abad Regino de Prüm. Eran gentes que emitían «gruñidos espantosos y bramaban de cien modos», según Ekkehard IV de Saint-Gallen, y en una palabra eran «los hijos del diablo» (*fili Belial, Annales Palidenses*). En 894 habían cruzado por vez primera el Danubio irrumpiendo en la Marca de Panonia y el año 900 cayeron por primera vez sobre Baviera. Desde entonces devastaron con frecuencia los territorios del sur de Alemania y la Iglesia perdió grandes zonas, a su vez previamente robadas. Los límites episcopales de Passau y Salzburgo ya habían retrocedido a comienzos del siglo x hasta el Enns y las estribaciones de los Alpes, pese a la resistencia sangrienta que opusieron hasta los pastores de almas: tras la derrota de Pressburg el 4 de julio de 907 los obispos de Salzburgo, Freising y Seben quedaron tendidos en el campo de batalla con todo el ejército bávaro.

En Sajonia, y por tanto en el norte, los intrusos irrumpieron por vez primera en 906, cuando el joven Enrique llevaba a cabo por encargo de su padre la incursión bélica contra los daleminzios, a los que impuso un pesado tributo. Llamados por éstos en su ayuda, los húngaros asolaron terriblemente el país. Mataron a muchos sajones, a otros se los llevaron prisioneros, y en los años 919 y 924, durante el reinado de Enrique, regresaron; en 926 lo hicieron de nuevo cruzando también el Rin. Sus hordas a caballo inundaron toda Europa occidental: «... *et vastaverunt omnia*», y todo lo devastaron, para decirlo con una expresión típica de los anales de la época.

Cuando el rey, en la defensa de su palacio de Werla, se esperaba cualquier otra cosa, casualmente cayó en sus manos un caudillo húngaro. Enrique tomó pie para firmar un armisticio de nueve años (mediante la garantía del pago de un tributo anual) y aprovechó el plazo de gracia para crear un cinturón de defensa con la construcción de nuevas fortalezas y la reparación de las antiguas, sobre todo en la frontera eslava, donde la población residente hubo de trabajar día y noche en la construcción y en avituallarse para un caso de necesidad. Desde la época carolingia es evidente que se multiplicaron los castillos y durante el período otoniano en ellos descansó toda la vida política y, «con ciertas limitaciones, también la eclesiástica» (Schlesinger). Enrique construyó «castillos para salvación del país e iglesias en honor del Señor para la

salvación de su alma», informa el obispo Thietmar, reduciendo claramente el cristianismo real a sus valores prácticos fundamentales (en el doble sentido de la expresión): la Iglesia y la guerra.

También se afianzaron en forma masiva los monasterios y fundaciones, como los de Hersfeld, Corvey y Saint-Gallen, al igual que numerosos palacios (los de Werla y Merseburg, por ejemplo), al tiempo que se modernizaba y acorazaba la caballería sajona, que se «entrenaba» para la guerra magiar con las continuas matanzas de eslavos al este del Elba y del Saale. La investigación habla también aquí de una «prueba de eficacia» (Beumann). Al cabo de seis años el rey se sintió lo bastante fuerte con «el trabajo educativo de años y el rearme de su pueblo» (Lüdtke) como para romper el armisticio, empeño en el que la Iglesia le ayudó celosamente. Al final también ella había tenido que pagar el tributo húngaro; ése tal vez fue el motivo de que en su despedida del sínodo imperial celebrado en Erfurt (932), y el primero del que hay testimonio durante el reinado de Enrique I, decidiera introducir de inmediato una capitación o impuesto personal en su propio beneficio.

En conexión con dicho sínodo imperial, reunido en junio bajo la presidencia del arzobispo Hildeberto de Maguncia y con asistencia del rey y de numerosos obispos alemanes, la paralela asamblea del pueblo y del ejército también decretó la guerra contra Hungría. Pues, como ya queda dicho, todos creían estar lo bastante armados como para emprender la lucha. El rey habló al «pueblo» en estos términos: «De qué peligros se ve ahora libre vuestro reino, que antes estaba en completo desorden, lo sabéis muy bien vosotros mismos, que con tanta frecuencia habíais tenido que soportar graves padecimientos por vuestras querellas internas y por las luchas exteriores. Pero ahora veis que se han logrado la paz y la unión por la gracia del Altísimo, por nuestro esfuerzo y por vuestro valor, habiendo sido vencidos y sometidos los bárbaros. Lo que ahora debemos hacer todavía es mantenernos unidos contra nuestros enemigos comunes que son los ávaros».

Un enemigo persiste siempre, a través de milenios. ¿Adonde se podría ir sin él? Realmente todo parecía empobrecerse en la ruina y la quiebra. Con la única excepción, ya se entiende, de la Madre Iglesia. Sus riquezas se mantenían a todas luces tan intactas como las de los húngaros salteadores. «Hasta ahora, para llenar vuestro tesoro, os he despojado a vosotros, a vuestros hijos e hijas, pues no teníamos ningún dinero y no nos quedaba más que la vida desnuda. Tomad consejo por lo mismo y decidid lo que hemos de hacer en este trance. ¿He de tomar el tesoro consagrado al servicio de Dios y entregarlo como rescate por nosotros a los enemigos de Dios? ¿O no debo más bien con el dinero realzar la dignidad del servicio divino, para que más bien nos rescate Dios, que realmente es nuestro creador y redentor?»²⁰

Preguntas retóricas. Evidentemente pretendían hacerse con el tesoro eclesiástico, si todos querían «ser redimidos por el Dios vivo y verdadero, porque es fiel y justo en todos sus caminos y es santo en todas sus obras». Y así, hambrientos de redención, forzaron «los derechos al cielo» y juraron apoyo al rey.

«Prueba de eficacia»

Ahora bien, a lo largo de todo el milenio medieval ¡nadie extorsionó los tributos de un modo más regular que francos y germanos! Aunque también se pagaron naturalmente con la mayor desgana. Y así, en 932 enviaron a casa con las manos vacías a los emisarios del este que reclamaban la soldada anual, y al año siguiente ya estaban allí los húngaros. En Turingia se dividieron sus huestes. Las tropas sajonas y turingias empezaron por hacerse con el cuerpo de ejército que atacaba Sajonia por el oeste: «Caen los caudillos de los húngaros, su ejército es derrotado y perseguido por todo el territorio, una parte es aniquilada por el hambre y el frío, otros mueren a golpes o son hechos prisioneros, según sus méritos, sufriendo en todo caso una muerte infame», recuerda jubiloso Widukind.²¹

Una visión realmente cristiana del asunto. Se habló también de un juicio de Dios. Un segundo juicio se dio en seguida, el 15 de marzo de 933, por obra del ejército imperial mediante una convocatoria de todas las tribus bajo la presidencia de Enrique en Riade (probablemente Karlbsrieth en la confluencia del Elme y del Unstrut). El obispo Liutprando de Cremona exalta al respecto «el uso laudable y digno de imitación» de los sajones estableciendo «que ningún varón, que haya cumplido los trece años y sea capaz de empuñar las armas, pueda escapar al reclutamiento». Se entraba pues con niños en campaña y se amenazaba con la pena de muerte a quienes se negaban a prestar el servicio militar.

«Aun estando debilitado por la enfermedad, el rey sube como puede a un caballo, reúne a los guerreros en torno suyo y con sus palabras enciende su ardor para la lucha...», continúa el obispo. Y. «animado por inspiración divina», el rey agrega: «El ejemplo de los reyes del pasado y los escritos de los santos padres (!) nos enseñan lo que tenemos que hacer». Y entonces los hijos de Dios, bajo el estandarte del arcángel Miguel -que en la Biblia figura como el abanderado de los ángeles en la batalla final-, entran al asalto oponiendo un enérgico y vigoroso «¡Kyrie eleison!» del agrado divino al infernal «¡Hui, hui!» de los «hijos del diablo», mientras el rey en persona «tan pronto aparece en primera fila como en el centro y en la retaguardia» (Widukind). Y acabaron derrotando por completo, en una hazaña famosa, a los enemigos del imperio

que, como paganos, eran a la vez enemigos de la Iglesia. Y todo «por gracia de la misericordia divina» (Liutprando). Según Flodoardo, canónigo de la catedral de Reims que sin duda exagera aunque no el que más, los muertos fueron 36.000, sin contar los supuestamente incontables que se ahogaron en el río.

Como quiera que sea, durante la vida de Enrique ya no vuelven a aparecer los húngaros. Toda una magnífica «prueba de eficacia», un testimonio de «la vitalidad histórica» del imperio alemán (Fleckenstein). La primera victoria sobre los húngaros de un rey germánico, que después fue exaltado por sus paladines como «padre de la patria, señor del mundo y emperador», quedó también «inmortalizada» plásticamente en el palacio de Merseburg, aunque «de todos modos se dieron gracias a la gloria de Dios cual convenía»; lo que significa que se entregó a la Iglesia y probablemente también a los pobres el tributo previamente cobrado al enemigo.²²

Desde mediados del siglo x prospera el rechazo de los húngaros; tras la victoria de 944 en Welser Haide se pasa a la ofensiva bajo el duque Bertoldo, que los derrota en 948, y en 949 invade Hungría, acompañado entre otros por el obispo Miguel de Ratisbona (quien aun estando herido todavía remató a un húngaro gravemente tocado), hasta que se logró el triunfo frente a los muros de Augsburgo.²³

Casi contemporáneamente a sus ataques contra los eslavos del Elba emprendió Enrique I una campaña contra los bohemios, cuyas tribus sólo desde el siglo IX merecen la atención de los analistas francos.

San Wenceslao, santa Ludmila y dos cristianos piadosos asesinos de parientes

Inmediatamente después de sus victorias sobre sajones y ávaros Car-lomagno había guerreado contra Bohemia, curiosamente justo después de la visita que en 804 le hizo el papa León. Ya en 805 y 806 la hizo atacar cada vez con tres ejércitos, y desde entonces también fue cristianizada por obra sobre todo de misioneros de Ratisbona. Así, en 845 se pudo bautizar también allí a 14 grandes (*duces*) con su séquito (*cum hominibus*).²⁴

Tras el hundimiento de la Gran Moravia fue Bohemia la potencia más importante entre los pueblos eslavos occidentales. Los checos asentados en torno a Praga, una de las «capitales» más antiguas de Europa, habían unido todo el país probablemente ya a finales del siglo IX. Por entonces se habían «convertido» el duque Borivoi I y, en un lugar desconocido, su esposa Ludmila, hija de un príncipe sorbio. Siguiendo la tradición, el duque habría sido bautizado en el palacio de Swatopluk de

Moravia por el arzobispo Metodio, aunque no consta la fecha del bautismo.

Como quiera que sea, con ellos se inicia una nueva serie de príncipes cristianos, la dinastía checa de los Premysl (Primizl), que gobernó Bohemia hasta 1306. También los hijos de dicha pareja principesca, Svyatopluk (889-915) y Vratislav I (915-921) -Breslau le debe su nombre-, fueron cristianos. Y lo fueron asimismo los hijos del último, los duques Preyslidos Wenceslao (Václav) I (921-935) y su hermano Boleslao I (929-967 o 973), según varias fuentes el más pequeño y según otras el mayor. Tras la muerte temprana de su padre, el duque Vratislav, ambos muchachos, todavía menores de edad, quedaron bajo la tutoría de su madre Drahomir, hija de un príncipe hevelio, que asimismo era cristiana y que mantuvo la autoridad gubernativa. A los dos muchachos incluso los educó una santa: su abuela santa Ludmila (860-921).

Posteriormente leyendas cristianas hicieron de Drahomir y de Boleslao unos paganos, aquélla por asesinar o haber mandado asesinar a su suegra santa Ludmila, y éste a su hermano san Wenceslao. Y todavía en la segunda mitad del siglo XIX la historiografía católica se dejaba llevar por las leyendas y la obra eclesiástica estándar de Wetzer/Welte presentaba a Drahomir como «pagana», que desde el asesinato de Ludmila conectó «con su tendencia pagana al gusto de su corazón».

Pero en el siglo XX, incluso en una obra católica como el *Lexikon für Theologie und Kirche*, ya no se trata de una mujer pagana sino de una «bautizada». Y asimismo Boleslao es «cristiano por completo» y «seguramente desde su juventud» (Naegle). Según el *Handbuch der Kirchen-geschichte*, Boleslao I, al igual que su hijo Boleslao II (fallecido en 999), «se fortalecieron por entero en el cristianismo y hasta contribuyeron a su afianzamiento».

El mismo día del asesinato de su hermano mostró el asesino -según una antigua tradición eslava- su confesionalidad mandando al sacerdote Pablo que orase sobre el cadáver de Wenceslao. Y también Drahomir, que el 15 de septiembre de 921 hizo matar por medio de sus secuaces Tunna y Gommon a santa Ludmila, recompensó generosamente a los criminales y levantó una iglesia en honor de san Miguel sobre la tumba de Ludmila (al final el dúo asesino fue objeto de persecución, muriendo Gommon, mientras que Tunna consiguió escapar). Y siglos más tarde ¿acaso no fue un obispo de Würzburg quien quemó a numerosas brujas y después ordenó que se celebrasen misas por sus almas? No se excluye ningún desvarío en una religión capaz de presentar la locura como razón y la razón como locura y cual obra del diablo.²⁵

Boleslao permitió también trasladar los restos de su víctima desde su residencia en Stara Boleslav (Altbnalau) a la iglesia de St. Veit en Praga. El traslado se hizo con su consentimiento y quizá hasta por orden

suya. Y mandó que Miguel, obispo de Ratisbona, consagrara dicha iglesia con especial participación del pueblo, la nobleza y el clero. El asesino de Wenceslao cuidó además de que su segundo hijo Strachkvas, que después se llamó «Christian», se educara como benedictino en el monasterio de St. Emmeram de Ratisbona, con el que mantenía estrechas relaciones. Milada, hija de Boleslao, fue la primera abadesa del monasterio de St. Georg en Praga, mientras que su otra hija Dubrawka (Do-brawa) casaba en 965 con el duque polaco Mieszko I, de la casa de los Piastos. Según las fuentes polacas con la condición de que él abrazara el cristianismo, cosa que ocurrió al año siguiente, con lo que también Polonia se hizo cristiana.²⁶

Por supuesto que los grupos residuales paganos jugaron un papel importante en la lucha por el poder en Bohemia, así como en los enfrentamientos internos, y más concretamente entre sajones y bávaros. Sin duda que Enrique I procuró ganar influencia en Bohemia donde, como se sospechó, se atrajo a Wenceslao como antagonista de Boleslao, que estuvo sostenido por Arnulfo, duque de Baviera. Cuando en el verano de 921 los dos alemanes llegaron sorprendentemente a un acuerdo, Drahomir vio en ello -y no sin razón- una amenaza para Bohemia, sobre todo cuando santa Ludmila estaba del lado de Arnulfo, dirigida evidentemente por el archipresbítero ratisbonense Pablo, que actuaba en Praga. De ahí que en 921 Drahomir mandara estrangular a su suegra en la fortaleza de Tetín a la vez que expulsaba del país a los sacerdotes bávaros. Al año siguiente Arnulfo marchó sobre Bohemia y sometió a Drahomir.

Sólo hacia finales de la década, y tras derrotar a los eslavos del norte, los hevelios y daleminzios, encontró tiempo Enrique para ocuparse de Bohemia. En lucha precisamente contra los eslavos del Elba avanzó desde Meissen (Misnia) hasta el territorio de los daleminzios, en la frontera bohemia, y a través de los Montes Metálicos avanzó hasta Praga, mientras que curiosamente el duque bávaro se aproximaba al mismo tiempo desde el oeste. Fue una guerra mancomunada contra Bohemia; guerra que seguramente perseguía la imposición de tributos, el pago de intereses obligatorios desde Carlos I y seguramente también algo más que el sometimiento de Boleslao, quizá el sofocamiento de un complot de cristianos checos con grupos supervivientes de paganos en favor de Wenceslao, que el mismo año caía víctima de su hermano.²⁷

Sobre Václav I, el san Wenceslao de la posterior historiografía católica, circula un aluvión de leyendas, que en la mayoría de los casos no pueden considerarse como fuentes históricas. Conviene también olvidar muchas cosas divulgadas tardíamente por teólogos e historiadores. Baste como ejemplo lo que dice una historia católica de la Iglesia, publicada en el siglo XX con *Imprimatur* y el estilo correspondiente: «Este príncipe

solía cocer las hostias y elaborar el vino que se empleaban en el sacrificio de la misa, proclamando así su alto respeto hacia ese misterio sacrosanto» (Aerssen). Y el *Kirchenlexikon* en once volúmenes, de los venerables maestros católicos Wetzer/Welte, sabe incluso que el santo duque, al tiempo de la cosecha (sin más precisiones de lugar y tiempo), molía en un trigal durante la noche el grano necesario para la elaboración de las hostias «y se lo llevaba a casa a las costillas». Pero también reconoce que, aunque «extremadamente templado» en la bebida, a veces «bebía más de la cuenta...», por no hablar de otras cosas.

Que Wenceslao promoviese el cristianismo con todas sus fuerzas podemos creerlo ciertamente, cuando a todas luces intentaba dominar a sus checos con ayuda cristiana; es decir, con ayuda de sus vecinos occidentales. Educado por sacerdotes alemanes, se esforzó por establecer la Iglesia bohemia según el modelo de la alemana y en estrecha colaboración con la bávara, habiéndose consagrado personalmente a Emmeram, santo de la diócesis de Ratisbona cuya fiesta solía celebrar. Con Wenceslao Bohemia dependió por entero en lo eclesiástico del obispado de Ratisbona, pues estaba incorporada a la diócesis del obispo Tuto. A él se dirigió también Wenceslao cuando en la fortaleza de Praga -donde ya sus predecesores Spytihnev y Vratislav habían erigido una iglesia a santa María y a san Jorge- decidió levantar un nuevo templo cristiano más fastuoso.

Pero el santo nacional de los checos no sólo quería una estrecha vinculación con la Iglesia bávara sino también el «*permanente apoyo político y el sometimiento al imperio alemán*», porque «sólo eso hacía posible la realización de su programa de gobierno» (Naegle). Justo por eso hubo un amplio descontento en Bohemia, donde una oposición poderosa y al parecer creciente de la nobleza, dirigida sin duda por Boleslao, que aspiraba al trono de su hermano Wenceslao, nada deseaba menos que una orientación bávaro-germana, un sometimiento al gran vecino siempre peligroso y temido, y a su Iglesia, que muchas veces suscitaba un odio profundo.

Ya en 922 Arnulfo de Baviera había marchado con un cuerpo de ejército contra Bohemia para proteger, del partido nacionalista checo que ahora lo quería liquidar, a Wenceslao, que por entonces rondaba los 15 años y que a los ojos de sus enemigos hasta aparecía como «un soberano loco». Pues «por sus sentimientos cristianos y germánicos cayó víctima de su hermano y de sus asesinos», en palabras (de tono retórico) del *Martyrologium Germaniens*²⁸

Wenceslao, supuestamente advertido de la trama alevosa de su hermano Boleslao en su residencia de Stara Boleslav, no hizo caso de tales maquinaciones y «puso toda su confianza en Dios». Pero Dios le abandonó el 28 de septiembre de 929. El fratricida marchó con presteza a

Praga, se apoderó del trono e hizo matar o expulsar del país a muchos seguidores de Wenceslao, que no habían logrado ponerse a salvo, y en especial a los sacerdotes cristianos que le eran particularmente adictos. Boleslao, personalmente cristiano, no quería eliminar el cristianismo de Bohemia; pero sí quería a todas luces acabar con la supremacía alemana sostenida por Wenceslao. «Durante largo tiempo persistió en su rebeldía lleno de orgullo, pero al final el rey le reprimió enérgicamente...», según escribe el obispo Thietmar.²⁹

Poco después de su asesinato Wenceslao fue ya venerado como mártir, aunque la canonización oficial sólo fue promovida en los siglos XVII-XVIII. La fama de su santidad y de los milagros obrados «por su intervención» fue siempre en aumento y su culto se extendió más allá de la frontera; en los territorios alemanes aparecieron por doquier reliquias de Wenceslao. Los miembros principales, sin embargo, han permanecido en Praga hasta el siglo XX; desde muy pronto allí acudieron grandes peregrinaciones, si es que al menos en esto merecen crédito las viejas leyendas. Como quiera que sea, Wenceslao es uno de los nombres más frecuentes entre los checos.

El santo colaborador y mártir se convierte en el adalid antialemán. Enrique I, «fundador y salvador del imperio alemán»

Para los cronistas medievales, el «mártir» Wenceslao fue un gran héroe militar. Un coral de san Wenceslao, conocido desde el siglo XIII, no sólo se cantaba en la coronación de los reyes bohemios; era también «un canto de batalla de las huestes husitas» (*Lexikon für Theologie und Kirche*) y desde la rebelión husita sirvió para la propaganda antialemana. En una canción puramente religiosa en honor del santo, en vez del verso «consuelo de los afligidos, expulsa todo mal» se cantaba «¡expulsa a los alemanes, a los extranjeros!». Más aún: en un cantoral de finales del siglo XV lucen esplendorosas sobre el estandarte de san Wenceslao estas palabras: «¡Contra los alemanes, contra los traidores de Dios!». Unas veces con los alemanes, otras contra ellos, según la necesidad... es el (supremo) arte vital de esta religión.³⁰

Volvamos a Enrique I.

En una cacería por los alrededores del palacio imperial de Bodfeld (cerca de Quedlinburg) el rey sufrió un ataque de apoplejía. Gravemente enfermo, todavía tomó parte en la última dieta imperial convocada por él en Erfurt el año 936. En el palacio de Memleben, a orillas del Unstrut, le dio un segundo ataque, a consecuencia del cual murió la mañana del 2 de julio de 936, cuando contaba alrededor de sesenta años:

«El señor poderosísimo y el más grande de los reyes de Europa, a ninguno inferior en todo género de virtud tanto del alma como del cuerpo; y dejó un hijo, más grande aún que él, y a ese hijo le dejó un reino grande y extenso, que él no había heredado de sus padres, sino que lo había conseguido por su propia fuerza y que sólo Dios le otorgó».³¹

Enrique I fue inhumado en Quedlinburg, en la iglesia de San Pedro, al pie del altar y supuestamente «entre el lamento y las lágrimas de muchos pueblos» (Widukind). Mucho más tarde aún le cantaron Hans Sachs, Klopstock («El enemigo está ahí. Empieza la batalla. ¡Salud, victoria!») y Richard Wagner. Y naturalmente, le cantan los historiadores en masa sobre bases científicas. Exactamente después de mil años, «el 20 de abril de 1936», Franz Lüdtké confesaba: «Mientras mi libro ya está imprimiéndose y escribo este prólogo como remate, me topo con un artículo de la revista *Neues Volk, Blätter des Rassenpolitischen Amtes der NSDAP* de 1 de abril (!) de 1936: "Enrique I, fundador y salvador del Reich alemán"; en él se perfila con rasgos destacados la figura señera del rey como una personalidad rectora alemana y a él se le otorga "el lugar de honor que le corresponde según nuestra concepción actual de las necesidades vitales del pueblo alemán y de acuerdo con los conocimientos raciales de nuestros días"».³²

CAPÍTULO 6

OTÓN I «EL GRANDE» (936-973)

«... dejando aparte el terror de la competencia penal
del rey siempre amable.»

MONJE WIDUKIND DE CORVEY¹

«Difícilmente un pastor volverá jamás a ejercer la
autoridad como él. Fue capaz de erigir seis nuevas
sedes episcopales. Vigorosamente obtuvo la victoria
sobre la soberbia perniciosa de Berengario. También
humilló hasta el polvo la cerviz orgullosa de los
lombardos... Los territorios más lejanos le pagaron
gustosos sus tributos. Siempre fue un príncipe
pacífico...»

OBISPO THIETMAR DE MERSEBURG²

«Otón el Grande llevó a cabo sus guerras orientales
con la mentalidad del imperialismo cristiano. Política
y religión se entrelazaron tan estrechamente que
"formaron una unidad indisoluble".»

BÜNDING-NAUJOKS³

«En razón de sus prestaciones a la Iglesia romana
el papa Juan XIII lo puso en 967 en línea con Constantino
el Grande y con Carlomagno.»

HELMUT BEUMANN⁴

«... desde el conjunto de la obra llevada a cabo,
resultante de unos conceptos vistos con claridad y de
unas soluciones concretas bien meditadas y llevadas
a efecto de una manera consecuente, ha de figurar sin
duda alguna entre los grandes de la historia universal.
La continuación y expansión del tenaz trabajo constructivo de
Enrique I no fue más que un signo de su actividad; el otro y más
importante es el avance seguro hacia una
hegemonía europea que deriva de su nueva idea personal
del Estado.» «Y es el único entre nuestros soberanos
alemanes de la Edad Media al que la historia ha otorgado
de forma duradera el sobrenombre de "el Grande". Fue él
quien elevó su imperio a la potencia hegemónica de Europa.»

EDUARD HLAWITSCHKA⁵

Primero la espada...

Enrique I, «el padre de su país, el más grande y el mejor de sus reyes» (Widukind), dejó tres hijos de su segundo matrimonio con Matilde: Otón, Enrique y Bruno. Todavía en la primavera había designado oficialmente como sucesor, en la dieta imperial de Erfurt, al hijo mayor, Otón, nacido el 23 de noviembre de 912 y que contaba por tanto 24 años. El primogénito Thankmar, habido de un primer matrimonio -declarado nulo-, había fallecido para entonces, al igual que Enrique, hijo segundo del segundo matrimonio, el preferido de la reina Matilde y al que según parece habría querido ver sobre el trono. Y así -en una ceremonia que crearía tradición en la coronación real de los soberanos alemanes-, Otón I, del linaje sajón de los Liudulfingios, el futuro primer emperador alemán, fue ungido y coronado en Lotaringia (arrebataada por el padre de Otón a Rodolfo, rey de Borgoña), en el palacio carolingio de Aquisgrán, el 7 de agosto de 936. El día acabó con el ritual «banquete de coronación», una orgía imponente de comida y bebida («elemento esencial de todas las celebraciones a las que el rey asistía», Bullough).

Pero al principio habían discutido entre sí los tres arzobispos rena-nos de Tréveris, Colonia y Maguncia sobre la presidencia en la ceremonia de la coronación. Ruotberto de Tréveris, que pronto sería archican-ciller/archicapellán antes de sucumbir a la peste en 956, insistía en la mayor antigüedad de su diócesis episcopal y en su fundación «casi por el bienaventurado apóstol Pedro» (*tamquam a beato Petro apostólo*). Mas también Wilfredo de Colonia quería presidir el acto de la coronación. Al final se convino en que presidiera Hildeberto de Maguncia, asistido por el metropolitano de Colonia. Después, el maguntino, «varón de admirable santidad» (Widukind), en el interior de la capilla y casi bajo el báculo que llevaba, entregó a Otón la espada como primera de las insignias imperiales con estas palabras: «Toma esta espada, con la que has de expulsar a todos los enemigos de Cristo, paganos y herejes, en virtud de la potestad divina a ti conferida y en virtud de todo el imperio de los

francos, para afianzamiento de la paz de todos los cristianos». Una frase que, al decir de Pierre Riché, contenía «ya todo el programa de gobierno otomano». En cualquier caso el rey coronado hizo la guerra a los paganos de forma satisfactoria, pero la paz entre los cristianos no la logró jamás ni a un lado ni al otro de los Alpes.⁶

Tras la consagración y unción en la basílica «Magni Caroli», Otón, que a propósito se presentó con indumentaria franca, se sentó en el trono de piedra de Cariomagno sito en el coro occidental de la catedral (que todavía puede admirarse en la tribuna de la capilla palatina). Y todo este ceremonial, cuidadosamente preparado sin duda alguna, mostraba al joven monarca como «*rex Francorum*», cual continuador de las tradiciones carolingias. La Iglesia lo convirtió en «*rex gratia dei*», rey por la gracia de Dios, «el elegido de Dios» (*a Deo electum*), elevándolo así claramente por encima de toda la nobleza.

Asimismo se echó de ver ya entonces claramente, con la manifiesta referencia a los comienzos del reinado de su padre y predecesor, una nueva posición de poder, una posición clave del clero y la evidente subordinación de los duques. Ya no eran iguales bajo un primero (*primus inter pares*), como con Enrique I, sino que eran «servidores» de un ungido, de un señor por la gracia de Dios. Ellos, a saber, Giselberto de Lota-ringia, Eberhardo de Franconia, Hermann de Suabia y Arnulfo de Ba-viera, prestaron al nuevo soberano, en el banquete real y de una forma solemne, los servicios cortesanos de camarero, trinchante, copero y mariscal; oficios que ya se daban en la corte de los príncipes merovingios y de los que más tarde saldrían los cuatro cargos principales del imperio. Pero Aquisgrán pasó a ser el lugar de coronación de los soberanos alemanes de la Edad Media. A lo largo de seiscientos años, entre 936 y 1531, allí recibieron la corona 34 reyes y 11 reinas.⁷

Protección de la Iglesia, guerra a los paganos

Otón I, que inmediatamente después de su ascensión al trono se hizo ungir por la Iglesia, recibiendo una consagración «superior», fue un príncipe muy creyente y católico a carta cabal. Más aún, tan persuadido estuvo del carácter sagrado de su señorío y soberanía, así como de su coordinación con el clero, «que el ejercicio del poder real fue para él un servicio sacerdotal» (Weitlauff). Su realeza, potenciada por así decirlo con el acto de la unción, anuncia ya desde el comienzo «un cambio de actitud respecto de la Iglesia» y «en cierto modo se convierte en el modelo de las monarquías de la Edad Media» (Struve). Si hemos de creer a Widukind, los súbditos de Otón vieron en él la norma de la justa actuación divina. El rey, que por cierto hablaba con ligero acento sajón, tenía

un rostro rubicundo y llevaba luenga barba; estaba de continuo bajo la protección de Dios, fue el apoyo y esperanza de la cristiandad y fue el gran príncipe divino cuya soberanía se asemejaba a la de Dios sobre el universo.

Al igual que Carlos «el Grande», también Otón «el Grande» veía su cometido principal en la protección de la Iglesia y del papado, apesar de los numerosos incidentes. Casi al pie de la letra renovó en un documento, que todavía se conserva, las habituales promesas de los carolingios a los papas, renovó por escrito las antiguas donaciones y garantizó la ocupación de la sede romana según los cánones eclesiásticos.

Pero además de la «*defensio ecclesiae*» aquel príncipe, que nunca se ponía la corona sin haber antes ayunado, vio su segunda misión fundamental «en la conversión de los paganos a Dios» (Brackmann). En él, precisamente, aparece «con mucha fuerza una conexión bastante larga entre guerra y misión orientales» (Bünding-Naujocks). Y aunque de hecho la Iglesia no representaba un bloque de intereses totalmente unitario, mandaba orar por Otón y sus tropas como algo que caía por su propio peso, habiéndose convertido en norma ya desde el siglo VIII la oración por el ejército en las letanías y en las laudes del oficio divino.⁸

En el combate tremolaba el estandarte imperial con la imagen del arcángel Miguel marchando al frente de los combatientes. Y naturalmente también la «Lanza sagrada» marchaba con ellos. En los apuros militares Otón se postraba de hinojos con gran fervor ante dicha «Lanza sagrada», como ocurrió en marzo de 939 al sur de Xanten. Después de la batalla del 2 de octubre frente a las murallas de Andernach, Otón se hincó de rodillas y lloró en una oración de acción de gracias. En algunas asambleas importantes de la Iglesia, como el sínodo general de Ingelheim en 948 y el posterior concilio nacional de Augsburgo, el emperador solicitó programáticamente la defensa del cristianismo y su difusión, a la vez que prometía de manera solemne combatir en todo tiempo con el corazón y las manos en favor de la Iglesia. Destruyó santuarios paganos y estableció bases misioneras cristianas, cuidó de los misioneros y creó diócesis con una organización fuerte. En 967, en la gran asamblea imperial y eclesiástica de Rávena, dio cuenta al papa y a los sinodales de su «actividad misionera» entre los eslavos.

De ese modo Otón I estrechó aún más la tradicional alianza de los carolingios con la Iglesia. Tanto él como sus sucesores desarrollaron las tendencias tradicionales. Él personalmente, así como Otón II y Otón III, los emperadores sajones, dominaron como ningún otro antes o después a la Iglesia occidental. Otón I hizo dictar disposiciones contra los clérigos que iban a la caza de animales y de mujeres y contra los laicos que robaban a los sacerdotes los ingresos de los diezmos. Convocó asimismo asambleas sinodales. En 941 marchó a Würzburg y Espira, en

942 a Ratisbona para participar de cerca en la elección del obispo respectivo. Y por supuesto que los Otones decidieron sobre las sedes episcopales, interviniendo curiosamente el Espíritu Santo en favor de los parientes reales. Y así, Otón hizo arzobispo de Maguncia a su hijo (ilegítimo) Guillermo en 954, arzobispo de Colonia a su hermano Bruno el año precedente y en 956 a su primo Enrique le nombró arzobispo de Tréveris. Los obispos Poppo I y Poppo II de Würzburg, Dietrich de Metz, Berengario de Verdún, Berengario de Cambrai, Liudolfo de Os-nabrück eran a su vez parientes del rey. Matilde, hija de Otón, fue la primera abadesa de Quedlinburg cuando tenía once años.

También a los papas los pusieron y depusieron los Otones a capricho. Otón I destituyó a Juan XII y a Benedicto V; lo mismo hizo Otón III con el usurpador Juan XVI. Sin tales intervenciones la situación eclesiástica de Roma habría sido aún más espantosa. Las majestades católicas tampoco tenían una idea demasiado amable de los «representantes de Cristo». Fue Otón III el primero en rechazar de manera tajante la «donación constantiniana» como una falsificación.

Los obispos, un instrumento provechoso de dominio

Otón I se atrajo sobre todo a los obispos y a los abades de los grandes monasterios imperiales para comprometerlos en «el servicio del imperio». Los clérigos más influyentes, que de ordinario pertenecían a la alta nobleza, salieron a menudo de la capilla del rey, donde originariamente (también) atendían a las tareas espirituales; pero ahora recibieron una formación directamente orientada a los intereses del soberano. Bajo Otón la mayor parte de los obispos en Sajonia, Franconia y Baviera salieron de su cancillería y capilla palatina. En los primeros años de la década de 950 se incrementó notablemente el número de los capellanes: pero desde finales de los años sesenta se duplicó y hasta triplicó la plantilla del departamento central del imperio. Del período de gobierno de Otón I conocemos a 45 clérigos palatinos, siendo los clérigos seculares algo más numerosos que los monjes, y como ya en tiempos de los carolingios, ejercieron como consejeros, diplomáticos, administradores y hasta mariscales de campo del soberano.

Se comprueba, en efecto, que «la mayoría de los obispos y abades imperiales, formados en la lealtad del imperio y en una concepción honda del cristianismo» (j) (Hlawitschka) dentro de la capilla palatina, marchasen también a la guerra. Así, por ejemplo, en la campaña de Otón contra Francia en el otoño de 946 los metropolitanos de Maguncia, Tréveris y Reims, junto con otros prelados, se encontraban en el ejército imperial, que devastó con enormes saqueos todo el territorio hasta el

Loira y Normandía. Los arzobispos de Tréveris actuaron también como gobernadores en el sur durante los años 946 y 948 y asimismo intervinieron en las campañas militares llevadas a cabo entre los años 953 y 965. Allí estuvo ininterrumpidamente durante cinco años el obispo de Metz, Dietrich -cuyo predecesor Adalberto había intervenido repetidas veces en las guerras y que probablemente también actuó ya en Italia-, siempre a las órdenes de Otón I. Y casi durante el mismo tiempo debió de granjearse el favor del emperador el arzobispo Adaldag de Hamburgo, que influyó poderosamente en la política imperial y eclesiástica otomana y que más tarde, con ayuda de Otón II, hizo la guerra danesa (974) y también difundió en Escandinavia la buena nueva del evangelio y su «honda concepción del cristianismo», que sin duda había adquirido en la capilla palatina, durante algún tiempo incluso como canciller de Otón. Los prelados Otker de Espira y Lantward de Minden, particularmente estimados del emperador, permanecieron, todo sumado, más de siete años en el sur. Durante el gobierno del emperador Otón I fueron en total no menos de 28 los obispos alemanes cuya presencia en Italia está probada, y probablemente no todos combatieron en el ejército por el Señor (cualquiera que sea el Señor que queramos figurarnos) y hasta podríamos asegurar que la mayoría.

Los prelados actuaban como representantes de la política real tanto dentro como fuera de las fronteras. Tuvieron influencia en la administración imperial, sobre los servidores laicos y los clérigos de la corte, en la judicatura y en las estructuras comerciales, impulsaron el desarrollo económico de sus territorios e impusieron la prestación personal. Y su actividad administrativa, económica y militar se mantuvo a lo largo de la Edad Media ejerciendo a la vez un papel determinante en la elección de casi todos los reyes y hasta se puede decir que los arzobispos de Maguncia actuaron a las veces como hacedores de reyes.⁹

Naturalmente la disponibilidad del clero en favor del Estado bien merecía la pena. Pues así como con su ayuda el rey combatía la concentración de poder y los intentos de autonomía de la alta nobleza, especialmente de los duques, así también en su asociación cada vez más estrecha con el imperio obtuvo el clero gran cantidad de derechos administrativos y fiscales y conquistó sobre todo la protección del rey frente a los ataques de la aristocracia contra sus bienes. La anexión de extensos territorios mediante el sometimiento de los pueblos paganos vecinos permitió además una fuerte centralización del poder estatal.

Obispos y abades largamente ejercitados en la obtención de inmunidades (del latín *munus*, «servicio, cargo, favor, regalo») se vieron así agraciados con amplias donaciones territoriales y con nuevos privilegios de inmunidad. Y así lograron entonces una ampliación de derechos, que los protegían de la intervención de condes y duques. Se les otorgó la

plena jurisdicción en las denominadas *causae maiores*; las ciudades episcopales y sus habitantes quedaron exentas de la autoridad de los condes, equiparándose la prisión eclesiástica a la prisión condal. Y con frecuencia a tales privilegios de inmunidad, proscripción y jurisdicción se sumaron los derechos de mercado, moneda y peaje; derechos todos que en origen estaban reservados al rey. Un ejemplo: cuando en 965 Otón concedió al arzobispo Adaldag de Bremen-Hamburgo el permiso de establecer en Bremen un mercado, le otorgó asimismo jurisdicción, peaje y moneda, con todos los ingresos derivados de los mismos, por lo cual el arzobispo se convirtió en el soberano de la ciudad de Bremen. Pero el traspaso de todas esas regalías reales o condales a los obispos «fue mucho más allá de lo que antes había sido habitual en Alemania» (Bu-lough). Por el contrario, bajo los Otones «ya no se concedieron más privilegios de inmunidad a los señores civiles...» (Schott/Romer).¹⁰

Pero así como la amplia incorporación de la Iglesia a los asuntos del Estado contribuyó a estabilizar la monarquía, también la dotación cada vez más generosa de los obispados y monasterios y su prestigio siempre creciente echaron a la vez las bases para la socavación del poder real con la reforma eclesiástica del siglo XI. El monarca, sin embargo, se puso entonces resueltamente del lado del episcopado, y desde luego en perjuicio de sus propios parientes y de los nobles más destacados.

Bandas de príncipes y familias católicas: Baviera y los hermanos del rey se rebelan

La toma absoluta del poder por parte de Otón en el imperio franco-oriental germánico representó, por una parte, una ruptura con la práctica carolingia de la división de poder en la sucesión al trono en favor de la idea de unidad y de la indivisibilidad del imperio; y por otra parte, al adoptar la tradición carolingia procuró reforzar la posición del rey frente a los magnates.

De ese modo el comienzo de su gobierno provocó de inmediato ciertos movimientos de desestabilización, unos primeros tumultos y hasta algunas luchas sangrientas en el interior del país, en parte debidas a los parientes reales que se consideraban postergados y en parte alentadas por los príncipes que veían asimismo recortados sus derechos. A lo largo de casi veinte años el monarca, que evitaba los pactos de amistad con la aristocracia imperial, se vio implicado en enfrentamientos de herencia y empujado casi al borde de la ruina, pues sus adversarios encontraron un fuerte respaldo en la alta nobleza, todavía lo bastante poderosa como para levantarse de nuevo a la muerte de Otón I (973) y de Otón II (983). El primero de los Otones hubo de emplear casi la mitad del tiem-

po de su reinado en el esclarecimiento de las relaciones de poder dentro del Estado y hubo de combatir con cristianos y católicos francos, para no hablar por el momento de las guerras exteriores.

Las tensiones afloraron incluso en Sajonia y en Franconia, auténtico corazón del *imperium* otoniano.

Cuando en 936, tras el sometimiento de los eslavos del Elba, el rey hizo margrave al sajón Hermann Billung sobre determinadas franjas fronterizas en el bajo Elba y en 937 asignó al conde Gerón el margravia-to del Elba medio y del Saale, Wichmann, hermano mayor de Hermann Billung y cuñado de la reina Matilde, abandonó el ejército. También Ekkehard, primo de Otón, que cayó poco después en lucha contra los eslavos, se vio postergado. Otro tanto le ocurrió a Thankmar, hermanastro de Otón (nacido del primer matrimonio de Enrique I con Ha-theburg), que de antemano estaba limitado a la herencia de los bienes privados. Hubo asimismo problemas con el duque franco Eberhardo. Habiendo jugado poco antes un papel determinante en la exaltación de Otón al trono se vio ahora penado tras unos litigios sobre feudos en la región fronteriza francosajona -donde «la destrucción a sangre y fuego nunca cesó» (Widukind)- y sobre la sanción de un vasallo sajón de Otón, no sin que el emperador hubiera solicitado antes el parecer de dos arzobispos y de ocho obispos.¹¹

Mas fue con los bávaros con los que estalló un conflicto abierto.

Allí, en efecto, había fallecido el 14 de julio de 937 el temido duque Arnulfo «el Malo». El repetido vencedor de los húngaros se había comportado con insolencia frente a la realeza y había controlado por completo al clero de su territorio. Pero Otón deseaba una adaptación más fuerte y en adelante no estaba dispuesto a tolerar ni la política exterior autónoma de Baviera ni a su cumbre eclesiástica con el privilegio anejo de nombrar obispos; lo que pretendía era transformar el país en un «ducado ministerial». Y así, Eberhardo (937-938), hijo mayor de Arnulfo, se negó a prestar vasallaje a Otón, sobre todo por creerse plenamente legitimado a suceder en el ducado a su padre, que ya en 935 le había nombrado su sucesor.

Eberhardo y sus hermanos se opusieron tenazmente a una incardinación más fuerte. Rechazaron el «*comitatus*», un concepto político corriente ya entre los antiguos romanos y con un espectro de contenidos más amplio que el cortejo o escolta militar que significaba en tiempos de Otón. Y así se llegó, según el obispo Thietmar, «a desacuerdos muy notables entre nuestros compatriotas y los compañeros de armas». El rey intentó una solución por la vía militar y a comienzos de 938 marchó contra Baviera; pero sufrió un descalabro. Después fueron el conde Wichmann, hermano mayor de Hermann Billung, y Thankmar, hermanastro mayor de Otón, a una con el duque franco Eberhardo, quienes a

comienzos del verano de 938 rompieron las hostilidades contra Otón. Retuvieron como rehén al hermano menor de éste, Enrique, y mientras Eberhardo lo llevaba consigo en una prisión suavizada, Thankmar conquistó Eresburg.

El rey marchó entonces a Eresburg (en las proximidades de Obermarsberg junto al Diemel), donde los levantiscos se rindieron, abrieron las puertas y el populacho asaltante empujó a Thankmar, «el joven fatigado por la lucha, hasta la iglesia de San Pedro» (Thietmar). En tiempos los sajones habían venerado allí a Irminsul, hasta que Carlomagno la destruyó. Mas aunque Thankmar, en un acto de «simbolismo político», depositó sobre el altar su collar de oro y sus armas, sus perseguidores lo asesinaron por detrás -muerte supuestamente llorada ante todos por Otón- mediante un lanzazo. Escribe Widukind: «No temieron forzar las puertas e irrumpieron armados en el santuario. Pero Thankmar estaba en pie junto al altar, sobre el que había depositado las armas junto con la cadena de oro... Pero uno de los jinetes, de nombre Mancía, a través de una ventana cercana al altar atravesó por detrás con una lanza a Thankmar y lo mató junto al mismo altar». Y el mentado caballero robó después el oro. El derecho de asilo, que en la época del Imperio romano estaba en principio reservado a los templos y que también en la Franconia merovingia jugó un gran papel, para entonces apenas si se observaba en la práctica.

Tras una nueva expedición de Otón aquel mismo año contra Baviera, depuso a su duque Eberhardo y lo desterró, con lo cual dicho duque desaparece de la historia. En su lugar aparece, con menor libertad y suntuosidad, un hermano del difunto duque Arnulfo llamado Bertoldo de Carintia, un príncipe por gracia de Otón. Desde entonces el rey decidió sobre la sucesión en Baviera y sobre la ocupación de la sede episcopal.¹²

Pero también estaba descontento Enrique, hermano menor de Otón, nacido ya como su antagonista en tanto que hijo del rey. Apoyado por la madre de ambos y por los nobles sajones, no sólo aspiró a la corregencia sino al trono en exclusiva, a hacerse con todo el poder. Y todo ello según parece ya a la muerte de su padre. De ahí que también se hubiese excluido a Enrique de la entronización de Otón en Aquis-grán. Y así se sublevó en 939, poco después de quedar libre, junto con su cuñado, el duque Gilberto de Lotaringia (biznieto de Lotario I), quien en la coronación de Otón todavía actuaba como tesorero, y junto con el duque Eberhardo de Franconia, para quien tan ventajosa resultó la matanza de todos los miembros mayores de los Babenberger. Tras la muerte violenta de Thankmar, hermano del rey, Eberhardo se había entregado forzado por la necesidad; pero antes todavía tuvo tiempo de tramar un complot altamente peligroso con el hermano del rey, Enrique, para llevarlo al poder.

Cierto que en marzo de 939 las tropas reales pudieron inclinar de su lado un combate contra los contingentes superiores de Giselberto y de Enrique cerca de Birten, en el bajo Rin (al sur de Xanten). Pero ello sólo se logró con suerte y evidentemente gracias a un ataque diversivo en la retaguardia del enemigo, que se atribuyó desde luego a la oración del rey, el cual había permanecido en la orilla derecha del Rin junto con la «Lanza sagrada». «Oh Dios, autor y regidor de todas las cosas, mira a tu pueblo...» Como quiera que fuese, con tal ayuda de Dios «todos fueron muertos o hechos prisioneros o al menos se dieron a la fuga» (Widu-kind). Pero la sublevación continuó extendiéndose. Los levantiscos encontraron apoyo en el carolingio francooccidental Luis IV, mientras que Otón se aliaba con los enemigos internos del mismo: el poderoso duque Hugo de Francia, del linaje de los Robertinos, que en 937 había desposado a Hadwig, hermana de Otón; y el conde Heriberto II de Verman-dois (quien en 925 había elevado a la dignidad de arzobispo de Reims a su hijo quinceañero Hugo, que ya llevaba dos décadas en el cargo).

Otón, deseoso de impedir la secesión de Lotaringia, mandó devastarla en el verano de 939 mediante una incursión hacia el oeste. Y cuando sus enemigos -entre los cuales había «también algunos hombres de la Iglesia, criminales y enemigos de Dios» (Continuator Reginonis), como el arzobispo Federico de Maguncia, al que Otón instituyó como mediador- quisieron cortar la retirada hacia Sajonia, muchos de sus seguidores ya emprendieron la huida; pero justamente antes de la catástrofe lo salvó un ejército suabo al mando de los condes conradinos Udo y Conrado Kurzbold, ambos parientes cercanos no sólo del conde suabo sino también del duque Eberhardo. El 2 de octubre de 939 ellos cayeron repentinamente sobre los rebeldes y los derrotaron: Eberhardo de Franco-nia pereció en la batalla y Giselberto de Lotaringia en su huida fue arrastrado por las aguas del Rin «y nunca más se le encontró» (Widukind).¹³

Ahora bien, en estas grandes sublevaciones contra el rey siempre hubo implicados altos clérigos. Tal ocurrió en el levantamiento de 938-939, en el que intervinieron el obispo Ruthard de Estrasburgo y los obispos Bernain de Verdún, Gauzlin de Toul, un santo (fiesta 7 septiembre), y Adalbero I de Metz, un celoso reformador y abad del monasterio de St. Trond. Metz se convirtió incluso en el lugar de encuentro de todos los enemigos del soberano alemán. Y mientras éste combatía en el oeste la rebelión y en el este los húngaros paganos caían sobre Turingia y Sajonia, el obispo Adalbero, promotor del movimiento reformista lota-ringio, en su lucha contra el rey destruía hasta la capilla de Luis el Piadoso en Diedenhofen (Thionville) para que no se trocase en bastión del enemigo.

Habría que destacar aquí al nuevo príncipe eclesiástico de Maguncia, quien, al decir de un cronista coetáneo, el Continuator Reginonis, sólo

parecía merecer el reproche «de que doquiera alguien se daba a conocer como enemigo del rey, inmediatamente se le asociaba como segundo». En cambio, Federico, canónigo de Hildesheim, ya a finales de junio fue nombrado arzobispo por Otón y el mismo año León VII le nombraba vicario apostólico y legado papal para toda Alemania, a la vez que el santo padre le animaba a «expulsar a los judíos que rechazasen el bautismo». (El cronista y sacerdote Flodoardo de Reims, acreditado en la escolta de los preladados del lugar durante diversas campañas, en 936 y con motivo de una misión política en Roma comió con el pontífice enemigo de los judíos y recibió «una impresión extraordinariamente favorable de su... compasión»: Kelly.) Como León VII, también su vicario, el arzobispo Federico -que entretanto se había ganado sin ningún sentido crítico la fama de enemigo del mundo-, a quien en tiempos, después de una traición al rey, sus propios diocesanos le habían cerrado las puertas, fue un celoso promotor de la severa reforma de los monjes. Le desagradaba el manejo de los bienes eclesiásticos en su diócesis así como la posición privilegiada del monasterio de Fulda. El soberano, por su parte, en 939/940 y 941 puso en prisión monástica al prelado de Maguncia y legado papal para toda Alemania, el cual, como su predecesor desde la contienda de Babenberg, simpatizaba con los Conradinos.

Tras el aplastamiento de los sublevados Otón sometió a su imperio el ducado de Franconia, con lo que ésta perdió su autonomía para siempre. Y en 940 entregó Lotaringia (como sucesor de Giselberto) a su hermano Enrique, al que había perdonado; pero no logró afianzarse y ya en el otoño del mismo año fue expulsado del país. Ambicioso siempre de la corona, a la que sin duda tenía cierto derecho, Enrique urdió un complot para eliminar a su hermano en Quedlinburg, y concretamente en la sagrada fiesta de Pascua (941). Sin embargo, el plan fracasó y Otón hizo decapitar a varios de los conjurados, en su mayoría nobles sajones. El metropolitano de Maguncia, asimismo sospechoso, que el año antes había salido de la cárcel monástica de Fulda, se «purificó» públicamente mediante un «juicio de Dios», la comunión. Y el siempre inquieto amigo del alma, que fue llevado prisionero a Ingelheim y en la Navidad del mismo año aún seguía a los pies del más poderoso, de nuevo recuperó el favor de Otón y luego de tres intentonas ya no volvió a reincidir.¹⁴

«Solicitud por los parientes» y sus consecuencias: El levantamiento liudolfino

Para no fracasar, como su padre, con las autoridades ducales, Otón impulsó desde 940 una cierta «política de familia», proveyó de ducados

a parientes más o menos bienquistos, dotándoles desde luego con territorios periféricos a fin de mantenerlos alejados de Sajonia y Franconia. También casó a parientes con personas que le eran adictas.

Así, a Enrique, su hermano rebelde pero que en el reparto de la herencia evidentemente había sido postergado, le dio primero el ducado de Lotaringia, a todas luces una mala posesión. Más tarde, a la muerte del duque Bertoldo en 947 le otorgó el ducado de Baviera, aunque ignorando por completo el derecho hereditario introducido allí por los Luitpoldingios. Ahora bien, el nuevo señor Enrique I (948-955) había desposado desde hacía ya una década a Judith, parte de dicha familia e hija del antiguo duque Arnulfo. En cualquier caso desde hacía largo tiempo no todos estaban de acuerdo con aquella toma de posesión; entre los descontentos figuraba Herold, arzobispo de Salzburgo (939-958 y fallecido hacia 970). Como partidario de Liudolfo durante la sublevación de 954, abandonó al rey para pasarse abiertamente al bando de sus enemigos. Mas fue hecho prisionero, y como (presunto) colaborador de los húngaros y tras la batalla de Mühldorf del Inn, probablemente el 1 de mayo de 955, Enrique de Baviera le sacó los ojos y lo desterró, cosa que a su vez excitó muchos los ánimos por tratarse de un príncipe de la Iglesia. Ni siquiera en su lecho de muerte quiso el duque arrepentirse de aquella crueldad, pese a pedirselo el obispo Miguel de Ratisbona.

Como su hermano Otón, tampoco Enrique, «el ilustre duque de Baviera», se anduvo con remilgos, siendo «el terror de los bárbaros y de todos los pueblos vecinos, incluidos los griegos» (*Vita Brunonis*). Cuando, por ejemplo, en 951 conquistó Aquileya con vistas a extender su influencia en Italia, hizo castrar al patriarca del lugar, Engelfrido (hacia 944_963).

Cegó a un prelado y castró a otro, pero personalmente fue un buen católico. Al poco de morir el duque, su esposa, Judith de Baviera, vivió «en luto riguroso» y «en continencia como viuda»; pero fue objeto «de graves habladurías» por causa de su consejero, el obispo Abraham de Freising (957-993). El obispo, no obstante, probó su inocencia mediante un juicio de Dios, la recepción de la comunión eucarística, demostrándose «puro de alma y cuerpo» (obispo Thietmar).

A fin de consolidar más su dominio el rey estableció también lazos dinásticos con los grandes del reino.

Con tal propósito desposó en 947 a su hija Liudgarda, de dieciséis años, con el asimismo jovencísimo Conrado el Rojo, de la Franconia renana, que había sido agraciado con amplias posesiones en Worms y en Espira, que desde hacía tres años era duque de Lotaringia (944-953) y que desde hacía más tiempo era uno de los parientes más allegados a Otón. Asimismo, al año siguiente casó a su hijo mayor, aunque todavía adolescente, Liudolfo, designado sucesor al trono en 946, con Ita, hija

de Hermann I de Suabia (926-949), que no tenía hijos varones y era el jefe de los Conradinos francos. A su muerte, en 949, Liudoifo fue duque de Suabia (950-954). Era «un joven de singular fama y presencia», pero que «no marchó lo bastante aprisa como para llegar al poder» (*Vita Bru-nonis*).¹⁵

Así, el precavido monarca no pudo vincular más estrechamente con la corona mediante ducados o ventajosos contratos matrimoniales a los miembros del linaje real perjudicados por su soberanía exclusiva. Por el contrario, los promocionados aspiraban a un poder mayor, y de ese modo estalló una nueva sublevación -cosa que se repite en estas casas reinantes cristianas de generación en generación-: la de Liudoifo en 953. Se creyó amenazado por su tío Enrique, duque de Baviera, así como por Enrique, un hijo del segundo matrimonio de Otón con Adelaida, nacido a finales de 952 y fallecido ya en 954.

La sublevación, peligrosísima para el rey, pues representaba el alzamiento de numerosos descontentos, estaba dirigida por Liudoifo, primogénito de Otón en su matrimonio con Edgith y duque de Suabia (que mantenía estrechos contactos con los monasterios de Saint-Gallen, Rei-chenau, Pfafers y Einsiedeln), y por Conrado el Rojo, yerno de Otón y desde 944 señor de Lotaringia, «desde hacía poco tiempo todavía el duque más valeroso, pero ahora el salteador más criminal». Los dos insurrectos principescos combatieron «con todos los recursos de la violencia y no menos de la astucia, no descansaban ni de día ni de noche, sembraron la desconfianza entre sus enemigos, no dejaron nada por intentar y ante nada retrocedieron. Su gran objetivo era hacerse de alguna manera con el control de las ciudades más importantes y ricas del reino y a partir de ahí, así lo creían, podrían dominar sin dificultad todas las regiones del reino».

Otón calificó a los insurgentes, que pudieron estar aliados con los húngaros sujetos a tributo, de «enemigos del país», «traidores a la patria» y «desertores, que en su blasfema arrogancia creo que gustosísimos me habrían asesinado con sus propias manos o me habrían visto morir con la más amarga de las muertes» (*Vita Brunonis*).

Casi todos los Luitpoldingios se pasaron al bando de los golpistas, así como la mayor parte de la nobleza bávara en general; también el conde palatino Arnulfo, hijo del duque Arnulfo «el Malo», que ya en la sublevación de 937-938 figuró entre los rebeldes, pero a quien Otón nombró conde palatino y sólo en 953 Enrique, hermano de Otón y duque de Baviera, le nombró su representante (cuando aquél marchó a toda prisa a Maguncia con un cuerpo expedicionario en apoyo del rey).

De parte de los insurrectos, cuya revuelta pronto se extendió a toda Alemania meridional pasando incluso a Sajonia, estuvieron también el arzobispo Heroldo de Salzburgo y Federico, arzobispo de Maguncia,

que después en la dieta de Langenzenn (junio de 954) declaró solemnemente que jamás había emprendido nada contra la lealtad debida al rey, aunque de hecho a muchos, incluido el propio monarca «les había despertado el placer por la locura de la guerra civil» (*Vita Brunonis*). Entregó a los levantiscos Maguncia como punto de apoyo, que Otón atacó inútilmente durante dos meses, en julio y agosto de 953.

Como ya ocurriera en la Pascua de 941, el soberano escapó también ahora a un planeado intento de asesinato por parte de sus parientes católicos. Ciertamente que la subsiguiente guerra civil constituyó un vaivén de incidentes, de asedios y asaltos de diversas fortalezas y ciudades, de combates en torno sobre todo a Maguncia y Ratisbona, aunque se perfiló de primeras desfavorable a Otón y causó, especialmente al pueblo, graves pérdidas en haciendas y vidas humanas; pero el rey «al frente del ejército prendió fuego al país» (Thietmar). También Ratisbona, la capital bávara, que sitió inútilmente durante meses, fue en parte presa de las llamas.

Casi todas las plazas fuertes de Baviera las retuvieron los rebeldes, topándose Otón con las puertas cerradas. A ello se sumó en la primavera de 954 la irrupción de los húngaros, «esa vieja peste de la patria» (*Vita Brunonis*), que en un ataque por sorpresa llegaron hasta el Rin, penetrando en Lotaringia. Los disturbios, disputas y guerras civiles les parecieron naturalmente las ocasiones más propicias para lograr botines sustanciosos. Cuanto más insensatamente se combatieran los cristianos entre sí tanto mejor. Así, los cuerpos de caballería extranjeros aprovecharon también entonces la matanza entre católicos para sus ataques más devastadores contra Alemania y especialmente contra la parte meridional. Sin duda que también esta vez, como tantas otras veces, los príncipes del imperio se aprovecharon del enemigo exterior como un magnífico aliado. Liudolfo tomó a sueldo, así al menos lo afirma Thietmar. «a arqueros ávaros como aliados contra su padre y rey». También a Conrado el Rojo se le acusó de colaboración con los húngaros.

Y precisamente por ello cambió el sentimiento popular en favor de Otón. Y aunque algunos exponentes de la Iglesia alemana, como los arzobispos Federico y Heroldo, estuvieran del lado de los levantiscos, en un momento decisivo el soberano tal vez se libró de la ruina simplemente por el hecho de que nadie más que un verdadero santo, Ulrico de Augsburgo -consagrado obispo en la festividad de los Santos Inocentes- cambió la carroza por un caballo y con sus guerreros galopó en ayuda de su rey acosado. También en el estadio final de la lucha jugó un papel determinante el reclutamiento de un ejército por parte de Ulrico (junto con el del obispo de Coira).¹⁶

Otón I se había procurado un apoyo eficaz y un contrapeso al poder

de los príncipes gracias precisamente a la generosa dotación del episcopado con bienes y regalías, cosa que se manifestó sobre todo en el *servi-tium regis*, el «servicio del rey», de obispados y abadías. Ellos, naturalmente, descargaron ese peso en sus subordinados, pues un deber de prestación de la alta nobleza resulta inseguro. Pero el personal para «servicio del rey», que a menudo era un servicio de guerra, lo tomó Otón cada vez más de su capilla palatina, a la que prestó particular atención.¹⁷

En época reciente ha surgido una disputa sobre el sistema imperial-eclesiástico de Otones y Salios, a saber: si ese concepto tipológico de orden creado por la vieja investigación (L. Santifaller) estaba justificado históricamente. Es decir, si Otón había creado un nuevo tipo con el «sistema imperial-eclesiástico» o si -hipótesis con bases más sólidas- sólo se prolongaron y reforzaron ciertas tradiciones carolingias desarrollando de forma más acentuada y consecuente ciertos elementos de continuidad; en la Iglesia imperial carolingia fueron los monasterios los que jugaron un papel decisivo, mientras que en la otoniana ese papel correspondió a los obispados. La denominada autoridad *espiritual* del obispo (que ciertamente carece por completo de fundamento y además descansa por entero en concepciones creyentes tomadas de otras religiones y cuya estrecha conexión con la teología histórico-crítica he demostrado de manera sistemática en *Abermals krahete der Hahn*) hacía largo tiempo que se mezclaba con cometidos político-militares, aunque el principado «mundano» y la orientación «nacional» de los prelados se hizo todavía más patente bajo los Otones. Aquí no aparece nada fundamentalmente nuevo, sino más bien un sistema de dominio que desde siglos se hacía cada vez más patente y con el que los obispos y los abades perseguían también muy claramente sus propios objetivos, que a la larga redundaron en grave perjuicio del Estado.¹⁸

«Christi bonus odor» (buen olor de Cristo) o «un sacerdocio regio»

Un representante destacado y hasta podríamos decir que el prototipo de un príncipe eclesiástico otoniano fue Bruno, hermano carnal de Otón, el hijo menor del rey Enrique I y de la reina Matilde, que nació en mayo de 925 y que durante los años de 953-965 fue arzobispo de Colonia.

Destinado desde muy pronto al estado clerical, Bruno fue educado desde los cuatro años en la escuela catedralicia por Balderico de Utrecht (918-976), un prelado emparentado con la casa real. Con catorce años, y por deseo de su hermano, llegó Bruno a la corte, en la que

pronto ejerció una influencia dominante. Ya en 940, contando quince años, ocupó el puesto de canciller, y en 951, antes incluso de haber sido nombrado obispo llegó -caso muy infrecuente- a archicapellán y archi-canciller, consiguiendo así la supervisión de la cancellería palatina. En 953, con veintiocho años, fue nombrado arzobispo de Colonia, finalmente tuvo autoridad sobre varios obispados y abadías y en el punto culminante de la sublevación liudolfina también fue -de hecho- duque de Lotaringia: «archidux», como le llama su primer biógrafo, el monje Ruotger, con la fusión de *archiepiscopus* y *dux*, abarcando el doble puesto de Bruno como príncipe de la Iglesia y del reino. Pero también, precisamente en Lotaringia, el santo cubierto de fama «había eliminado con medios militares... todas las resistencias de la nobleza que se oponían a la realeza» (Pätzold).

En la corte, donde Bruno aparecía personalmente «con un vestido sencillo y con pieles de oveja a la manera de los campesinos en medio de sus servidores, que vestían púrpura» (*Vita Brunonis*), sin ni siquiera tomar un baño («*Christi bonus odor*»), se educaron bajo su dirección de la capilla, y especialmente de la cancellería, jóvenes clérigos para obispos y abades, para hombres a quienes la idea de la conversión de los paganos les fuese tan familiar como la idea agustiniana de «la guerra justa», *be-llum iustum*, incluida la guerra ofensiva, perfecta para justificar el asesinato en masa de los «infieles».

De ese modo el arzobispo Bruno fue, por una parte, un precursor de la «reforma», que difundió los principios monacales de Gorze, la famosa abadía benedictina de Lotaringia (cuya fecha de fundación de 748 descansa en diplomas falsificados); por otra, sin embargo -dado que nunca se trataba de que algo «le complaciese a él personalmente, sino que agradase a Dios» (*Vita Brunonis*)-, también marchó al frente de su soldadesca, atacó violentamente a condes y otros grandes, despojó asimismo a cristianos y católicos y destruyó fortalezas; «un luchador incansable del Señor en casa y en la guerra», como subraya su biógrafo. Al menos seis veces combatió el santo al frente de un ejército; es lo que los estudiosos llaman una *vita activa*. Puso sitio (en 959 y 960) a Dijon y Troves; combatió con sus tropas en Borgoña, en Francia, e intervino con especial brutalidad contra Lotaringia, que repetidas veces se levantó contra él. Al conde Reginario III lo aplastó militarmente; fue proscrito por el rey, que le confiscó bienes y hacienda, y en Bohemia murió desterrado (973). (Sus hijos Reginario IV y Lamberto, que habían regresado al país tras la muerte de Otón, hubieron de huir al reino francooccidental al acercarse Otón II hacia 974.) Por el contrario, Bruno prestó ayuda al obispo Berengario de Cambray (956-962) para que pudiera regresar a la ciudad, cuyos súbditos se habían sublevado contra el prelado durante uno de sus viajes a la corte; después de lo cual Berengario

inició un régimen de terror, aprovechando cualquier ocasión para atacar violentamente a sus diocesanos, a muchos de los cuales hizo matar, por todo lo cual no pudo permanecer por mucho tiempo en Cambray. (Su sucesor, el obispo Ansberto [966-971], sólo pudo afianzarse allí con ayuda exterior.)

Pese a que el santo arzobispo siempre fue, naturalmente, «Bruno, el hombre de Dios» atento a «las necesidades del pueblo» (*Vita Brunonis*), su mentalidad, íntimamente marcada por ideas monacales y escatológicas, tendía por entero al más allá. Así, en la lucha por el regio hermano, «la luz del orbe terráqueo», «el ungido del Señor», todos los enemigos, cualesquiera que fuesen sus creencias -¡y en el bando cristiano así ha ocurrido durante milenios!-, todos se convertían en verdaderos diablos: «impulsados por el espíritu del odio», todos estaban «inspirados por Satán», y difundían «el veneno de su maldad por todo el cuerpo del reino»: perjurios, ladrones, «la peste del género humano», «lobos rabiosos que devastan la Iglesia de Dios», etcétera. Por el contrario, «el amor» todo lo une en san Bruno: la nobleza más alta, cargos encumbrados, dignidades, sabiduría... junto con la humildad más profunda, la mansedumbre y los progresos diarios en la virtud. Aportaba en consecuencia, como según parece declaró el propio Otón, «un sacerdocio regio a nuestra autoridad real». De esa manera el santo resultaba «amable y terrible a la vez»; era, y todo quedaba en familia, exactamente como su hermano: «siempre amable dejando aparte el terror de la competencia penal». Efectivamente, «entre los mansos y los humildes nadie más manso y humilde que él, y nadie más severo contra los malvados y orgullosos». Y es que el arzobispo Bruno, «agradable olor de Cristo», «no sólo impulsó la política y se ocupó del peligroso oficio de la guerra», para decirlo según sus biógrafos. No, fue también, «día tras día», el refugio de los oprimidos y los pobres. Pero incluso en la guerra hizo cosas buenas y saludables: «asimismo, a través de sus campañas militares llevó a la catedral y a las demás iglesias los tesoros de la salvación, las reliquias de los santos, como apenas lo había hecho ninguno de sus predecesores» (Oediger); «perlas amables y dulces prendas!», «de casi todos los países y confines de la tierra» (*Vita Brunonis*).¹⁹

«Perlas amables» y una lucha de treinta años por el poder

Pero lo mejor, lo más bello e importante de todos los tesoros de Bruno fueron el báculo y las cadenas de san Pedro. Ciertamente que tales reliquias (como sin duda muchas otras), adquiridas por el obispo con verdadero «amor» y verdadero «entusiasmo» -el báculo de san Pedro

se lo llevó de Metz y los eslabones le fueron enviados probablemente desde Roma en 955 por el papa Agapito II-, eran desde luego una solemne mentira. A propósito precisamente del báculo de san Pedro - ¡que todavía en el siglo xx se exhibe en «el tesoro de la catedral» de Colonia!- se desató una lucha por el poder entre los metropolitanos de Colonia y de Tréveris que duró treinta años. La dignidad de una sede episcopal y su posición preferencial -tan importante en la religión de la humildad- respecto de otro obispado dependían esencialmente de si su fundación podía remontarse a san Pedro o alguno de sus discípulos, tema sobre el que naturalmente nada puede decirse.

En consecuencia Metz y Tréveris ¡reclamaron el «discipulado de Pedro» (fijado por escrito sólo en el siglo IX)! Y frente a la prepotencia abrumadora que Bruno obtuvo para Colonia, se recurrió a la supuesta sucesión apostólica de la sede de Tréveris y se refrendó con la fábula del báculo de san Pedro, en la que todo es inventado. Y entre otras cosas la resurrección del prelado de Colonia, Materno, ¡cuya existencia en el siglo IV está demostrada históricamente, pero que ya fue enviado a la misión germana por el apóstol Pedro! Al tiempo de su muerte repentina se sacó de Roma el báculo de Pedro y con su milagrosa ayuda Materno, enterrado en Alsacia cuarenta días antes, recobró la vida y más tarde fue obispo de Tréveris.

Por segunda vez -quién hubiera podido imaginarlo- el obispo, que al parecer gustaba de estar entre los vivos, resucitó de entre los muertos en tiempos de Carlomagno y entonces vivió nueve años. Y, como también creen saber los cronistas cristianos, san Materno (valedor contra infecciones y fiebres; su fiesta se celebra el 14 de septiembre) hasta habría sido pariente de Jesús: el famoso joven de Naín. Con lo que Materno habría muerto tres veces y otras tantas habría resucitado, aunque su resurrección en la Biblia sólo Lucas la refiere, callándola los demás evangelistas, quienes sin embargo relatan tantísimos milagros menores de Jesús. Añadamos que en 1059 también el metropolitano de Reims fundamentó sus derechos al primado y a la coronación del rey apelando al báculo de san Pedro, ¡que en tiempos el papa Hormisdas habría entregado a Remigio, obispo de Reims!

Así pues, Bruno de Colonia, probablemente en 953, se apoderó del ominoso báculo, que se encontraba en la catedral de Metz, para anular las pretensiones de Tréveris al primado. Pero en los años sesenta del siglo X se falsificó, por obra sin duda del clero de la catedral de Tréveris, el denominado «diploma de Silvestre», según el cual el papa Silvestre I (314-335) habría confirmado a la iglesia de Tréveris aquellos derechos primaciales sobre los obispados galos y germánicos que ya el propio Pedro le había otorgado. Y en virtud de tal impostura el 22 de enero de 969 el papa Juan XIII reconoció a Teodorico (965-977), ar-

zobispo de Tréveris, el ambicionado primado sobre Galia y Germania.

Por desgracia, sin embargo, el tan importante «báculo de Pedro» se encuentra ahora en Colonia. Egberto, arzobispo de Tréveris (977-993), una de las cabezas más cultas formadas en la capilla palatina real y que en 976 fue canciller de Otón II, llegó a un acuerdo con Warin, arzobispo de Colonia (975-985) -quizá aplastado por el peso de las «pruebas históricas» de Tréveris- para repartirse el báculo. Según la concepción cristiana, en efecto, cualquier reliquia parcial vale tanto como una reliquia íntegra puesto que conserva toda su virtualidad salvífica. El arzobispo Egberto, preocupado tanto de la seguridad material de su diócesis como de la pretensión primacial de Tréveris sobre Galia y Germania hizo preparar una empuñadura sumamente preciosa para adaptarla a su fragmento, con lo que acabó superando notablemente el «original» de Colonia al tiempo que el báculo petrino de Tréveris se convertía en una de las obras maestras «del arte otomano de la orfebrería» (Achter).

Y no sólo eso. Una extensa inscripción de la joya refiere la historia del báculo, según la cual éste habría sido enviado en tiempos por san Pedro «para la resurrección de Materno por él mismo» y censura además suavemente la apropiación del antiguo tesoro eclesiástico de Tréveris por el arzobispo Bruno de Colonia que habría «exigido» el báculo. «Las fuentes escritas presentan con toda crudeza la lucha, que desde mediado el siglo llevó a cabo Tréveris por el primado y el báculo. Cuanto más amenazaba Tréveris con destacarse de la serie de obispados alemanes, tanto más se intensifica el esfuerzo por sobrepujar a los rivales con la demostración de la propia antigüedad y del encargo apostólico» (Achter).²⁰

Tras el sometimiento de los levantiscos liudolfinos Otón I consiguió un notable aumento de poder con la victoria sobre los húngaros en Lechfeld (una derrota probablemente habría abierto la vía a nuevos conflictos de política interna).

La batalla de Lechfeld en 955, un «gran don del amor divino»

En Augsburgo -cuyos obispos desde el siglo IV al VIII (desde Zósi-mo/Dionisio hasta Marciano) son «legendarios» o inventados, pues de acuerdo con las fuentes sólo es seguro el obispo Wicterp, fallecido antes de 772- ya en 910 había sido derrotado por los húngaros el cuerpo de ejército suabofranco al mando de Luis el Niño. En 913 y 926 los invasores habían devastado de nuevo los alrededores de la ciudad. Y como en 954, también al año siguiente irrumpieron en Baviera aprovechándose

de la guerra civil que en Alemania había desencadenado la sublevación de los liudolfinos. Saquearon los territorios entre el Danubio y el Iller, saquearon los lugares no fortificados e iniciaron el cerco a la ciudad episcopal de Augsburgo.

Pero ahora los rebeldes del propio campamento ya no ponen trabas al rey. Más bien movilizó rápidamente un reclutamiento de casi todas las tribus alemanas, especialmente de Franconia, Baviera, Suabia y hasta Bohemia. Únicamente faltaron el ejército lotaringio y la mayor parte del sajón, que estaba listo contra los eslavos. En compensación combatió en el bando cristiano un verdadero santo: el obispo Ulrico de Augsburgo. En realidad también combatió allí el asesino, el fraticida de un santo, el checo Bolcsloa. obligado por Otón en 950 a la prestación de vasallaje mediante una campaña militar.

Cuando el rey alemán se acercó y «vio el gigantesco ejército de los húngaros, le pareció que no podría ser vencido por hombres, si Dios no se compadecía y los mataba» (*Vita Ouldarici*).²¹

Y Dios y Otón cooperaron; aunque Otón no era amigo de promesas y amenazas, a sus héroes les prometió especial «recompensa y favor por su presencia»; les prometió «una recompensa eterna, si tenían que caer, y las alegrías de este mundo, si salían victoriosos» (Thietmar). Así nada podría torcerse, al menos para los combatientes individuales.

Mientras que supuestamente los húngaros «amenazaban con el látigo» a los suyos antes de la batalla (*Vita Oudalrici*), el rey católico empleó todos los recursos espirituales e hizo todo lo que debe hacerse en las matanzas masivas cristianas para sobornar al cielo y preparar metafísicamente a las potenciales víctimas de la batalla. La víspera ya había ordenado un ayuno en el campamento y ahora entre lágrimas prometió erigir un obispado en la fortaleza de Merseburg y transformar en iglesia el gran palacio que acababa de iniciar, todo a cambio de una victoria aquel día. «Se alzó del suelo, mandó celebrar la misa y recibió la comunión que le dio su valiente confesor Ulrico; después tomó sin tardanza el escudo y la Lanza sagrada e irrumpió al frente de sus guerreros contra las filas de los enemigos que ofrecían resistencia...» (Thietmar).

También se equivoca el cronista, pues el «confesor Ulrico», cercado en Augsburgo, no pudo ciertamente dar la comunión al regio general en jefe; pero se ve aquí cómo «sin tardanza» la santa misa, la sagrada comunión y la santa Lanza se convierten en una «tarea sangrienta», como el obispo describe inmediatamente después. Muy bien. (Y exactamente así todavía en las grandes orgías cristianas de aniquilación del siglo XX, dejando aparte que ni la «Lanza sagrada», ahora en el museo, ni ningún rey o prelado mariscal están ya allí-¡por desgracia!-, de los que nunca un elevado número de pérdidas serían suficientes.)²²

El monje Widukind nos ha transmitido además una arenga de Otón,

breve pero muy notable, inmediatamente antes de la matanza general: «Que en este aprieto debamos estar de buen ánimo es algo que veis vosotros mismos, mis hombres, que no debéis ver al enemigo en la lejanía (!), sino delante de nosotros. Hasta ahora yo he combatido gloriosamente con vuestros brazos robustos y vuestras armas siempre victoriosas y fuera (!) de mi suelo y de mi reino he vencido en todas partes. ¿Tendría que volver ahora la espalda en mi propio país y reino?... Deberíamos avergonzarnos nosotros, los señores de casi toda Europa, si nos sometiésemos ahora a los enemigos».

Hasta ese momento, confiesa la Majestad alemana, sus hombres evidentemente siempre han combatido al enemigo (¡Otón olvida las numerosas guerras civiles!) «en la lejanía, fuera de mi suelo y de mi reino...». Esto significa simple y llanamente lo que por otra parte nos consta, a saber: que los francos, los alemanes, actuaban exactamente igual que los condenados húngaros, invadiendo territorios y pueblos extranjeros, castigándolos con incendios y asesinatos, llevándose rehenes y prisioneros y anexionándose regiones enteras. Y *sólo de esa manera* sangrienta y depredadora, tan parecida a la de los húngaros, llegaron los francos, los alemanes, a ser «los señores de casi toda Europa», como alardea la Majestad. La diferencia principal es simplemente de naturaleza cancillerescas e historiográficas y que consiste, ni más ni menos, en una colosal hipocresía; en una represión, para decirlo de un modo más fino o, si se quiere, en una locura «patriótica» (¡hasta hoy «condicionada por la historia contemporánea»!). Consiste simplemente en que la historiografía cristiana siempre demoniza sin excepción a sus antagonistas (paganos) -aquí los húngaros se toman sólo como *pars pro toto*-, los convierte sin más en escoria mientras que a los cristianos, que no difieren (en el doble sentido de la palabra) en seguir al propio diablo, los presenta como brillantes vencedores, cual nobles caballeros y héroes. Y disimulándolo todo eufemísticamente... ¡No! ¡Más bien glorificándolo simplemente de una manera nauseabunda con expresiones tan excelsas como misión, cristianización y difusión de la cultura!

Poco antes de llegar el ejército de socorro alemán, los húngaros levantaron el cerco de Augsburgo, y el 10 de agosto de 955, en las hondonadas del Lech, ante las murallas de la ciudad, la mortandad fue enorme. En ella participaron los escuadrones de caballería extranjeros con una maniobra inesperada. Cruzaron el Lech, rodearon al ejército enemigo y tras una lluvia de flechas atacaron por la retaguardia primero a las tropas checas, que estaban bien entrenadas y que fueron especialmente aniquiladas -estuvieron «mejor provistas de armamento que de fortuna» (Wi-dukind)-, y después a las tropas suabas, que fueron puestas en fuga.

Las cosas pintaban mal para los alemanes hasta que el ataque de los jinetes francos, adiestrados a las órdenes de Conrado el Rojo, cambió el

curso de la batalla. Conrado, que en el calor de la lucha se había aflojado las cintas de su armadura, cayó víctima de una flecha que le atravesó la garganta. Y el ejército principal, que rodeaba al rey, «los escogidos de entre todos los millares de combatientes» (Widukind), consiguió la victoria. O como dice rebotante de inmensa confianza en Dios el autor de la *Vita Oudalrici*: «En la recíproca matanza cayeron los guerreros de ambos bandos y murieron aquellos que Dios había destinado a morir. Pero Dios, para quien nada es imposible, otorgó la gloriosa victoria al rey Otón. El ejército de los húngaros se dio a la fuga y ya no tuvo fuerzas para combatir. Y aunque había caído un número increíblemente grande de ellos, todavía sobrevivió una muchedumbre tan grande que quienes los vieron acercarse desde los bastiones de la ciudad de Augsburgo creyeron que no llegaban como vencidos hasta que se dieron cuenta de que escapaban dejando de lado la ciudad y a toda prisa intentaban alcanzar la otra orilla del Lech».²³

La batalla por la llanura del Lech, presumiblemente la mayor del siglo X, empezó y acabó con la ayuda del cielo en la festividad de san Lorenzo, «el gran auxiliador contra los húngaros» (Weinrich). También con un voto de Otón en honor del «Vencedor del fuego», del santo del día (nuevos y grandes «planes de misión» en el este): la creación del obispado de Merseburg. Siguieron después los oficios litúrgicos de acción de gracias: «honor y dignos cantos de alabanza al Dios altísimo en todas las iglesias» (Widukind). Se había combatido a la sombra del estandarte real, del estandarte de san Miguel, y con el apoyo de las tropas de san Ulrico -«las reliquias de san Ulrico fueron muy cuestionadas durante largo tiempo» (Zoepl)-. Tampoco se ha de olvidar la acción estimulante de la santa Lanza, que Otón llevó en la batalla. De ese modo se supone que 20.000 alemanes prevalecieron sobre 120.000 húngaros, a los que ciertamente también se había batido con el gran triunfo del padre de Otón en el Unstrut (933), en Wels junto al Traun (943), en Floss a orillas del Entenbühl (948) y en Italia cerca del Tessino (950), aunque eso sí, estando siempre a la defensiva.

Pero a menudo se ha celebrado la matanza del Lech como una acción especial del «arte de la estrategia» (Erben), sobre todo porque «precisamente no dejó de ser sangrienta», como escribe de forma al parecer inocente el monje Widukind, quizá descendiente del homónimo conde sajón. El mismo día y al siguiente, con la borrachera de sangre y de victoria, el rey persiguió a los húngaros supervivientes y así Gerardo, prepósito de la catedral de Augsburgo, «abatió a cuantos pudo alcanzar». A los fugitivos se les arrojó al Lech, se les quemó junto con los caseríos en los que se habían ocultado y en ocasiones ardieron aldeas enteras de la región. En una palabra, los fugitivos murieron ahogados, quemados, degollados y apaleados. «No pudieron ya encontrar camino

alguno ni espesura infranqueable donde a cada paso no los alcanzase la cólera del Señor, que evidentemente permanecía sobre ellos» (*Vita Oudalrici*).

Y Otón, el vencedor, el héroe, a quien las tropas proclamaron «im-perator» (según noticia discutida de Widukind), no dejaba de pensar en todo. No sólo hizo «consignar cuidadosamente quién había sobrevivido de su ejército», no sólo consoló a san Ulrico por la muerte en combate de su hermano Dietbaldo «y de otros parientes, que asimismo habían hallado allí la muerte», y no sólo envió el cadáver de su yerno, el duque Conrado, «cuidadosamente preparado para su inhumación en Worms», sino que inmediatamente «después de la faena sangrienta» mandó mensajeros para «exhortar a los corazones de los fieles a la alegre alabanza de Cristo; tan gran don del amor divino llenó de júbilo indecible a toda la cristiandad y especialmente a la que estaba confiada al rey y con sentimiento unánime ensalzó al Dios de las alturas con cantos de alabanza y agradecimiento».

Mas tampoco se olvidó Otón de enviar a toda prisa recaderos para que en Baviera se ocupasen todos los pasos y los vados de los ríos y liquidar así al mayor número posible de enemigos en desbandada, cuyos últimos restos («Sólo siete magiares llegaron a Hungría», según Wet-zer/Welte) alcanzaron su patria a través de Bohemia. O como el fabricante de tabacos y poeta dominguero de Augsburg, Philipp Schmid, ya en el siglo XIX, hace decir a san Ulrico en una obra de teatro sobre la batalla y matanza de Lech: «Para limpiar de las brutales bandas de paganos el hogar de un honrado pueblo cristiano».

A propósito de lo cual cabe decir que los húngaros ya no eran en absoluto «paganos salvajes», y menos aún sus gobernantes. Su último caudillo, Bulcsu, contrincante de Otón en el Lech, se había bautizado varios años antes en Constantinopla. Da lo mismo: así como la victoria de Carlos Martell sobre los árabes en Poitiers (732) había «revitalizado el culto de Hilario» (Ewig IV 304), así también un bello fruto de la victoria sobre los húngaros fue ahora «el florecimiento de la veneración al santo del día, san Lorenzo» (Büttner), pues una determinada investigación conduce siempre la historia al punto decisivo. (Y tampoco nos olvidamos de que gracias a las guerras llegaron a las iglesias «los tesoros de salvación, las reliquias de los santos».)

Además a los jefes húngaros atrapados, «y a muchos otros de sus compatriotas se les sometió a tormento» en Ratisbona (*Vita Oudalrici*) y se les ahorcó. A los prisioneros se les estranguló arrojándolos después en tumbas comunes, tras haberles aligerado del oro y la plata, con los que más tarde se fabricaron cálices, cruces y relicarios. En total pudieron ser asesinados entonces cien mil hombres, lo que les permitió a los húngaros el «acceso a la cultura de la Europa occidental» (Hollzmann).

Otón I, que fue recibido en su tierra sajona «con el mayor entusiasmo» (Thietmar), se apellidó desde entonces «el Grande». Y si bien él, según se dice, «entregó por entero a Dios y a su combatiente Mauricio todas las posesiones de tierras y demás propiedades» que obtuvo a lo largo de su vida (Thietmar), el gran estómago de la Iglesia por supuesto que nunca se vio saciado, para decirlo con Goethe. Y así como después de las primeras victorias bávaras sobre los húngaros ya hizo valer de inmediato sus exigencias por medio del obispo Adalberto de Passau, así también ahora ambicionó rápidamente las posesiones que le habían sido robadas en tiempos y que de nuevo había perdido con las invasiones húngaras. Los obispados de Passau, Ratisbona, Freising y Salzburgo, junto con los monasterios bávaros más importantes, recuperaron los bienes abandonados en la Marca Oriental; más aún, Pilgrim, obispo de Passau, penetró con una acción misionera en Hungría, donde -mediante graves falsificaciones de documentos- pretendió convertirse en arzobispo.²⁴

El obispo Pilgrim de Passau (971-991), un gran falsificador ante el Señor, se erige un monumento literario

De todos modos no deja de ser curioso que (también) la conversión de los magiares en Hungría se iniciase con unas enormes falsificaciones, aunque la «investigación» piadosa prefiere naturalmente hablar de la «cuestión de Lorch», que «desde hace siglos ha puesto en movimiento muchas plumas» (Heuwieser).

El famoso, tristemente famoso, pastor de almas, que fue educado en el monasterio de Niederaltaich y que ascendió con ayuda de Federico, arzobispo de Salzburgo y tío suyo, está considerado como «un varón importante» en la historia de la Iglesia y su «gobierno» de veinte años (971-991) «iba a sentar las bases para la posterior grandeza del obispado de Passau» (Tomek). El gran falsificador clerical fue también amigo íntimo de san Wolfgang, que a instancias de Pilgrim fue nombrado obispo de Ratisbona en 972 (más tarde patrón de madereros, carpinteros, pastores y barqueros, siendo también invocado como valedor en los dolores de ojos, pies y riñones); fue aquella «una amistad íntima que pronto unió a los dos varones hasta la muerte de Pilgrim, ocurrida en 991» (Janner).

Pero el obispo Pilgrim mantuvo sobre todo las mejores relaciones con los Otones, de los que obtuvo numerosos privilegios. El enérgico promotor de la misión en el sureste -donde uno de sus muchos misioneros hasta convirtió al cristianismo al gran príncipe Géza (Gey-cha, 972-997), padre de Esteban I, en la ciudad de Gran (la húngara

Esztergom)- quería siempre más: no sólo el mando de la ciudad (dominio radical, aduana, inmunidad) y no sólo la extensión de su obispado por la «Marca Oriental», sino también el palio y el sometimiento del territorio húngaro y de Bohemia a la jurisdicción metropolitana de Pas-sau. Para ello, en las «Falsificaciones de Lorch» presentó la diócesis de Passau como la legítima heredera del obispado romano de Lorch (Lauriacum) sobre el Enns (Alta Austria), que él posteriormente elevó a la categoría de arzobispado. En época romana debió de extenderse sobre toda Panonia, Moravia y Mesia, prolongando su existencia hasta 738.

Para demostrar la conexión de su diócesis, fundada en 739, con el arzobispado de Lorch, convertirse personalmente en arzobispo, incrementar su poder, aumentar sus ingresos e independizarse de la metrópoli bávara de Salzburgo, Pilgrim, como hábil escribano de la cancillería real entre 970 y 985, falsificó una serie de documentos: una bula de fundación bajo el nombre del papa Símmaco (498-514) además de documentos sobre el palio atribuidos a papas pertenecientes a los siglos ix y x, como Eugenio II, León VI, Agapito II y Benedicto VI.

También presentó el obispo otros diplomas imperiales y reales, falsos en la forma y en el contenido, pero hábilmente preparados: algunos supuestos documentos imperiales de Carlomagno, Luis el Piadoso y Arnulfo, que hizo redactar por un notario de la cancillería imperial. A todo ello se sumaron adulteraciones y manipulaciones de documentos auténticos de Otón I y Otón II. Así, por ejemplo, un documento del emperador Arnulfo de 9 de septiembre de 898, falsificado por orden de Pilgrim, y que entre otras cosas atribuía la jurisdicción de la ciudad exclusivamente al obispo, constituía el borrador para el diploma de Otón III otorgado el 3 de enero de 999, el cual reservaba al prelado de Passau los derechos de mercado, moneda, peaje, proscripción y autoridad pública en la ciudad.

En los documentos papales falsificados se concede a los obispos de Passau el título arzobispal y a su «arzobispado» territorio magiar y eslavo, el vicariato apostólico en Panonia, Mesia, el país de los hunos y Moravia. Toda la tentativa ambiciosa tenía que ir en perjuicio de Salzburgo, por lo cual Federico, arzobispo titular de la ciudad y tío de Pilgrim, de inmediato presentó una contrafalsificación y aseguró sus derechos mucho más firmes con la rápida simulación de un privilegio del papa Benedicto VI. No obstante los «méritos» del de Passau en la misión húngara -él mismo los destacaba en un escrito que acompañaba sus imposturas-, el papa Benedicto VII dictaminó en favor del prelado de Salzburgo y de su jurisdicción sobre toda Panonia.

Mas aunque los piadosos esfuerzos del obispo Pilgrim no tuvieron éxito alguno, su nombre continuó celebrándose en Passau (al igual que

por largo tiempo ocurrió en la «investigación» teológica, como era de esperar); efectivamente, entró en el Cantar de los Nibelungos como tío de Kriemhilde y sus hermanos. Así, se le «erigió un monumento literario», según celebra el *Lexikon für Theologie und Kirche*. De hecho el gran falsificador mandó copiar la saga de los Nibelungos: «El obispo Pilgerin de Pazowe por su afición a los nuevos cantos lo hizo escribir...».²⁵

Ya en 1854 Ernst Dümmler, en un escrito sobre Pilgrim y el arzobispado de Loch, había demostrado las falsificaciones de todos los documentos relativos al palio de Lorch en favor de Passau así como la falta de autenticidad de un documento del emperador Arnulfo en favor del obispo Wiching a través de Pilgrim. Naturalmente que encontró resistencia, sin que se le pudiera rebatir. Una generación después, cuando K. Uhlirz, apoyándose en la edición de los documentos imperiales carolingios y sajones, volvió a probar las falsificaciones sobre Passau, también levantó protestas. Con tal de exculpar al «famoso obispo» (Heuwieser) hasta hubo historiadores dispuestos a acusar a otros prelados menos «famosos», como Wiching o los obispos Diepold y Wolfker que vivieron en los finales del siglo XII. El año 1909 Waldemar Lehr, en su disertación berlinesa, probó una vez más con precisión extrema las falsificaciones cometidas en relación con Pilgrim. La réplica anunciada por W. Peitz nunca llegó. Incluso en la historia del obispado de Passau, aparecida en el «año jubilar de 1939» para celebrar sus 1.200 años de existencia, el autor hubo de reconocer «que bajo el obispo Pilgrim, y mediante una serie de documentos reales y papales espúreos preparados al efecto, se llevó a cabo la tentativa de hacer pasar a los obispos de Passau por sucesores de los arzobispos de Lorch y de asignarles los derechos metropolitanos sobre Hungría».²⁶

Un esclavista y guerrero se convierte en el primer santo católico canonizado de forma oficial y solemne

Según parece también el obispo Ulrico de Augsburgo (923-973) alcanzó méritos inmortales. Tras la victoria en el campo del Lech recibió del rey la jurisdicción condal y el derecho de moneda y de mercado. Y pocas décadas después fue declarado santo. Ciertamente que hoy no puede parecer tan santo a los ojos de cuantos siguen manteniendo las ideas tradicionales sobre la santidad.

Ulrico debió su cargo, como era la regla para los obispos desde hacía siglos, a su familia, al linaje de los últimos condes de los Dilingos. Ya su tío, el bienaventurado Adalbero, había sido (desde 887) obispo de Augsburgo, además de consejero del emperador Arnulfo, preceptor

de su hijo Luis y, durante la minoría de éste, «casi regente del imperio» (*Lexikon für Theologie und Kirche*). Bajo la tutela del bienaventurado tío, el santo sobrino ejerció como administrador de los bienes del obispado, pero al fallecer su tío (909) renunció al cargo porque Hiltin, el nuevo obispo, «no era lo bastante distinguido». Administró entonces durante catorce años las posesiones de su familia, hasta que en 924, y gracias a sus parientes, fue elegido obispo de Augsburgo. Y aunque en oposición frontal a las leyes canónicas, quiso a toda costa que su sucesor fuese su sobrino Adalbero. Sin estar ordenado ejerció ya como obispo; y así, por el mal ejemplo y por la infracción del derecho canónico, ambos hubieron de responder ante el sínodo de Ingelheim en septiembre de 972. Mas poco después ambos murieron.

En tanto que obispo santo y comandante de las tropas, que rodeó con una muralla la ciudad catedralicia, Ulrico tuvo esclavos, en sus «viajes de inspección» se hizo proteger por sus clientes llevando consigo todo un «tren de carretas» para el transporte de los tributos. También viajó siempre en compañía de «sus vasallos más hábiles», a fin de llevar a cabo ante cualquier tipo de problemas «las negociaciones con la seguridad necesaria» (*Vita Oudalrici*). Una y otra vez combatió el santo con la espada encima de un caballo. Tal sucedió, por ejemplo, a finales del otoño de 953 con el rey Otón contra Ratisbona. Y como a su regreso ya no pudiera permanecer por más tiempo en la propia ciudad episcopal, se atrincheró en la fortaleza de «Mantahinga» (Schwabmünchen), rechazando los ataques durante todo un invierno. El 6 de febrero de 954 se logró la derrota del conde palatino Arnulfo junto con «las bandas de aquellos desgraciados que habían saqueado la ciudad de Augsburgo». Su derrota fue tan grave que «la mayoría de ellos murió». Y cuando el obispo Ulrico regresó de nuevo a Augsburgo, esto es lo que ocurrió según su biógrafo Gerardo, prepósito catedralicio: «Ninguno de aquellos que en Augsburgo habían hecho botín ofendiendo a María, la santa madre de Dios, escapó sin castigo, a no ser que sin demora hubiese obtenido por sus propios recursos el perdón del venerable obispo».

De hecho abundaron los «milagros punitivos» de toda índole.

Un individuo, que había saqueado en Augsburgo, perdió la razón y exhaló su último suspiro. Otro sucumbió por la coz de un caballo. El hijo del duque de Baviera, el conde palatino Arnulfo, «que había tenido la insolencia de entrar a saco en los bienes de santa María» (aunque «el venerable obispo» había amenazado bajo pena de excomunión eclesiástica que nadie «tuviera la osadía de ni tan siquiera tocar los bienes de santa María que había en su obispado», *Vita Oudalrici*), cayó en la turbulenta batalla frente a las murallas de Ratisbona (954). Un cuarto sujeto, que simplemente había tomado en Augsburgo el trozo de un

mantel barato, de inmediato «fue poseído por el diablo y ya no pudo librarse de él, ni en la iglesia ni fuera de ella, ni mediante la aspersión de agua bendita. El diablo nunca se apartaba de su lado. Finalmente emprendió el camino de Augsburgo, devolvió la prenda usurpada y rogó al obispo que en nombre de Cristo le mandase azotar y le otorgase el perdón de su culpa. Y así se vio libre del diablo y regresó curado a su casa». Realmente sabían tratar a las ovejas.

Cuando era necesario superar así los males causados y llevar a cabo la reconstrucción, es natural que Ulrico promocionase «de manera especial», como subraya el prepósito catedralicio Gerardo, a los «expoliados clérigos del cabildo» y que «los apoyase de todos modos». Tampoco dejó de apoyarse a sí mismo y ordenó que sus propios bienes, destrozados y en estado lastimoso, «fuesen restablecidos mediante un trabajo infatigable en los campos y en los edificios. El buen escuadrón de sus clientes acudió obediente al trabajo y aportó en el tiempo adecuado todo lo que era posible en la respectiva necesidad». Todo lo que era posible... ¡es algo que ya aparece en un folleto hagiográfico! Realmente sabían manejar a las ovejas, y en especial a las ovejas clientes.

Pero hay que destacar de manera particular la heroica defensa de Augsburgo, que en 955 llevó a cabo Ulrico hasta que llegó el ejército de Otón y el santo obispo lanzó sus propias tropas a la batalla. Ciertamente predicaba y exhortaba: «No devolver mal por mal, sino bien, y sufrir con paciencia la persecución por causa de la justicia». Mas también entraba en sus principios el amar a todos los hombres, «a todos los hombres de buena voluntad, de quienes el coro de los ángeles canta: "Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad"; pero resistir a los malos en todo su obrar perverso, conforme a las palabras del santo profeta David: "El malvado es aniquilado en su presencia..."».

Según los biógrafos de Ulrico, el obispo sólo a sus fuerzas armadas (*milites*) les ordenó «combatir valientemente delante de la puerta», montando luego detrás de las mismas «sobre su caballo (*super caba-llum*), revestido de la estola y sin la protección del escudo, el arnés y el yelmo». Pero los investigadores sospechan que Ulrico no sólo figuró a menudo en la comitiva del rey (su presencia está probada quince veces), sino que personalmente también «formó parte» de su ejército durante meses (Weitlauff) habiendo luchado asimismo en la batalla de Lech. En ello no se diferenciaba de su propio hermano Dietbaldo ni de su sobrino Reginbaldo, caídos ambos en combate. Ni tampoco su actuación fue diferente de la del obispo Miguel de Ratisbona (m. 972), que en el fragor de la lucha perdió una oreja; protegido a ojos vistas, según su propio testimonio, por san Emmeram. Cosa tanto más digna de atención cuanto que también el obispo Miguel figuraba entre los príncipes eclesiásti-

eos de Ratisbona, ¡que habían metido mano a los tesoros de Emmeram!²⁷

La hagiografía quería sin duda ver menos manchado de sangre al santo, que no dejó de jugar «un papel determinante en la batalla de Hungría» (Bosl).

La descripción de la vida «del más santo entre todos los hombres de su tiempo» (monje Ekkehard IV), fue redactada ya «con vistas a su canonización» entre 983 y 993 por el joven Gerardo, que figuraba en el círculo de sus más íntimos (*Lexikon für Theologie und Kirche*), y esmaltada por lo mismo con numerosos relatos milagrosos, visiones, profecías y noticias claramente falsas. Poco después la vida fue presentada en Roma. Y el 31 de enero de 993, en un sínodo lateranense, el papa Juan XV -odiado tanto por el pueblo como por el clero a causa de un nepotismo «de la peor calaña» y de su «codicia enfermiza» (Kühner, autor católico)- canonizó de una manera formal y solemne a Ulrico como el primer católico, no obstante tratarse de un obispo esclavista y guerrero que cedió al nepotismo, pero que también había «viajado en peregrinación» tres veces a Roma al tiempo que había sido «una joya entre los sacerdotes» (Thietmar).

«Patrón contra ratas y ratones», «el peligro del este» y los 29 apartados de los «huesos sagrados»

Desde entonces su culto se extendió incontenible. El obispo Gerardo de Augsburgo (996-1000) y el abad Berno de Reichenau (1008-1048) redactaron la primera *Vita* de Ulrico, importante por su contenido pero mal escrita, eliminando curiosamente todo lo histórico y adobando el relato con citas bíblicas, un lenguaje ampuloso y datos milagrosos; los biógrafos posteriores aún interpolaron muchas veces todo ese material. Desde muy pronto hasta peregrinos extranjeros visitaron la capilla funeraria de Ulrico, en la cual el emperador Enrique II mandó depositar también los restos de Otón II. Innumerables fueron las iglesias, capillas y lugares que llevaron el nombre de Ulrico. Ya en los siglos X y XI sus restos fueron motivo de disputa, luchando por su posesión los monasterios más prestigiosos y la misma catedral de Bamberg. En el siglo XII el emperador Federico Barbarroja trasladó por su propia mano el relicario de Ulrico (y pronto los restos aparecieron repartidos: sus despojos internos en Tarso, su «carne» en Antioquía y sus huesos en Tiro).

Naturalmente el pueblo experimentó milagros en la tumba de Ulrico. Ciertamente que la transformación de un trozo de carne en un pescado sólo está «testificada» literariamente en época tardía. Ulrico ayudó especialmente en las afecciones oculares; en las fiebres curaba un trago

del cáliz con que celebraba misa, en las plagas de ratones un poco de tierra de su tumba y en las mordeduras de perros rabiosos la llave de Ulrico, una llave bendecida en su nombre. Se recibía en las casas el «pocilio de Ulrico» y se peregrinaba a los que le estaban dedicados como «santo de los pozos»; también fue patrón de los pescadores, «patrón de los viajeros», «patrón contra ratas y ratones» y especialmente contra los insectos, patrón «en los achaques corporales de todo tipo».

Así se mantuvo el pueblo en todo tiempo a la altura espiritual de la época.

La asociación primera y más antigua de san Ulrico se constituyó ya en el siglo XII. Y nada menos que el emperador Federico I perteneció a la misma. También a comienzos de la edad moderna se fundó una «hermandad de Ulrico que floreció rápidamente» y de la que fueron miembros obispos, duques y emperadores. Más aún, al santo se le proclamó entonces, «falsamente» por supuesto, adalid de la libertad protestante frente a la tiranía papal.

Todavía en el siglo XIX se rezaba en una letanía de Ulrico: «San Ulrico / ejemplo vivo de piedad y santidad / hombre según el corazón de Dios / singular enamorado de la oración / modelo de mortificación y penitencia / celoso pastor de tu rebaño...». Y todavía en el «año jubilar de 1955» volvió supuestamente a florecer la veneración a Ulrico, entre otras cosas con la construcción de nuevas iglesias y con la creciente preferencia de los nombres de pila Ulrico y Ulrica. «Manifestaciones de la orientación de la piedad fomentadas por las autoridades» (Hórger), pues «el peligro del este... fue la idea esencial del año de Ulrico en 1955».²⁸

Como a comienzos del siglo XVIII se afirmase en Milán que el cuerpo de san Ulrico estaba allí y su cabeza en Roma, Joseph, obispo de Augs-burgo y landgrave de Hessen-Damstadt, ordenó en 1762 que se exhumase al santo. Tras algunos trabajos de búsqueda se encontró el cadáver y algunos médicos, como los de cabecera del obispo y otros cirujanos y curanderos piadosos registraron en 1764, bajo 29 apartados, los «restos sagrados de san Ulrico»: así, la parte superior de la cabeza, que «con razón puede calificarse de incorrupta, prescindiendo de algunas partículas externas, roídas por los estragos del tiempo». «2) El maxilar inferior con cuatro incisivos y tres molares. 3) En una cajita de plata se encontró un diente con una falange; de ese miembro la historia transmite algo que merece leerse. 4) Se encontraron sueltos un incisivo y una muela. 5) El hueso hioides. 6) Una parte de la laringe», etcétera. En 1971 una nueva comisión médica se puso a trabajar en «los restos sagrados de san Ulrico»...²⁹

La victoria de Otón sobre los húngaros, los enemigos de la cristiandad, apareció por descontado a los ojos de los coetáneos como una vic-

toria del reino de Dios, como un triunfo de Cristo. Había acabado para siempre con las incursiones húngaras contra el imperio alemán y en consecuencia fue más importante que el enfrentamiento en Riade en 933. «En el recuerdo de todas las tribus (alemanas) fue un acontecimiento que hizo latir fuertemente sus corazones» (Schramm), fue «la hora de nacimiento de la actual Austria» (Pater Grill). Y, sobre todo, ¡«también abrió el camino para la *Ostpolitik* alemana hasta 1945»! (Fischer). Se ve aquí cómo un acontecimiento sublime, que hizo latir fuertemente los corazones, continúa ulcerándose hasta la matanza masiva de Hitler. Y si primero fueron los húngaros los que invadieron Alemania, entonces se volvieron las tornas «y fue posible introducir la misión cristiana en Hungría, mientras que el nombre de Otón resonaba más allá de las fronteras de su imperio» (Schramm).

Porque naturalmente no bastaron las matanzas de rechazo. Hacia 970 el joven duque de Baviera Enrique II abrió la ofensiva. Y mientras arrancaba a los húngaros las marcas carolingias del borde oriental de los Alpes, Boleslao II, que le acompañaba en la campaña, saqueó Moravia y Eslovaquia hasta el Waag. Para la «acción pastoral» en tan extenso territorio ya no bastaba Ratisbona, por lo que en 973 la dieta imperial de Quedlinburg decidió la fundación del obispado de Praga, y probablemente también la de otro para Moravia.³⁰

Tras los éxitos espectaculares en el campo de Lech y en el Unstrut contra los eslavos, Otón, el victorioso aniquilador de los paganos, intensificó su misión. En el sureste erigió la «Marca Oriental» bávara, desde el año 976 el campo de acción y anexión de los modernos Babenberg durante trescientos años, tal vez descendientes de los Babenberg antiguos, hasta que fueron relevados por los Habsburgos. En el este sometió el rey en una larga guerra a los bohemios. En el noreste, y continuando los ataques asesinos de su padre, reforzó la cristianización de los eslavos del Elba y fundó dos marcas entre los ríos Elba y Oder.³¹

Establecimiento de la «colonización del este» alemana, o las «buenas obras» de los margraves Hermann Billung y Gerón

El sangriento negocio de la «colonización del este» alemana, que Otón I fundó propiamente, lo remataron para él sobre todo dos sajones que presidieron las dos nuevas marcas en el noreste: Hermann Billung (fallecido en 973), que personalmente estuvo cerca de Otón (la cancillería real evitó darle el título de duque y le nombró «marchio» o «comes»); su familia ocupó condados e iglesias desde Lüneburg hasta Tu-ringia. Y Geró, asimismo amigo personal del rey y uno de sus

«ayudantes más fieles» (Keller), «notablemente apto para tal cometido» (Fleckenstein), que gobernó la denominada Marca del Norte. Desde el renovado aplastamiento de los rebeldes redarios (936), la tribu principal de los liutizos, que Otón había encargado a los Billungos, en las décadas siguientes los dos señores feudales sometieron mediante una serie ininterrumpida de guerras y matanzas a los obodritas, sorbios y wilzos.

El monje Widukind vio en ello la lucha de un príncipe de Dios contra un pueblo de Satán. Según la jerga de los investigadores el rey apuntaló de ese modo «las relaciones con los eslavos del este» (Schramm). «En años de luchas sangrientas aquellos dos grandes guerreros llevaron felizmente (!) a cabo la tarea que se les había encomendado...» (Holtz-mann). «Las zonas fortificadas se convirtieron aisladamente o en su conjunto en barriadas alemanas en cuyos suburbios se colocaban las guarniciones. Caballeros alemanes obtuvieron pequeñas aldeas eslavas en propiedad o en feudo, y con ellos llegaron los sacerdotes. En 948 pareció ya tan afianzada la situación, que se fundaron los primeros obispados» (Hauptmann).

Un admirador especial de Billung, cuyo linaje gobernó durante 170 años en la región delimitada por el mar Báltico, fue el arzobispo Adalberto de Magdeburgo (968-981). Él mismo introdujo en la catedral al gran asesino con repique de campanas y acompañamiento de antorchas, le hizo sentar a la mesa entre los obispos como si fuera el rey y hasta le preparó el lecho del emperador. (Tales muestras de pleitesía se le antojaron excesivas a Otón, quien condenó al arzobispo a enviar a Italia tantos caballos «como habían sido las campanas que mandó tocar y las antorchas que mandó encender». Y es que, según afirma en otra ocasión el obispo Thietmar de Merseburg, «cual el señor, tales eran también sus príncipes. No acumulaban abundancia de alimentos y otros bienes, simplemente disfrutaban siempre de una dorada medianía (*aurea mediocritas*). En su tiempo florecieron todas las virtudes, que leemos, y con su muerte se marchitaron..., aunque sus almas inmortales continúan viviendo y por sus buenas obras gozan de la bienaventuranza eterna».

Las luchas, con las que se empezó por someter a tributo a los eslavos del Elba, fueron largas y enconadas y los dos bandos las llevaron a cabo con una crueldad extrema. Tampoco la cólera de los wendos conoció miramiento alguno. Tras su conquista de Waisleben en 929 asesinaron a todos sus habitantes, ancianos y niños, hombres y mujeres en una muchedumbre incontable; eso al menos es lo que cuenta Widukind. Y en la primavera de 955 parece que prometieron la libre retirada a la guarnición alemana de la fortaleza de Cocarescemier; pero después acuchillaron a todos los indefensos.

Ahora bien, los agresores eran los alemanes. Y entre ellos brilló con luz especial Gerón, el «estrangulador de las tribus eslavas» (Donnert),

de quien sin embargo el monje Widukind certifica «el buen celo por el servicio de Dios» y también, naturalmente, «un imponente botín». Más aún, el Cantar de los Nibelungos lo exalta como el lancero más fuerte y más rápido. Vio en la represión de los eslavos «el cometido de su vida» (Bullough), interesándose a la vez por su cristianización.

Y es que este espadón, «el protector de nuestro país» (obispo Thiet-mar), que hizo avanzar la frontera alemana desde el Elba-Saale hasta el Oder, que durante 27 años realizó campañas de pillaje y represión contra los eslavos del Elba, se mostró incansable e invadió sistemáticamente su territorio. Y mientras que hasta los caballeros sajones, ya a comienzos de los años cuarenta, empezaron a quejarse de aquella fatigosa guerra permanente, Gerón, al comienzo del año 950, en pleno invierno, al no tener en perspectiva ningún enfrentamiento se alejó por una sola vez de la frontera, que entre matanzas se había ido desplazando poco a poco hasta el Oder, para emprender una peregrinación a los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma. De camino se afilió a la confraternidad orante del monasterio de Saint-Gallen y llevó como reliquia insigne el brazo de san Ciríaco -en cuyo honor fundó un monasterio en Frose-, para fomento del culto (y de la destrucción), hasta el lugar en el que con tanta fuerza como infamia difundía la manera de ser alemana y la única religión salvadora.

Allí, poco después de comenzar su gobierno sobre el territorio meridional de los wendos hizo degollar una noche alevosamente a unos treinta caudillos eslavos conjurados contra él, nobles y príncipes que confiando en el carácter inviolable de la hospitalidad habían celebrado una gran bacanal a su mesa, supuestamente adelantándose a su conjura asesina, «lo que ciertamente no pasa de ser una afirmación exculpatoria» (H.K. Schulze). «En aquellos territorios no tuvo Alemania un campeón más valiente que él... Y en la guerra no se había embrutecido», celebra el teólogo Albert Hauck, que aprovecha la oportunidad para destacar la convicción de Gerón de que el hombre es responsable de su vida ante el Señor del cielo, aunque añadiendo a la vez que «frente a los wendos todo lo consideraba lícito».

El monje Widukind relata la diabólica eliminación de los treinta eslavos sin reproche alguno. Incluso subraya después como la mejor cualidad (*quod optimum erat*) del criminal su «laudable celo por el servicio de Dios». En 960 Gerón incluso peregrinó por segunda vez a Roma y a su regreso fundó otro monasterio femenino que por él se llamó Gernro-de (Calvera de Gerón), al sur de Quedlinburg. Como abadesa del mismo puso a la viuda de su único hijo Sigfrido, caído en 959, sobrina de Hermann Billung. Y «a su dichosa muerte» (mayo 965) Gerón dejó todos sus bienes al monasterio, en el que también él fue sepultado. «Se cobijó en Dios con todo su patrimonio», escribe el obispo Thietmar. Tal

ha sido el último acto de no pocos grandes asesinos que la historia recuerda.³²

Otón inaugura la evangelización de los wendos y hace «allí tabla rasa»

En la guerra contra los wendos tampoco Otón I retrocedió ante ningún soborno, ninguna traición, ningún asesinato, como lo demuestra no sólo su comportamiento frente a! traidor jefe wendo Tugumir; repetidas veces intervino personalmente para castigar a los esclavos casi hasta su exterminio. «Los príncipes esclavos indígenas fueron expulsados o eliminados, tuvieron que pagar tributos y entregar sus hijos a la esclavitud; los sometidos fueron reducidos a servidumbre» (Fried).

Ya es significativo que en aquel tiempo los términos wendo y pagano se empleasen como sinónimos, porque los wendos continuaban siendo paganos. Es evidente que Enrique I se había esforzado por la conquista y expolio de aquellos territorios más que por su evangelización. Más allá del Elba y del Saale apenas había iglesias. Únicamente había santuarios paganos, bosquecillos sagrados, había ídolos a la vez que un culto de los dioses sin imágenes y, por supuesto, estaban los sacerdotes o los ancianos que antes habían ofrecido sacrificios.

Bajo el gobierno del rey Enrique parece que tampoco la Iglesia se había preocupado en especial de la evangelización del este. Sólo cuando Otón abandonó la práctica de su padre e, imitando el ejemplo de Carlomagno, hizo que los sacerdotes siguiesen a la espada, se pudo esperar que mediante la religión se vinculasen cada vez más los «eslavos de botín» y su territorio. Evidentemente sólo Otón escogió al clero en el este y desde luego, como en otros lugares, un clero militar: «por así decirlo los primeros sacerdotes cristianos llegaron como predicadores de campaña al país de la derecha del Elba y del Saale; las capillas de castillo son las antepasadas de nuestras iglesias; las primeras comunidades cristianas, que aquí se reunieron, estaban formadas por soldados».³³

Otón estaba ciertamente preparado para tan piadoso servicio de la espada. Según parece ya había participado en las carnicerías de esclavos que su padre había llevado a cabo en 928 y 929, y a su manera había evangelizado: todavía adolescente había dejado preñada a una ilustre esclava prisionera, que le dio a su hijo ilegítimo Guillermo, más tarde arzobispo de Maguncia. (Por lo demás éste, según se asegura, continuaba lleno de ideales ascéticos. Y también de los otros. En cierta ocasión el hijo arzobispal de Otón le confesó al papa sin rodeos: ¡Por soborno, todo!)

Para entonces el rey no sólo había «afianzado» todo el territorio ex-

poliado por su padre, sino que lo había «incorporado» sin más, naturalmente bajo luchas constantes. En total una extensión de cincuenta a sesenta mil kilómetros cuadrados. Pues, según fórmula del teólogo Hauck, Otón «hubo de cruzar sus armas con todas las poblaciones wen-das» una vez eliminadas las dos tribus meridionales de los sorbios y da-leminzios. Y de esa manera previsoramente la frontera del imperio alemán ya no la trazaron el Saale y el Elba sino el Oder.

Las primeras medidas que tomó Otón justo después de su coronación en Aquisgrán en 936 estaban dirigidas a los eslavos del Elba. Aquel mismo año marchó contra ellos, especialmente contra los redarios. Y en 939 se dio allí otro paso honroso. Porque este príncipe, que veía en la expansión por el este una de sus tareas principales y que también impulsaba sistemáticamente la evangelización de los sometidos, estaba decidido «a hacer allí tabla rasa» (Holtzmann) y con el firme propósito de «extender el dominio del pueblo de Dios sobre los infieles» (Lubenow).

Y dado que evidentemente no podían romper la resistencia de los eslavos del Elba en una lucha abierta, ni Otón ni sus compañeros los condes retrocedieron ante ningún tipo de perfidia. Por ejemplo, cuando en el invierno de 928-929 conquistaron Brandemburgo, para volver a perderla inmediatamente después, Gerón envió a la ciudad al príncipe hevelio Tugumir, al que tenía prisionero como rehén en Sajonia y al que Otón sobornó ahora con «*multa pecunia*». Se trataba sin duda de un cristiano, que en 939 fue devuelto a los hevelios en Brandemburgo. Ta-gumir simuló ante ellos una fuga, fue acogido amistosamente y volvió a ser su jefe. Después asesinó en el palacio principesco de la ciudad al último príncipe de la tribu, su propio sobrino, entregó al rey Otón toda la parte meridional del territorio lutizio hasta el Oder y gobernó como vasallo suyo con una guarnición sajona.³⁴

Otón «el Grande» hace decapitar a 700 prisioneros de guerra eslavos y ordena el exterminio de los redarios

Después de que Brandemburgo cayera en manos alemanas mediante la traición y el asesinato y luego de que se construyese allí una iglesia y se hubiera afianzado el gobierno de Tugumir, el 1 de octubre de 948 fundó Otón el obispado de Brandemburgo y, simultáneamente, el obispado de Havelberg (cuyo supuesto documento fundacional de 946 es una falsificación posterior que adelanta la fecha) en la ciudadela de Nitzow.

Sometido primero al arzobispado de Maguncia y más tarde al arzobispado de Magdeburgo, el obispado de Brandemburgo, que abarcaba diez tribus eslavas, era mucho más grande que la mayoría de las dió-

cesis alemanas. Se extendía desde el Elba al Oder y por el sur acabó incluyendo Lusacia. El obispo de Brandemburgo recibió ya en 948 la mitad de la fortaleza junto con la mitad de todas las aldeas pertenecientes a la misma, así como las ciudadelas de Pritzerbe y Ziesar. «Ciudade-las» (*Burgwarde*) eran las fortalezas menores, que desde mediado el siglo X se denominaron *burgowarde*, *burgwardium* o *burgwardum* y que se remontaban sin duda a modelos carolingios sobre el Saale. En el curso de la expansión ottoniano-sálica por el este aseguraron militarmente el «ámbito de asentamiento» de Magdcburgo hasta el Havel poco más o menos, así como el territorio sorbio hasta el Elba, creando de ese modo un sistema estratégico al servicio del dominio y control del territorio conquistado. A una cabeza de distrito de tales ciudadelas pertenecían de diez a veinte aldeas, cuyos habitantes entonces y todavía en el siglo xi fueron casi exclusivamente eslavos, despojados por completo y forzados a la construcción de fortalezas, servicios de vigilancia y entrega de diezmos y tributos. Muchas de tales cabeceras de distrito tenían también una «ciudadela-iglesia». aunque no todas ni mucho menos, como pensaban los estudiosos antiguos.

En 955, el año de la gran batalla contra los húngaros, Hermann Bi-llung marchó dos veces contra los levantiscos obodritas. Allí hasta los hijos de su hermano mayor Wichmann (el Viejo), los condes Wichmann el Joven y Ecberto (el Tuerto), parientes de la reina Matilde, habían amotinado a los príncipes obodritas Nakón y su hermano y corregente Stojgnef; personajes ambos por lo demás cristianos.

Aunque los eslavos por su parte estaban totalmente dispuestos a seguir pagando tributo y sólo querían no ser reducidos enteramente a la condición de siervos, Otón, «emprendedor como era» (Thietmar), también había invadido su país. Sólo dos meses después de su triunfo en el campo de Lech, y evidentemente fortalecido con tal victoria, les infligió una grave derrota el 16 de octubre de 955 junto al riachuelo Raxa, probablemente el Recknitz (en el Mecklenburg oriental), prolongándose la matanza de eslavos hasta bien entrada la noche. Y Otón -a quien el obispo Liutprando llama «santo» y «muy santo» y el teólogo Hauck califica de «una personalidad moralmente mucho más formada que su padre»- a la mañana siguiente, ante la cabeza izada del príncipe obodrita Stojgnef caído al frente de su ejército, hizo decapitar a 700 prisioneros de guerra. Al consejero de Stojgnef le sacaron los ojos y le cortaron la lengua y «después, cuando ya no podía valerse, lo dejaron en medio de los cadáveres» (Widukind). Y el ejecutor de Stojgnef recibió de Otón veinte fanegas de tierra como «recompensa».

Al igual que en la degollación de los treinta jefes eslavos por Gerón, tampoco aquí tiene Widukind una palabra de reproche. Y ya en los años 957. 958 y 960 desencadena Otón nuevas guerras contra los redarios y

otras tribus eslavas del Elba. No se trataba de la victoria ni de la recaudación de tributos como en tiempos de Enrique I: se trataba de la aniquilación, de la incorporación de los territorios eslavos al imperio otomano. Se aplicó la guerra «total». Lo único que faltó fue la técnica, que se emplearía un milenio después.³⁵

En 965 murió Gerón. Dos años más tarde el duque Hermann combatía contra redarios y obodritas. Y después fue arrasado todo el reino obodrita de la naciente Marca de Billung y en lugar de los bosquecillos sagrados de los gentiles se alzaron los templos cristianos. Pues tras la muerte de Nakón, su hijo Mstivoj, con ayuda de Hermann Billung y después de la eliminación de la oposición pagana, permitió en Wagrien por los años 968-972 (sin que se sepa la fecha exacta) la fundación del obispado de Oldenburg (Aldinburg, en eslavico Starigard), que englobaba todas las tribus obodritas. Era una plaza fuerte desde largo tiempo atrás, la fortaleza principal de los wagrios eslavos, donde todavía en 967 consta la existencia de una estatua pagana, que probablemente destruyó el duque. El conjunto del territorio misional wendo de Hamburgo se extendía ahora desde la bahía de Kiel hasta la diócesis de Havelberg.

Por esa época, y muy pocos años antes de su muerte, el emperador Otón I, en un escrito de 1 de enero de 968, prohíbe a los grandes sajones la paz con los derrotados redarios y exige la terminación de la lucha mediante el exterminio. «Deseamos además que si, como hemos oído, los redaños han sufrido una derrota tan grave, no obtengan paz alguna por vuestra parte, pues ya sabéis con cuánta frecuencia han quebrantado la lealtad y cuántas molestias han ocasionado. Por ello reconsideradlo con el duque Hermann y poned todas vuestras fuerzas a fin de que vuestra obra culmine con su destrucción (*destructione*). Si fuera necesario, Nos mismo marcharemos contra ellos...»³⁶

Favores sobre favores para la «capital del este alemán...»

Después de la coronación imperial de Otón se había fundado una serie de nuevos obispados, destacando sobre todo en 968 el arzobispado de Magdeburgo, al que el papa Juan VIII otorgó privilegios cual si se tratase de una especie de Roma del norte. El resultado de todos modos fue una poderosa ciudad industrial y comercial. Como de ordinario, al sometimiento de los eslavos del Elba, los polacos y los bohemios siguió un comercio floreciente. Por lo que el emperador Otón no sólo hizo enviar oro y piedras preciosas a Magdeburgo sino también reliquias de santos. Y es que la santidad y el comercio van juntos. El comercio es santo y la santidad es asimismo comercio. La Iglesia obtuvo extensas posesiones territoriales, recaudó tributos elevados y por todos los rinco-

nes del país sometido levantó sus templos, y durante siglos fue el usufructuario principal a la vez que un apoyo importante del dominio alemán en los territorios conquistados a los eslavos del Elba.

Magdeburgo, de la que hay testimonios ya desde la época de Carlo-magno que la presentan como fortaleza y emporio de comercio internacional; profundamente adentrada en territorio eslavo -lo que marca su eje de empuje-, estaba como protegida por la corriente y fue la ciudad preferida de Otón. Ya en 937, al poco del comienzo de su reinado, y un año después de que Matilde, su madre, fundase el monasterio femenino de San Servacio en Quedlinburg, había fundado el monasterio de Mo-ritz, ocupado por «monjes de la reforma», y al mismo tiempo y muy cerca del mismo abrió un establecimiento comercial, en el cual se encontraban los mercaderes de las regiones al este del Elba.

En la fundación del monasterio estuvieron representados los dos arzobispos Federico de Maguncia y Adalag de Hamburgo-Bremen, en tiempos canciller de Otón, así como ocho obispos (desde el de Augs-burgo al de Utrecht). El rey convirtió al monasterio primero en avanzadilla y después en un centro de la misión eslava; lo dotó repetidas veces con donaciones generosas y le asignó numerosas aldeas, clientes, siervos, derechos de peaje, primero con todos los arbitrios devengados en Magdeburgo y más tarde con los derechos de proscripción, mercado y moneda, con los derechos de acuñación de otros lugares, con una serie de tributos como los de la plata y la miel, con diezmos, etcétera, con varias quintas reales y monasterios, como el de Hagenmünster en Maguncia y el femenino de Kesselheim en Maienfeld, e incluso con posesiones en Ostfalen (¡en 60 lugares de la Baja Sajonia!), en Turingia, en Hessen, en las comarcas de Harz, Nahe y Espira, en los Países Bajos... Se conservan no menos de 57 documentos de Otón I en favor del monasterio, 32 de ellos originales.

Incluso, aunque no de inmediato, se le dotó con suelo expoliado, con fortalezas, derechos de diezmo (Schartau, Grabow, Buckau) en los territorios de la derecha del Elba, es decir, en territorios eslavos; más aún, con todo el cantón eslavo de Neletici, al que pertenecían las importantes salinas de Halle. En el cantón de Moraciani, vecino a Magdeburgo, obtuvo 15 castillos y quintas. Allí y en otros cantones eslavos se sumó también el derecho de la tala de árboles, del engorde de los cerdos, y asimismo en Lusacia el diezmo de todos los impuestos e ingresos de la corona y de los condes. La fundación obtuvo la inmunidad, la protección del rey y pronto también la protección del papa.

Con razón pudo éste declarar en 962 que Otón había fundado el monasterio «por causa de la nueva cristiandad». Como patrón de la casa nombró el fundador a su propio *specialis patronus*, el santo de la Iglesia Mauricio, debelador de los paganos; buena prueba de que «los guerre-

ros debían preparar el camino a los misioneros» (Fleckenstein). Hacia 955 mandó iniciar la construcción de la catedral de Magdeburgo en sustitución de la primera iglesia, y la recubrió de mármol -llevado de Italia-oro y piedras preciosas. Y, «con la debida y profunda devoción» (Thiet-mar), con gran cantidad de reliquias auténticas y, sobre todo, falsas.

De primeras Otón sólo obtuvo para Magdeburgo los restos de un cierto Inocencio, uno de los supuestos 6.600 o 6.666 mártires tebanos. Uno era ciertamente muy poco entre tantos héroes. Pero Otón también pudo conseguir del rey borgoñón reliquias del jefe de la Legión Tebana, de san Mauricio, patrón principal de la diócesis de Magdeburgo, probablemente sólo algunas porciones pequeñas dado el carácter precioso de las mismas. (Pero también Enrique II donó a la iglesia magdeburgense otros huesos del mismo Mauricio. Más aún, en 1220 Alberto, ordinario del lugar, obtuvo del conde Otón de Andechs el cráneo del santo, después de que mucho tiempo antes ya san Ulrico de Augsburg comprase al abad de Reichenau reliquias de Mauricio.) Otón a su vez obtuvo más restos de mártires para la ciudad y finalmente hizo llenar de restos de santos los capiteles de las columnas de la nueva iglesia. Ningún otro lugar fue visitado tan a menudo por Otón, quien se detuvo 22 veces en Magdeburgo, ciudad a la que con un cierto punto de exageración se la ha llamado «capital del este alemán en la Alta Edad Media» (Brackmann).

Algunos años después de la fundación del arzobispado de Magdeburgo se creó el obispado de Praga. También allí el camino lo abrió Otón, y desde luego que asimismo con la espada.

Inmediatamente después de la muerte de Wenceslao y del rey Enrique (935-936), cuando Boleslao I combatía en Bohemia contra un (innominado) *subregulus*, Otón le envió a éste sin tardanza el refuerzo de tropas sajonas y turingias, que marcharon por separado y a las que también por separado derrotó Boleslao. Asimismo pudo Boleslao eliminar a su rival bohemio, cuya fortaleza redujo «a escombros» en el primer asalto y que consiguió afianzar el propio dominio mediante barrios fortificados y prestaciones de servicio.

Pero el rey alemán desencadenó entonces una guerra de catorce años contra Bohemia, que sólo terminó en 950 con su total sometimiento. Para entonces Otón había vencido a los eslavos septentrionales y con el beneplácito papal había asegurado en 948 su soberanía con la fundación de los tres obispados eslavos de Brandemburgo. Havelberg y Ol-denbug (?). obligando por doquier a la población al pago de los aborrecidos diezmos. En 950 avanzó con un poderoso ejército hasta el corazón de Bohemia y -según la fórmula de investigadores serios- «restableció la vinculación de Bohemia con el imperio». También se la designa de forma análoga como «la incorporación de los territorios periféricos a la unión imperial». Lo principal es que sobre el papel todo esto ocurrió

con el menor derramamiento posible de sangre... Cuanto más sucia es la historia tanto más limpio ha de ser el trabajo de la historiografía, pagada también por el Estado. De quién me como yo el pan... una cooperación de antigüedad venerable.³⁷

Con la guerra había vencido Otón I a los «bárbaros» de Bohemia, y con la guerra marchó también contra Polonia, que limitaba al noreste.

Polonia confía las ovejas al lobo

Así como el imperio ruso fue fundado por el vikingo Riurik (en escandinavo Hrorikr), un sueco, en Alt-Ladoga o (y) Novgorod, así también parece que el normando Dago, probablemente un danés, fundó Polonia hacia 960 con la capital Posen sobre el Warthe. El nombre de Polen, Poloni, Polonia, Polska (que en polaco significa campo, llanura, indicando la tierra llana de cultivo en los claros del bosque, el país de la llanura) sólo se generalizó desde aproximadamente finales del primer milenio. Y según la tradición polaca (de comienzos del siglo XII) el normando Dago se identifica con Mieszko I (hacia 960-992) y era el cuarto descendiente de un cierto Piast, el antepasado de los Piastos (en polaco Piastowie), un linaje que en Polonia gobernó hasta 1370, en Masovia hasta 1526 y en Silesia hasta 1675. Tal vez, como hoy se cree, Mieszko tuvo dos nombres, uno nativo y otro extranjero. Y se discute si los eslavos polacos y pomeranos (de pomorje = junto al mar), establecidos entre el Oder y el Weichsel y combatiéndose en continuas luchas fronterizas, permanecieron ya allí a lo largo de todo el milenio antes de las denominadas épocas de transición y a pesar de los movimientos de pueblos -siendo ésta la tesis de la mayor parte de los investigadores polacos-, o si se trataba no precisamente de una población autóctona sino de inmigrantes, como piensan especialmente los eruditos alemanes.

Como quiera que sea, el tal Dago o Mieszko (a quien sus subditos polacos llamaban Mescho mientras que las fuentes latinas le designan Misaca o Miseco) es históricamente el primer príncipe de los polacos. Y notable fue la grandeza del nuevo Estado eslavo occidental; de sus diferentes tribus polacas la que dio nombre a Polonia (en polaco Polanie, en latín Poloni, Poliani) aparece por vez primera en 1015 en los Anales de Hildesheim. Se extendía desde el Oder hasta la frontera rusa y por el norte hasta el mar. Incluía también tierras fronterizas (que se perdieron en el siglo XI), como Moravia. Lusacia, la posterior Rutenia en el Bug y el San superiores, y fue gobernado enérgicamente por Mieszko.

Los polacos se expandieron desde Gnesen, por el norte superaron el Warthe y por el sur el Oder; pero cayeron bajo la presión del margrave Gerón y acabaron dependiendo del vecino alemán. Ya en 963 el jefe de

la Marca Sorbia, esta vez aliado con los redarios, avanzó sobre Lusacia con dos columnas del ejército y contra el nuevo reino. Mieszko I, al igual que sus subditos todavía paganos, era un objetivo atrayente para la «misión», sobre todo cuando en la Marca Septentrional de Gerón existían ya desde 948 los obispados de Brandemburgo y Havelberg. Mieszko sufrió dos graves derrotas «con enorme violencia» (Widukind) entre el Oder y la margen derecha del Warthe, su hermano fue asesinado, el país saqueado y él mismo se vio forzado a pagar tributo y a reconocer la soberanía germana. Widukind habla de «suprema servidumbre» (*ultimam servitutem*). El curso de la historia polaca quedó así marcado durante décadas.³⁸

Muy probablemente Boleslao I de Bohemia avanzó a la vez que Gerón sobre el flanco sur de Polonia y se adueñó de Cracovia. Pero en 965 (o 966) Mieszko casó con una hija de Boleslao, la cristiana Dobrawa (Dubravka), y el año siguiente fue una fecha importante pues se hizo romano-católico. Siguiéron los misioneros checos, que pronto hicieron pie y en la primera fase de evangelización de Polonia probablemente también trabaron allí clérigos bávaros. Porque cuando Mieszko se hizo bautizar obligó también a su pueblo a hacerlo, y esta «revolución desde arriba» se repitió dos décadas después en la cristianización de Rusia. La fábula del portero del cielo ejerció también en el este su efecto mágico. Un año después de la muerte del matarife y peregrino romano Gerón (20 de mayo de 965) Polonia se hizo cristiana bajo el patrocinio de san Pedro. Mieszko I la puso bajo la «protección» del papa y difícilmente habrá un país al que los papas hayan traicionado tan de continuo y tan sin escrúpulos como la Polonia que desde hace un milenio les ha estado sumisa de forma inquebrantable.

Ya en 968 se fundó un obispado en Posen, siendo su primer obispo el alemán Jordan, al que sucedió otro alemán: Unger. Y Mieszko, que en contra de la prescripción eclesiástica tras la muerte de su primera mujer (977) desposó a la monja Oda del monasterio de Calbe, hija del margra-ve Thiedrich de la Marca del Norte, se convirtió entonces en paladín del cristianismo en el frente septentrional, pagano gozando en sus ofensivas contra los gentiles de la fervorosa asistencia de los cristianos de Bohemia.³⁹

Pero en los planes misionales de Otón I entraba también Rusia, aunque el empeño fue vano.

Santa Olga (fallecida en 969)

El reino de Kiev (907-1169), denominado progresivamente desde finales del siglo x como el reino de «Rus» (un nombre que apunta al

territorio de Roden, hoy Roslag, en la Suecia central) fue la primera institución soberana entre el Báltico y el mar Negro y una creación de los vikingos suecos (que se denominaban varegos) y, de manera más precisa, una obra de la dinastía vikinga de los Riuríkidas (que sólo desapareció en 1598) con sus seguidores normandos. El nuevo «Estado», el primero ruso, tuvo en consecuencia un origen sueco y debió su prosperidad sobre todo al comercio con Bizancio. Y más allá del comercio (no sólo con mercancías) se establecieron además lazos muy estrechos, como veremos enseguida.

Hacia 945 el príncipe Igor de Kiev fue derrotado por los drevlianos. La tribu eslava oriental, sujeta a tributo por el principado desde hacía medio siglo, había intentado ya repetidas veces sacudirse la pesada carga y con la muerte de Igor también había logrado una independencia transitoria. Mas cuando su viuda, la gran duquesa Olga (en escandinavo y en griego Helga), venerada como santa por la Iglesia ortodoxa (su fiesta es el 11 de julio), asumió hacia 945 la regencia en nombre de su hijo pequeño Sviatoslav, vengó con toda crueldad la muerte de su marido.

Según la «Crónica Nestor» (*Povest vremennykh, Relato de los años pasados*) -un famoso monumento de la antigua crónica rusa, escrito a comienzos del siglo XII-, Olga mandó eliminar dos embajadas de los drevlianos, a cuyos «mejores hombres» la primera vez los hizo enterrar vivos y la segunda los hizo quemar y más tarde ordenó rematar a hachazos a 5.000 personas beodas. Sin duda que esto es fabuloso y exagerado. Pero la princesa -que, como se cantaba en una canción antigua, precedía al país cristiano «como la aurora al sol, como el alba a la luz del día»- hacia el 950 había exterminado de hecho a una parte notable de la nobleza enemiga, había incendiado diversos burgos de los drevlianos, cuyo territorio acabó anexionándose, y en 955 o 957 se hizo bautizar en Kiev o en Constantinopla, en un acto de escasa o ninguna motivación religiosa, pero que debió de aumentar su prestigio político dentro y fuera de las fronteras.

Según Thietmar de Merseburg ya a comienzos del siglo XI Kiev tenía «más de 400 iglesias y ocho mercados» (*mercatus*). Fue la ciudad rusa más populosa de la Edad Media: en el siglo XIII con aproximadamente 40.000 habitantes antes del ciclón de los mongoles, que avanzaban con la conciencia de ser emisarios de Dios, y después con unos 2.000.

Cuando en 957 santa Olga viajó a la ciudad imperial del Bósforo, no sólo llevaba un sacerdote en su séquito sino también muchos mercaderes, lo que no deja de sorprender. Y dos años más tarde aprovechó el cambio de emperador en Bizancio, tras la muerte de Constantino VII Porphyrogennetos, tan relevante en la historia de la cultura como de la Iglesia, para establecer un contacto directo con el oeste. El año 959 solicitó del rey Otón I sacerdotes ¡y sobre todo relaciones comerciales!

Pero el monje Libucio de Maguncia, consagrado rápidamente como obispo misionero, murió antes de emprender el viaje. Y el que entonces envió Otón a Kiev para «obispo de los rusos» -el cual había sido primero monje en Tréveris, después abad de Weissenburg y finalmente, en 968, el primer arzobispo de Magdeburgo- regresó fracasado en 962 y, no sin suerte después de todo, habiendo sido expulsado por cristianos hostiles o por una reacción pagana; en el trayecto cayeron varios viajeros. Olga a su vez había relevado a su hijo Sviatoslav, un temerario espadón pagano, y después llamó a Rusia -con una decisión de importancia para la historia universal- no a misioneros occidentales sino bizantinos. Bajo Vladimir de Kiev y con su bautismo en 888-889 se dio el giro definitivo hacia el círculo cultural bizantino, al que en definitiva volverá la aspiración de Moscú a convertirse en «la tercera Roma».⁴⁰

San Vladimir, «el grande e igual a los apóstoles»

El nieto de santa Olga, Vladimir el Santo (980-1015) -como a santo se le venera en la Iglesia ortodoxa de Rus desde el siglo XIII-, empezó por disputar el trono y la soberanía a su hermano Jaropolk luchando con tropas varegas reclutadas en Suecia, según testimonio de sus coetáneos. Para ello exterminó a la familia escandinava que reinaba en Po-lozk, sobre el Duina, y a Rogneda, la hija superviviente, la obligó por la fuerza a casarse con él; lo que revela un sentido muy fino. Después logró con artimañas adueñarse de Kiev e hizo matar a su hermano Jaropolk. Y cuando sus secuaces del norte quisieron que se les pagase, parece ser, según una fuente antigua, que los encaminó hacia la rica Bizancio no sin antes haber avisado al emperador.

El santo encadenó guerra tras guerra y extorsionó a todos los pueblos sometidos con tributos insoportables. En 981-982 sometió a los wia-titas, en 984 a los radimitas y en el ínterin, en 983, atacó a los jadwigos (o sudauos), un pueblo báltico en el territorio de población prusiana. Ocupó un territorio, que en el siglo XIII la Orden Teutónica convirtió en «el gran desierto», en el que hasta los jadwigos desaparecieron de la historia.

Algunos años después de su ataque al oeste, donde Vladimir además de atacar a Polonia sometió ya a su dominio las fortalezas servénicas entre el alto San y el Bug superior, salvó en el sur al emperador Basi-leios II (*Bulgaroktónos*, «el matador de búlgaros», 976-1025) de una gran calamidad interna. En medio de la lucha que enfrentaba a las familias de los magnates y que duraba ya muchos años Vladimir envió una tropa de mercenarios, la druzina varego-rusa, que inclinó la victoria del lado de Basileios.

Pero la acción del santo llegó más lejos: dicha victoria permitió indirectamente al emperador su triunfo más grande. En 1014, al término de la guerra singularmente brutal contra los búlgaros, que se prolongó quince años, la Majestad cristiana hizo sacar los ojos en Strymonal se supone que a 14.000 soldados -solo uno de cada cien conservó un ojo- ¡para después devolver a los ciegos al zar búlgaro Samuel!

Por lo demás Vladimir el Santo solicitó para su protección contra los enemigos del emperador en Bizancio la mano de la nobilísima («nacida entre la púrpura») princesa Ana, hermana del emperador. Y como la corte vacilase en cumplir la promesa en favor del «príncipe bárbaro», en abril de 988 emprendió una campaña contra el Quersoneso, la colonia bizantina más importante en la ribera septentrional del mar Negro (enteramente destruida poco después de 1500 y hoy puro desierto). Se apoderó de la ciudad gracias a la traición del sacerdote Anastasio, a quien recompensó haciéndole prelado de la Iglesia de Kiev y obtuvo también entonces la mano de la princesa bizantina «nacida en Porphyra (el palacio imperial)»; lo que ni siquiera Otón «el Grande» había conseguido para su hijo y coemperador.

Cierto que también la nacida entre la púrpura reclamó su precio. Y Vladimir de Kiev -según el manual católico de historia de la Iglesia- «hubo a cambio de hacerse bautizar» y después obligó al pueblo de Kiev, que lamentaba la pérdida de sus dioses -una vez más la «típica "revolución desde arriba"» (Hösch)-, a bautizarse masivamente en el Dniéper, quizá en el verano de 988.

¡No se hace uno santo en vano, ni en la Iglesia romana ni en la Iglesia ortodoxa!

Así, el primer gran príncipe de Rusia, en cuya historia resplandece con el sobrenombre de «el Grande e igual a los apóstoles», es venerado también en la Iglesia griega-unida, ¡y ciertamente que con el beneplácito de la sede papal!

Finalmente Vladimir destacó de múltiples modos: por la traición y el asesinato, por el fratricidio, por numerosas y sangrientas expediciones de conquista y de esclavizamientos, por la construcción de iglesias, burgos y fortalezas según las últimas técnicas bélicas y también por la destrucción de todos los ídolos y templos paganos de su reino.

En efecto, inmediatamente después de su vuelta del Quersoneso había declarado la guerra al paganismo, que a los comienzos de su reinado todavía cultivaba celosamente incluso según parece con sacrificios humanos, como la muerte sacrificial de un joven varego cristiano. Así, la imagen del dios Perun, la más eminente de las divinidades rusas y polacas a la vez que el señor de todo el mundo, cuyo culto principal se celebraba en Kiev con el fuego perpetuo que ardía ante él, era la que pocos años antes el propio Vladimir había tributado nuevos honores y

que ahora fue atada a la cola de un caballo, arrastrada y arrojada al Dniéper. Destruyó también los demás ídolos y poco a poco asoló los lugares sagrados de los antiguos fieles a lo largo y ancho de Rusia a la vez que los reemplazaba por iglesias.

¿Qué ocurrió allí para que el santo, el grande e igual a los apóstoles, fuese siempre una sátira ríjosa?

Realmente Vladimir, que residía en un palacio en el que se supone que vivían al menos setecientas personas, debió de haber sido antes de su conversión un libertino obsesionado por las mujeres. Tal es la presentación que hace la «Chronica Nestor», redactada varias veces y enormemente tendenciosa. En ella se dice que «fue insaciable en el placer, haciendo que le llevaran mujeres y doncellas para deshonrarlas, pues era un enamorado del sexo femenino como Salomón». Además de las cinco mujeres legítimas parece que en Wyshegorod, Bielgorod y Berestov tuvo varios harenes con un total de ochocientas concubinas de todos los pueblos vecinos... Un catador fino y masivo, que «siguió practicando la poligamia incluso después del bautismo» (Wetzer/Welte); un «libertino», de quien el obispo Thietmar de Merseburg afirma: «Para excitar aún más su innata disposición al pecado, el rey llevaba una faja estimulante ceñida a los riñones». Y después de haber llevado una larga vida de santidad, en 1015 fue enterrado al lado de su esposa Ana, la nacida entre la púrpura, en medio de la iglesia de la Madre de Dios de Kiev, construida por él mismo y que más tarde se llamó *desjatinnaja cerkov'*, la «iglesia décima».⁴¹

A la muerte de Vladimir, el 15 de julio de 1015, de nuevo estallaron las luchas por la sucesión, en las que pronto murieron sus hijos menores Boris y Gleb (que fueron canonizados en 1072). La tradición hagiográfica atribuye la acción sangrienta a su hermano mayor, el heredero al trono Sviatopolk: «Como autor del asesinato de ambos entra también en cuenta el triunfador de los enfrentamientos, Jaroslav I» (A. Poppe); es decir, «el Sabio», otro hijo de Vladimir el Santo, muy querido entre el clero por sus grandes actividades en política eclesiástica. Jaroslav, por lo demás, no logró imponerse hasta 1036, tras dos décadas de continuas disputas con sus parientes. Y después de su desaparición (1054) sus hijos y nietos de nuevo se enzarzaron en luchas por el poder. Las guerras fratricidas nunca cesaron. Y esto pese al juramento que ligaba a los príncipes pactantes, reforzado aún más por la ceremonia eclesiástica del beso de la cruz. En los 170 años después de la muerte de Jaroslav el Sabio se contaron no menos de 83 guerras civiles y 62 guerras con otros pueblos, llevadas a cabo por el reino de Kiev.

La semilla cristiana floreció cada vez más vigorosa.

Mas, para decirlo con el obispo Thietmar, «*quia nunc paululum de-clinavi, redeam...* como me he desviado un poco, volveré ahora al asunto».⁴²

Ya antes de su desgraciado *intermezzo* en Kiev, Otón había sometido los obispados jutlándicos de Schleswig, Ribe y Aarhus al arzobispo Adaldag de Hamburgo-Bremen, sucesor de Unni. Todo ello ocurría en Dinamarca, donde el rey Haroldo Dienteazul todavía era pagano, donde actuaba el margrave Hermann Billung y donde las luchas fronterizas eran frecuentes. Otón pretendía fortalecer así la influencia alemana en el norte y dar un impulso enérgico a la expansión del dominio eclesiástico.

Los esfuerzos «misioneros» por aquellas regiones celestiales volvieron ciertamente a potenciarse mucho más.

Política escandinava: ¿Guerra y negocio por amor de Dios?

En el marco de la política carolingia sobre Escandinavia dos habían sido en los comienzos los anunciadores de la salvación, que desplegaron una actividad destacada.

El año 823 apareció en escena el verdadero iniciador de la buena nueva entre los daneses: el arzobispo Ebón de Reims, nombrado por el papa Pascual I legado del norte. Se trataba de un afortunado oportunista, que repetidas veces había cambiado de frente político en la mejor tradición clerizante y que además había falsificado en su favor un escrito papal.

Tres años después el rey danés Haroldo Klak se hizo bautizar con su séquito en el palacio de Luis el Piadoso en Ingelheim para obtener la protección del emperador. En su viaje de regreso a Dinamarca se llevó consigo al monje y misionero Ansgar, que habiendo quedado huérfano muy pronto había sido acogido en el monasterio de Corbie. El monje iba bien provisto «de altar portátil y de reliquias» (Walterscheid). Pero apenas se detuvo allí, sino que enseguida se estableció en el condado de Rüstingen en Frisia que se le había conferido. Después, en 831, cuando en la dieta imperial de Diedenhofen fundó Luis el obispado de Hamburgo como diócesis misionera para daneses, suecos y eslavos del este, nombró obispo de la misma al monje Ansgar. En 831-832 el papa Gregorio IV -como su predecesor Pascual I hiciera con Ebón- le confirió la «jurisdicción misional» secundando entonces Ebón la labor de Ansgar. Pero a los pocos años el arzobispo Ebón -distinguido precisamente por el papa como legado con «autoridad» sobre el otro legado, el santo Ansgar- a menudo durmió en la cárcel y repetidas veces en las del monasterio de Fulda, de Lisieux y de Fleury. Ciertamente que en ese tiempo Ansgar fue arzobispo; pero la fuerza de choque del imperio franco se fue debilitando cada vez más, especialmente durante los últimos años de Luis.

En 845 los vikingos daneses habían asaltado Hamburgo, habían pegado fuego a la catedral, al monasterio (que en 964 serviría como prisión del papa Benedicto V), la biblioteca y buena parte de la ciudad y habían robado los tesoros de las iglesias. Pero Ansgar, el «apóstol de los vikingos» (Walterscheid), que apenas pudo escapar con algunas venerables reliquias, se consoló con Job: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó», y con la «piadosa matrona Ikia», que acogió al fugitivo en su finca. Fue nombrado obispo de la diócesis de Bremen (vacante desde 845), la nueva base misionera, pero sufragánea de Colonia, por lo que durante años se sucedieron las graves disputas con el arzobispo Günther (desde 850).

De Bremen surgieron algunos puntos de apoyo eclesiásticos, aunque muy modestos. Así, en Haithabu (Hedeby), un centro importante de exportación/importación en el norte de Schleswig-Holstein, donde el santo Ansgar -de quien Luis el Piadoso se sirvió repetidas veces como embajador- levantó con permiso del rey Horik I una iglesia, «que convirtió la plaza comercial en la meta preferida de los mercaderes cristianos...» (Radtke); en Ribe (Ripen), la ciudad más antigua de Dinamarca y (ya desde comienzos del siglo VIII) dedicada asimismo por entero al comercio y presumiblemente también a la acuñación de moneda; y quizá en Birka, rico centro comercial sueco, relativamente grande, que el rey visitaba a menudo, con extensas conexiones (por lo general relacionadas con mercancías de lujo, que ocupan poco espacio y proporcionan mucha ganancia) sobre todo con Europa occidental, aunque también con Rusia, Bizancio y el califato de Bagdad.

Significativamente todos importantes centros comerciales, porque tanto la guerra como el capital han estado estrechamente vinculados a la historia de la salvación... hasta hoy. «Por lo que hace a la posición de Birka es sintomático que la misión cristiana -siguiendo las principales rutas comerciales- se estableciese precisamente en el único asentamiento semiurbano y relativamente poblado de Suecia y que allí obtuviera unos primeros éxitos, aunque transitorios» (H. Ehrhardt).

Y sintomático también que los daneses, cuyo reino existía desde aproximadamente el 800 y que comprendía Jutlandia, las islas y tres regiones del sur de Suecia, no quisieran saber nada del cristianismo. Todavía dos décadas después del bautismo del rey Haroldo Klak, *anno domini* 847, sólo había en la propia diócesis de Ansgar cuatro baptisterios. ¡Y el santo arzobispo Ansgar hubo de comprar alumnos daneses para sus escuelas misionales! ¿Y por qué no? Ya dos siglos y medio antes el santo papa Gregorio I Magno, doctor de la Iglesia, había comprado muchachos esclavos para los monasterios romanos. La Europa cristiana también envió durante largo tiempo y sin escrúpulos esclavos a los países orientales. Junto al poder actúa a la vez el negocio, que es una

parte del poder. ¿Y no aprovecha a la fe, a los creyentes, y no se actúa también y precisamente por amor de Dios?⁴³

Al final la misión escandinava desapareció por completo. Se prohibió simplemente el paso al cristianismo. En toda Dinamarca no hubo ya ninguna iglesia; y en Suecia, donde la población expulsó ya mucho antes al obispo, durante años no hubo ningún clérigo cristiano. (Aunque en aquella época nunca había habido en Suecia más de un sacerdote.) Se pensó incluso -y no sólo una vez- en suprimir el arzobispado de Ham-burgo.

Pero en el siglo x empezó de nuevo la predicación del cristianismo en el norte, interviniendo también misioneros ingleses. Curiosamente, sin embargo, sólo después de que de nuevo abriese brecha la espada. Incluso el Manual católico de Historia de la Iglesia reconoce: «La campaña victoriosa de Enrique I contra el rey Gnupa de Jutlandia meridional había abierto en 934 la puerta a los predicadores alemanes». El sometido Gnupa, rey de los vikingos de Haithabu, que poco después cayó combatiendo contra el rey pagano Gorm de Jutlandia, hubo entonces de «llevar el yugo de Cristo» (Thietmar) y pagar tributo, que era lo más importante. Y ya al año siguiente Unni, nombrado arzobispo de Ham-burgo por Conrado, antecesor de Enrique, poco antes de su muerte en contra de la elección del clero, marchó a Dinamarca con el beneplácito del rey; pero en toda su vida pudo hacer cristiano a Gorm, que combatía contra los alemanes. Tuvo sí pequeños éxitos en las islas danesas antes de continuar viaje a Suecia, donde en septiembre de 936 murió en Birka, inmediatamente antes de su regreso a Hamburgo.

La predicación cristiana tal vez la toleró entonces en Dinamarca Gorm el Viejo, enemigo de los cristianos, que da nombre a la primera dinastía danesa fechable: la denominada dinastía Jelling, a la que pertenecieron los reyes siguientes hasta 1375. Y bajo su hijo Haroldo Dienteazul (Blatand), Gormsson (936-hacia 987) empieza la evangeli-zación oficial de los daneses aproximadamente después de 960, cuando Haroldo se hizo bautizar, «con toda probabilidad por presión política del lado alemán» (Skovgaard-Petersen). El acontecimiento lo recuerdan algunos de los testimonios arqueológicos más notables de la Alta Edad Media danesa en Jelling (en la costa oriental de Jutlandia, cerca de Veile), y entre otros la «gran» piedra rúnica erigida por Haroldo Dienteazul. Además de una inscripción conmemorativa de su padre Gorm y de su madre Thorwi, contiene la autodenominación de Haroldo, «que ganó para sí toda Dinamarca y Noruega y que hizo cristianos a los daneses».⁴⁴

Mucho más éxito que Unni tuvo su sucesor en Hamburgo, el arzobispo Adaldag (937-988).

El descendiente de una ilustre familia sajona, que empezó trabajar-

do en la capilla de Enrique I y después como canciller de Otón I, estaba familiarizado con la vida cortesana, pero también como arzobispo siguió ejerciendo una fuerte influencia en la política imperial y eclesiástica otomana. Especialmente fomentó como ningún otro los planes de Otón en el norte. En 947-948 su obispado superó las fronteras alemanas con Dinamarca mediante la creación de las tres diócesis que le estuvieron sometidas, sitas en las ciudades portuarias de Haithabu (Schleswig), Ribe y Aarhus, y a las que el rey favoreció generosamente.

Por primera vez los arzobispos de Hamburgo tenían así sufragáneos. En este caso fue el papa Formoso el que en tiempos decidió que Bre-men debía volver a la federación diocesana de la archidiócesis de Colonia, a la que antes había pertenecido. Llegaron con ello las reclamaciones del arzobispo Wicfrido de Colonia, que enseguida reivindicó Bremen. Pero el arzobispo Adaldag no quiso aceptarlo mediante el envío de sacerdotes y mediante la construcción de iglesias por parte de los celosos heraldos de la buena nueva en el norte. Y como apenas tenía escrúpulos, nombró abadesa por ejemplo a la hija del conde Enrique de Stade (abuelo del obispo Thietmar), una muchacha que apenas había cumplido los doce años. Asimismo, habiendo sido en tiempos redactor y escribano de documentos reales, fabricó también una serie de diplomas falsos... Y fue bendecido por el Señor. No sólo se sometió a su jurisdicción en 968 el obispado de Oldenburg en Holstein oriental, con lo que se inició el régimen eclesiástico planeado desde largo tiempo atrás para el territorio obodrita, sino que pudo también afianzar su posición gracias sobre todo a la independencia definitiva respecto del rival de Colonia. En resumidas cuentas el falsificador elevó «notablemente el prestigio del arzobispado durante su largo y eficaz gobierno» (*Lexikon für Theologie und Kirche*).

Las tres nuevas sedes episcopales del norte es verdad que se encontraban todas en territorio danés; pero no estaban muy alejadas del imperio. Y naturalmente sus titulares Hored, Liafdag y Reginbrand, sufragáneos de Adaldag, debieron de extender su influencia sobre todo en las islas, en Fünen, Seeland y Schonen (que desde hacía largo tiempo pertenecía a Dinamarca y que sólo en 1658 pasó a Suecia). Los nuevos obispos misioneros estaban expresamente obligados a trabajar para la conversión de los daneses insulares. Se trataba en efecto de una expansión, de una toma de posesión. En consecuencia aquellos prelados debieron de «aparecer a los ojos de sus diocesanos como avanzadillas enemigas en el propio país. Y eso es lo que sin duda tenían que ser según el plan de Otón» (A. Hauck).⁴⁵

Los daneses se enardecieron por el cristianismo tan escasamente como los eslavos en el este. Al parecer se había logrado bastante cuando los particulares no consideraron el ídolo cristiano inferior a sus pro-

pios dioses. Pero incluso tales «éxitos» sólo se alcanzaron a la sombra de las espadas alemanas. Y cuando Haroldo Dienteazul aprovechó las feroces luchas por el poder, que estallaron en Noruega a la muerte del rey Haroldo el de la Hermosa Cabellera (hacia 930, fue el primer soberano único sobre toda Noruega), para organizar una expedición militar con la que puso a Noruega meridional bajo control danés. Y entonces entraron también en acción los «mensajeros de la fe» cristiana. Exactamente igual que había ocurrido tras la victoria del emperador Enrique I sobre los daneses en Dinamarca.

La actividad de los señores feudales eclesiásticos y de sus misioneros, su instalación primero en el país y después en las almas de los prepotentes, de los violentos, tuvo enorme importancia para la realeza. Siempre que Otón golpeó, siempre que emprendió una campaña contra daneses, eslavos y húngaros y se afianzó militarmente, siempre echó raíces mediante la Iglesia, siempre creó «en los territorios arrebatados a los mismos obispados y monasterios como puntos de apoyo de su poder» (Kosminski).

Así, en 948 surgieron en territorio danés los obispados de Schleswig, Ribe y Aarhus; ese mismo año, y antes de la evangelización de aquellos territorios, se crearon los obispados eslavos de Brandeburgo y Havel-berg, que obtuvo el arzobispo de Maguncia, así como el de Oldenburg, que quedó sujeto al arzobispo Adaldag de Hamburgo-Bremen. Con la fundación del arzobispado de Magdeburgo en 968 se crearon las diócesis de Merseburg, Zeitz y Misnia, y finalmente en 973, año de la muerte de Otón, el obispado de Praga.

Primero el puñetazo militar, después la misión y finalmente la «anexión» estatal. El manifiesto objetivo final de Otón «el Grande» respecto de todos los territorios conquistados era «incorporarlos al imperio alemán, primero en el plano eclesiástico y después en el político, como había sido ya la práctica carolingia» (Brackmann). Pero fue precisamente la estrecha colaboración con el clero, el compadreo de trono y altar en el negocio tan ordinario como sangriento del saqueo, lo que dio a los ataques y abusos otonianos el viso de lo numinoso, la consagración superior, la complacencia divina. O, según se escribe con labia experta, la «misión como elemento» de esa política, la propagación de la fe entre los paganos, el «deber más sublime del emperador», podía «sublimar aún más el prestigio de Otón y su posición de aspirante al cesarismo» (Hlawitschka).⁴⁶

Sublimar... Y la aspiración de Otón a lo más alto en el ámbito civil necesitaba naturalmente de lo más alto en el ámbito clerical, de lo más augusto, de lo más sublime, del papado de Roma.

Se anuncia la «edad tenebrosa»

¡Como si en su conjunto y aisladamente no hubiera habido edades tenebrosas! Al menos también tenebrosas. Sobre todo tenebrosas. Pero especialmente la época desde finales del siglo IX hasta mediados del siglo XI ha venido en llamarse «*saeculum obscurum*».

Sin embargo, otras épocas -y nunca insistiremos lo bastante en ello-, en las que Roma fue incomparablemente más poderosa y por lo mismo incomparablemente más peligrosa, fueron de hecho mucho más tenebrosas para muchos pueblos. Tales fueron, por ejemplo, la época de las cruzadas y el propio siglo XX. en el que el papado fue el responsable de dos guerras mundiales que fomentó intensamente al igual que las formas de actuación fascista en su conjunto. (También habría que recordar aquí su asistencia en la guerra del Vietnam, su caldeamiento del conflicto balcánico, y no sólo del más reciente. Precisamente ahora, cuando escribo esto, aparece un diario alemán con grandes titulares: «El Papa llama a la guerra».)

Pero Franzen, historiador católico de la Iglesia, sugiere que ¡sólo la nobleza fue la causante de aquella tenebrosa época medieval! «Únicamente a ella corresponde la responsabilidad de la triste situación, porque el papa estuvo indefenso en sus manos desde que no hubo emperador.»

La nobleza como el chivo expiatorio, y una vez más el papado se salva. Así aparece en una historia de la Iglesia de la Editorial Herder, que «tiene por entero en cuenta e incorpora los conocimientos más recientes de la investigación científica, los cuales han cambiado en parte de manera muy notable la conciencia histórica y teológica de nuestro tiempo...». ¿Los conocimientos más recientes? *Esencialmente* son siempre los mismos pobres y viejos subterfugios apologéticos. Se trataba además de un papado que, como Franzen lamenta, «se había hundido y reducido a un obispado territorial ordinario», *a priori* mucho más inofensivo que uno de importancia universal.

El pobre papado. Inocente como siempre. Simple víctima de la «nobleza salvaje y ambiciosa» (aunque se trataba de una nobleza cristiana por entero y por entero romano-católica) «desde que ya no había emperador...». ¿Quiere, pues, decirse que los soberanos del «*saeculum obscurum*», los Otones y Salios, no eran emperadores? ¿No gobernaba un santo que se llamaba Enrique II? (El cual por cierto guerreó tres veces contra la ya buena católica Polonia ¡y combatiendo además en el bando de los liutizos paganos!) El papado «indefenso en sus manos...». ¿Y cuando ya no estuvo indefenso y se convirtió en una potencia mundana «universal» y fuerte, cada vez más fuerte? Entonces luchó contra los emperadores por el dominio del mundo, haciéndose cien veces más peli-

grosa y mortífera. Y desde luego «mortífera», no porque algunos de sus representantes se matasen entre sí, ¡mortífera porque hizo aniquilar a pueblos enteros! Como cuando se gritaba «¡Dios lo quiere!» en la Edad Media, en 1914, en 1941. Y desde entonces una y otra vez.⁴⁷

Pero ¿qué ocurría en Roma en tiempo de los Carolingios, los Otones y los Salios?

La turbulencia de aquellos años y la anarquía de las disputas partidistas internas permiten entender la falta de documentos. Es mucho lo que ignoramos de no pocos papas. De algunos todavía no nos consta hoy si fueron legítimos o no. A varios de ellos se les tiene hoy por antipapas, aunque pasan generalmente por legítimos. El monje romano Felipe renunció el mismo día de su elección, el 31 de julio de 768, y voluntariamente regresó al monasterio. El diácono Juan gobernó justo una hora en enero de 844. León VIII gobernó desde 963 hasta 965; pero de mayo a junio del 964 también gobernó Benedicto V, y ambos pasan por legítimos. Por otra parte, al papa Cristóforo, que el año 903 metió en la cárcel y torturó a su inmediato predecesor, León V, tras sólo treinta días de pontificado, hoy ya no se le tiene por papa legítimo aunque así se le consideró durante toda la Edad Media. Por lo demás también el papa Cristóforo pronto dio con sus huesos en la mazmorra, donde su sucesor el papa Sergio III lo estranguló al igual que a su predecesor León V.⁴⁸

No pocos papas pasaron por la cárcel de forma transitoria o duradera. Así Esteban VI, que fue estrangulado en ella en 897; Juan X, que en 929 fue asfixiado con un cojín en el calabozo de la fortaleza del Ángel; Benedicto VI, a quien su sucesor, el papa Bonifacio VII, hizo ahorcar allí en 974 por mano del sacerdote Esteban; Juan XIV, que en el mismo Castel Sant'Angelo murió de hambre o envenenado; y Esteban VIII, que horriblemente mutilado sucumbió en la cárcel a sus lesiones en 942. Y entre rejas estuvieron también los papas Benedicto III (m. 858), Juan XI (m. 936) y Benedicto X (m. después de 1073).

En un monasterio encerraron a Constantino II, a quien sacaron los ojos, a Benedicto X, a Cristóforo y a Juan XVI Philagathós, al que asimismo cegaron mutilándole brutalmente nariz, lengua, labios y manos y después lo llevaron por las calles de Roma en una procesión burlesca.

Benedicto V fue desterrado a Hamburgo, donde murió poco después, y Gregorio VI a Colonia, donde también él murió pronto.

¡Y con cuánta frecuencia no se excomulgaron unos a otros! El papa Juan XII excomulgó en 964 a León VIII, que había escapado; el año 974 lo hizo Benedicto VII con el fugitivo Bonifacio VII. El episcopado del imperio anatematizó a Juan XVI y el sínodo de Sulri hizo lo mismo en 1059 con Benedicto X. Los papas Alejandro II y Honorio II se excomulgaron recíprocamente y León IX excomulgó a Benedicto IX (era sobrino de dos papas anteriores y fue el único papa que de facto ejerció suce-

sivamente tres veces el sagrado ministerio). Y Benedicto IX excomulgó a su vez a Silvestre III, al que expulsó ignominiosamente de Roma, como antes había sido expulsado él mismo. De todo lo cual cabría suponer en el Espíritu Santo una personalidad bastante confusa.⁴⁹

El papa Sergio III, asesino de dos papas

Benedicto IV había fallecido en el verano de 903. Según conjeturas, que por lo demás no se apoyan en ninguna de las fuentes coetáneas, lo hizo eliminar Berengario I, rey de Italia. Sus dos sucesores apenas le sobrevivieron unos meses. El papa León V, que sólo reinó en agosto de 903, fue encerrado en la cárcel por su sucesor, el cardenal Cristóforo. Pero el propio Cristóforo (903-904) sólo pudo ocupar la santa sede hasta el año siguiente. Entonces lo suplantó Sergio III (904-911), un aristócrata romano que antes había sido antipapa contra Juan IX y que poco después de haber tomado posesión del cargo en Letrán fue depuesto, condenado y desterrado por Juan. Con el apoyo del partido de los anti-formosianos y del duque Alberico I de Spoleto, Sergio avanzó sobre Roma con una banda armada, se hizo nombrar papa, mandó poner entre rejas a Cristóforo en una cabaloza monacal así como a la propia víctima de éste, León V. Con todo lo cual en sólo ocho años habían desaparecido ocho papas de la escena sagrada.

Después de haber expulsado o eliminado a los cardenales que le eran hostiles, Sergio consiguió por fin, tras siete años de destierro, el objetivo tan largamente perseguido y de inmediato hizo estrangular en la cárcel a sus dos predecesores, León V y Cristóforo, supuestamente por compasión. Mas pese a sus sentimientos de pesar hacia sus colegas fallecidos Sergio no careció de energía y durante siete años ocupó la silla bien caliente.

También gustó este papa de la exactitud burocrática, exigiendo que todo se hiciese con orden. Y así dató su pontificado según un primer período ministerial aunque corto, que apenas si consistió en algo más que su entrada en Letrán en diciembre de 897. De allí volvieron a expulsarlo las hordas del sucesor Juan IX. Como amigo del profanador de cadáveres Esteban VI, volvió a condenar entonces al difunto Formoso, declaró inválidas y nulas todas sus ordenaciones y consagraciones -y Formoso había consagrado a muchos obispos que a su vez habían ordenado a muchos sacerdotes-, privó a sus secuaces de sus cargos y amenazó a sus opositores con enviarlos al destierro en naves ya preparadas al efecto y con la muerte. Sólo unos pocos se opusieron a su gobierno violento, sobre todo cuando la nobleza se puso de su lado. En cambio también otorgó las mejores prebendas a sus partidarios, los caudillos de la aristocracia romana.

A las monjas del monasterio Corsarum, a las que donó muchas posesiones territoriales, el asesino de dos papas les mandó cantar a diario cien Kyrieeleison por su alma. ¡Y qué provechosa es esta religión! El asesino especializado se erigió un monumento con la reconstrucción de la basílica de Letrán, que en 897 por inescrutable designio divino fue reducida a escombros por un terremoto. Y aproximadamente cuatro siglos después el Dios soberano permitió que fuera pasto de las llamas el monumento reconstruido, en el que por mucho tiempo se enterró a casi todos los papas, y no en San Pedro.

Modestamente el papa Sergio se inmortalizó en monedas. Ciertamente también otros santos padres acuñaron tales monedas, pero Sergio fue el primer papa desde Adriano I (772-795) que lo hizo con su propia efigie. Había eliminado a dos papas, pero su lápida sepulcral de San Pedro alababa y exaltaba su guerra implacable contra los «lobos», que durante siete años lo tuvieron alejado de su legítimo trono.⁵⁰

También es digna de atención la intervención de Sergio en la denominada controversia de la tetragamia.

Dicha controversia, que provocó amplia irritación, se refería a los cuatro matrimonios del emperador León VI el Sabio (886-912). El discípulo del famoso patriarca Focio (al que, debido a su antipatía personal, poco después de ocupar el trono sustituyó por el propio hermano menor, Esteban) había pasado en la cárcel los años anteriores (883-886) por causa de una conspiración contra su padre, Basileios I. (De tales situaciones conocemos también bastantes en la historia de las casas gobernantes cristianas de Occidente.)

Sin embargo, éste no fue el único problema del bizantino que gobernaba desde 886 y que era suegro del emperador Luis el Ciego, a quien Berengario había hecho sacar los ojos en Verona. Tales cosas apenas molestaban a León. Los que sí le atormentaban eran sus matrimonios. Con tres esposas no había logrado ningún descendiente. El derecho matrimonial bizantino prohibía ya una tercera esposa; pero el patriarca Antonios Kauleas (893-901) dispensó una vez más al gobernante. Sin embargo, la emperatriz Eudokia Baiana moría de parto con su hijo recién nacido en 901. Más tarde el monarca engendró un vástago, Constantino VII, en su concubina Zoé Karbonopsina y a comienzos de 906 declaró a la madre del niño su cuarta esposa en contra de la ley que él mismo había decretado y que prohibía el tercer matrimonio.

León el Sabio se hizo famoso por haber dado cima a la labor de codificación jurídica iniciada por su padre, una magna obra en sesenta volúmenes que suplantó la llevada a cabo por Justiniano, y por ser autor de un manual jurídico práctico además de haber escrito canciones litúrgicas, sermones y estudios estratégicos. Todo lo cual encajaba maravillosamente a la vez que buscaba su afianzamiento, si no jurídico sí al

menos eclesiástico. Ciertamente que su nuevo patriarca, antiguo «compañero de estudios» y secretario privado, Nikolaos I Mystikós (901-907, 912-925), había protestado abiertamente, había lanzado la excomunión contra el emperador y había denegado el reconocimiento de Constantino como heredero legítimo. Pero el papa Sergio, que personalmente era muy libertino con las mujeres -como lo demuestra, por ejemplo, el que con 45 años le hiciera a Marozia, de 15, un hijo, el cual con el tiempo sería papa y ocuparía la silla de San Pedro con el nombre de Juan XI-, otorgó la dispensa matrimonial al soberano que ya había sido excluido de la asistencia al culto divino, mientras que el patriarca Nikolaos hubo de sufrir un destierro de años en su monasterio de Galakrenai.⁵¹

Aparición del «gobierno romano de rameras»; el papa Juan X en el lecho y en el campo de batalla

Durante más de un siglo, y por obra del santo padre Sergio III, el doble asesino, fue determinante el linaje de un cierto Teofilacto, probablemente emparentado con él y que se hizo con el poder en Roma. Dentro de dicho clan figuraron algunas damas ambiciosas y de vida airada y licenciosa. La etiqueta de «gobierno romano de rameras» o «pornocracia» se le puso a este período de los representantes de Cristo a partir del teólogo protestante Valentin Ernst Loescher (editor de la revista teológica *Unschuldige Nachrichten von alten und neuen theologischen Sachen: 1701-1720*). Pero la prostitución, que en sí no es un rasgo tan malo, continuó floreciendo a través de todos los tiempos, tanto entre el clero católico en general como en Roma, donde está lo más santo.

Teofilacto (fallecido a comienzos de la década de 920), miembro de la alta nobleza romana, cónsul, senador, *magister militum*, no sólo estuvo al frente de la administración municipal romana, sino que se encaramó a la dirección de las finanzas papales, convirtiéndose en el jefe supremo de la administración de la Iglesia.

Su mujer, la ambiciosa, enérgica y bella Teodora la Vieja -«la ramera desvergonzada», como le llama el obispo Liutprando de Cremona en su vergonzosa «Antapodosis», a menudo mordaz, irónica y abigarrada, pero que no deja de ser la obra histórica más importante de su época- se dio el título de «senatrix» y fue madre de dos hijas: Teodora la Joven y Marozia, «todavía más fervorosas en el servicio de Venus», y se acostó con el futuro papa Juan X. (Franz Xaver Seppelt, historiador católico de los papas, no querría creerlo, aunque bien pudiera ser «que el nuevo papa no tuviese precisamente una manera cristiana de pensar y que su vida no respondiese a las exigencias de la ley moral y de su alto ministerio».)

Marozia (diminutivo de María: Mariuccia, Maruja), la hija no menos seductora de Teodora, y esposa en un primer matrimonio del duque Alberico I, que a la muerte del emperador Lamberto se había apoderado de Spoleto, tuvo sin embargo relaciones con el papa Sergio III, quizá tío suyo, si hemos de creer al obispo Liutprando y al libro oficioso de los papas (incluso Seppelt lo tiene esta vez por «muy probable»). De tales tratos entre ambos nació el papa Juan XI (911-935)*. El teólogo inglés de Rosa asegura que «el papa Sergio la había seducido la primera vez en el palacio de Letrán». Pero situaciones muy parecidas, que en Roma «persistieron durante casi siglo y medio» (Halphen), también se dieron en otras sedes episcopales.⁵²

Después que el papa Lando (913-914), hijo del rico príncipe longo-bardo Taino y una marioneta de Teodora la Vieja (fallecida después de 916), había convertido -supuestamente de forma violenta y sin mediar de hecho consagración alguna- a su protegido Juan de obispo de Bolonia en arzobispo de Ravenna durante nueve años (905-914), parece que Juan -«sin duda una fuerte personalidad» (*Handbuch der Kirchen-geschichte*)- pasó más tiempo en el lecho de Teodora que en la iglesia de Ravenna. Quizá no fueron más que rumores, y rumores sobre todo de clerizontes. Pero el obispo Liutprando describe con trazos bastante sorprendentes el ascenso del futuro papa Juan: como los deberes eclesiásticos lo llamaban repetidamente a Roma y como Teodora, la «muy desvergonzada ramera viviera inflamada por el ardor de Venus (*Veneris calore succensa*)», se había enamorado de la bella estampa del sacerdote, «no sólo quiso fornicar con él, sino que después le obligó a repetirlo de continuo...». Naturalmente los tiempos de espera, por mucho que pudieran acelerarse, resultaban largos y enojosos, especialmente para la hambrienta Teodora. Y así, es realmente asombrosa la rapidez con que ahora se suceden los príncipes de la Iglesia y van dejando su asiento libre a Juan, que cada vez sube más y sobre todo se acerca cada vez más a Roma.

Primero muere «durante aquel trato desvergonzado» el obispo de Bolonia, y Juan pasa a ser obispo de aquella ciudad. Al poco tiempo muere el arzobispo de Ravenna, y Juan se convierte en arzobispo de Ravenna. Y sólo había pasado un corto tiempo, cuando también el papa «fue llamado por Dios». Y ahora está claro que lo ocurrido tenía que ocurrir y todo estaba previsto en el plan salvífico de Dios: Teodora, «cuyo ánimo corrompido no podía soportar que su amante estuviera alejado de ella las doscientas millas que separan Roma de Ravenna, y sólo raras veces pudiera acostarse con él, le obligó a dejar la sede arzobispal ravennatense y -cosa inaudita- tomar posesión en Roma de la suprema dignidad como *pontifex*.

Cierto que Teodora ya no era una jovencita y murió poco después.

* (*Error: es 931-935: Nota del Escaneador*)

De todos modos el tan fatigado arzobispo de Ravenna se afianzó entonces en la silla de San Pedro con el nombre de Juan X (914-928) pese a la resistencia clerical. Y ello se lo debió (incluso según Seppelt, que aquí se olvida por entero del Espíritu Santo) «exclusivamente a la familia de Teofilacto». Pero Juan X se mantuvo tantos más años cuanto menos fue el tiempo y la atención que dedicó a sus deberes pastorales, pese a que también a él curiosamente lo hacen figurar los cronistas entre los reformadores del monacato por haber respaldado la severa regla de Cluny. Y ya en la cama se mostró sin duda como el hombre que había ganado prestigio en el campo de batalla.

Las continuas «rencillas» entre los cristianos, la eliminación recíproca (y la de otros) que venían practicando desde hacía decenios, estimularon aún más la actividad de los árabes y entre otras cosas los llevó a establecer una cabeza de puente para sus operaciones en la desemboadura del Garigliano.

Pero apenas Juan fue papa, estableció un pacto militar y creó una gran alianza defensiva con los gobernantes del centro y sur de Italia, formada por tropas de Spoleto, Benevento, Nápoles, Gaeta y sobre todo de los griegos. El emperador de éstos, «como hombre piadoso y temeroso de Dios», envió de inmediato soldados por mar. Y el papa, sin duda mucho más piadoso que el bizantino, hizo jurar a los romanos que no firmarían con los sarracenos «paz alguna, antes de que no los hayamos expulsado de toda Italia».

De hecho consiguió coronar su impulso guerrero «con una serie de hermosos triunfos» (Eickhoff). Por iniciativa papal se empezó por «limpiar» de árabes el valle del Tíber y el territorio salernitano. En mayo de 915 se cercó a los sarracenos que controlaban el Garigliano y en agosto -con la ayuda decisiva de los bizantinos- se dio la batalla de Garigliano, en la cual parece que muchos combatientes cristianos vieron a los apóstoles Pedro y Pablo. Lo cual a su vez pudo haber contribuido a que fueran muy pocos los enemigos que escaparon de manos de los creyentes ortodoxos, quienes los exterminaron después en los montes. El obispo Liutprando llega a decir: «En la batalla diurna de griegos y latinos no quedó por la misericordia de Dios ni uno solo de los púnicos que no fuera muerto a espada o hecho prisionero de inmediato». Pero el representante de Cristo, que participó personalmente en la lucha, alardeaba ante el arzobispo Hermann de Colonia de haber expuesto su vida y de haber marchado dos veces al combate al frente de los soldados.

Como político realista Juan X pospuso los derechos del emperador Luis III de Provenza, que estaba ciego, y ya en diciembre de 915 coronó emperador en San Pedro al influyente rey Berengario (888-924), que gobernaba Italia septentrional y con quien había establecido relaciones cuando todavía era el atareadísimo arzobispo de Ravenna. Después de

Guido y de Lamberto fue el tercer y último emperador de origen italiano. Berengario emitió el juramento tradicional de proteger los intereses y posesiones de la sede romana e hizo donaciones al clero, la nobleza y el pueblo. Pero su imperio no tuvo realmente importancia alguna.⁵³

Situación anárquica en Italia

En el denominado reino independiente de Italia la autoridad real se fue desmoronando cada vez más. Todo empezó, de un modo típico en la época medieval, con una extraordinaria discontinuidad, con una compleja maraña de instancias clericales, militares y terratenientes y con un entramado de estructuras de poder locales asociadas y contrapuestas y «siempre sostenidas por empresas guerreras de monasterios, iglesias y señores civiles» (Tobacco). Mas por encima de toda la fragmentación feudal se elevaron los grandes señoríos territoriales, especialmente de las influyentes familias de origen franco, que desde la caída del imperio carolingio se combatieron sin cuartel por alcanzar la hegemonía en el *regnum italicum*.

Bajo la jefatura de los condes Adalberto de Ivrea y Olderico, así como con la participación decisiva del arzobispo Lamberto de Milán (921-932), en 920-921 estalló una nueva sublevación contra Berengario. En efecto, al decir del obispo Liutprando fue directamente Lamberto «la causa de aquel levantamiento». Ciertamente que el rey Berengario acababa de ponerlo al frente de la iglesia de Milán, aunque en contra de la legislación canónica, y como era entonces habitual, le había «exigido una suma nada despreciable de dinero», que Lamberto le pagó: «impulsado por el gran deseo de la sede arzobispal pagó todo cuanto el rey le reclamó...». Pronto, sin embargo, se arrepintió, no porque hubiese actuado contra la ley de la Iglesia, nada de eso, sino «porque no podía olvidar el mucho dinero» desembolsado. Y así empezó «a cavilar su traición al rey».

Para hacer frente a los levantiscos Berengario solicitó la ayuda de los húngaros, que devastaron Toscana y pronto aplastaron a los rebeldes. Pero en el invierno de 921-922 éstos eligieron al rey Rodolfo II de la Alta Borgoña, armándole antes probablemente con la santa Lanza. Berengario hubo de retirarse al este y compartir Italia septentrional con Rodolfo, que residió en Pavia, donde rápidamente se personaron los prelados. Sobre todo cuando el nuevo rey derrotó repetidas veces a Berengario y de forma decisiva el 17 de julio de 923, cerca de Fiorenzuola (en las proximidades de Piacenza), donde al parecer cayeron 1.500 hombres. Aun así el vencedor se retiró durante aproximadamente un año al otro lado de los Alpes. Pero el 7 de abril de 924 y en Verona, que era la

única ciudad que le quedaba de todo su imperio, Berengario fue asesinado a traición, probablemente durante el servicio litúrgico de la mañana, por su vasallo y compadre Flamberto, a cuyo hijo en tiempos «había sacado de la sagrada pila bautismal».⁵⁴

Dos días después también Flamberto y sus compinches en el regicidio encontraron su final a manos de un joven amigo y familiar de Berengario llamado Milo. Este joven, de quien el obispo Liutprando escribe lacónicamente que «los hizo colgar», «realmente estaba adornado de no pocas e insignes virtudes...».

En Italia septentrional estalló entonces la anarquía más completa. Y allí acudieron los sarracenos y los húngaros; éstos últimos quizá llamados todavía por Berengario para tomar venganza de su derrota en Fio-renzuola. Asediaron Pavía, exigieron un rescate y el 12 de marzo de 924 -una nueva cima en esta crónica de la crueldad-incendiaron la ciudad regia junto con el palacio y 44 iglesias, naturalmente «por nuestros pecados» (Liutprando). Pues lo que fracasa se debe a la mano de Dios que castiga y lo que prospera se debe a la salvífica mano divina. No hay nada más primitivo, pero así se viene repitiendo durante siglos... Juan, obispo del lugar, y el prelado de Vercelli, que se había refugiado junto a él, fueron pasto de las llamas; a ellos se sumaron probablemente todos los habitantes ricos, por encima de doscientos, que pudieron comprar su libertad (evidentemente los que estaban libres de pecado!). Y en los años 926-928 se sucedieron otras incursiones de los húngaros por Toscana, llegando hasta las puertas de Roma y hasta Apulia.

Cierto que el rey Rodolfo había regresado a Pavía en el verano de 924, mas no pudo detenerlos. El propio arzobispo Lamberto, que en tiempos había sido el epicentro de la rebelión triunfante contra Berengario por la que llegó Rodolfo al país, se convirtió ahora en el iniciador de un grupo de conjurados, que llamó en contra del rey a su vecino el conde Hugo de Arles y Vienne, parece ser que precisamente cuando Rodolfo partía de nuevo hacia Borgoña. También el papa Juan X se contaba evidentemente entre los enemigos, pues no le había llegado la ayuda del emperador Berengario que se había prometido en la lucha romana por el poder. Y tras el asesinato de Berengario, de inmediato Juan, que rivalizaba con el partido de Marozia, buscó un nuevo aliado y lo invitó a Italia junto con Hugo de Provenza, un grande lombardo.

Pero el duque Burchard de Suabia corrió en ayuda de su yerno el rey. El pariente y protector de san Ulrico, obispo de Augsburgo, cruzó con un ejército los Alpes y fue al encuentro del arzobispo Lamberto de Milán. Pero éste, según refiere Liutprando, «hombre astuto» como era, en modo alguno hizo de menos a Burchard sino que lo acogió con los máximos honores, aunque «con un designio malvado». «Entre otras cosas y como señal de su particular amistad hasta le concedió permiso para

cazar un ciervo en su coto, cosa que sólo otorgaba a sus amigos más queridos e ilustres. Entretanto convocó a todos los hombres de Pavía y algunos príncipes italianos para ruina de Burchard y retuvo a éste junto a sí el tiempo que creyó necesario para que pudieran reunirse todos los que habían de matarlo.» Y ya a la mañana siguiente, 29 de abril de 926, ante las puertas de Novara el duque Burchard «trocó la vida por la muerte» traspasado por las lanzas de los italianos que cayeron sobre él. Lo mismo ocurrió con su séquito, que había buscado refugio en la iglesia «del santo confesor Gaudencio», cayendo todos y cada uno «incluso delante del mismo altar».

Con ello el rey Rodolfo quedó dueño del campo sin lucha alguna.⁵⁵

El rey Hugo hace valer su autoridad y enriquece a los suyos

No fueron los rivales propiamente dichos los que habían triunfado en Italia, sino un tercero que con anterioridad apenas había participado en la lucha. Hugo de Arles y Vienne, que entretanto se había embarcado rumbo a Pisa apresurándose hacia el territorio en que gobernaba su hermanastro Guido, tras la expulsión de Rodolfo fue recibido allí y saludado solemnemente por los legados del papa Juan X y a comienzos de julio de 926 fue coronado rey de Italia (926-947) por el arzobispo Lamberto de Milán. Poco después también el papa se reunió con él en Mantua, donde parece ser que ambos firmaron un pacto formal. De una parte se trató probablemente de la coronación imperial de Hugo tomada ya entonces en consideración y que luego quedaría en nada; de otra, se habló sobre ampliaciones territoriales en favor de la santa sede en Sabina, el ducado de Spoleto y la marca de Camerino, donde probablemente Pedro, hermano del papa, campaba por sus respetos como mar-grave.⁵⁶

El rey Hugo empezó por arrinconar a muchos de los grandes que le resultaban sospechosos o malquistos. Los hizo apresar, torturar, cegar y decapitar, a algunos con la complicidad del ordinario del lugar, León de Pavía -«el obispo lo hacía gustoso»-, entre los que se contaban los dos «jueces todopoderosos» de Pavía. Al juez Gezo le sacaron los dos ojos, le cortaron la lengua y le arrebataron sus posesiones. El juez Walperto fue decapitado, sus bienes y propiedades confiscados y apresada su mujer Cristina, «a la que aplicaron diversas torturas para forzarla a declarar dónde se encontraban los tesoros escondidos». Y continúa Liutprando de forma significativa: «A consecuencia de lo cual se extendió el temor al rey no sólo en Pavía sino en toda Italia y en vez de despreciarlo, como a los otros reyes, se le rindió todo tipo de honores».

Un proceder enérgico honra a los grandes usureros a través de los

tiempos, sobre todo cuando a eso se suma una gran injusticia, como el aprovisionamiento arbitrario de cargos, por ejemplo.

El rey Hugo se cuidó solícito de su parentela borgoñona y en especial de los numerosos vástagos de sus tres mancebas: Pezola, Roza y Estefanía. El libertino coronado, «al que fascinaron los encantos de numerosas concubinas», «se inflamó especialmente en el amor escandaloso» de Estefanía, mientras que a su esposa Berta no sólo le negaba el débito matrimonial sino que «la llenaba de todo género de improperios» (Liutprando).

Hugo dispuso de posiciones de poder tanto político-militares como eclesiásticas mediante las donaciones a su querida parentela. Su hijo Huberto fue conde palatino y margrave de Spoleto, aunque también obtuvo la marca de Tuscia. Su hijo Tedbaldo fue archidiácono de Milán con la vista puesta en la sucesión del arzobispado. Su hijo Gotfrido recibió la rica abadía de Nonatula. Hilduino, emparentado con Hugo y que había sido expulsado de su sede de Lüttich, consiguió el obispado de Verona y poco después también el de Milán. Un sobrino del rey, el arzobispo Manasés, perdió su diócesis de Arles y con el apoyo de su tío marchó a Italia «para, llevado de su ambición, abusar allí de muchas iglesias hasta arruinarlas por completo». «Contra todo derecho humano y divino» obtuvo los obispados de Mantua, Trento y Verona «para devorarlos» (Liutprando). Más tarde vendió Verona a un tal conde Milo, a quien también el papa favorecía. Juan X fue siempre complaciente, ventaba cualquier ventaja y tenía lo que se llama una «mentalidad práctica» o, quizá mejor, «pragmática». Por consideración al rey Rodolfo de Borgoña el papa varias veces mencionado convirtió en cabeza de la iglesia de Reims al pequeño Hugo, hijo del conde Heriberto II de Verman-dois, que todavía no había cumplido los cinco años, mientras que otorgaba al padre de la criatura la administración de las posesiones civiles del arzobispado.⁵⁷

Pero la ayuda esperada por el papa no llegó. Bien al contrario, las cosas fueron a peor. Marozia, cuyo padre Teofilacto y cuyo marido Alberico I de Spoleto habían fallecido, contrajo en 926 un segundo matrimonio con el margrave Guido de Toscana (Tuscia). Y con la unión de Spoleto y Toscana aumentó aún más su poder, hasta convertirse en la verdadera soberana de Roma.

Papas por gracia de Marozia y la noche de bodas del rey Hugo

La corte papal se rebeló. Evidentemente Juan X no estaba dispuesto a tolerar el nuevo régimen y unirse al partido al que debía su silla. Pero

su hermano Pedro, una especie de «margrave» a quien el papa fue concediendo cada vez más poder hasta jugar un papel decisivo en Roma, fue expulsado. Desde Orte, que había convertido en una fortaleza, atacó después a la ciudad. Quizá reclamó también la ayuda de los húngaros, que incendiaron Tuscia por los cuatro costados; aunque la noticia es insegura y la época es tenebrosa. Pero a finales de 927 los romanos amotinados asesinaron a Pedro en el palacio de Letrán ante los ojos del papa. Al verano siguiente el propio Juan X fue asaltado por una banda de Guido, probablemente durante la misa pontifical en la basílica latera-nense; lo secuestraron y más tarde lo condujeron al Castell Sant'Angelo, donde permaneció encarcelado hasta mediados de 929, cuando murió probablemente ahogado con un almohadón. Por obra de Teodora había obtenido el papado y por obra de Marozia, hija de aquélla y ahora soberana absoluta de Roma, volvía a perderlo a la vez que la vida.

Y el sueño imperial de Hugo rápidamente se esfumó.

Los papas siguientes, León VI y Esteban VII, ambos romanos y ambos santos padres por gracia de Marozia, probablemente fueron asimismo asesinados. Los había nombrado aquella mujer, que se hacía llamar *senatrix* y patricia. León VI (928-929) fue papa cuando todavía su predecesor estaba en la cárcel e incluso murió antes que Juan X, a comienzos de 929. A León le siguió Esteban VII (929-931). Y posiblemente ambos no fueron más que ocupantes interinos de una silla reservada al que llegó después. En efecto, Marozia convirtió en el papa Juan XI (931-935) a su propio hijo, engendrado por el papa Sergio III y que acababa de cumplir los veinte años. Y como entonces, año 929, poco después de Juan X, murió también su segundo marido, el margrave Guido de Toscana, Marozia, ya un tanto ajada por el trato con numerosos amantes y con sus dos maridos, en el verano de 932 contrajo un tercer matrimonio con Guido, hermanastro de Hugo de Provenza, que ciertamente estaba ya casado pero que también era rey de Italia (926-948) y estaba en la cima de su poder. Por fin parecía que su sueño imperial estaba a punto de cumplirse.

Con toda probabilidad fue el papa Juan XI quien bendijo el matrimonio de la encopetada pareja, aunque ello iba contra el derecho canónico de la época, pues el rey era cuñado de la novia. Por lo demás se trataba de un hombre sin escrúpulos ni frenos, frecuentador de concubinas y mancebas, un personaje violento, buen cristiano y católico, que había hecho carrera a la sombra de un monarca cegado, el emperador Luis el Ciego, pasando de conde a dux y marchio de Provenza para terminar siendo el gobernante efectivo del reino de la Baja Borgoña. Pero «la debilidad de Hugo por las mujeres» lo eclipsó todo; por lo que nada tiene de extraño que vendiese los obispados y abadías de Italia. Y, sin embargo, era también «un adorador de Dios» y amigo de los «enamora-

dos de la santa fe» (Liutprando). Se trataba de un hombre astuto, que a menudo tuvo tratos con santos como Odón de Cluny y que sobre todo fomentó el «movimiento de renovación» eclesiástico. Todo su período de gobierno, siempre estimulado por las ambiciosas tradiciones carolingias del reino central, la concepción imperial, ciertamente que lo llenaron las campañas militares y el aplastamiento continuado de sublevaciones; mas la corona imperial no la consiguió.

Seguramente que también Marozia se veía ya como emperatriz; nada, en efecto, parecía más natural que una coronación por parte de su hijo papal. Pero inmediatamente después de su matrimonio, la misma noche de bodas, en junio de 932, estalló en Castell Sant'Angelo una sublevación repentina. Su hijo Alberico II (habido de su matrimonio con Alberico I, con quien tuvo al menos cuatro hijos) se rebeló con apoyo de los romanos y se hizo con el gobierno de la ciudad. El rey Hugo, cuyo objetivo vital continuaba siendo el imperio, se descolgó por la noche con una cuerda desde el castillo y huyó a través de la muralla contigua. Pero Marozia y el papa Juan XI, respectivamente madre y hermanastro de Alberico II, desaparecieron en la cárcel y fueron sucesivamente asesinados.⁵⁸

Alberico II (932-954), hijo de Marozia y perteneciente al linaje de los margraves de Spoleto, gobernó entonces sin oposición casi un cuarto de siglo como «príncipe y senador de todos los romanos», con una severa administración en Roma y en el Estado de la Iglesia y -casi- sin ambiciones expansivas. De sentimientos religiosos y hombre pío, hizo donaciones a los monasterios, pero mantuvo a los papas sometidos por entero a su poder. León VII (936-939), Esteban VIII (939-942), Marino II (942-946) y Agapito II (946-955) debieron su exaltación al príncipe Alberico, después de al Espíritu Santo, y se mostraron complacientes con él. Nada ocurría sin orden del príncipe, que también fue un destacado promotor de la reforma monástica de Cluny, en buena medida por motivos políticos y egoístas, como eran los de «expulsar a los barones que vivían en las propiedades monásticas y a sus propios vasallos asentados en tierras monacales, que a la postre sólo podían resultarle peligrosos» (Sackur). Únicamente Esteban VIII quiso sacar los pies del tiesto y en el otoño de 942, parece que tras haber participado en una sublevación contra Alberico, fue encarcelado y mutilado hasta tal punto que murió.⁵⁹

Las repetidas intentonas del rey Hugo por reconquistar Roma fueron inútiles. Ya en 932-933 y de nuevo en 936 se presentó con un cuerpo de ejército ante las murallas de la ciudad de sus sueños, renovando los asaltos baldíos en los años 939, 941 y 942. Liutprando escribe: «Año tras años asedió a Alberico, destruyó cuanto pudo arrasándolo todo a sangre y fuego y le arrebató todas las ciudades menos Roma».

Entretanto Hugo rechazó a otros dos rivales, ambos probablemente en 933 durante su lucha por Roma: a uno pacíficamente mediante la cesión de sus derechos de soberanía (no de sus posesiones) en la Baja Borgoña, Rodolfo II de la Alta Borgoña; y mediante un contraataque militar al duque Arnulfo de Baviera, a quien el conde Milo y el obispo Rather de Verona habían llamado y «acogido con muestras de alegría» (Liutprando).

Berengario II, rey de Italia

En Italia el rey Hugo siempre hubo de recelar y combatir sobre todo a las familias a las que él mismo había favorecido más especialmente, de modo que acabaron resultando demasiado peligrosas para quien con justicia puede ser calificado de crónicamente desconfiado y ocasionalmente cruel.

En ese grupo entraba también el margrave Berengario II, nieto del emperador Berengario I y partidario de Hugo, con cuya sobrina Willa se casó. Pero tras la liquidación sangrienta de la dinastía tuscia, Hugo sospechó cada vez más de la influencia de la casa Ivrea: Berengario II y su hermanastro Anskar II de Ivrea, margrave de Spoleto-Camerino, cuyos bienes alodiales limitaban por el norte y el sur su propio reino, que se extendía desde los Alpes hasta el principado de Roma y Bene-vento. Por tal motivo activó Hugo su caída, en la que Anskar sucumbió.

Fracasó, sin embargo, el propósito de Hugo, que quiso eliminar a Berengario II cegándolo. De ese modo había ya suprimido con éxito al margrave Lamberto de Toscana, su propio hermanastro, mediante la simple operación de sacarle los ojos -un instrumento de gobierno tan preferido como eficaz y ciertamente agradable a Dios, que utilizaron tantísimos gobernantes cristianos-. Pero el nuevo plan lo descubrió el hijo de Hugo, el joven rey Lotario (así llamado en memoria de su bisabuelo, el rey Lotario II), corregente desde 931 y un rey «débil», como gustan de calificarle algunos historiadores. Berengario, que una década después «arrebato corona y vida» a Lotario, huyó probablemente en el otoño de 941 y se refugió junto al duque Hermann de Suabia, quien lo remandó a Otón I. Pero a comienzos de 945 regresó y con el consentimiento de Otón conquistó algunos territorios de Italia septentrional, donde se ganó a los grandes italianos mediante promesas de feudos que aún no poseía.

Fue sobre todo el clero el que de nuevo se pasó rápidamente a su bando.

Al sacerdote Adelardo, que mandaba Feste Formicaria (Siegmundsk-ron), sobre el valle del Etsch, por donde Berengario había de pasar pues

los demás desfiladeros estaban en manos sarracenas, le prometió bajo juramento el obispado de Como. A Manases, obispo de Adelardo, un pariente del rey Hugo y a quien éste había agraciado con los obispados de Trento, Verona y Mantua, le aseguró la sucesión en el arzobispado de Milán, por lo que Manases reclamó de todos los italianos el apoyo para Berengario, según refiere Liutprando. También el obispo Guido de Módena cambió de campamento, pues Berengario le ofreció la rica abadía de Nonantula; y Guido «arrastró consigo a una gran multitud». También el arzobispo Arderico de Milán traicionó al rey e invitó al enemigo de éste a su palacio, donde empezó la gran redistribución de bienes.⁶⁰

Digamos de paso que no con todos los clerizontes se mostró Berengario complaciente. Al sacerdote Domingo lo hizo castrar, y no porque tuviera tratos con las hijas de Berengario, a las que educaba, sino porque a pesar de su aspecto desagradable en extremo, su corta estatura y su porte desaliñado y sucio mantenía tratos con la madre de las niñas, con Willa, esposa de Berengario y sobrina del rey Hugo. Con tan brutal medida se echó de ver lo que tanto había atraído a la noble princesa en aquel «pequeño clerizonte», supuestamente tan rústico, desaliñado, sucio, ignorante y desde luego cachondo: sus castradores testificaron «que con razón le quería la señora, pues a criterio unánime de todos estaba dotado como Priapo».⁶¹

Pero el rey Hugo desistió. Tras una guerra de años, tras la repetida devastación a sangre y fuego de los alrededores de Roma, en 946 abandonó la lucha como ya lo había hecho otras veces. Traicionado por doquier y sobre todo por aquellos a los que había favorecido, se decidió por su retirada tras veinte años de gobierno. Ciertamente después se le ofreció formalmente la corona real. Mas como el verdadero soberano era Berengario II de Ivrea, en la primavera de 947 Hugo, proclamando sus miras pacifistas, se retiró «con todo su dinero» a Provenza... y allí preparó la guerra contra Berengario. Se armó para la batalla decisiva, pero ya el 10 de abril de 948 moría en Arles.

Su hijo Lotario, ahora oficialmente rey exclusivo de Italia, fortaleció un tanto su posición mediante el matrimonio con la güelfa Adelaida, hija del difunto rey Rodolfo II de Borgoña, que tenía 16 años y que desde los 6 le estaba prometida. Quizá intervino también el emperador bizantino; pero lo cierto es que desapareció de repente el 22 de noviembre de 950 en Turín, supuestamente envenenado por Berengario.

Ya el 15 de diciembre del mismo año Berengario II (950-961) y su hijo Adalberto fueron coronados reyes de Italia en San Michele de Pavia, cosa que Otón I consideró una usurpación. Y ya en Pavia parece que los dos nuevos gobernantes arrebataron a la joven viuda de Lotario, Adelaida, el tesoro real, sus joyas y todas sus posesiones personales. Habiendo logrado huir, Adelaida fue hecha prisionera el 20 de abril de

951 en Como y durante cuatro meses estuvo encarcelada probablemente en Garda. Mas con ayuda de Adelardo de Reggio consiguió su libertad. Era el mismo clérigo, que en tiempos había abierto a Berengario el camino de Italia y que a cambio se había convertido en obispo; pero ahora, con una estimación más atinada, había llegado el momento de cambiar una vez más de frente.

Adelaida, reconocida como reina legítima, solicitó ayuda al emperador Otón I, y éste intervino. Por primera vez partió hacia Italia y el 23 de septiembre de 951 apareció en Pavía, que la víspera habían abandonado Berengario y su hijo. Sin elección o, mejor dicho, sin coronación, adquirió Otón el título de un rey de los longobardos mientras que su hermano Bruno y el arzobispo Manasés de Milán actuaban como sus archi-capellanes. Aquel mismo otoño casó con la borgoñona Adelaida, unos dieciocho años más joven, solicitó de inmediato en Roma la corona imperial, pero recibió una negativa de Alberico y en febrero del año siguiente regresó de nuevo a Alemania.⁶²

Berengario II pronto capituló libremente. En agosto de 952 prestó juramento de vasallaje a Otón en Augsburgo y como tal vasallo obtuvo en feudo el reino de Italia. Las marcas de Verona y Aquileya se agregaron por motivos «geoestratégicos» al ducado de Baviera. Y como el rey alemán en los años siguientes estuvo vinculado al norte, Berengario gobernó en Italia con relativa tranquilidad. Intentó restablecer por la fuerza la independencia de su reino y aprovechó cualquier ocasión para vengarse de cuantos lo habían abandonado, y especialmente de los obispos. También debieron de ser sobre todo los acusadores de Berengario ante Otón, quien más tarde, aconsejado por el arzobispo Bruno de Colonia, envió a Italia a su hijo Liudolfo, duque de Suabia.

El año 956 ocupó éste sin violencia Pavía y derrotó en el campo de batalla (tal vez en Reggio) al rey Adalberto, hijo de Berengario. Pero cuando el 6 de septiembre de 957 Liudolfo sucumbió repentinamente en Piomba (al sur de Lago Maggiore) a una enfermedad febril o al veneno, Berengario arremetió de nuevo contra los obispos, que esta vez le habían traicionado en favor de Liudolfo. Walpert, a quien Berengario personalmente había hecho arzobispo de Milán tras expulsar al desleal arzobispo Manasés, huyó ahora «medio muerto», según se dice, a través de los Alpes para escapar a la furia de Berengario y Adalberto en tanto que Manasés volvía a ocupar su silla. También cruzaron los Alpes los obispos Waldo de Como y Pedro de Novara. Y mientras Adalberto en 959 irrumpía de nuevo desde Spoleto, que su hermano Guido había conquistado, en la región de Sabina, los lamentos del papa se sumaron a los lamentos de los emigrantes.

Juan XII convierte el amor en epicentro de su pontificado

Pero Juan XII no sólo se vio amenazado por los ataques de Berengario y de Adalberto desde el norte contra el Estado de la Iglesia. También en 959 fue derrotado en el sur «en una guerra promovida de propósito» (Zimmermann) contra Capua, Benevento y Salerno. Así el «joven licenciado», el «muchacho inmaduro», el «sinvergüenza con ornamentos de papa», como gustan de criticarle minimizando a todas luces desde el bando católico, se volvió el año 960 hacia el rey Otón solicitando su ayuda. En la línea de la vieja tradición envió de nuevo secretamente a dos emisarios a través de los Alpes, al cardenal diácono Juan y al pro-toescribano (presidente de la cancillería, notario) Azzo, por lo que todavía habían de expiar, probablemente por haber hablado demasiado en el norte acerca de la ciudad santa y del santo padre. El cabeza de la Iglesia romana rogaba al rey alemán que liberase al papa y la Iglesia que le había sido confiada, por amor de Dios y de los príncipes de los apóstoles, de las garras de Berengario y Adalberto, y le ofrecía la corona imperial, alejándose así por completo de la política de su padre.⁶³

La ayuda era tanto más apremiante cuanto que también entre los romanos crecía la resistencia. Porque el príncipe Alberico, el bizarro vástago de Marozia -hasta Otón había respetado su poder-, descansaba para siempre en Roma desde el 31 de agosto de 954. Pero siguiendo sus deseos, cuya ejecución hubieron de jurar solemnemente al moribundo los grandes de la ciudad, su hijo Octaviano fue su sucesor y ya al año siguiente, con apenas dieciocho años, también fue papa. Resulta no obstante muy problemático saber si Juan XII, como él se designó, había alcanzado ya la edad canónica y si había adquirido una formación eclesiástica. Por el contrario la ordenanza de Alberico tras la muerte del papa Agapito II, asimismo un testarudo, para que su hijo Octaviano se convirtiera en el pontífice supremo sí que iba frontalmente contra la norma canónica. En efecto, el decreto de 1 de marzo de 959, emitido por el papa Simaco I, prohibía designar sucesor en vida del papa reinante.

Juan XII (955-963), retoño extramatrimonial de Alberico, fue un gran cazador, jinete y jugador de dados, que gustaba de invocar a los dioses -los dioses paganos, se entiende- y que según el testimonio de sus coetáneos tenía un pacto con el diablo. En Todi ordenó obispo a un niño de diez años. Llevó a cabo algo anticanónico al realizar una ordenación sacerdotal en una caballeriza, «y ni siquiera en el tiempo legal». Hizo castrar a un clérigo. Celebraba la misa sin comulgar y ordenaba prelados por dinero. Cohabitó con la viuda de su vasallo Rainer, la puso

al frente de muchas ciudades y le regaló cruces y cálices de oro de San Pedro. Se acostó con la concubina de su padre, Stephana, y con la hermana de ésta. También durmió con sus propias hermanas y mantuvo relaciones con la viuda Ana y con su sobrina. Violó a piadosas peregrinas, casadas, viudas y doncellas, que acudían a Roma para orar sobre las tumbas de los apóstoles. Por lo que nada tiene de extraño que las malas lenguas lo acusasen de haber hecho del palacio papal un burdel, «un lugar de recreo de mujeres deshonestas» (Liutprando)⁶⁴

De todo modos John Kelly, el historiador oxoniense de la Iglesia, cree que esa vida un tanto licenciosa apenas si afectó al prestigio del papa en el ámbito de la Iglesia universal, porque Juan XII, que hasta tal punto había convertido el amor en epicentro de su pontificado, mantuvo las riendas no sólo en el lecho. Más bien atendió al afianzamiento de la autoridad papal y al buen funcionamiento de la administración. Sostuvo materialmente algunos monasterios y en mayo de 958 hasta peregrinó a la abadía de Subiaco (a 80 kilómetros al este de Roma). Y, como su padre, no parece que dejase de interesarse por la reforma del monacato ni por el «movimiento de renovación eclesiástica». ¡Y todavía en su último año de gobierno un concilio romano se pronunciaba contra la simonía clerical! También lo encontramos con armadura, yelmo y empuñando la espada. Su interés principal se centró de hecho en el Estado de la Iglesia y en su expansión. Por ello, poco después de su peregrinación a Subiaco también emprendió, a una con los toscanos y espoletinos, una pequeña guerra contra Capua y Benevento, que fracasó lastimosamente. El rey Berengario II atacó con éxito por la retaguardia al duque de Spoleto, el aliado papal, conquistó el ducado en 959 y saqueó y diezmó el Estado de la Iglesia.⁶⁵

Ello provocó la segunda campaña italiana del rey alemán, quien ya en la primera de 951 había contado con la corona imperial aunque respetando las relaciones de poder existentes en Roma. Pero ahora la situación era sin duda más favorable, pues en lugar de Alberico ahora gobernaba su hijo Juan XII. Dificilmente pudo éste sentirse feliz por completo con la aparición de Otón, a quien su padre aún había mantenido a distancia. Pero bajo la presión de ciertos círculos reformistas pudo afrontar su indignación por la vida escandalosa que llevaba.

Juan XII corona emperador a Otón I y éste otorga el *Privilegium ottonianum*

Comoquiera que fuese, Otón aceptó gustoso la oferta del papa. De las modalidades tuvo que ocuparse en Roma el abad Hatto de Fulda (sobrino de su predecesor Hadamar, pues el nepotismo florece en todas

partes), que en 968 sería arzobispo de Maguncia. En mayo de 961 el rey se ocupó personalmente de que su hijo Otón II, que por entonces sólo tenía seis años, fuese elegido rey en Worms y fuese coronado en Aquis-grán, confiándolo después a la tutela de su hermano Bruno, arzobispo de Colonia, y de su hijo Guillermo, arzobispo de Maguncia. En agosto partía Otón de Augsburgo.

En vano intentó detenerlo el rey Adalberto en el desfiladero de Ve-rona; con un ejército poderoso expulsó después a Berengario de Pavía, «pues tuvo por conmlitones a los santos apóstoles Pedro y Pablo, como se daba por seguro» (Liutprando). El 31 de enero de 962 se hallaba Otón a las puertas de Roma. Pero se contaba que antes de entrar en la ciudad había dicho a su escudero Ansfrido de Lovaina: «Cuando yo esté orando en las tumbas de los apóstoles mantén tu espada de continuo sobre mi cabeza, pues ya a mis antepasados la lealtad romana a menudo les resultó sospechosa. Cuando hayamos regresado a Monte Mario podrás tú también rezar cuanto quieras».⁶⁶

El 2 de febrero de 962 Otón I fue ungido y coronado emperador con gran pompa en San Pedro de Roma por el papa Juan XII, al que por lo menos doblaba en edad. La corona tal vez fue la misma que hoy se encuentra en la fortaleza palatina de Viena. El papa ungió y coronó así mismo a la esposa de Otón, Adelaida, «la compañera del imperio» que le acompañaba. Y desde entonces imperio y reino alemán permanecieron unidos -hasta la desaparición del «Sacro Imperio Romano» en j 1806- y los papas fueron protagonistas en la colación de la dignidad imperial. Cada rey alemán que en adelante quisiera ser emperador, tendría que marchar a Italia al encuentro del papa. Un asunto realmente explosivo y una tragedia sin fin...

Inmediatamente después de la coronación se le presentó al soberano un documento con vistas a refrendar todos los bienes raíces y «derechos» papales. Y el 13 de febrero de 962 otorgaba el emperador el *Privi-legium ottonianum*, el tristemente célebre documento cuyo original no se conserva y que no deja de ser objeto de discusión. En la primera parte renueva la donación de Pipino y garantiza las posesiones del Estado de la Iglesia; pero en la segunda parte obliga a cada papa entre su elección y consagración a emitir un juramento de lealtad en presencia del emisario real o del hijo del emperador, con lo que el emperador obtenía influencia sobre la elección papal. En el fondo todo ello enlazaba con la tradición carolingia.

Pero lo que Otón firmó en su tiempo y lo que durante muchos siglos contó como la base jurídica del Estado de la Iglesia era un diploma con elementos viejos y nuevos, auténticos y apócrifos, que supuestamente presentaba una propiedad antiquísima pero que de hecho se trataba de ampliaciones de reciente invención. Allí aparecen ciudades y territo-

rios que nunca pertenecieron a la Iglesia, como Gaeta y Nápoles por ejemplo. También se reclamaba Venecia, Istria, los ducados de Spoleto y Benevento, y por supuesto todo lo que Pipino y Carlomagno habían prometido pero que no mantuvieron. En una palabra, no sólo se garantizó como antigua posesión legítima cuanto pertenecía a la Iglesia *sobre la base de falsificaciones precedentes* sino también cuanto se pensaba conquistar después. El resultado final era un Estado de la Iglesia que comprendía dos terceras partes de Italia.⁶⁷

Por ello nada tiene de extraño que en Roma se exaltase al emperador Otón como el tercer Constantino y que se empezase a designarle «el Grande». Por lo demás, el gran Otón mantuvo su promesa con el escaso entusiasmo con que en tiempos lo había hecho el gran Carlos. Aspiraba a toda una serie de territorios, que el papado reclamaba para sí. En la Pentápolis, por ejemplo, que en Roma se asignaba al *Patrimonium Peta*, impuso a los habitantes un juramento que los convertía en subditos suyos. Parece que también Otón conoció el fraude papal, para cuya mejor aceptación preparó entonces el cardenal Juan (*digitorum mutilas*, mutilado de los dedos) una copia magnífica «con letras de oro» del *Constitutum Constantini*, falsificado desde hacía más de doscientos años, para poder demostrar así oficialmente la «Donación constantinia-na» en la coronación imperial de Otón.

Poco después de dicha coronación permitió también Juan XII la erección de un arzobispado en Magdeburgo -un viejo deseo de Otón- a la vez que daba el visto bueno a la fundación del obispado de Merseburg. Después de todo el soberano alemán había impulsado una «grandiosa Ostpolitik frente a las tribus eslavas», para decirlo con Seppelt, historiador católico del papado.

El privilegio papal otorgado el 12 de febrero de 962 habla de la prehistoria de estos sucesos, así como de la derrota húngara y de otras luchas contra el paganismo «en defensa de la santa Iglesia de Dios» (*ad defensionem sanctae Dei ecclesiae*). Y es que la defensa nunca significa aquí únicamente o en primer término rechazo, sino ante todo y sobre todo acometida, ataque, «difusión de la fe cristiana»; significa en la larga frontera oriental del imperio aprovechar la seductora posibilidad de «ganar nuevos pueblos para el cristianismo. La victoria sobre los paganos, húngaros y eslavos, era un supuesto material para la misión...» (Büttner).⁶⁸

El papa conspira con todos los enemigos del imperio

Todavía a mediados de febrero de 962 regresaba Otón a Italia septentrional, donde hasta finales del año 963 combatió a Berengario, que

con sus seguidores se había refugiado en diversos castillos. Al poco tiempo pudo ya expulsar al aliado de Berengario, el margrave Huberto de Tuscia, hijo del rey Hugo, y a finales del año siguiente también al hijo de Berengario, Adalberto. Huberto huyó hacia Panonia buscando el apoyo de los húngaros, y Adalberto buscó el de los sarracenos marchando primero a Fraxinetum en Provenza y después a Córcega.

Pero allí le llegaron también a Otón malas noticias de Roma, pues al igual que el pío emperador, tampoco el impío papa mantuvo su promesa cuando, al no obtener las ventajas esperadas, empezó más bien a recelar del poder de Otón, de modo que las dos cabezas del cristianismo se acusaron recíprocamente de perjurio.

El papa, en efecto, que había jurado solemnemente lealtad al emperador, ahora que éste guerreaba contra Berengario se pasó al antiguo enemigo. Apenas Otón había vuelto las espaldas a Roma, ya el papa conspiró con media Europa y con potencias más alejadas. A todas partes envió a sus agentes. En su propósito de alta traición contactó con Bizancio. Pero justamente cuando el cardenal Juan iba de camino a Constantinopla con el obispo de Velletri, el correo secreto fue interceptado por el príncipe (longobardo) Pandolfo I de Capua y Benevento (llamado «Cabeza de hierro»: 961-981) y conducido ante Otón. (El príncipe era un leal partidario del emperador, y su hermano Juan fue el* primer arzobispo de Capua, para que también aquí, a ser posible, todo quedase en la familia.) El papa se distanció de inmediato, acusó de desleales (*infideles*) a sus emisarios, se irritó ficticiamente contra el emperador que los había acogido y en 964 se vengó cruelmente de su cardenal.

Su Santidad conspiró también con los viejos enemigos de los cristianos, los húngaros paganos. Parece que algunos legados, disfrazados de misioneros, tenían que inducirlos a nuevos ataques contra Alemania. Pero también las cartas papales a los húngaros cayeron en manos de Otón; era un material de enorme gravedad, que el papa presentó como falso filtrándolo de propósito al emperador.

Más aún, Juan XII se valió incluso de ciertos círculos itálicos hostiles al emperador, aunque algunos se entendían con los sarracenos. Así hizo ahora causa común con su antiguo enemigo el rey Adalberto, hijo mayor de Berengario, contra quien en tiempos había solicitado la ayuda de Otón y en cuyo bando nunca quería figurar según su reciente juramento. Y en el otoño de 962 Adalberto escapó a Fraxinetum huyendo de Otón; allí estaba el conocido nido de piratas, en la costa mediterránea de Provenza -excepcionalmente la única piratería de base «privada» y no estatal (H. R. Singer)-, y con los sarracenos del enclave volvió a pactar una alianza. Diez años después aquella cabeza de puente sarracena fue eliminada por un ejército borgoñés-provenzal apoyado con el

bloqueo de una flota bizantina, siendo reducidos a esclavitud los árabes supervivientes. Adalberto pasó entonces vía Córcega a tierra firme y en junio de 963 llegó a Roma, donde fue recibido con todos los honores. Pero a finales de aquel mismo año capituló Berengario II en la fortaleza apenina de San León (al oeste de San Marino) y fue desterrado a Bam-berg con su esposa Willa; allí murió el 6 de agosto de 966. Desde entonces el *regnum Italiae* vino a convertirse en la Italia imperial y permaneció unido al imperio alemán.⁶⁹

Un «*monstrum*» es derribado del trono papal y muere de un «ataque de apoplejía»

En la primavera de 963 Otón, que se hallaba en Pavía, también tuvo noticias de la vida licenciosa del santo padre, que había convertido el palacio papal en un burdel, había dilapidado ciudades enteras en los caprichos de sus prostitutas mientras la lluvia se filtraba por los tejados levantados de las iglesias y caía sobre los altares, sin que hubiera ya mujer decente que se arriesgase a la peregrinación romana por miedo a caer en manos de Su Santidad. El 1 de noviembre de 963 apareció Otón ante las murallas de Roma, y mientras que tras un breve asedio el día 3 se le abrían las puertas de la ciudad, Adalberto y el papa, que armado por completo acababa de oponer una resistencia desesperada en el líber con sus propias tropas, las de Adalberto y las sarracenas, huían a uña de caballo con el tesoro eclesiástico para hacerse fuertes, según parece, en la fortaleza de Tívoli. Pero los romanos juraron lealtad a Otón y se comprometieron a no elegir y ordenar jamás a un papa «sin el consentimiento y aprobación del excelso señor emperador Otón y de su hijo el rey Otón». Tal «juramento romano», que refrendaba el paso de la elección papal del «*Ottonianum*», un juramento que ni los mismos carolingios se habían atrevido a exigir, iba a tener singular importancia en la historia de los papas de la Baja Edad Media.

Tres días después, el 6 de noviembre de 963, se reunió en San Pedro bajo la presidencia del emperador un concilio de cuatro semanas. Al mismo asistieron diecisiete cardenales y más de cincuenta obispos, aunque por desgracia -como el monarca lamentó- no «el señor papa Juan», del que la «soberana y santa congregación» descubrió que «ya ni siquiera pertenecía a los que llegan con piel de oveja pero por dentro son lobos rapaces, sino que su furor era tan patente y tan abiertamente cumplía la obra del diablo, que renunciaba a cualquier divagación».

En una primera invitación de apremiante estilo cortesano al «*sum-mus pontifex et universalis papa*», a la que éste contestó en tono extremadamente cortante con la amenaza de excomunión a los reunidos

en concilio, todavía se le daba el tratamiento de «Vuestra Grandeza» (*magnitudo vestra*). En una segunda invitación se continuaba deseando «salud en el Señor» al «*summo pontifici et universali papae domino Johanni*», pero ya se le comparaba con Judas, «el traidor y hasta vendedor (*proditor immo venditor*) de nuestro Señor Jesucristo». En la sesión siguiente se le denostaba como «una úlcera cual jamás se había dado» y que convenía quemar con el apropiado hierro candente y abiertamente se le calificaba de «*monstrum*». Pero el papa se entregaba mientras tanto a algo más importante: «ya había marchado al campo con aljaba y arco» (Liutprando).⁷⁰

Con todo esmero había trazado el sínodo el largo registro de pecados del representante de Cristo con sacrilegios de toda índole y un montón de acusaciones gravísimas: omisión de la comunión y del rezo de las horas canónicas, irregularidades en la colación de órdenes sagradas, como la ordenación de un diácono en un establo, tráfico de cargos eclesiásticos, dilapidación de los bienes de la Iglesia, desprecio de la señal de la cruz, escarnio de los sacramentos, vuelta al paganismo, pacto con el diablo, pasión por la caza y el juego, diversos delitos de impureza, adulterio, incesto, comercio sexual con la concubina de su padre, con su hermana, etcétera, golpes de mano contra peregrinas en San Pedro, perjurio, saqueo de iglesias, incendios, mutilaciones, castración y asesinato de un cardenal, cegamiento de su padrino, muertes de eclesiásticos, etcétera.

Es posible que haya alguna exageración en este catálogo de vicios y crímenes e incluso que haya falsedades. ¡Pero entonces habrían mentido 17 cardenales y más de 50 obispos! Y en cualquier caso los padres conciliares presididos por el cardenal Benedicto se apoyaban unas veces en su condición de testigos presenciales y otras en un conocimiento seguro. Más aún, juraron de común acuerdo y por su salvación eterna -en la que desde luego difícilmente podían tener una fe recta-, es decir, mal-diciéndose a sí mismos en caso de mentira, que Juan XII no sólo había cometido los crímenes mentados sino también otros más perniciosos. También el biógrafo del papa en el *Liber Pontificalis* lo retrata con trazos totalmente negativos.

En la tercera sesión, celebrada el 4 de diciembre de 963, los obispos insistieron, como naturalmente esperaba Otón, si es que no se lo ordenó: «Rogamos por ello a la magnificencia de Vuestra Dignidad imperial que expulséis de la Santa Iglesia Romana a ese monstruo, cuyos vicios no se compensan con ninguna virtud...». Y así, en contra de la resolución de que el papa no podía ser juzgado por nadie -cosa que se había observado en los procesos de León III y de Pascual I-, Juan XII, que no había sido escuchado ni defendido y a quien se había invitado sólo dos veces, y no tres como exigían los cánones, que no hacía tanto tiempo

había ungido y coronado a Otón, por deseo de éste aquel día fue depuesto por unanimidad y, asimismo en contra del ordenamiento eclesiástico, se eligió en la basílica de San Pedro, supuestamente *una voce*, a un nuevo papa, evidentemente el candidato del emperador: el 6 de diciembre de 963 fue elevado a la silla papal León VIII (963-965). Como el hasta entonces jefe de la cancillería era seglar, se le confirieron en un proceso acelerado y en un solo día -violando gravemente una vez más los cánones eclesiásticos- todas las órdenes sagradas, desde las llamadas órdenes menores (ostiario o portero, lector, exorcista, acólito y subdiácono) hasta las mayores (diácono y presbítero o sacerdote), y el 6 de diciembre fue consagrado papa por el cardenal Sico de Ostia asistido por los obispos de Porto y de Albano.⁷¹

Aquel golpe de mano irritó profundamente al pueblo de Roma.

Al fin y al cabo Juan/Octaviano no dejaba de ser hijo del «gran Al-berico», ni dejaba de ser príncipe y cabeza eclesiástica de los romanos. Así, el 3 de enero de 964 estalló una conspiración urdida por él mismo contra el emperador y en la que el pontífice, huido a Córcega, habría prometido como recompensa «el dinero de San Pedro y de todas las iglesias» (*beati Petri omniumque ecclesiarum pecuniam*). Fue la primera sublevación de los romanos contra un emperador alemán, una sangrienta lucha callejera, que Otón, avisado aquel mismo día, aplastó sin dificultad, pues sus «guerreros avezados a la lucha, impávidos de corazón y en el empleo de las armas», cayeron sobre los levantiscos «y los pusieron en fuga sin ninguna resistencia, como los halcones a una bandada de pájaros. Ni escondrijos ni cestos ni artesas ni cloacas pudieron proteger a los fugitivos. Por lo que fueron degollados y, como suele ocurrirles a los hombres valientes, con numerosas heridas en la espalda. ¿Quién de los romanos habría sobrevivido entonces a este baño de sangre, si el santo emperador, impulsado por la misericordia que no se les debía, no hubiera detenido y desconvocado a sus guerreros sedientos de sangre?».

Oh, el misericordioso, grande y santo emperador, a quien también los romanos juraron después una vez más lealtad sobre la (supuesta) tumba de san Pedro y le entregaron cien rehenes, a los que él de inmediato dejó ir libres a instancias de su papa. Pero apenas él se hubo partido de Roma, León VIII, «un cordero entre lobos rapaces», fue expulsado en febrero de 964 de la ciudad santa, y Juan XII, por quien sus numerosas queridas apostaron fuerte y con éxito, «pues muchas de ellas eran de noble linaje», regresó aquel mismo mes. Las puertas se le abrieron sin resistencia alguna.

El papa tomó entonces cumplida venganza cristiana de sus dos legados enviados antaño a Otón: al jefe de la cancillería, Azzo, mandó que se le cortase la mano derecha, y al cardenal Juan la nariz, la lengua y

dos dedos. El representante alemán en Roma, obispo Otger de Espira, fue azotado y encarcelado por orden del papa. En un sínodo, celebrado en San Pedro a finales de febrero y abierto solemnemente con la introducción procesional de los cuatro evangelios, reconocieron de nuevo a Juan XII casi los mismos cardenales que lo habían depuesto tres meses antes. Y casi los mismos cardenales, que habían exaltado al fugitivo León VIII, lo excomulgaron ahora. Los obispos de Porto y Albano, que habían participado especialmente en la ordenación del papa León, incurrieron en la suspensión canónica mientras que el cardenal Sico de Ostia era expulsado del clero.

Mas Juan XII no pudo disfrutar de su victoria. Al tener noticia de que el emperador regresaba escapó a Campaña. Y allí murió «en un lance de honor» (Kämpf), el 14 de mayo de 964, pocos días después de un adulterio, «cuando se divertía con la mujer de cierto varón» (Liutprando), probablemente por la amabilidad del marido burlado o, como también se dice eufemísticamente, por «un ataque de apoplejía». Y ello sin ni tan siquiera «haber recibido el santo viático» (Seppelt).⁷²

«Con su reposición la Providencia había protegido su derecho, y con su muerte repentina castigó su indigna conducta.» Así explica la historiografía católica el sabio proceder de la «Providencia». Pero ¿no habría sido más sabio ahorrar a Juan XII su caída, a la Iglesia su conducta escandalosa y a nosotros el papado sin más?⁷³

Tumultos y horrores en Roma y en la historiografía

Olvidando rápidamente los juramentos prestados, los romanos eligieron entonces a un cardenal que no sólo había participado en la deposición de Juan XII sino también en la elección de su propio predecesor León: Benedicto V (fallecido en 966). Fue entronizado y se le prometió no abandonarle nunca y defenderle en todas las situaciones. Pero el emperador quiso su papa. Repuso a León VIII, saqueó y asoló el territorio romano y en junio de 964 puso cerco a la ciudad, en la cual, pese a los calores, las hambrunas y las epidemias, el papa Benedicto, «un varón digno y piadoso a carta cabal» (Seppelt), empujó a los romanos a la defensa. En ella participó personalmente subiendo a las murallas, alentando a los suyos y lanzando sus anatemas contra el ejército sitiador. Pero forzados por el poderío del enemigo, el hambre y la necesidad, los sitiados abrieron las puertas el 23 de junio, entregaron a Benedicto y sobre la tumba de san Pedro de nuevo prometieron lealtad al emperador y a León VIII. Por su parte Benedicto V, «el invasor» (*invasor*, en expresión de Liutprando), fue condenado públicamente como usurpador en un concilio celebrado el mismo mes de junio de 964. El papa

León le arrancó las insignias de su dignidad, «le quitó el palio papal, que se había apropiado, le arrebató de la mano el báculo episcopal y lo rompió en pedazos delante de sus ojos». El papa depuesto fue degradado a la categoría de diácono, fue desterrado a perpetuidad y emprendió el camino del destierro rumbo a Hamburgo, donde murió el 4 de julio del año siguiente.⁷⁴

A la muerte de León en 965 los tumultos continuaron en Roma como de costumbre. En rápida secuencia se sucedieron los papas leales al emperador y los antiimperialistas, que mutuamente se combatieron, excomulgaron, mutilaron y asesinaron. En un sínodo de prelados franceses celebrado en Reims en 991, el obispo Arnulfo de Orleans, en uno de los ataques medievales más duros contra el papado, lo vio con toda claridad enteramente corrompido por crímenes e ignominia, vio el presente de la Roma papal «envuelto por una noche tan espantosa, que su desprestigio persistiría en el futuro». Se sabía entonces que ya desde hacía siglos «el Anticristo operaba en Roma», mientras que todavía a mediados del siglo xx el jesuita Hertling quería hacernos creer que «no se deben aplicar las pautas actuales a aquellos escándalos inauditos».

Pero eso es algo que *siempre* se puede decir. Y es algo que siempre se dice. Con ello se quita importancia a *todo*. Y por eso hasta hoy no ha sido más que una estupidez repetida por doquier; no, peor aún pues, ¿quién es hoy tan imbécil?: no es más que pura hipocresía. Por ese camino dentro de cincuenta o de quinientos años también se podrá justificar el establecimiento y fomento del fascismo por parte de los papas. O la repetida permisión de la guerra ABQ (con el empleo de armas atómicas, biológicas y químicas) por el papa Pío XII...

¿No aplicar ninguna de las pautas modernas? ¿Entenderlo todo de acuerdo con la situación y la altura de los tiempos? ¿Comprender el espíritu de la época? Pero ¿quién o qué es eso? ¿No ha sido y sigue siendo siempre «el espíritu propio de los señores», el espíritu cristiano que existe desde siglos? «Nosotros somos los tiempos; como somos nosotros, así son los tiempos.» Quien eso escribió ¡no fue otro que Agustín! Y Johannes Haller, el gran historiador de los papas, insiste: «Ya entonces las cosas no eran diferentes: la que entonces se llamaba Iglesia santa, apostólica y romana, se presenta al espectador como un edificio de dominio muy mundano, en el que bajo el manto de san Pedro luchaban la ambición y la codicia por el trono y los cargos y donde se emplean las mismas armas que en todas partes y la lucha por el poder adquiere formas más rudas y repulsivas que en cualquier otro sitio». Y Haller cita -a pesar de ser aquella «una época casi iliterata»- a coetáneos, que ya percibían las cosas como nosotros. Tal, por ejemplo, aquel poeta desconocido en su apóstrofe a Roma:

*Pueblo humilde, congregado de los confines de la tierra,
«siervos de los siervos», sí, se llaman ahora tus
señores... a los pies de sucios bastardos te postras en el
polvo... la codicia y la ambición dominan por entero tus
sentidos... Cruel mutilaste en vida los cuerpos de los
santos, ahora el hueso de los muertos vale para
cualquier venta y aunque la tierra ávida borró los restos
de la vida, tú sigues vendiendo falsas reliquias.*

Ciertamente que todavía hoy hay cabezas cristianas muy aficionadas a todo esto y que, como siempre, además de gustar de la pátina de lo mórbido llevan a cabo la obra artística de explicar las cabezas de la historia. Así, el historiador católico Daniel-Rops ante el arsenal de horrores papales piensa que «esas peculiaridades, como se han de reconocer, son también románticas y fascinantes como una novela de Alexander Du-mas». Por lo demás «los asuntos escandalosos, los actos de violencia, que en cada época (!) ensuciaron el trono papal, no deben achacarse al ministerio sagrado instituido por Cristo, sino a la opresión que ha tenido que padecer».⁷⁵

¡Y que tales bocazas prosperen! Son frases casi más lamentables que cuanto encubren...

El papa Juan XIII (965-972), hijo sin duda de Teodora la Joven, hermana de Marozia, también era hijo de un obispo según el *Liber Pontificalis*. Durante el cisma entre sus predecesores, León VIII y Juan XII, había mantenido una actitud ambigua y oportunista: había acusado a Juan XII, había asentido a la exaltación de León y después había firmado su deposición. Juan XIII, ambicioso de poder y germanófilo, colaboró estrechamente con el emperador y de común acuerdo con él convocó sínodos en Roma y en Ravenna. Se enemistó con la nobleza local y con el pueblo. Favoreció descaradamente a sus parientes y ya a los pocos meses, mediado diciembre, los romanos capitaneados por el prefecto de la ciudad, Pedro, y por el conde de Campaña, Rotfredo, lo depusieron, escarnecieron y maltrataron, primero encarcelado en Cas-tell Sant'Angelo y después en Campaña bajo el control de Rotfredo. Mas con ayuda de unos parientes pudo huir a comienzos de 966 y, tras numerosas escaramuzas con sus enemigos, en noviembre de 966 pudo regresar triunfalmente a Roma al frente de un ejército de soldados imperiales y propios.

Poco después Otón -el gran César coronado por Dios, el tercer Constantino, como lo exaltaba el papa en una bula- mandó deportar a tierras germánicas a los nobles que habían tomado parte en la sublevación, mientras que a los caudillos del pueblo, a los doce comandantes de milicias de las doce regiones de Roma y a un decimotercero del Trasté-

vere los hacía ahorcar. Para Pedro, el prefecto de la ciudad apresado en la huida, Su Santidad dio muestras de gran fantasía creativa ideando un tratamiento especialmente bizarro, que hasta creó una cierta escuela en el círculo papal. Primero, por orden del pontífice, al tocayo del Príncipe de los Apóstoles se le tonsuró la barba y lo colgaron de la cabellera; para ello el santo padre se sirvió como picota de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, que (equivocadamente) se tenía por un monumento del santo emperador Constantino I (el llamado *Caballus Constantini*), por lo que se alzaba delante de Letrán. Después, entre una lluvia de golpes, lo pasearon desnudo por la ciudad con una ubre de vaca sobre la cabeza y campanillas en las caderas, cabalgando de espaldas sobre un asno, de modo que el rostro de Pedro miraba a la cola del jumento (como su rienda). Fue encarcelado y finalmente exiliado a Alemania. El carcelero del papa en Campaña, el conde Rotfredo, ya había sido matado a palos, pero por orden imperial fue desenterrado y arrojado fuera de los muros de la ciudad.⁷⁶

El clero, el principal apoyo y el beneficiario también en Italia

Desde 961 hasta su muerte en 973 Otón I permaneció muy poco tiempo en Alemania. Diez de los doce últimos años de su vida los pasó en Italia, en cuya parte meridional llevó a cabo tres guerras contra los árabes musulmanes y contra la cristiana Bizancio. Al norte de los Alpes y en el oeste, donde había conseguido la hegemonía contra Francia y hasta una «corregencia» de hecho al haberse sometido Borgoña, estuvo representado por el arzobispo y archiduque Bruno. La educación y tutoría de su hijo Otón II quedó en manos del arzobispo Guillermo de Maguncia. El soberano atendió personalmente a la salvaguarda de su soberanía especialmente en Roma, donde en 962 fue coronado emperador por el santo padre, ¡y qué santo padre! Se refundaba con ello el «*impe-rium christianum*» y la futura historia de Alemania quedaba vinculada al futuro del papado, al igual que éste al sistema imperial-eclesiástico alemán.

En el sur de la península Otón y sus sucesores, en un recurso consciente a la denominada tradición carolingia, reclamaron también el ducado de Benevento, que es como decir el sur continental de Italia, exceptuadas la Apulia meridional bizantina -desde los tiempos del emperador Justiniano-, la baja Calabria y las pequeñas repúblicas marítimas del Tirreno.

Los constantes campañas italianas de los emperadores alemanes, especialmente desde Otón I, idealizadas tan a menudo incluso hoy y vistas

de una manera romántica -con el resultado de una política que fracasó en el siglo XIII-, fueron objeto de larga y acalorada discusión entre los investigadores. Entre los principales contrincantes hay que mencionar a Heinrich von Sybel (fallecido en 1895), discípulo de Ranke y adversario de Bismarck, que rechazaba la política imperial alemana de la Edad Media, y a Julius Ficker (fallecido en 1902), que la defendía. Tampoco esta controversia tenía nada que ver con la objetividad, que por lo demás es imposible en la historiografía. Desde su punto de vista pequeñoalemán Sybel rechazaba dicha política, que Ficker sostenía desde su posición católica y granalemana. Así, unas concepciones casi exclusivamente de política cotidiana, como eran respectivamente las de la pequeña y la gran Alemania, definieron el debate histórico. Mas como todo esto por el momento no juega papel alguno, también de momento «toda la controversia resulta baldía por completo» (Hla-witschka) para la investigación histórica. Por lo demás Johannes Fried recuerda «la sorprendente visión» de Otón de Freising apenas doscientos años después, para quien «la incursión militar a Italia habría sido un sacrificio que el rey había hecho en apoyo de la Iglesia vacilante; y apenas ésta se había afianzado se volvió contra su auxiliador de antaño, el rey y emperador alemán» dando así pie a la lucha de las investiduras.

Una cosa es cierta: al igual que la Ostpolitik de Otón, también por supuesto su política italiana, pese a las numerosas diferencias de detalle, estuvo al servicio de la ampliación del propio poder y de la explotación sistemática del país.

Estrechamente implicado estuvo también el clero en el sur otóniano -lo que recientemente y con poca fuerza de convicción se ha intentado minimizar y hasta reinterpretar- «ya que se promocionaron especialmente las iglesias y se construyeron en apoyo de la autoridad imperial» (*Handbuch der Europäischen Geschichte*). «El principal apoyo (de Otón) en Italia fueron entonces los obispos, que reforzaron su posición con ayuda alemana. Se les hicieron grandes donaciones...» (Stern/Bart-muss).⁷⁷

Sin duda que ni Otón ni sus sucesores deseaban un episcopado demasiado poderoso. Pero unos príncipes eclesiásticos fuertes también más allá de los Alpes no podían menos de complacerles lo mismo que en Alemania, no obstante las diferencias. En el fondo continuaron la política de los carolingios, muy beneficiosa para el clero, aunque por procedimientos muy diferentes. Para no mencionar el hecho de que también sus enemigos a menudo favorecieron en Italia al clero alto.

Como quiera que fuese, Otón dotó a determinados obispados con tierras reales, con derechos e ingresos públicos. Así, por ejemplo, incrementó notablemente el poder del obispo Aupaldo de Novara, cuyo pre-

decesor Pedro II había luchado abiertamente contra Berengario. Así, el obispo Bruningo de Asti, archicanciller de Lotario y de Berengario, fue también archicanciller de Otón, recibiendo además la potestad civil sobre su ciudad episcopal y sus alrededores. Y su sucesor Roza, además de otros privilegios jurídicos y económicos, como el derecho de cobrar peajes, establecer mercados y puertos y hasta construir fortificaciones, obtuvo evidentemente asignaciones territoriales mayores aún.

El obispo Huberto de Parma (960-980), canceller y archicanciller respectivamente de Berengario II y de Adalberto todavía en el verano de 961, ya en febrero de 962 estuvo presente en la coronación imperial de Otón y al mes siguiente obtuvo el favor supremo. Otón no sólo confirmó a la iglesia episcopal de Parma una serie de donaciones anteriores, la inmunidad, la protección regia y el derecho inquisitorial, sino que confirió también a Huberto los derechos de un conde palatino sobre la ciudad y su entorno, convirtiéndolo así en «soberano absoluto». Más aún, Otón favoreció también al prelado en los condados donde el obispado tenía posesiones, «y además con posesiones eclesiásticas estratégicamente favorables...» (Pauler). Y se comprende que el obispo Huberto acompañase también al emperador en la guerra y que en su tercera campaña italiana asumiese incluso el cargo de archicanciller, pues el hasta entonces archicanciller, el obispo Guido de Módena, acababa precisamente de desertar.⁷⁸

El obispo Guido de Módena (943-968), que de tanto en tanto cambiaba de frente -en 945 empezó por apoyar la elevación de Berengario al trono, poco después respaldaba a Lotario, hijo de Hugo, posteriormente a Otón I antes de pasarse de nuevo al bando del rey Adalberto-obtuvo asimismo provecho de todos los bandos: de Lotario («*dilectus fidelis noster*») recibió tierras en el condado de Comacchio y de Berengario II tres castillos. A lo largo de un decenio (de 952 a 961) estuvo en buenas relaciones con su señor Berengario y se comprende que fuera su archicanciller. Pero después se pasó al bando de Otón y continuó ejerciendo con él el mismo cargo y obtuvo a cambio las posesiones de Guido y Conrado, hijos de Berengario. en varios condados, aunque posiblemente sin sacar gran provecho de las mismas. Roland Pauler, que ha seguido paso a paso el rosario de traiciones del príncipe de la Iglesia notoriamente felón, después no puede menos de alabar, como discípulo de Hlawitschka, al consejero supremo de Otón (*summus consiliarius*): «Al principio aspiraba a ampliar su propio poder, para lo que no le pareció demasiado malo ni siquiera el recurso de la traición con vistas a lograr sus objetivos; pero después bajo los respectivos señores cumplió con sus obligaciones como obispo imperial, como archicanciller, missus y ayudante en el campo de batalla como un vasallo civil».⁷⁹

Honor a quien honor se debe.

Dicho de otro modo: los crímenes tienen que cometerse en el debido marco personal. Es decir, siempre en complicidad con el más poderoso.

La política de Otón en el sur de Italia estuvo también naturalmente al servicio de la ampliación de poder y del expolio (en tono algo más académico: al servicio del Estado feudal alemán).

El emperador consigue «uno de los objetivos más importantes de su vida en sus últimos años de gobierno»

Los bastiones de Otón en Italia fueron los tres principados longobardos -que separaban el Estado de la Iglesia del sur bizantino- de Capua (con Spoleto y Camerino), Benevento y Salerno, que a la muerte de Otón y sólo por breve tiempo reunió en unión personal el príncipe Pandulfo I Cabeza de hierro. Ya a comienzos de 967 Pandulfo había prestado vasallaje al emperador, al igual que lo hiciera Landulfo de Benevento, viéndose ambos recompensados: aquél con los margraviatos de Spoleto y Camerino, éste con una confirmación generosa de sus posesiones. Ciertamente también Bizancio consideraba desde antiguo aquellos territorios longobardos como su esfera de interés y reclamaba su soberanía. Pero en la Navidad de 967 Otón hizo coronar emperador en Roma a su hijo homónimo (a ejemplo de Luis el Piadoso, de Lotario I y de Luis II), siendo éste el único doble imperio de la historia alemana, con vistas a un arreglo amistoso del conflicto mediante el matrimonio con una princesa bizantina. Pero el intento fracasó con la entrega de Benevento y Capua exigida por el emperador Niképhoros Fokas.⁸⁰

Así no se buscó ninguna novia sino que estalló la guerra. Se inició en el sur con motivo de la tercera campaña de Otón en Italia (966). Al año siguiente el basileus bizantino cruzaba los Balcanes al mando de un ejército para penetrar en Italia meridional, sin que alcanzase el objetivo. En respuesta Otón desató las hostilidades. A través de Capua y Benevento cayó sobre Apulia y en el otoño de 968 devastó durante un mes la Calabria griega. «Otón era un hombre belicoso -asegura el historiador de la Iglesia y teólogo Albert Hauck- y estaba sediento de conquistas; nunca pudo resistir a la tentación de acometer una incursión audaz, que prometiera una gran recompensa.» Belicosos lo fueron casi todos aquellos gobernantes católicos ¡desde hacía ya más de medio milenio! Pero ningún castillo se tomó entonces, ni se dio ninguna batalla campal, ni Bari fue conquistada. Los esfuerzos diplomáticos de Liutprando en Constantinopla también fracasaron por completo; a ello se debió que escribiera su panfleto cuajado de incidentes «Embajada al emperador Niképhoros Phokas en Constantinopla» (al que llama «tizón apagado»),

«vieja», «sátiro», «jabalina», «estúpido», «cerdo» y otras lindezas, asegurando que tenía los «ojillos de un topo» y «una jeta de gorrino», en una palabra, «alguien con quien uno no querría encontrarse a media noche»). El basileus amplió entoces sus exigencias: toda Italia meridional y central, incluida Roma, al tiempo que negaba a Otón el reconocimiento de la dignidad imperial.

El soberano de occidente pronto abandonó el territorio de la lucha, pero envió un nuevo contingente de tropas a Suabia y Sajonia. Después de haber oído misa en Benevento, cayó, con la bendición del arzobispo Landulfo sobre Apulia y tras la victoria de Asculum cortó la nariz a los bizantinos derrotados, que al fin y al cabo eran cristianos y «con la nariz cercenada los devolvió a la nueva Roma» (Widukind) siendo aquél «un éxito ciertamente memorable de las armas alemanas» (C. M. Hartmann).

En la primavera de 970 Otón avanzó de nuevo hacia el sur, devastó los alrededores de Nápoles, pegó fuego a Apulia por los cuatro costados y se llevó el ganado. El gobierno cristiano de Bizancio envió mercenarios sarracenos contra el emperador sajón, también cristiano. Y aunque Liutprando alardeaba en un tono muy pastoral de que «los numerosos cobardes (de Niképhoros), sin más coraje que el que les daba su número, fueron aniquilados por nuestros combatientes, pocos pero veteranos en la lucha y sedientos de guerra», lo cierto es que ni Otón I ni Otón II lograron anexionar de manera estable el territorio de Apulia a la parte septentrional del imperio.⁸¹

Una de las numerosas revoluciones palaciegas de Bizancio puso fin a la lucha en el campo de las armas y de la diplomacia.

La noche del 10 al 11 de diciembre de 969 caía el emperador Niképhoros víctima de una conjuración de su esposa con su primo y rival, el general Juan Tzimiskes. La acción sangrienta redundó también en beneficio de la Iglesia. El patriarca Polyeuktos (956-970) pronto logró que el cambio de soberano le reportase ventajas. Denegó la coronación al asesino hasta tanto que éste se declaró dispuesto a revocar las disposiciones de Niképhoros contra la ampliación de las posesiones monásticas y contra el acceso a la dignidad episcopal sin la previa aprobación del emperador.

En occidente aquella revolución palaciega trajo la paz, que dejó Apulia del lado de Bizancio y Capua y Benevento con el emperador alemán. No se obtuvo la deseada novia, Ana Prophyrogénita; pero sí, además de muchas reliquias, la princesa Theophanu, sobrina del nuevo emperador Juan Tzimiskes, no nacida en Porphyra, en el palacio imperial, pero sí bella y prudente. El 14 de abril de 972 la desposaba Otón, casi de su misma edad, 16 años, en la basílica romana de San Pedro y Juan XIII la coronaba emperatriz.⁸²

Con ello pudo Otón «el Grande» satisfacer su incesante ambición de que el asesino imperial y emperador de la Roma oriental (tal vez porque no se sentía demasiado seguro en el trono) le reconociese la dignidad de emperador de la Roma occidental... Una dignidad que sin duda alguna reportó a la humanidad muchísimos más crímenes que beneficios. Pero el reconocimiento como segundo imperator con el mismo rango fue para Otón «uno de los objetivos vitales más importantes en sus últimos años de gobierno» (Glocker).⁸³

Cuando el emperador moría en su palacio de Memleben el 7 de mayo de 973 -no sin «el fortalecimiento del santo viático» (Thietmar)-, el imperio alemán comprendía aproximadamente 600.000 kilómetros cuadrados, a los que se sumaban los 150.000 o 160.000 al sur de los Alpes. Y el pueblo, al decir de Widukind, aclamó a Otón por «haber vencido a los arrogantes enemigos, que eran los ávaros (húngaros), sarracenos, daneses y eslavos, con la fuerza de las armas, haber sometido Italia, haber destruido los templos de los ídolos de los vecinos paganos y haber erigido templos a Dios e instituciones eclesiásticas, pregonando muchas otras bondades suyas»(!). El emperador de romanos y rey de pueblos dejaba «a la posteridad muchos y gloriosos monumentos tanto en el campo eclesiástico como en el civil», como dice el monje al cerrar el libro tercero y último de su historia de los sajones. Y una inscripción (en oro laminado) sobre la losa de su sarcófago le califica de «supremo honor de la patria» y «orgullo de la Iglesia».⁸⁴

CAPITULO 7

EL EMPERADOR OTÓN II (973-983)

«Pallida mors Sarracenorum», la pálida muerte de los sarracenos.

OTÓN I, OBISPO DE FREISING¹

«Su juventud fue dichosa, pero al final de su vida le visitó la
desgracia, porque todos pecamos gravemente.»

THIETMAR DE MERSEBURG²

Clérigos en la proximidad del soberano

Otón II había nacido el mismo año de la gran derrota de los húngaros en Lech y de la gran matanza de los eslavos aquel mismo otoño. Era el cuarto hijo de Otón (y de su segunda mujer Adelaida). A los seis años fue coronado rey en Aquisgrán, y a los doce (967) coemperador en Roma. Su educación estuvo a cargo del capellán Folkold, obispo de Meissen desde 969, y del monje Ekkehard II de Saint-Gallen. Y sin duda que, además de su piadosa madre, también influyeron sobre el príncipe su tío, el arzobispo Bruno de Colonia, y su hermano Guillermo (¡todo por soborno!), hijo mayor extramatrimonial del emperador y arzobispo de Maguncia. Durante las ausencias de Otón I en 961 y 966, el sucesor al trono le fue encomendado muy especialmente al obispo Guillermo con la recomendación explícita de «para su protección y educación» (*Adalberti continuatio Reginonis*).

Por ello nada tiene de extraño que sus contemporáneos alaben la piedad de Otón ni que Thietmar abiertamente le califique de «inmenso en obras pías». Así, al obispo Giselher de Merseburg, uno de sus favoritos, le donó «primero la abadía de Pöhlde, después la fortaleza de Zwenkau con todo lo necesario para el culto de san Juan Bautista; le entregó además todo el territorio de Merseburg, rodeado por la muralla, con judíos, mercaderes y moneda, además de un bosque entre el Saale y el Mulde, es decir, entre los cantones de Siusuli y Pleis-snerland, así como Kohren, Nerchau, Pausitz, Taucha, Portitz y Gundorf; y todo se lo confirmó mediante documentos escritos de su puño y letra».

El obispo Giselher, «un mercenario que aspiraba siempre a más» (*mercenarias, ad maiora semper tendens*), no podía naturalmente soportarlo. Y para llegar a ser arzobispo «sobornó con dinero a todos los príncipes, y en particular a los jueces romanos, a los que siempre se les puede comprar todo...», según refiere una vez más Thietmar.

Notable influencia logró sobre el *rex iunior* su consejero durante años, el intrigante obispo Dietrich I de Metz; como hijo de la hermana

de la reina Matilde y primo tanto de Otón I como del arzobispo Bruno, que le hicieron prelado, también era miembro de la casa imperial y tuvo fama de ser un codicioso insaciable. El obispo Thietmar informa que el príncipe de la iglesia de Metz había sido sobornado por el arzobispo Giselher por «mil libras de oro y plata... para que ocultase la verdad». El propio emperador llegó a decirle, y no sólo «en broma»: «¡Que Dios te harte de dinero en el más allá, porque aquí no podemos hacerlo entre todos!». Ciertamente también multiplicó la abundancia de gracia para su ciudad episcopal mediante un imponente fondo de reliquias, que transportó desde Italia, donde los huesos sagrados figuran entre los más nobles tesoros del suelo.

Considerable influencia ejerció sobre Otón II el arzobispo Willigis de Maguncia (975-1011), quien actuó como su archicapellán y archican-ciller para Alemania, donde todavía hoy se le venera como santo, y no sólo en Maguncia.

También tuvo un gran peso en el gobierno, sobre todo desde la exclusión casi completa de los Luitpoldingios, el obispo Hildibaldo de Worms, que desde el otoño de 977 dirigió la cancillería real alemana; un cargo que como primer canciller conservó hasta su muerte, incluso después de haber sido designado prelado. En pro de su poder episcopal y para asegurar y ampliar diversos títulos patrimoniales y jurídicos del obispado ordenó «la falsificación o alteración de 18 documentos reales de los siglos VII-X» (Seibert). Y, al igual que el arzobispo Willigis, también este enérgico pastor de almas participó durante muchos años en el gobierno de regencia del hijo y sucesor de Otón I. (Y el obispo Burchard de Worms, «uno de los canonistas más importantes de la Edad Media» [*Lexikon für Theologie und Kirche*], continuó después tal «actividad falsificadora» [Landau] con «una pluma sin escrúpulos» [Seckel].)

En la corte de Otón II jugaron un papel relevante, entre otros, el obispo Hugo de Würzburg (983-990), miembro de la capilla imperial; también ocasionalmente el abad Adso de Montier-en-Der, que pertenecía a la alta nobleza (famoso más tarde por ser autor de un escrito sobre la venida del Anticristo); y asimismo el erudito Gerberto de Aurillac, abad, arzobispo y finalmente papa (Silvestre II).³

De ese modo el hijo, aunque con «fuerza» menor, continuó la política y especialmente la política eclesiástica del padre, sin olvidar los asuntos del este y del norte, y contó con el apoyo de casi todos los obispos. Pero en Italia sobrepasó incluso el marco trazado por Otón I y desde el comienzo se propuso conquistar también el sur del país para gobernarlo por entero.⁴

Guerras por Baviera y Bohemia

Pese a que su entrada en el gobierno se hizo sin roces, pronto el nuevo soberano se topó con los problemas de su predecesor. Durante siete años Otón II hubo de ocuparse primordialmente en defenderse de los fuertes antagonistas del interior, del círculo de parientes cristianos una vez más, y sobre todo de Enrique II de Baviera (955-976, 985-995).

El duque, cuyo sobrenombre de «el Pendenciero» (*rixosus*) sólo se le dio en la Edad Moderna, era sobrino de Otón I, y por tanto primo de Otón II. Y así como su padre Enrique I de Baviera había sido el enemigo más peligroso de Otón I, su hermano, en sus primeros años de gobierno, así también el hijo, Enrique el Pendenciero, pronto se convirtió en el rival interno más peligroso de Otón II. El poder del ambicioso bávaro era a todas luces enorme. Se extendía desde la denominada Marca del Norte, el actual Oberpfalz (Alto Palatinado), pasando por el territorio central bávaro en torno a los ríos Isar, Inn y Danubio, y la Marca Oriental (Austria actual), hasta las marcas italianas de Aquileya e Istria.

Las razones del poderío de Enrique no están del todo claras, aunque contaron sin duda motivos de rivalidad, afán de poder, ampliación del gobierno, sueños de soberanía y sentimientos de amenaza. La sublevación (974-977) encontró apoyo sobre todo en los demás Luitpoldingios y prendió rápidamente en Suabia y Lotaringia, extendiéndose incluso a Bohemia y Polonia. En ella tomaron parte a favor del rebelde los obispos bávaros Abraham de Freising y dos santos en carne y hueso: san Wolfgang, obispo de Ratisbona, y san Alboín, obispo de Brixen. (Y del hijo del Pendenciero hizo san Wolfgang, educador de los hijos del duque, otro santo especialmente glorioso, con quien por desgracia sólo nos encontraremos en el próximo volumen: el santo emperador Enrique II.) Mas también los obispos de Tréveris, Metz y Magdeburgo simpatizaron con el bávaro. De hecho fueron precisamente los obispos «los que una y otra vez abrazaron el partido de los levantiscos en el período otoniano»; y desde luego «obispos en toda regla... de las familias nobiliarias más ilustres» (Althoff/Keller).

Como el complot fue descubierto, Enrique fue a parar a la cárcel de Ingelheim. A comienzos del año 976 huyó a Ratisbona, ciudad que tras diversos encuentros armados en territorio bávaro tomó Otón II en el verano del mismo año, mientras que los obispos que combatían en su bando excomulgaron al Pendenciero y a su séquito, pero pudo escapar a Bohemia.

Y es que también en el este había buenos príncipes católicos alzados contra el buen católico del emperador. Así, el polaco Mieszko I, que desde su bautismo había promovido fervorosamente la misión, realizando con ello «la anexión a la Europa cristiana» (Lübke). A su lado, hom-

bro con hombro, su cuñado Boleslao II, premiado con el sobrenombre de «el Piadoso» (967 [¿973?]-999), en contraste con su padre Boleslao I «el Cruel». Fue un celoso promotor del clero, que supuestamente construyó y dotó veinte iglesias y varios monasterios, incluida la casa de beatas en la que fue abadesa su hermana Milada con el nombre de María. Cosme, decán del cabildo de Praga (fallecido en 1125), dice en su *Chro-nica Boemorum*, la primera crónica bohemia, que en Boleslao II, el rebelde contra el emperador cristiano, «ardía el verdadero y puro amor de Cristo». «Con ferviente celo abrazó cuanto se refería a la justicia, la fe católica y la religión cristiana.»⁵

Pero con ferviente celo atacó también Otón II en tres campañas al príncipe checo que ardía en el amor de Cristo, al compañero de alianza del rebelde Pendenciero. Devastó Bohemia en 975 y 976, mas pese a su poderoso ejército «nada logró contra ambos». Bien al contrario, una numerosa tropa auxiliar bávara que se puso en marcha en apoyo de Otón, pues los bávaros una vez más estaban divididos, fue aniquilada en un campamento de Pilsen. «Los bávaros se bañaban por la tarde sin haber montado la guardia. El enemigo armado ya estaba allí, dejó tendidos en sus tiendas y sobre los prados a los que corrían desnudos y con todo el botín regresó a casa contento y sin pérdidas» (Thietmar).

Mientras el emperador operaba en Bohemia, el Pendenciero aprovechó el tiempo en Baviera y estalló la «rebelión de los tres Enriques», a la que incluso se sumaron sajones poderosos, como el margrave Gun-ther de Merseburg y el conde Dedi de Wettin. Enrique de Baviera ocupó entonces la ciudad episcopal de Passau, importante para la vinculación con Bohemia. Lo hizo en comandita con Enrique el Joven, a quien en 976 Otón había nombrado duque de Carintia y que ahora le combatía ingrato, el hijo del duque Bertoldo del muy influyente clan de los Luitpoldingios. Y el tercero de los Enriques en cuestión, el obispo Enrique I de Augsburgo, asimismo de la mencionada familia luitpoldingia, aseguraba entretanto la ruta del Danubio, sobre todo mediante la ocupación de Neuburg, de gran importancia estratégica.

Sólo en agosto de 977 pudo Otón someter Bohemia en una tercera campaña y en septiembre también pudo conquistar Passau. Mandó destruirla y en la dieta de Magdeburgo, primavera de 978, ordenó el destierro de los tres Enriques. El Pendenciero marchó a Utrecht al amparo del obispo Folkmar, antes canciller de Otón II, y allí permaneció hasta la muerte del emperador. Entonces el obispo lo liberó y se unió a él. También el duque Enrique III el Joven, de Carintia, permaneció cinco años entre rejas, mientras que el tercer aliado, el obispo Enrique de Augsburgo, sólo estuvo prisionero cuatro meses en Werden. Pero al Pendenciero no sólo le había depuesto el emperador, sino que también le había recortado notablemente el ducado: separó del mismo Carintia

así como los territorios al sur de los Alpes que desde 952 pertenecían a Baviera: las marcas de Friuli, Istria, Aquileya, Verona, Trento, que se habían anexionado a Carintia.⁶

Por lo demás, la guerra continuó en el este.

El Estado polaco, surgido hacia mediados del siglo x, se fue extendiendo y, evidentemente, afrontó sus «obligaciones» con idéntico escaso entusiasmo que los eslavos entre el Elba y el Oder. De ahí que Otón no sólo restableciese su dependencia en 979 mediante una campaña militar, sino que obligó también a los polacos a un renovado tributo.

Como buen católico, Mieszko I, a la muerte de su mujer, Dobrawa (977), de origen bohemio, sacó del monasterio a la monja Oda, que pertenecía a la alta nobleza sajona. El hecho desagradó en principio al obispo Hildward de Haíberstadt, pero sin duda que favoreció la difusión ulterior de la buena nueva en Polonia. De todos modos Mieszko, el «rey del norte», disponía de 3.000 jinetes armados. Y mientras que los bandos alemán y polaco se acercaban cada vez más, las relaciones de Polonia con Bohemia se fueron enfriando hasta que estallaron graves en-frentamientos entre los dos países católicos con los que Mieszko conquistó la mayor parte de Silesia y toda la Pequeña Polonia.⁷

También en el oeste hubo conflictos militares.

Guerra por Lotaringia

En tiempos Otón I había establecido allí como duque a su hermano Bruno, arzobispo de Colonia, y éste había colocado en las sedes episcopales de la región a sus discípulos, vinculando también así el inseguro territorio fronterizo al imperio alemán.

Las iglesias episcopales de Lotaringia, también ricas desde largo tiempo atrás, ahora llegaron a ser todavía más ricas e independientes por favor de los emperadores sajones, que se apoyaron en los prelados contra la pretensiones de los grandes señores civiles. Esto condujo a que «otorgasen a los obispos y abades derechos reservados hasta entonces a los condes o que les concediesen su autoridad impositiva sin autorización especial. Así, apenas hay datos precisos sobre la transferencia del derecho de acuñar moneda, y sin embargo en las últimas décadas del siglo x los obispos dispusieron de cecas, haciendo esculpir su cabeza y nombre en las monedas. Se dejaron en sus manos muchos arbitrios comerciales y hasta el nombramiento de un conde elegido por ellos... Finalmente los emperadores colmaron a los prelados de donaciones territoriales regalándoles palacios, bosques, cotos de caza y hasta condados enteros. En el curso de un siglo, desde 950 a 1050, los obispados se transformaron en principados autónomos, cuyos únicos soberanos eran los

prelados. En muchos casos los territorios estatales se juntaron y en Lo-taringia dieron origen a lo que en la historia se designa Trois-Evêchés (Tres obispados)» (Parisse).

A la muerte de Bruno en 965 su ducado quedó vacante hasta que en 977 Otón II se lo entregó al carolingio francooccidental Carlos, hermano menor del rey francés Lotario (954-986).

Carlos, penúltimo sucesor de Carlomagno por la línea masculina, era en consecuencia carolingio por parte del padre, mas por línea materna descendía de la dinastía de los Otones. En efecto, era hijo menor del rey Luis IV de Francia y de su esposa Gerberga, hermana de Otón I. En muchos aspectos se vio perjudicado por su hermano Lotario. Por su parte también había ofendido gravemente a su esposa Emma, hija del primer matrimonio de la emperatriz Adelaida: la acusó de adulterio con el ex canciller de Lotario, el obispo Adalbero de Laón (sobrino del arzobispo Adalbero de Reims). Y desde el nombramiento de Carlos como duque de la Baja Lotaringia (977-991) Lotario receló ciertamente de la rivalidad de su desgraciado hermano, triste víctima de la permanente lucha por el poder entre la realeza francesa y la alemana; debió de encontrarla amenazadora, sobre todo porque Carlos, excluido del trono por él -en contra de la tradición carolingia-, al no haber sido compensado con ninguna posesión, aspiraba a la corona francesa.

Por ello, cuando en 977 Otón entregó a Carlos el ducado vacante de la Baja Lotaringia, provocó al rey Lotario, que estaba reñido con su hermano y que emprendió de inmediato una reconquista de Lotaringia. El sólo nombre de Lotario tenía ya un significado programático, pues ya su padre el rey Luis IV, que no por casualidad había desposado a Gerberga, viuda del duque lotaringio, en 939 había intentado recuperar militarmente el territorio, sobre todo porque el reino francooccidental nunca había renunciado a sus pretensiones sobre Lotaringia. Con la velocidad del rayo irrumpió Lotario en junio de 978 con una fuerza poderosa y, apoyado por el duque Hugo Capeto, avanzó hasta Aquisgrán, donde por muy poco le falló un golpe de mano contra su cuñado Otón II, que precisamente se encontraba por entonces en el palacio.

El monje cronista Richer de Reims describe como testigo presencial el ataque por sorpresa en su obra, importante para la historia de Francia en los finales del siglo x (conservada únicamente en el autógrafo del autor y que se reencontró en Bamberg sólo en el siglo xix): «Las mesas reales fueron volcadas, los manjares los devoraron los criados del séquito y las insignias reales fueron hurtadas de las habitaciones privadas y transportadas lejos. El águila de hierro en posición de vuelo, que Carlomagno había colocado en el frontispicio del palacio, la giraron hacia el este, pues los germanos la habían virado hacia el oeste dando a entender en forma delicada que los galos alguna vez podrían ser vencidos por su vuelo».

Sólo con la huida escapó Otón II a la prisión. Pero en el otoño de 978 contraatacó con un ejército, en el que no sólo combatía el duque Carlos de la Baja Lotaringia, sino que en sus filas se encontraba de nuevo un verdadero santo: san Wolfgang. Se había formado en la escuela monástica de Reichenau y en la catedralicia de Würzburg y le había ordenado sacerdote el héroe de Augsburgo, el obispo Ulrico; desde enero de 973 fue obispo de Ratisbona por iniciativa sobre todo del gran falsificador de documentos, el obispo Pilgrim. En 1052 fue proclamado santo, siendo invocado como patrón de leñadores, carpinteros, barqueros y como auxiliador en las afecciones de ojos y pies y en los dolores de lumbago, y en realidad como un auxiliador «universal». Más tarde se insertaron en el rosario como medallas del santo las denominadas «hachuelas de Wolfgang», y «también se crearon las cofradías de la azada». En vida fomentó «la piedad y moralidad del pueblo», de obispo «continuó la vida severa del monje, dividiendo su tiempo entre la oración, los trabajos ministeriales y el estudio» (*Lexikon für Theologie und Kirche*), y en ocasiones también realizó pequeñas incursiones bélicas, como justamente entonces contra los malvados francooccidentales (franceses).

Por lo demás el canónigo de Magdeburgo y fervoroso obispo misionero, Bruno de Querfurt, bajo la presión de las reformas cluniacenses y de las animosidades personales condenó el ataque del rey a Francia y escribió: «Sería preferible combatir celosamente a los paganos en vez de reunir un ejército estatal contra los hermanos cristianos, los franco-carolingios». Un pacifista y santo católico, como debe ser: «Defendió el principio de la misión pacífica por convencimiento, aunque sin renunciar por entero a la guerra misionera» (*Lexikon für Theologie und Kirche*).

En el otoño de 978 Otón II avanzó hasta París «arrasándolo y destruyéndolo todo» (Thietmar), aunque perdonando iglesias y monasterios. Más aún, les hizo donaciones y oró en ellos. También destruyó los antiguos palacios carolingios de Attigny, Soissons y Compiègne, una pérdida sensible que afectaba a la misma sustancia del poder del reino occidental. Y antes de que el invierno cercano, la falta de vituallas y la aparición de algunas enfermedades le forzaran a regresar en noviembre, reunió en Montmartre a todos los clerizantes de su ejército y les hizo entonar un poderoso Aleluya sobre la ciudad.

También san Wolfgang, el elocuente predicador de un evangelio vivo, gritó a su vez: «Ved lo que hace la fe y qué frutos produce». Y cuando en la famosa retirada saltó sobre las aguas encrespadas del Aisne y los suyos le siguieron delante de los franceses perseguidores, «ninguno perdió la vida». Lo que fue casi un milagro, según comentan Wetzler/Welte. En realidad el cuerpo de avituallamiento otoniano sufrió allí un descalabro, que la historiografía francesa celebró incluso como

un triunfo, mientras que el cronista alemán escribía: «El emperador regresó a casa envuelto en la aureola de la victoria...» (Thietmar). Los dos bandos vencieron, y eso es algo que conocemos todavía.

Carlos, duque de la Baja Lotaringia, intentó sacar provecho de la situación y en 979 se proclamó rey en Laón. Pero fracasó como siempre chocando sobre todo contra las estructuras de poder, y especialmente contra el episcopado que le reprochaba entre otras cosas su vasallaje a un príncipe extranjero y su «fracaso matrimonial». Pero el rey Lotario, debido probablemente a dificultades internas, en un encuentro personal con el emperador Otón, celebrado el mayo de 980 en Margut-sur-Chiers (cerca de Ivois), renunció por entero a sus pretensiones sobre Lotaringia. Sin embargo, poco después de la muerte de Otón se aseguró una prenda: ocupó Verdún en 984 y, tras su expulsión, repitió la ocupación al año siguiente.⁸

También proseguía la lucha por el trono. Repetidas veces combatió el duque Carlos por el poder. Y es posible que en ocasiones lo hiciera en forma un tanto extravagante, como cuando en la toma de Cambrai -aunque no deja de haber dudas al respecto-, inmediatamente después de expulsar a los condes, llamó a su querida esposa para dilapidar con ella en ruidosas orgías las riquezas del palacio prelaticio y dormir en la cama del obispo; pero conductas así no eran nada infrecuente.

El último acto de fuerza de Carlos, con el que por segunda vez ahuyentó al obispo Adalbero de Laón, terminó precisamente en aquella fortaleza, después de que el prelado con su hipocresía de viejo zorro, se reconciliase con Carlos, estrechase cada vez más su amistad con él y le asegurase su lealtad «con los más sacrosantos juramentos» (Glocker). Pero en marzo de 991, la noche siguiente al Domingo de Ramos, el obispo Adalbero entregó la fortaleza con Carlos dentro a su rival de turno: el rey francés Hugo Capeto. Éste encerró a Carlos, con su familia, en la cárcel de Orleans, en la cual murió en fecha desconocida.

Pero también en el norte trabajaba Otón II.

Guerra en el norte

Los francos habían extendido su imperio en todas direcciones, incluso en Escandinavia. La importante plaza comercial de Haithabu (Hede-by) jugó allí repetidas veces un papel destacado en la historia bélica de Schleswig septentrional. Estaba en territorio danés, aunque no lejos de la frontera con los sajones ¡que desde hacía tiempo tampoco pertenecían a los francos! En el año 804 el rey Gudfred (Gottrik) de Haithabu había negociado con Carlomagno, que se hallaba más allá del Elba, y en 808 y 810 habría de llevar a cabo, violando todos los usos tradicionales,

dos guerras de defensa contra el agresivo danés. Por lo demás también éste quiso protegerse y trabajó ya en la Danewerk, llamada «Muralla de Gottrik» (que las fuentes escritas mencionan en el año 808), la imponente fortificación del tipo muralla larga, que tocaba también Haithabu y que los daneses construyeron desde el siglo VIII hasta finales del XII para cerrar el paso hacia Jutlandia entre los mares del Norte y Báltico; un sistema de defensa pensado sobre todo contra francos y alemanes. Así, en el siglo IX se intentó primero la penetración con los misioneros por obra principalmente de san Ansgar, primer arzobispo de Hamburgo-Bremen, que trabajó preferentemente en las plazas comerciales de Dinamarca y de Suecia meridional y que erigió una iglesia en Haithabu, la cual convirtió «la plaza comercial en la meta preferida de los mercaderes cristianos» (Riis).

En el siglo X la victoria de Enrique I sobre Gnuva en Haithabu (934) de nuevo volvió a desplazar un poco la frontera hacia arriba. Después Otón I obligó por la fuerza a los daneses, en los que se mezclaba el odio a los alemanes con el odio a los cristianos, a abrazar la Buena Nueva. Y todavía en la Pascua de 973 Harald Gormsson Dienteazul, el primer rey cristiano de Dinamarca, pagó un «impuesto» al emperador alemán, aunque al año siguiente ya no tuvo ningún gusto en repetirlo. Estalló un levantamiento y en la primavera de 974 los daneses firmaron en Nordalbingen un pacto con el noruego Jarl Hakon, que era pagano. En el otoño los derrotó Otón, que avanzó más allá de la Danewerk hasta el límite septentrional de la marca en la zona de Haithabu y levantó en Schleswig la fortaleza feudal, que los daneses conquistaron y arrasaron en 983. Pero la primera consecuencia de aquella derrota danesa de 974 fue la ulterior expansión de la misión cristiana en el norte, y ya se entiende que con los consiguientes tributos. Por ese motivo tras la victoria de los daneses revivió el paganismo entre ellos. Los sacerdotes alemanes fueron expulsados del país y pronto desapareció todo lo que olía a cristiano y alemán.⁹

La vigorosa revuelta eslava del año 983, en la que se levantaron los liutizos a una con los hevelios, redaños y obodritas, parece ser que se incubó en el templo-fortaleza de Rethra (Riedegost), en la que se daba culto especial al dios de la guerra Svarozic (o Radogost) y que constituía el santuario central (*metropolis sclavorum*) de todas las tribus eslavas del norte y del oeste. Estaban asentados entre los ríos Elba/Saale y Oder, donde gozaban de autonomía frente a los Otones hasta que Otón I y su margrave Gerón eliminaron a sus príncipes y los sometieron a servidumbre mediante una red de burgos fortificados y de iglesias. Pero en un ataque furibundo arrojaron a sus opresores alemanes y cristianos al este del curso medio del Elba, destruyeron la sede episcopal, dispersaron al clero y se aseguraron la independencia durante siglo y

medio (en 1068 el obispo Murchard de Halberstadt asoló el país de los liutizos y robó el caballo sagrado que se veneraba en Rethra.)

Tampoco los misioneros fueron bienquistos al margrave Thiedrich y al duque Bernardo I de Sajonia (973-1011), que en 973 atacó a la retaguardia de su padre Hermann Billung; durante décadas habían combatido contra daneses y eslavos, habiendo sometido y despojado a las gentes del noreste. Incluso el obispo Thietmar, que flagela las «acciones vergonzosas» de los amotinados, de «los perros rabiosos», nos ofrece su descripción del gran levantamiento eslavo: «Unos pueblos que después de haber abrazado el cristianismo quedaron sujetos al tributo y servicio de nuestros reyes y emperadores, empuñaron las armas de común acuerdo, oprimidos por la altanería del duque Dietrich». Y en su mención del asalto obodrita contra la fortaleza de Calbe sobre el Milde, donde los eslavos también habían pegado fuego al monasterio de San Lorenzo, confiesa que «salieron en persecución de los nuestros, que huían como ciervos, pues debido a nuestros crímenes (*facinora*) teníamos miedo, mientras que ellos estaban de buen ánimo».

El canónigo Adam de Bremen (fallecido antes de 1085), que a pesar de sus muchos errores está bien informado, utiliza ricas fuentes y aduce también testigos presenciales (eclesiásticos), nos permite conocer mucho mejor los «crímenes» de los cristianos. Así, después de describir una gran matanza de paganos y tras la entrega de 15.000 libras de plata por parte de los sometidos, el mentado canónigo observa: «Los nuestros regresaron triunfadores; pero de cristianismo no se habló una sola palabra. Los vencedores sólo pensaban en el botín».

Inmediatamente después refiere la conversación con un rey danés «sumamente veraz», evidentemente Sven Estrithson, a cuyas conversaciones con el arzobispo Adalberto de Hamburgo asistía Adam, presidente del cabildo catedralicio. En ella escuchó «que los pueblos eslavos podrían ciertamente haberse convertido mucho antes al cristianismo, de no haberles cerrado el paso la avaricia de los sajones; pues, según decía, "el pensamiento de éstos se aplica más al recuento de los impuestos que a la conversión de los paganos". Y los miserables no piensan en los castigos de los que se hacen merecedores por su avaricia, pues primero impidieron con su avidez el cristianismo en Eslavania, después con su crueldad forzaron a los sometidos a la rebelión y ahora no prestan atención a la salvación de las almas de quienes podrían llegar a la fe, porque de ellos no quieren más que dinero».

Adam de Bremen ve en la sublevación un juicio de Dios, un castigo «de nuestra injusticia» y piensa: «Pues en verdad, así como mientras pecamos nos vemos superados por los enemigos, así también tan pronto como nos convirtamos, venceremos a nuestros enemigos; y si de éstos sólo exigiésemos la fe, ciertamente que tendríamos la paz y al mismo

tiempo también habríamos puesto las bases para la salvación de aquellos pueblos».

Ya en 980 el obispo Dodilo de Brandemburgo fue estrangulado por sus diocesanos. Ahora, el 29 de junio de 983, los liutizos destruyen el obispado de Havelberg, aniquilan a su guarnición y reducen a escombros sus iglesias. Se destroza todo lo que recuerda al cristianismo. Tres días después asaltan Brandemburgo, donde ya antes el obispo Folkmar I se privó del martirio por su huida, huyendo también después en el último minuto el margrave Thiedrich con su tropa. El clero bajo que se quedó fue hecho prisionero y algunos murieron; la catedral fue saqueada y devastada; el cadáver de Dodilo -que había sido estrangulado por los suyos, a quienes se había hecho particularmente odioso por la recaudación de los diezmos-, que ya llevaba tres años en la tumba, lo sacaron del sarcófago, le despojaron de sus vestiduras y aquellos «perros rabiosos lo saquearon y arrojaron sin respeto alguno. Todos los tesoros de la iglesia fueron robados y la sangre de muchos fue derramada ignominiosamente. En el puesto de Cristo y de su pescador, el muy venerable Pedro, se celebraron en adelante diversos cultos de superstición diabólica; y no sólo los paganos, ¡también los cristianos alabaron aquel triste cambio!». ¹⁰

En el norte el príncipe obodrita Mistui, un cristiano, al que en todas las campañas acompañaba su capellán Avico, cruzó a su vez el Elba, avanzó sobre Hamburgo robando y destruyéndolo todo y mandó pegar fuego a la catedral y la ciudad toda. Y hay que decir que tales «actuaciones bélicas» por parte de «príncipes bautizados» no debieron de constituir «nada extraordinario» en su tiempo (Friedmann).

Y sin embargo algo tan espantoso no se dio naturalmente sin la asistencia suprema en sentido literal. Nuestro obispo cuenta ese fantástico *miraculum*, que «toda la cristiandad debería meditar llena de devoción: una mano de oro descendió de las regiones superiores, con los dedos extendidos hurgó en medio de los tizones y volvió a retirarse llena de los mismos a la vista de todos. Atónitos lo vieron los guerreros mientras Mistui quedaba aterrado y fuera de sí». Para el obispo Thietmar no había duda alguna de que se trataba de un acto celestial de salvación ¡en favor de las reliquias! «Dios acogía de ese modo en el cielo las reliquias de los santos, mientras que los enemigos llenos de terror emprendían la fuga», aunque entonces fueron los cristianos, alemanes, los únicos en huir del eslavo cristiano Mistui, a quien todo, realidad y milagro, le sentó fatal al estómago y al ánimo, porque «más tarde Mistui se quedó loco y hubo de ser atado con cadenas; cuando se le rociaba con agua bendita, gritaba: "¡San Lorenzo me quema!" y murió miserablemente, sin haber recobrado la libertad».

Pero después de que los eslavos a pie y a caballo y sin sufrir pérdidas, lo hubieran asolado todo «con ayuda de sus dioses y capitaneados por

trompeteros», los cristianos recobraron el valor. El arzobispo de Mag-deburgo, Giseler, el gran especialista en el soborno, particularmente aborrecido por los liutizos, y el obispo Hildeward de Halberstadt unieron sus espadones con las tropas del noble margrave Thiedrich de Mer-seburg y de otros condes. «Todos ellos -según refiere Thietmar de Merseburg- oyeron misa el sábado por la mañana, fortalecieron cuerpo y alma con el sacramento celestial y con la confianza puesta en Dios arremetieron contra los enemigos que les salieron al encuentro y los derrotaron; sólo algunos de ellos escaparon a una colina. Los vencedores alabaron a Dios, que es tan admirable en todas sus obras, y de nuevo se cumplió la palabra veraz de nuestro maestro Pablo: "No hay prudencia, audacia ni consejo contra el Señor".»¹¹

Sin embargo, aunque esta matanza sobre el Tánger (al sur de Sten-dal), acaecida en agosto de 983, empujó también a los eslavos más allá del Elba, los vencedores ya no les persiguieron. Ya al día siguiente regresaron «todos contentos y felices» entre las aclamaciones y el alborozo general, como ocurre siempre con los carniceros triunfadores. La conquista de Otón «el Grande» (su «protección de la frontera y su obra misional», Hlawitschka) al este del Elba se había perdido y el Elba quedaba como la frontera oriental del imperio. Y Otón II ya no desarrolló allí por desgracia sus «actividades propias» (Hlawitschka). Tampoco otras campañas cristianas -después de 983 casi cada año se hizo la guerra a los liutizos- lograron nada. Durante aproximadamente ciento cincuenta años los eslavos del Elba pudieron vivir y desarrollarse de forma independiente; sólo hacia mediados del siglo XII regresaron a sus sedes los obispos de Brandemburgo y de Havelberg.

Únicamente los territorios sorbios del sur, que no tomaron parte en la sublevación, continuaron como hasta entonces bajo dominio alemán. Aquellos sorbios no expulsaron a los misioneros, aunque se burlaban de ellos. Sus caudillos, que en ocasiones hasta se llamaban reyes, tampoco se hicieron bautizar con sus tribus, como a menudo hicieron los jefes de los eslavos noroccidentales. «En la resistencia contra el germanismo y el cristianismo aquellos príncipes eslavos de los territorios del Elba medio evidentemente desaparecieron; ninguna fuente habla de sus sucesores» (Schlesinger).¹²

Capo di Colonne, la primera gran derrota de la dinastía otoniana

En Italia, donde Otón quería continuar con entusiasmo el compromiso de su progenitor, lo que sin duda le importaba a priori era la política ofensiva, la expansión. Sin embargo, cuando en el otoño de 980 mar-

chó al sur, lo hizo sobre todo, según su propia confesión, con vistas a las posesiones de la Iglesia, para devolver a los templos los bienes robados o dilapidados por los obispos. Ya de camino hizo donaciones a casas monásticas y a obispados, como Saint-Gallen y el obispado de Coira. Después se sumaron a la lista las asignaciones a las sedes episcopales y a los monasterios del norte de Italia y por último los que quedaban al sur de Roma.¹³

Tampoco en la Ciudad Santa marchaban demasiado bien las cosas.

A Juan XIII, que en 967 había coronado coemperador a Otón II, que tenía doce años, le había sucedido Benedicto VI (973-974). Lo había elegido el partido cesarista, y Otón I lo había confirmado en el cargo. Procuró favorecer al máximo con recursos eclesiásticos a su familia; pero en junio de 974, cuando el cambio de emperador en Alemania lo puso en dificultades, fue depuesto y encerrado en la cárcel de Castell Sant'Angelo. Allí el nuevo papa Bonifacio VII (974, 984-985), retratado por sus coetáneos como un «monstrum», mandó que el sacerdote Esteban y su hermano lo estrangulasen. Al acercarse desde Spoleto el mis-sus imperial, conde Sikko, el papa Bonifacio se puso a salvo de los romanos amotinados refugiándose en dicha fortaleza. Pero cuando Sikko ordenó asaltarla, el santo padre pudo escapar y a través de Italia meridional consiguió huir a Constantinopla, no sin cargar en el equipaje el tesoro de la Iglesia. Y no sin regresar todavía dos veces.

Entretanto en octubre, y con la aprobación del representante alemán, fue elegido papa Benedicto VII (974-983), un noble romano emparentado con el príncipe Alberico II y dócil en gran medida al emperador Otón, tanto en su política eclesiástica al este de Alemania como en su empresa antibizantina en el sur de Italia. A cambio también le apoyó el soberano, sobre todo cuando Bonifacio VII -en una de sus primeras medidas- expulsó de la Iglesia a Benedicto, cuando en el verano de 980 volvió a establecerse en Roma antes de que al año siguiente escapase de nuevo a Constantinopla, para regresar una vez más en 984, bien provisto de armas y de oro de la Roma oriental.¹⁴

El joven emperador permaneció en Roma, con algunas interrupciones, desde la primavera hasta el otoño y allí se decidió a combatir tanto a los sarracenos como a los bizantinos en Italia meridional y conquistar todo el país.

Así que hubo de ocuparse del refuerzo de su ejército. Y logró disponer de un contingente poderoso, probablemente el más grande del imperio alemán hasta entonces. Llama la atención el que constase principalmente de unidades de los obispos y abades germanos. Tras la carta de llamamiento a las armas de 981 las abadías de Prüm, Hersfeld, Ell-wangen y Saint-Gallen, entre otras, proporcionaron cada una 40 jinetes armados, las abadías de Lorsch y Weissenburg 50 respectivamente, 60

las de Fulda y Reichenau, 60 asimismo los obispos de Verdún, Lüttich y Würzburg, los de Tréveris, Salzburgo y Ratisbona aportaron cada uno 70, en tanto que los de Maguncia, Colonia, Estrasburgo y Augsburgo contribuían cada uno con 100 caballeros armados. En conjunto los arzobispos, obispos y abades, los discípulos del Señor Jesús, el predicador del amor a los enemigos, aportaron 1.482 caballeros armados para aquella batalla general, ¡mientras que los llamados señores civiles sólo contribuyeron con 508! Pero evidentemente ese registro sin fecha sólo representaba una exigencia del emperador.¹⁵

En Italia meridional Otón II combatió de forma explícita las pretensiones eclesiásticas. El antipapa Bonifacio VII se había refugiado en territorio de la Roma oriental, el papa de Roma apoyaba al emperador elevando por ejemplo a la categoría de arzobispado la sede de Salerno y prometiéndole amplias zonas de terreno en territorio bizantino. Lo mismo ocurrió con la elevación de la diócesis de Trani a sede arzobispal. Más aún, todavía en Dalmacia parece ser que el papa maquinó contra Bizancio, y el arzobispado de Dubrovnik, que pertenecía a la Iglesia griega, lo habría puesto bajo la obediencia romana.

Según parece Otón sólo en Roma se decidió por la guerra, recabando después como refuerzo los 2.100 caballeros armados de los grandes eclesiásticos y civiles. Mientras avanzaba hasta Calabria las guarniciones bizantinas se mantuvieron neutrales, aunque no abrieron las puertas al emperador. Pero Abul Kasim, emir de Sicilia, que ya había llevado a cabo algunas conquistas en Calabria y Apulia, llamó a la guerra santa y a mediados de julio de 982, con una poderosa fuerza de choque, se enfrentó al alemán en el continente, en el lugar llamado Capo di Colonne, al sur de Cotrone. «De una y otra parte el pensamiento de los combatientes estaba orientado hacia el más allá» (Uhlirz).

La caballería pesada del emperador rompió con violencia contra las filas sarracenas, dispersándolas en un primer asalto, y el propio emir sucumbió por herida de espada, por lo que después fue venerado como santo mártir. Pero mientras los cristianos, tras el gran éxito inicial y en la creencia de que ya habían alcanzado la victoria, se disponían a descansar en el escenario de la lucha y a celebrar su triunfo, los musulmanes, reforzados con las tropas de reserva, irrumpieron desde los montes, empujaron a los alemanes hasta el mar y los degollaron, eliminando incluso a una parte de sus comandantes, varios duques y una docena de condes, y a otros los hicieron prisioneros. Entre éstos se encontraba el obispo Pedro de Vercelli que permaneció una año en la cárcel árabe. Profanaron los relicarios y en el campo de batalla dejaron tendidos a 4.000 cristianos. Otros, que lograron huir, perecieron víctimas de la sed y del agotamiento. «Casi cada necrologio alemán registra alguna pérdida en la infausta batalla» (C. M. Hartmann).

Fue la primera gran derrota de la dinastía otoniana. Casi todo el ejército alemán sucumbió. «Dios conoce sus nombres» (Thietmar). También el obispo Enrique de Augsburgo, que poco antes había realizado una peregrinación penitencial a Roma, presumiblemente en el séquito del emperador, cayó en medio de sus caballeros armados. En el último momento Otón se salvó de aquel infierno nadando hacia un barco bizantino que pasaba por allí, del que después, mediante un artificio y nadando de nuevo logró escapar. Curiosamente el obispo Otón de Freising le dio el famoso epíteto de «*Pallida mors sarracenorum*» (pálida muerte de los sarracenos), que quedó como su sobrenombre hasta bien entrada la edad moderna.

El emperador Otón, que desde 982 utilizó en ocasiones el título de *Imperator Romanorum Augustas*, pensó de inmediato en una incursión de castigo. Todavía en el camino de regreso, y sin duda pensando en ello, otorgó grandes concesiones al arzobispo de Salerno, dotando también de privilegios a varios monasterios de Italia meridional. Evidentemente una guerra así requería una preparación a fondo y los príncipes alemanes no contaban demasiado en los planes imperiales después del fracaso. Además estaban acosados por daneses y eslavos.

Sin embargo, un año más tarde, a comienzos del verano de 983, en una dieta imperial celebrada en Verona, en la que magnates alemanes e italianos eligieron como sucesor de Otón a su hijo de tres años, se discutieron ya nuevos reclutamientos de tropas y se decidió un segundo asalto.

En pleno verano de 983 el emperador avanzó hasta Bari, aunque sin conseguir éxitos dignos de mención. En septiembre se encontraba de nuevo en Roma, al parecer enfermo de malaria. Y allí murió de repente en brazos de su mujer después de haberse confesado y de haber recibido los sacramentos de los moribundos. Era el 7 de diciembre de 983 y el emperador sólo tenía 28 años. La causa de su muerte nunca se aclaró por completo, aunque evidentemente sucumbió a la fiebre, que debió de ser la malaria. Una fuente habla de constantes hemorragias intestinales por una sobredosis de medicamentos, tal vez un tratamiento enérgico contra la enfermedad.

Otón II fue el único emperador alemán que fue enterrado en el pórtico de San Pedro. Pero después de siete siglos su tumba fue destrozada en la reconstrucción de la basílica. Ciertamente lo depositaron en otro sarcófago, pero la urna antigua se entregó «con la profanación de la tumba a los cocineros del Quirinal para uso común de un depósito de agua» (Gregorovius).¹⁶

CAPITULO 8

EL EMPERADOR OTÓN III (983-1002)

«El trabajo misionero estuvo excesivamente entrelazado con objetivos políticos como para que pudiera encontrar un gran eco entre los wendos. Por ello, cuando en 983 los liulizos desencadenaron la gran sublevación, todo el tinglado eclesiástico que se había levantado con las liócesis de Havelberg, Brandemburgo y Oldenburg se derrumbó por completo.»

*HANDBUCH DER KIRCHENGESCHICHTE*¹

«Durante muchos años el muchacho real marcha a campaña siendo llevado todavía por algún tiempo en la litera infantil.»

JOHANNES FRIED²

«Incesantemente invade el rey a los eslavos con duras campañas bélicas.»

THIETMAR DE MERSEBURG³

«El deber imperial de protección a la Iglesia romana fue sin duda para Otón III un cometido muy concreto y aplicó los poderosos recursos del Imperium con una lógica hasta entonces desconocida en defensa de la *libertas* de la Iglesia romana contra los ataques de los gobernadores civiles de Roma.»

KNUT Görich⁴

Ya en su tiempo se le dio el honroso sobrenombre de «*Mirabilia mundi*», Maravillas del mundo, que todavía en el siglo XX se interpreta como «joven con manto de estrellas» (G. Baumer). En la historiografía fluctúa la imagen de su carácter y de su actuación. Pero aquí interesa muy poco si Otón III fue un hombre débil seducido o un genio precozmente maduro, un soñador fantástico o una persona de orientación «pragmática», si era o no amigo de firmes «conceptos de gobierno», si se sentía «alemán» o «no alemán», si despreciaba la rudeza sajona y admiraba el espíritu bizantino, si propendía al ascetismo del ermitaño que huye del mundo o le atraía más bien la espiritualidad sensible de una fe «elevada» como siempre. Lo decisivo, por el contrario -y no sólo en nuestro marco-, es que el emperador Otón III, pese a todas las diferencias puntuales respecto de sus predecesores, pese a todas las desviaciones y peculiaridades, se sintió un guardián de la tradición, del «ordenamiento querido por Dios», un favorecedor de los obispos a los que colmó de privilegios y de asignaciones territoriales, un potenciador firme del poder del imperio y de la Iglesia, un promotor del *Imperium christianum*, de la Europa cristiana, un potentado que se sabía naturalmente «*defensor Ecclesiae*», defensor del reino de Dios sobre la tierra. Con todo lo cual fue el inesperado continuador de ciertas tradiciones tanto carolin-gias como otonianas, y su política en Italia y sobre todo en el este favoreció en definitiva más a la Iglesia cristiana que al imperio alemán.

Que la vieja idea de la «*renovatio imperii Romanorum*», la refundación del poder universal romano, no la refería el creyente cristiano Otón III a la Roma antigua sino que la adoptó con un marcado acento cristiano, incluso en el denominado horizonte de la historia de la salvación (el humo azul o negro), realmente no habría de someterse a una duda seria, tanto si quería ser soberano del mundo como si quería ser santo, o ambas cosas a la vez. Lo único decisivo seguía siendo el mantenimiento en el poder, su afianzamiento y a ser posible su expansión, aunque el «concepto» -si es que tenía alguno- pudiera haberse orientado de un modo o de otro.

El conflicto del trono por causa de Enrique el Pendenciero y de los obispos

La noticia de la muerte de Otón II en Roma el 7 de diciembre de 983 llegó a Aquisgrán poco después de la coronación de Otón III en Navidad (los mensajeros recorrieron entonces una media de 70 kilómetros al día) y «puso fin a la fiesta de la alegría» (Thietmar). En consecuencia el poder pasó a un niño de tres años, último de los cuatro hijos que Otón II y Theophanu habían tenido. Cuando en 994 el sucesor al trono alcanzó la mayoría de edad según el derecho medieval, tenía catorce años, y al morir en 1002 no había cumplido aún los veintidós.

Inmediatamente después de la muerte de su padre estalló la lucha por la regencia. En ella el duque Enrique II de Baviera, «el Pendenciero», sobrino de Otón «el Grande» y el pariente masculino más cercano, no sólo perseguía el poder para gobernar sino la misma corona. Y como los pactos sólo tenían vigencia *inter vivos* extinguiéndose con la muerte del pactante, el obispo Volkmar de Utrecht ya a comienzos de 984 liberó de la prisión al duque y en su compañía corrió a Colonia. Allí el arzobispo Warin, a cuya «segura lealtad» el emperador difunto había confiado en tiempos al niño con las insignias de la coronación, se lo entregó sin resistencia alguna. Y entonces el Pendenciero, con una decisión que probablemente facilitó en principio su éxito, mediante promesas y sobornos atrajo a su bando al menos por algún tiempo a todos los arzobispos alemanes -con la excepción de Willigis de Maguncia, el único metropolitano que nunca le apoyó- y a casi todos los obispos bávaro-ros, sajones y muchos otros.

En Sajonia precisamente aprovechó las grandes fiestas cristianas para hacer ostentación de su poder. Después de haber celebrado el Domingo de Ramos en Magdeburgo, cuyo prelado Giselher le favorecía, el 23 de marzo de 984 fue elegido «*publice*» rey en Quedlinburg durante la fiesta de Pascua. Según cuenta Thietmar, que a su vez se encontraba allí, «fue saludado públicamente como rey y distinguido con himnos eclesiásticos». En cambio fueron muy pocos los señores civiles que se unieron a Enrique, y desde luego ningún duque. Pero sí que fueron muchos, «los que por temor de Dios no quisieron convertirse en perjuros» y huyeron de Quedlinburg a la ciudad de Asselburg (en Hohenassel al sur de Burgdorf. Hannover) y allí se reunieron abiertamente contra Enrique (en una especie de *coniuratio*, de liga juramentada, prohibida ya en las Capitulares carolingias).

El jefe obodrita Mistui, que el año anterior durante la gran sublevación eslava al lado de su capellán católico Avico había pegado fuego a la sede episcopal de Hamburgo, entró en el conflicto del trono apoyando a Enrique. Asimismo los príncipes eslavos Mieszko y Boleslao II, que ya

habían apoyado a Enrique en los años setenta, le aseguraron con juramento su ayuda. Más aún, Boleslao, que era católico, aprovechó a su manera la rebelión. En el camino de regreso conquistó a traición Meissen, «mató en una emboscada» al señor de horca y cuchillo Rikdag, puso cerco a la ciudad de Veste, en la que pronto fijó su residencia con una guarnición, y expulsó al obispo del lugar Fokold (969-992) probablemente por dos años.

De todos modos la sublevación fracasó al intervenir el metropolitano Willigis de Maguncia y Adalbero de Reims. Y después también el grueso de los prelados se unió de nuevo al victorioso Otón III, o mejor, al gobierno de tutoría. Incluso uno de los partidarios más obstinados de Enrique, Giseler de Magdeburgo, que debía su sede arzobispal al padre de Otón, volvió entonces a cambiar de bando. Hubo negociaciones, escaramuzas y atracos a mano armada y en aquella confusión se secuestró de la fortaleza de Ala (muy cerca de las minas de plata de Goslar) a Adelaida, la hija mayor de Otón II, verosíblemente raptada por el Pendenciero y que después fue abadesa de Quedlinburg (y más tarde también de Gernrode, Vreden y Gandersheim), robando al mismo tiempo «el mucho dinero que allí se guardaba» (Thietmar). Al final, sin embargo, Enrique hubo de someterse el 29 de junio de 984 en la dieta imperial de Rara (en la turingia Rohr), tuvo que entregar el niño Otón a Theophanu y Adelaida y con ello renunciar a la corona.⁵

En manos de mujeres piadosas y del clero

Como Adelaida, la esposa de Otón I y rival de Theophanu, ya en 985 partió de la corte para Italia, la regencia en nombre del sucesor al trono y menor de edad la ejerció durante siete años, en forma hasta entonces inhabitual, su joven madre Theophanu, nacida hacia 955. Dos fueron los prelados que jugaron un papel determinante en el asunto: el arzobispo Willigis y el canciller y obispo de Worms, Hildibald, el falsificador en propio provecho de 18 documentos reales.

No consta con claridad la ascendencia de Theophanu. Probablemente era hija del emperador bizantino Romanos II. De lo que no cabe duda es de que fue una mujer con talento político, ambiciosa, culta y también pía. Conforme con ello, a la muerte de Otón II en 983, se dedicó a la educación de su hijo. Dos de sus hijas fueron monjas: Sofía, abadesa de Gandersheim, y Adelaida, abadesa de Quedlinburg, mientras que su sobrina Theophanu fue abadesa de Essen. (Más tarde Otón III, durante su presencia en Italia [desde 997], nombró a la abadesa Matilde de Quedlinburg, tía suya, su representante en Sajonia.)

La viuda de Otón no sólo se proclamó en ocasiones «Theophanu,

emperatriz por la gracia de Dios», sino que incluso masculinizó su nombre en «*Theophanius imperator augustus*», «Teofanio, emperador augusto» (en el caso de que no se trate de un error de los copistas), y en todo caso al comienzo también gobernó el imperio con bastante rigor. Naturalmente que estuvo rodeada por el alto clero, en cuyas manos también estuvo el sucesor al trono. En 987 nombró preceptor de su hijo de siete años a su favorito Johannes Philagathos, un griego de Calabria, a quien el año 980 Otón II nombró canciller de Italia y en 988 la viuda imperial le hizo arzobispo de Piacenza. Era un prelado muy arrogante, que como antipapa tuvo un destino espantoso. Y en 989 Theophanu encomendó la educación de Otón al capellán sajón Bernward, que más tarde sería obispo de Hildesheim, un santo que manejaba la cruz con la misma seguridad que la espada y que alcanzó una influencia considerable en la corte.

Tras la inesperada muerte de la joven emperatriz en Nimega el 15 de junio de 991, y hasta la mayoría de edad de Otón en 994, gobernó su abuela Adelaida, para entonces más que sexagenaria. La madre de Otón II, ligada por parentesco a media Europa, hermana del rey Conrado de Borgoña y suegra del rey Lotario de Francia, «la madre de los reinos» como la llamó Gerberto de Aurillac, fue a su vez una mujer muy piadosa y terminó como santa (su fiesta el 16 de diciembre). Incluso el *Lexikon für Theologie und Kirche* reconoce (en la primera edición de 1930): «Bajo la influencia de Adalberto de Magdeburgo Adelaida actuó sobre Otón en favor de la posición de poder de la Iglesia». (La tercera edición de 1993 ya sólo habla de su «influencia política».) Apoyada por la abadesa Matilde de Quedlinburg, demostró de hecho mucha más habilidad en la protección del clero que en la dirección de los asuntos del imperio. Fundó numerosos monasterios y derrochó la hacienda real con devoción creciente en iglesias, a las que inmediatamente de hacerse de nuevo con el poder hizo donación tras donación.

Solo la abadía de Selz (Baja Alsacia), su fundación favorita, en la que pasó la mayor parte del tiempo durante los últimos años de su vida antes de que en 999 «entrara gozosa en la morada eterna», recibió en los tres años de su administración del imperio diez palacios, siete herrerías, tres bosques, los ingresos de varias iglesias y capillas así como la inmunidad, el derecho de elección, mercado, moneda y protección real y papal. Así Dios no pudo menos de hacer «en su tumba numerosos milagros» (Thietmar). Aproximadamente la mitad de todos los documentos de donación de Adelaida mencionan monasterios como receptores. Personalmente ella tampoco residió en Pavía, la antigua ciudad real de los longobardos, sino en el monasterio femenino de San Salvador y Julia, quizá porque los ingresos y extensas posesiones de éste constituían una base más apropiada para la recuperación del poder. La señora del impe-

rio estuvo bajo la influencia de la reforma cluniacense, de la que fue un importante apoyo al haber mantenido relaciones amistosas con los abades Mayolo y Odilo (este último fue su biógrafo).

Entre estas damas imperiales de Otón I no podemos olvidar a su hija Matilde, mencionada ya alguna vez, a quien su padre hizo nombrar abadesa de Quedlinburg cuando todavía era una niña de once años. También jugó un importante papel político, en especial bajo su hermano Otón II, al que acompañó en sus campañas italianas, y bajo Otón III, cuya representante fue en Sajonia.

Sobre todas estas *dominae imperiales*, y muy particularmente sobre Theophanu y santa Adelaida, ejercieron una influencia extraordinaria sus consejeros espirituales, sobre todo el arzobispo y canciller imperial Willigis de Maguncia, que durante años apenas se separó del lado del joven rey, así como el canciller y obispo Hildibald de Worms. Cuán poco se preocupó de la emperatriz Theophanu cuando no coincidía con sus planes el obispo Willigis, agraciado por el papa con privilegios extraordinarios por encima de todos los arzobispos de Germania y Galia, se echa de ver en la denominada controversia de Gander. Durante algún tiempo aquél fue un gobierno del clero más que un gobierno de mujeres. Sobre todo en la primera mitad del año 993 los obispos Willigis e Hildibald parecen «haber administrado ellos solos el imperio» (Böhmer). Pero también después «siguió creciendo la importancia de los dos regentes eclesiásticos...». Por el contrario, todo considerado, «el prestigio del rey fue mermando de continuo durante el período del gobierno de tutoría» (Glocker). También de otros prelados sabemos bastante; tal sucede con Hatto I de Maguncia o en el siglo XI con los metropolitanos Adalberto de Hamburgo-Bremen y su antagonista Anno II de Colonia: sabemos «todo lo despóticos y arrogantes que se presentaban los obispos, a los que se les había confiado algo así como la regencia del imperio» (Althoff), lo que aprovecharon de hecho para hacerse con la dirección de los asuntos imperiales. También el arzobispo Giselher de Magdeburgo mantuvo evidentemente estrechos contactos con la corte en los años 991-994.

Incluso en los potentados, que gobernaban con mayor o menor autonomía, también su entorno más próximo jugó un papel decisivo en muchos aspectos, debido entre otras cosas al hecho de que sin su mediación nadie tenía acceso al rey; sus allegados podían asegurar o impedir una conversación con él.

Cuando Otón alcanzó la mayoría de edad, la influencia tanto de Adelaida como de los dos príncipes eclesiásticos Willigis e Hildibald se redujo notablemente a juzgar por lo escaso de sus intervenciones. A cambio el joven monarca promovió a otros clerizontes. Así, enseguida nombró canciller en Italia a Heriberto, arzobispo de Colonia (999-

1021), su amigo desde la infancia. Cuatro años después asumió también éste la cancillería alemana -lo que no dejaba de ser una señal de la alta estima en que lo tenía Otón- desde la que administró todo el imperio. En 999 Otón nombró papa a su capellán y primo Bruno, que ocupó la «santa sede» con el nombre de Gregorio V.

De gran prestigio ante el joven soberano gozaba también el obispo León de Vercelli (998-1026), sucesor de su predecesor Pedro asesinado por el margrave Arduino de Ivrea. El italiano León era desde 996 miembro de la capilla palatina y, junto a Gerberto, tal vez el consejero político más importante de Otón III. Canciller imperial desde el año 1000, no desaprovechó la ocasión para su provecho y el refuerzo de su poder personal y así, por ejemplo, se apoderó de los bienes del conde Arduino y de sus secuaces.

En la corte tuvo además un peso específico Notker, obispo de Lüt-tich, a quien Otón agració con algunos condados y que emprendió varios viajes a Italia al servicio del soberano (989-990, 996, 998-1002). A menudo intervino asimismo en los asuntos de gobierno y en otras empresas Enrique I de Würzburg, miembro de la alta nobleza y receptor de donaciones reales, que debía su sede episcopal a su (repulsivo) hermano y canciller Heriberto, quien a su vez en 999 fue nombrado arzobispo de Colonia (otros parientes, tal vez sobrinos, fueron los obispos Heriberto y Gezemann de Eichstätt).

Entre dos santos y un futuro papa

Al igual que Enrique, también el ya mentado san Bernward, descendiente de la alta nobleza sajona, fue un típico representante del episcopado imperial otoniano; desde 987 miembro de la capilla palatina, desde 989 educador de Otón y desde 993 obispo de Hildesheim. (También en su familia se acumularon los altos cargos eclesiásticos: su tío Folkmar fue obispo de Utrecht; otro pariente, Erchanbald, ocupó la silla arzobispal de Maguncia; su hermana Judith fue abadesa del monasterio doméstico de Ringelheim, su tía Rotgarda lo fue de la fundación imperial de Hilwartshausen y otra parienta, Frideruna fue asimismo abadesa de Steterburg.)

No obstante las diversas tareas de educación y de gobierno, Bernward aún encontró tiempo para elevar la denominada educación eclesiástica, encontró tiempo durante siete años (1000-1007) para luchar contra el arzobispo Willigis por el monasterio de Gandersheim y vencer; encontró tiempo para levantar fortalezas (un anillo amurallado defendido por torres en torno a su sede episcopal) y burgos (como los de Mund-burg y Warenholz). Y con todo ello no sólo manejó la pluma en favor de

Otón sino también la espada: en 994-995 contra los eslavos del Elba, en 1000-1001 frente a Tívoli y en el aplastamiento de los tumultos romanos; más aún, todavía en 1006-1007 tomó parte en una expedición guerrera de Enrique II el Santo. Pero el mismo año de su muerte vistió a toda prisa el hábito monacal, la cogulla benedictina... Y también fue canonizado el 21 de diciembre de 1192, pues en definitiva fue «siempre benéfico» para todos y «no hizo más que combatir por la santa Iglesia» (Wet-zer/Welte).

Durante su estancia romana Otón quedó muy marcado por el sabio Gerberto de Aurillac, su amigo y educador, a quien el joven emperador no negó ningún deseo. Debido a sus eminentes conocimientos, especialmente en los campos de las ciencias naturales, las matemáticas y la música, debido a su saber realmente fenomenal, que debía tanto a la cultura árabe como al mundo eclesiástico, ya había llamado la atención de Otón I. En 982 Gerberto fue nombrado abad del monasterio de Bobbio en Italia septentrional (fue el premio por su victoria en la disputa que el año anterior había mantenido en Ravenna y en presencia de Otón II con el canónigo sajón Ohrlich). En 991 Gerberto fue nombrado arzobispo de Reims, puesto en el que no pudo mantenerse y en el que hasta temió por su vida. En 998 fue arzobispo de Ravenna y un año después, por recomendación del abad Odilo de Cluny, fue elegido papa (Silvestre II).

Ya antes de la coronación imperial de Otón, a Gerberto se le podía encontrar en el séquito imperial «y así como ya había sabido atraer sobre sí el interés del anciano Otón I y con sus recursos dialécticos había sabido ganarse el beneficioso favor de Otón II, también ahora consiguió ganarse por entero al joven emperador» (Böhmer), que día y noche quería hablar con él.

En Roma también ejerció influencia notable sobre el soberano san Adalberto, un hijo del príncipe Slavnik de Libice, de la familia más importante de Bohemia después de los Premyslidos. En 983 Adalberto fue nombrado obispo de Praga, pero combatió inútilmente los usos paganos de los checos, haciéndose odioso por su rigor. En 988 marchó a Roma, donde Theophanu le colmó de regalos con la obligación de que orase por la salvación eterna del alma de su marido difunto. En 992 volvió a ocupar su silla de Praga, pero tras la ruptura con el duque Boleslao hacia 994-995 se refugió en Aquisgrán con Otón III, aunque desde allí una vez más hubo de partir para Roma, donde de nuevo estaba Otón. Y tras la retirada de éste hacia el norte en 996, pronto se encontró a su lado en Maguncia, si es que no había cruzado los Alpes en su compañía. Allí, en la ciudad alemana, parece que hasta compartió su dormitorio con él «como un ayudante de cámara muy querido» (*dulcissimus cubi-cularius*).

El biógrafo más antiguo de Adalberto refiere cómo el obispo enseñaba de continuo al joven soberano entreteniéndole «día y noche con conversaciones sagradas» e incitándole «con dulces palabras al amor de la patria celestial». Sea poco o mucho lo que hay de realidad en tales vidas de santos, lo cierto es que mantuvieron un trato extraordinariamente familiar. Y pronto el soberano hizo que en honor de Adalberto, luego misionero y mártir, se levantasen iglesias en Aquisgrán y en Roma y que ya en 999 fuese canonizado.⁶

«Nuestro eres tú...»

Otón III trabajó siempre en estrecha colaboración con la Roma papal y con los prelados. Con ellos cooperó tal vez en forma todavía más intensa que sus inmediatos predecesores. Fue miembro de varios cabildos catedralicios. Bajo su gobierno conocemos no menos de 35 capellanes de la corte y a través de ellos pudo la Iglesia contactar de forma continuada y en todo tiempo con la misma.

Repetidas veces ocupó el monarca junto con el papa la presidencia de los sínodos. Y a menudo intervino también con éste a favor de la restitución de las posesiones eclesiásticas. Fortaleció el poder de los obispos mediante privilegios de inmunidad, les proporcionó buenos ingresos, con frecuencia cada vez mayor les otorgó pingües derechos de mercado, moneda y peaje, y en el interior de Alemania algunos obtuvieron de él condados enteros, lo que por vez primera y sólo en forma aislada había ocurrido con su padre. Así, al obispado de Lüttich le concedió el condado de Huy, al obispado de Würzburg el condado sito en los cantones francos de Waldsazin y Rangau, al obispado de Paderborn un condado que se extendía por cinco cantones. Naturalmente allí desaparecieron los funcionarios reales. «El obispo era el titular de toda autoridad civil, habiéndose convertido en príncipe en el sentido literal de la palabra»; más aún, «no tenía que someterse a ningún poder político fuera del rey» (A. Hauck). Ya bajo el emperador Otón III «la concepción oficial era que los príncipes eclesiásticos precedían en rango a los príncipes laicos, aun cuando éstos pertenecieran a la familia imperial» (Bóhmer).

Otón III, que fomentó «una política imperial con tendencia misionera» (Fleckenstein), como sin duda no pocos de sus predecesores, fue personalmente más devoto de la religión que otros reyes y emperadores cristianos y dedicó todos sus actos «al provecho de la Iglesia» (Schramm). ¡Otón III tenía quince años cuando fue emperador y veintiuno cuando murió! Y cómo debe de haber influido el alto clero en aquel ánimo receptivo, entusiasta y vital, sobre el que también influye-

ron el pietismo de su tiempo, la ascética, la mística y el fanatismo clunia-cense. «¡Nuestro, nuestro es el imperio romano!» (*Noster, noster est Romanum imperium*), escribía exultante Gerberto (papa Silvestre) al joven emperador. «Nuestro eres tú, César, Emperador de los romanos y Augusto...» ¡Nuestro!

Otón agregó a su título fórmulas apostólicas de devoción: «Siervo de Jesucristo», «siervo de los apóstoles», «emperador romano por voluntad de Jesucristo, el difusor más piadoso y leal de la santa Iglesia». Repetidamente se imponía severos ejercicios penitenciales, a veces ayunaba cinco días a la semana y, según parece, muchas veces pasaba noches enteras en oración. En Gnesen se hizo flagelar sobre la tumba de san Adalberto. En el invierno y primavera de 999 hizo una larga peregrinación a pie desde Roma a Benevento para visitar el santuario del arcángel Miguel en el monte Gargano. Ese mismo verano marchó a Subiaco, en la región montañosa de Sabina, para entregarse al recuerdo devoto de san Benito. Con una persona de su confianza, como era el obispo Franco de Worms, se encerró quince días en una cueva (*spelunca*) junto a la iglesia de San Clemente en Roma para hacer penitencia. Lloró repetidas veces con piadosos ermitaños y se llevó consigo «reliquias» de Carlomagno, entre ellas un diente que arrancó del cadáver. «Nuestro eres tú...»⁷

En septiembre de 994, con la ceremonia de armar caballero a Otón (se supone que en una fiesta cortesana en Sohligen, aunque sin poder establecer la fecha precisa), terminó la tutoría de Adelaida, la viuda del emperador. Ella se retiró entonces a su monasterio alsaciano de Selz, y Otón asumió el gobierno efectivo. Todavía en el verano de 995, y con el apoyo de tropas polacas y bohemias, llevó a cabo una campaña devastadora contra los obodritas en Ostholstein y Mecklenburg. Con ello amplió sorprendentemente el obispado de Meissen a la vez que multiplicaba los ingresos del diezmo, en el supuesto de que el documento real no esté falsificado como a menudo se piensa y afirma.

Después, el joven soberano marchó con un ejército poderoso al sur. Entre cantos y salmos partió de Ratisbona en 995. Y en pleno invierno, cosa muy infrecuente, cruzó el desfiladero del Brénnero marchando al frente del ejército la santa Lanza, símbolo de sus aspiraciones a Italia y al imperio. En Pavía los grandes italianos le prestaron homenaje de pleitesía y juramento de lealtad. El 20 de mayo apareció Otón ante las puertas de Roma.⁸

Escenas en torno a la santa sede

Entretanto la corte papal andaba muy movida, cosa corriente en aquella época.

En los tumultos que siguieron a la muerte de Otón II, en la primavera de 984, Bonifacio VII había regresado de Constantinopla a la Ciudad Santa bien provisto de armas y oro. Hizo deponer y maltratar al papa reinante, Juan XIV (983-984), que en tiempos había sido el canciller italiano de Otón II y el obispo Pedro de Pavía. Lo hizo encerrar durante cuatro meses en una mazmorra de Castell Sant'Angelo y después le dejó morir de hambre o lo envenenó según otras fuentes (la inscripción funeraria en San Pedro pasa decentemente por alto las circunstancias de su muerte). Gobernó como Bonifacio VII menos de un año antes de que lo liquidaran, le despojaron de las vestiduras pontificales, mutilasen su cadáver desnudo cortándole las piernas, lo arrojasen de palacio y lo arrastrasen por las calles.

A Bonifacio VII -a quien la voz popular llamó más tarde «Malefa-tius» y Gerberto de Aurillac «monstrum horrendum», aunque Roma no lo declaró antipapa hasta 1904- le siguió a finales de julio el romano Juan XV (985-996). El cargo, además de al Espíritu Santo, se lo debió evidentemente a la familia de los poderosos Crescencios, un linaje romano de origen desconocido (el nombre auxiliar científico «Crescencios» deriva de un nombre frecuente en la familia). Durante la segunda mitad del siglo X y algo más los Crescencios ejercieron una gran influencia sobre Roma y algunas regiones de su entorno controlando durante algunos períodos el pontificado de la ciudad y recibiendo también apoyo del mismo. Pero cada vez más incurrieron en una contraposición de intereses tanto respecto de los Otones como del papado, que se iba fortaleciendo.

La exaltación al trono de Juan XV, impuesta a todas luces por el patricio Juan Crescencio, se hizo sin previa consulta a la corte alemana. El papa, hijo del sacerdote romano León, no fue amigo de los sacerdotes; favoreció más bien a la nobleza y sobre todo a sus parientes, a los que enriqueció, mientras que personalmente fue odiado por su codicia, venalidad y nepotismo, y precisamente entre el propio clero. Al morir Juan Crescencio en 988, su hermano Crescencio II Nomentano se erigió en dueño y señor del Estado de la Iglesia, y bajo su presión debieron de hacerse «enormes sobornos» (Kelly) como paso previo para una audiencia con el santo padre. Todo es venal en Roma, declaraba un obispo en 991, en un sínodo de Reims, y las sentencias se dictan según el peso del oro. De todos modos, el pontífice sediento de dinero declaró santo a Ulrico de Augsburgo el 31 de enero de 993, en un sínodo lateranense. Fue la primera canonización formal por un papa, aunque canonizó a un obispo que había manejado la espada en las campañas militares de dos soberanos, Enrique I y Otón I, un pastor de almas que había combatido y había matado hasta casi sexagenario.⁹

En marzo de 995 el papa escapó a Sutri huyendo de la presión de

Crescencio y del odio del clero, y según la vieja tradición romana pidió ayuda del otro lado de los Alpes. Pero antes de que Otón los cruzase, Juan XV regresó de nuevo a Roma, incluso con todos los honores, aunque pronto sucumbió a un acceso de fiebre.

Al acercarse el rey ya hubo tumultos en Verona, donde fueron degollados algunos de sus soldados. En Pavia le llegó la noticia de la muerte de Juan XV. Y cual si se tratase de la ocupación de un obispado imperial, designó papa en Ravenna al joven Bruno, su capellán y primo. Era hijo del duque Otón de Carintia, hijo a su vez de Conrado el Rojo y de Liutgarda, hija de Otón I. A comienzos de mayo de 996 el biznieto del emperador ocupó la silla papal con el nombre de Gregorio V (996-999). Era el primer papa alemán. Y el 21 de mayo Otón III, que tenía dieciséis años, fue coronado emperador por el papa de veinticuatro. Bien puede decirse que la familia lo había copado todo.

En los días inmediatos el soberano visitó las iglesias principales de Roma, y de común acuerdo con Gregorio presidió en la basílica de San Pedro el sínodo de la coronación, que duró tres días y que se ocupó principalmente de una serie de querellas eclesiásticas: la de Reims, la del obispo Odelrico de Cremona que quería exprimir a los mercaderes más poderosos de la ciudad, la disputa del abad Engizo de Brugna-to con el obispo Godfrido de Luni acerca del monasterio, donde el papa rompió los documentos presentados al sínodo por el obispo. A pesar de algunas tensiones ocasionales entre emperador y papa se ha destacado ante todo el buen entendimiento, la «actuación concertada» (Althoff) de ambos. Al final Gregorio agradeció al primo su papado, y así resulta perfectamente natural que mandase a los monjes del monasterio de Monte Amiata que rezasen por la estabilidad (*stabilitas*) del imperio.

Pero apenas Otón había vuelto la espalda a Italia, se alzó. Crescencio, convirtiéndose en señor despótico de la ciudad. Todavía en el otoño de 996 hubo de abandonar Gregorio la ciudad durante catorce meses, sin conseguir antes el regreso pese a dos tentativas que hizo con la fuerza de las armas. Residió la mayor parte del tiempo en Italia septentrional, mediante repetidas embajadas solicitó la ayuda del emperador y en un sínodo celebrado en Pavia (febrero de 997) lanzó la excomunión contra Crescencio. Entonces precisamente se nombró papa en Roma como Juan XVI a Juan Philagathós, arzobispo de Piacenza y padrino tanto de Gregorio como del emperador. No faltaron algunos sobornos, incluso Gregorio V, el reformador papa alemán, se embolsó dinero por sus resoluciones, cosa que Otón III aceptó como legítima.¹⁰

La expulsión de Gregorio por los romanos y la exaltación como antipapa de Juan Philagathós, que había sido amigo de Theophanu, indujo a Otón a cruzar por segunda vez los Alpes, mientras que en Alemania

ejercía el gobierno en su nombre su tía Matilde, abadesa de Quedlinburg.

A mediados de febrero de 998 el emperador se presentó ante las puertas de Roma. Y, como siempre, también entonces figuraban algunos prelados en su ejército. Tal el obispo Notger de Lüttich, un veterano combatiente que al menos cuatro veces había marchado a Italia en favor de los Otones, pero que también en 987 destruyó para siempre la difícil fortaleza de Chévremont cercana a Lüttich. Combatiente fue asimismo el obispo de Estrasburgo Wilderod y con él toda una serie de prelados de Italia septentrional con sus huestes guerreras. Entre los abades figuró incluso Odilo de Cluny, un auténtico santo (su fiesta el 2 de enero), quien no obstante su santidad también luchó muchos años con el obispo de Mâcon.

El antipapa Juan XVI, que había ejercido el cargo durante diez meses, intentó en vano ocultarse en una torre fortificada. Una tropa del conde Birichtilo (Bertoldo) de Brisgovia, antepasado de los zeringios y fundador del monasterio de Sulzburg, lo descubrió, lo apresó y, con el consentimiento según parece de Gregorio V y de Otón III, su antiguo discípulo, lo ajustició de forma horrible; pero el conde de Brisgovia pronto (si es que no probablemente por ello, o al menos a pesar de todo lo cual) se vio colmado de honores y agasajos. Y así, ya un año después pudo, como representante del emperador, investir a la hermana de éste. Adelaida, como abadesa con un báculo abacial de oro, enviado desde Roma a Quedlinburg. Y al mismo tiempo el torturador condal obtuvo un privilegio de mercado, moneda y aduana a favor de Villigen, en la Selva Negra, para dar a su mercado local un peso parigual a los mercados de Constanza y de Zurich. Ergo: «Su acción no sólo no le hizo caer en desgracia sino que le granjeó en grado sumo el favor imperial... Ambos "homenajes" indican claramente que Birichtilo se había ganado de manera especial el agradecimiento del emperador...» (Althoff).

¿Y qué es lo que había hecho el noble conde de Brisgovia? Había martirizado lastimosamente al antipapa preso haciéndole sacar los ojos y cortar las manos, la nariz, los labios, la lengua y las orejas. Los Anales de Quedlinburg hacen hincapié desde luego en que los criminales no eran amigos del emperador, sino «amigos de Cristo». Como quiera que fuese, al prisionero maltratado por la soldadesca imperial lo presentaron ante el tribunal del papa, quien lo depuso formalmente y le despojó de sus vestiduras de acuerdo con el ritual practicado en la Iglesia de Cristo. Entonces Gregorio, un papa reformista y con buena formación, cuya inscripción sepulcral exalta su capacidad para predicar en latín, francés y alemán, hizo que a Juan XVI, cegado, casi sordo e incapaz de hablar, lo revistiesen de nuevo en la iglesia con los ornamentos papales para arrancárselos después pieza a pieza.

Entretanto había acudido un compatriota de la miserable víctima, san Nilo, un anciano de 88 años admirado en toda Italia. El emperador y el papa lo acogieron con todo respeto en el palacio de Letrán, le besaron las manos y le hicieron tomar asiento entre ambos. Pero él sólo expresó un deseo: que hicieran conducir a su monasterio al pobre Philagathós, que los había sacado de pila a entrambos y al que ellos le habían mutilado y arrancado los ojos; allí en el monasterio quería llorar con él los pecados cometidos. El emperador, al que según parece se le saltaron las lágrimas, estaba dispuesto a ceder; pero el papa quiso disfrutar plenamente de su venganza. Mandó que coronasen al ciego no con la tiara papal sino con una ubre, lo echasen de la iglesia y, montándolo en un asno cuya cola empuñaba a modo de rienda, lo paseasen por Roma -en un remedo macabro- y lo encerrasen en una cárcel monacal, donde parece que vegetó durante años. Si la información es correcta, Otón se habría excusado por intermedio de un alto eclesiástico ante Nilo, quien habría replicado que el emperador y el papa habían obrado contra él la injusticia cometida contra el desgraciado Philagathós y que Dios les perdonaría como ellos habían perdonado al infeliz. Y el mismo día abandonó Roma.¹¹

Pero el rebelde Crescencio había huido a Castell Sant'Angelo, que se consideraba inexpugnable. Fue asediado durante dos meses sin interrupción, atacado día y noche según se cuenta, y el 28 de abril fue tomado al asalto por el margrave Ekkehard de Meissen. (El emperador recompensó generosamente con tierras al ilustre guerrero que también había combatido valerosamente contra los eslavos en el este. Pero cuando en 1002 quiso suceder al soberano, que había muerto sin descendencia, fue asesinado en el palacio de Pöhlde, probablemente por venganza personal, a manos de un grupo de la nobleza a cuya cabeza figuraban los condes Enrique y Udo de Katlenburg.)

Tammo, hermano del obispo Bernward de Hildesheim y amigo de Otón, había jurado por orden de éste proteger la vida de Crescencio. Varias fuentes italianas hablan de tales garantías juramentadas, que otras fuentes coetáneas confirman en lo esencial. Pero Crescencio había sido engañado y, «sin que haya que disminuir o negar nada...», fue ejecutado como reo de alta traición a requerimiento del papa, a quien le era malquisto» (Uhlirz). Según parece, por sugerencia del santo padre fue decapitado con otros doce cabecillas en lo más alto de la fortaleza, a la vista de todo el mundo; su cadáver fue arrojado desde las almenas, arrastrado por vacas a través de las calles encenagadas de Roma, y en compañía de los doce ejecutados, fue colgado cabeza abajo de una cruz en el monte Mario encima del Vaticano. El papa no se anduvo con remilgos y la idea del ahorcamiento sin duda que le pareció buena. A un conde de Sabina, llamado Benedicto, con quien el santo padre disputa-

ba la posesión de unas tierras robadas, le forzó a ceder amenazándole con que haría ahorcar ante sus ojos al hijo que tenía prisionero.

El papa Gregorio V, a quien los romanos odiaban perdidamente, murió de muerte repentina -«tras haber desempeñado bastante bien el cargo» (obispo Thietmar)- en la primavera de 999, no motivada por el veneno como se rumoreó, sino por la malaria. La *Vita Nili* divulgó también el rumor de que al papa lo habían cegado sacándole los ojos; pero probablemente se trata de una reacción literaria a su crueldad con el antipapa un año antes.¹²

Fuentes alemanas hablan de la «cloaca» romana, que el emperador habría limpiado. Califican a Crescencio de «perversus» y «membrum diaboli». Incluso Gerd Althoff, que precisamente a este respecto echa en cara muchas cosas al emperador y al papa, quiere después exculpar la brutalidad de ambos explicándola «no tanto por circunstancias personales como sed de venganza, desengaños e irritación», sino más bien por «las reglas de juego del siglo X», por las «reglas del tiempo». Ciertamente se mostraba clemencia con los vencidos, pero sólo una vez, la primera; en caso de recaída no había compasión alguna.

Pues bien, digamos de paso que hay no pocos ejemplos en contrario y que tales «reglas» eran precisamente «reglas» *cristianas*. Cristianos las hicieron y cristianos las practicaron. El «tiempo» no fue culpable; lo fue el hombre de ese tiempo. Y, hablando con propiedad, ni siquiera él tuvo la culpa, sino que la tuvieron el uso, el derecho, la ley, la manera de pensar, la fe de la época. Pero ¡todo eso era *cristiano* desde hacía siglos! ¡Se podía, se debía ser cristiano a cualquier precio! Incluso, y precisamente, al precio de la vida. Así, lo que aquí interesa siempre son los crímenes que los cristianos cometieron en nombre del cristianismo, de la Iglesia, del Estado o por su propia iniciativa, en buena medida contra los preceptos básicos de su misma religión. Ése es en definitiva nuestro tema. En todo tiempo y lugar el comportamiento de los cristianos ha sido antihumano, con desprecio y negación de la humanidad.

También en el este, por ejemplo. Ya el niño Otón III «se había ganado allí sus esporas», al decir de Wolfgang Menzel, uno de los provocadores alemanes del siglo XIX.¹³

El arzobispo Giselher soborna, falsifica y cobra

Las guerras del este, especialmente las campañas militares contra la anfictionía de los eslavos del Elba, de los liutizos, para imponer el reconocimiento de la soberanía alemana y del cristianismo, se mantuvieron de una manera continuada y cada vez con mayor frecuencia a partir de la sublevación de 983. Precisamente bajo la regencia de Theophanu se

inició entonces una política agresiva, «sostenida en el fondo por Giselher de Magdeburgo y por Eckhard de Meissen» (Kretschmann).

El arzobispo Giselher, con el que ya nos hemos encontrado repetidas veces, descendía de la nobleza oriental sajona; «de natural noble y noble alcurnia», le califica el obispo Thietmar, quien por lo demás no deja en él hueso sano. Otón I lo admitió en la corte y le hizo obispo de Merseburg en 970. Pero este príncipe de la Iglesia inmensamente ambicioso, que se lavó en todas las aguas sucias, iba a pasar también en el futuro mucho más tiempo en la proximidad de reyes y emperadores que en su propia diócesis. Supo granjearse el favor de los más poderosos, supo obtener grandes y numerosas donaciones y, finalmente, supo convertirse en arzobispo de Magdeburgo (981-1004), meta a la que había dirigido todos sus anhelos y esfuerzos. Esto desde luego sólo en virtud de ciertas disposiciones canónicas y tras la supresión del obispado de Merseburg. Ése fue el motivo de que Thietmar de Merseburg le odiase tanto, además de que en su desenfrenado afán de honores, dignidades e influencia cada vez mayores Giselher no retrocedía ante nada.

Así, en la persecución de su meta parece que hasta hurtó el cuerpo de san Lorenzo, sobornó a todos los príncipes y a la curia romana con fuertes sumas de dinero y obtuvo del papa enormes privilegios, como el derecho extraordinario de consagrar cardenales presbíteros, cardenales diáconos y cardenales subdiáconos; derecho del que, por lo demás, sólo podía presumir una diócesis (la de Tréveris), y eso únicamente en virtud de una falsificación. El arzobispo Giselher de Magdeburgo (o un cómplice suyo) falsificó asimismo; al ver justamente amenazada su influencia con la fundación del arzobispado de Gnesen, falsificó un privilegio papal en favor del arzobispo anterior, Adalberto de Magdeburgo, en el cual se confería a su obispado el primado en «Germania» a la vez que se le reconocía el derecho a 12 cardenales presbíteros, 7 cardenales diáconos y 24 cardenales subdiáconos. Tales exageraciones pronto debieron de parecer tan increíbles que la falsificación no prosperó.

Así y todo, en contra de las disposiciones de un sínodo papal celebrado en septiembre de 981, Giselher supo sacar otras ventajas notables, como fueron los derechos episcopales sobre siete aldeas fortificadas, ocupadas en su mayoría por esclavos paganos, con lo que obtuvo la parte septentrional del disuelto obispado de Merseburg. Consiguió dos monasterios propios: el de Pohlde y la abadía de San Lorenzo de Merseburg, ambos con grandes posesiones territoriales. Otón II, que ya había otorgado en 974 al obispo Giselher de Merseburg el gigantesco bosque del cantón de Chutizi, uno de los mayores complejos boscosos de Alemania, le concedió ahora la fortaleza de Kohren (en Altenburg) así como el palacio real de Priessnitz (en Borna) entregado con anterioridad a Merseburg. El arzobispo se apropió además de otras propiedades

inmuebles, que habían pertenecido a Merseburg y que en conjunto constituían «sin duda la parte más valiosa del antiguo ajuar de Merse-burg» (Claude).

Para cohonestar su manera de proceder -ocasionalmente arropada por el emperador- y ocultar un derecho originario, parece que Giseler eliminó todo tipo de actas y documentos. Al menos eso es lo que afirma el obispo Thietmar: «Éché al fuego o hizo asignar a su iglesia mediante el cambio de destinatario los documentos reales o imperiales que contenían donaciones». A este respecto la medievalística advirtió que la mayor parte de los documentos merseburgenses se los llevó consigo a Magdeburgo el arzobispo Giseler sin que los devolviese cuando se restableció aquella diócesis. «La falsificación y destrucción de otros documentos son perfectamente posibles» (Claude).

Dado que Giseler no sólo era muy ambicioso de cargos y posesiones, sino que además la frontera imperial estaba apenas una jornada de su residencia, se comprende su actividad en las guerras del este por entonces casi continuas. Con persistente regularidad informan las fuentes que año tras año toda la tierra de los eslavos (*totam terram*) era devastada «a sangre y fuego» (*incendiis et caedibus*), de modo que el asesinato con incendio se abría sensatamente en «la fecha habitual» (Böhmer) de la Asunción de María.¹⁴

Catorce años de guerra permanente contra los eslavos del Elba

Es evidente que desde la perspectiva histórica actual al menos una parte de la medievalística alemana minimiza con gran decencia ese terror continuado en el este. Así, Eduard Hlawitschka en su *Studienbuch* (!), con motivo de la *Ostpolitik* de Teophanu, dice escuetamente que los sajones «atacaron repetidamente a los eslavos del Elba»; asimismo hablando de la regencia de Adelaida dice en media línea: «luchas contra los liutizos y obodritas en 991-995» y Otón III emprende personalmente «sólo dos breves campañas en el verano de 997» contra los rebeldes.

En realidad se trata de una guerra permanente de casi catorce años, en la cual el imperio, al introducir una nueva *Ostpolitik*, se alió también con los polacos de Mieszko. Eso proporcionaba la ventaja de poder atacar a los liutizos desde dos flancos, desde el oeste y el este, encerrándolos en una tenaza a la vez que permitía un ataque conjunto. (El nombre de «liutizos» aparece en el curso del siglo X en lugar de la vieja designación de «wilzos».) Es probable que la alianza la hubiese dispuesto el arzobispo Giseler, que en 984 todavía estaba con el duque polaco en el banco de Enrique el Pendenciero.

Ya en 985 un ejército sajón, con la participación de Mieszko, irrumpió en el territorio liutizo y lo devastó. También otras dos incursiones de los alemanes, en 986 y 987, iban dirigidas contra los liutizos y contra Boleslao de Bohemia, que se negó a entregar la Marca de Meissen (Misnia) ganada en 984 y perdida al año siguiente. Tales ataques también los apoyó Mieszko de Polonia; más aún, en la campaña del año 986 marchó también el rey de seis años, con el propósito evidente de «animar» a los guerreros cada vez más cansados y hasta reacios a la lucha. Y es probable, aunque carecemos de testimonio explícito, que en ambas expediciones militares tomase parte el arzobispo Giselher. Por doquier hubo devastaciones horribles y fueron arrasadas cuarenta y seis plazas fuertes; pero aunque los invasores forzaron la entrega de tributos no recuperaron ninguno de los territorios perdidos.

En 990 siguió de inmediato una segunda correría contra el territorio eslavo del Elba, que a los ojos de Thietmar de Merseburg estuvo dominada por el diablo. Al estallar el conflicto entre Polonia y Bohemia las tropas alemanas regresaron bajo el mando del arzobispo Giselher y del margrave Ekkehard de Meissen para liberar a los polacos. Pero Boleslao sorprendió a los alemanes, que todavía por la mañana habían oído misa, y mandó desarmar al obispo y al conde hasta tanto que refrendaron la paz con juramento solemne.

En 991, y sin duda durante la celebración de la sagrada Pascua en Quedlinburg, se decidió con Mieszko de Polonia otra guerra en comandita. Otón personalmente, con un gran reclutamiento de tropas sajonas, conquistó y perdió en el mismo año Brandemburgo, una ciudad combatida y reconquistada por ambos bandos y que era la capital de los heve-lios, una liga wilza que desde 983 se había asociado a los liutizos. Y allí estaba una vez más el arzobispo Giselher. Méritos especiales contrajo entonces el obispo Milo de Minden con sus sajones occidentales, cuya presencia en un combate contra los liutizos está aquí probada por vez primera.

En 992 se irrumpe de nuevo y por dos veces (en junio y en agosto) en territorio liutizo, aportando su ayuda los piadosos polacos en todas aquellas luchas. Y al segundo enfrentamiento no sólo acudió Otón III con un ejército extraordinariamente grande sino que por vez primera también se presentó el cristiano Boleslao de Bohemia. Así, aquel nuevo asalto sangriento, en el que el clero combatió a la cabeza y en el que cayó el abanderado Diethard, un diácono de la iglesia de Verden, asumió sin más «el carácter de una guerra religiosa» (M. Uhlig).

Pese a todo ello parece como si los alemanes no hubieran conseguido más que extorsionar con tributos, puesto que en las propias filas hasta se echó de ver el disgusto por las incursiones tan continuadas como estériles. No hay duda de que el gobierno regente intentó elevar el espí-

ritu de lucha mediante donaciones a nobles y monasterios en los territorios fronterizos, sobre todo al tener también de su parte a los bohemios. (Así, por ejemplo, la diócesis de Quedlinburg obtuvo en 993 extensas posesiones en Havelandia, las localidades de Potsdam y Geltow así como una isla que no se precisa.)

Ya en 993 se anuncian de inmediato tres nuevas ofensivas de los sajones contra los eslavos, después de las cuales el rey premió con grandes donaciones a los obispos Hildibald de Worms y Giselher de Mag-deburgo por méritos especiales. Al fin y al cabo, como sospechan los investigadores, el magdeburgués apenas había faltado en todas aquellas guerras y precisamente en los primeros años noventa había mantenido relaciones intensas con la corte de Otón III, siendo considerado el «valedor de la *Ostpolitik* alemana» (Claude).

En 995 Otón llevó a cabo una incursión de castigo, que asoló el país a lo largo y a lo ancho, por una gran sublevación de todos los liutizos y obodritas que había estallado el año anterior. Esta vez también entraron en liza los cristianos de Polonia y Bohemia, y entre ellos se encontraba Sobebor, el hijo mayor de Slavnik y hermano del santo obispo Adalberto de Praga. Y parece que se destacaron en sumo grado las mesnadas del obispado de Meissen, que experimentó entonces el favor especial del emperador Otón.

En 997 prosiguieron los combates, incendios y saqueos en el territorio de los hevelios, la mayor parte del tiempo bajo el mando supremo del emperador y durante algunas semanas en un sector particular a las órdenes de Giselher, que perdió algunos de sus hombres echando la culpa a su sucesor en el mando y que hubo de emprender de inmediato la huida, sin perder por ello las simpatías del joven Otón.

El emperador por su parte había confiado al arzobispo la fortaleza de Arneburg (a la izquierda del Elba, en Stendal) como garantía de seguridad. Pero los eslavos se lo atrajeron so pretexto de negociar delante de la fortaleza y le tendieron una emboscada. Y mientras su escolta mordía el polvo el prelado pudo escapar precipitadamente. Thietmar lo cuenta en estos términos: «Llegaron ya a las manos los combatientes de ambos bandos; el obispo, que estaba sentado en el carro, pudo emprender la huida en un caballo, pero de su gente sólo pudieron escapar a la muerte unos pocos. Los eslavos victoriosos -era el 2 de julio- pudieron saquear a mansalva los cadáveres de los caídos lamentando únicamente que el arzobispo se les hubiese escurrido».

Pero no fue bastante con todo ello. Sin esperar a su relevo, el margrave Liuthar, tío de Thietmar, Giselher abandonó la fortaleza pues su servicio de guardia había ya transcurrido; de camino se encontró con el conde, que se incorporaba y a cuyas órdenes quedaba ahora la fortaleza, y el arzobispo «se la encomendó apremiantemente y desapareció». En

el interin, sin embargo, los eslavos habían penetrado en la fortaleza no vigilada y le habían pegado fuego; al acercarse Liuthar la encontró ya pasto de las llamas y «en vano intentó por medio de un mensajero convencer al arzobispo para que volviese». El prelado se negó a prestar cualquier ayuda y regresó a casa. El conde, por su parte, no pudo apagar el fuego que había prendido en el castillo, hubo de dar «por perdida la puerta abierta a los enemigos», dejarse incriminar después ante el emperador y purificarse mediante un juramento del reproche de culpabilidad.

Durante aquellas campañas militares, en el curso de las cuales Otón devastó el país de los eslavos «con incendios y grandes saqueos» (*incendio et magna depredatione vastavit*), también le acompañó el que había sido arzobispo de Reims, Gerberto de Aurillac, y futuro Silvestre II, el primer papa francés. Además en el este combatieron, entre otros, el arzobispo Willigis de Maguncia, pese a su edad, así como el obispo Enrique de Würzburg, ambos con sus tropas, y el obispo Ramward de Min-den (996-1002), personaje especialmente significativo que precedía a todos, incluso a los abanderados, con un crucifijo en la mano y arengando a la tropa con voz poderosa contra el enemigo... «Un bello ejemplo de aquellos obispos guerreros del imperio, que sabían manejar la espada lo mismo que la cruz» (Holtzmann). Precisamente entonces cayó «un número muy grande» de los diablos eslavos, convirtiendo al resto de los desgraciados en botín de conquista.¹⁵

Sin querer minimizar en modo alguno tan «inmensas actividades militares» en el este, recientemente se ha advertido sobre el error de ver aquí unos frentes demasiado fijos, unos Estados belicosos que llevan a cabo acciones sistemáticamente planificadas, una estrategia de reconquista o incluso unos golpes de mano preparados desde el poder central. «Las fuerzas motrices más bien parecen haber sido el impulso de venganza, el afán de botín o tributos, a los que se abandonaron los margra-ves y obispos sajones no pocas veces sin intervención del rey y sin mandato suyo» (Aithoff). Así pudo ocurrir en muchos casos, pero en otros no. Para nosotros -y para las víctimas- tales distinciones no resultan tan relevantes. Y ello porque si condes cristianos y obispos robaban y mataban por su propia cuenta o lo hacían siguiendo consignas del poder central, su actuación forma parte sin duda de la historia criminal del cristianismo.¹⁶

Todavía en 997 combatió Otón III contra los liutizos. Mas cuando marchó hacia el sur, cuando antepuso la política italiana a la *Ostpolitik* -y desde luego bajo la influencia patente de Gerberto de Aurillac, futuro papa-, quiso tranquilidad en el este y firmó la paz con el enemigo. Se había combatido sin interrupción durante catorce años, al menos con una campaña casi cada año, cuando no con varias. Se reclutó incluso a

los bohemios y una y otra vez a los polacos cristianos contra los paganos. Pero de repente se actuó en forma pacífica. Y sólo algunos años después hasta un santo, el emperador Enrique II, llevó a cabo tres largas guerras sangrientas hombro con hombro con los liutizos paganos contra los polacos cristianos, que habían sido tan provechosos a su predecesor, aunque él lo fuera más aún para ellos.

(Sin embargo, fue precisamente entonces, en tiempo de las reformas cluniacenses, cuando se había difundido la idea explícita de que la cristiandad constituía una unidad que no debía combatir contra sí misma. Así escribía en 994 en el monasterio de Fleury sobre el Loira, que había aceptado la reforma de Cluny, el erudito abad Abbo en la enconada disputa con su obispo diocesano Arnulfo de Orleans, principal asesor de Hugo Capeto: «La auténtica caballería no combate entre sí en el seno de su madre, la Iglesia, sino que dirige todas sus fuerzas para someter a los enemigos de la santa Iglesia de Dios». Los cristianos no debían atacar a los «creyentes ortodoxos» sino a los paganos, predicaba el reformador... Y en la visita al priorato gascón de La Réole, que le estaba sometido, fue asesinado por sus monjes amotinados.)

«... reunir las legiones», acción concertada en Gnesen en provecho de Roma

El hecho de que en Polonia se hubiese fundado el obispado de Posen lo más tarde en 968 y que el país se hubiera hecho cristiano en apenas una década reportó a su soberano ventajas indiscutibles. Mieszko I pudo conquistar poco después toda Pomerania.

Tras la muerte de su mujer, la premislida Dobrawa (977), Mieszko desposó a Oda de Haldensleben, hija de Dietrich, el poderoso margrave de la Marca Septentrional; y a la muerte de éste (985) llegó a una inteligencia con el gobierno imperial como representante de los intereses de su esposa en las Marcas. Y si su matrimonio con Dobrawa había sellado en tiempos la alianza con Bohemia, ésta se rompió a finales de los años ochenta por causa de Silesia. Mieszko entró después en disputa con su cuñado Boleslao II, a quien apoyaban los liutizos paganos, mientras que el polaco contó con la ayuda de tropas alemanas y pudo retener Silesia. Y esto a pesar de que en el ínterin hasta se había aliado con el antagonista de Otón II, Enrique el Pendenciero; todavía en 984 le prestó vasallaje como a su «rey y señor» sin verse por ello perjudicado. Ciertamente que ya al año siguiente se pasó al bando de Otón III y al lado de los sajones combatió a los eslavos paganos.

En su prosecución de una política que sabía adónde apuntaba, Mieszko se convirtió en el paladín agresivo del cristianismo en el frente

septentrional pagano. Misión y conquistas militares se mezclaron también en Polonia

Símbolo de tan estrecha vinculación podría ser la unión directa de la catedral de Posen, ya hacia el año 1000, con la fortaleza local, la más grande y la más fuerte de Polonia con su muralla de más de diez metros de alta y unos veinte de ancha.

En sus ataques contra los liutizos en el territorio de las marcas entre el Elba y el Oder los bohemios cristianos prestaron ayuda ideológica y militar al duque polaco; también habían enviado a Polonia los primeros misioneros. Por lo demás los bohemios no pudieron mantenerlo alejado por mucho tiempo de sus propios territorios de influencia en el sur y en el oeste. Mieszko irrumpió por sorpresa contra los mismos en los finales años ochenta, cuando Bohemia entró repetidas veces en conflicto con el imperio y la Iglesia. No sólo se adueñó de la desembocadura del Oder, sino que también arrebató Silesia a los checos cristianos. Y cuando éstos, en 990, intentaron recuperar su territorio con ayuda de los liutizos paganos, frustró el empeño un ejército sajón al mando del arzobispo Giselher y del margrave Ekkehard de Meissen, aliados con el polaco. Éste, por motivos de seguridad, y sin romper su relación con el imperio alemán, hizo donación de su país a San Pedro, aunque continuó apoyando las ofensivas alemanas contra los liutizos.¹⁷

El famoso acto de donación, por el cual un cierto *iudex* de nombre Dagome y su esposa, la *senatrix* Ote (Oda), con dos hijos someten su territorio de Gnesen (Schinesghe) a la jurisdicción del papa Juan XV, se nos ha transmitido en el denominado *Documento del iudex Dagome*, que también contiene la descripción geográfica más antigua de las fronteras de Polonia. La regesta, consignada en seis manuscritos y acompañada de una inmensa literatura, es la primera donación conocida de un país a la denominada sede apostólica. Desde luego este acto jurídico no está testificado en ningún otro documento; pero quizá tiene su confirmación en el «óbolo de San Pedro» que Polonia siempre pagó.

Si con ello pretendía Mieszko I asegurar a sus hijos menores de edad la sucesión directa al trono, como se supone, hay que decir que fracasó por completo. En efecto, apenas había muerto cuando le sucedió su famoso hijo (de un primer matrimonio) Boleslao I Chrobry el Valiente (992-1025), que eliminó a sus competidores. Expulsó a su madrastra Oda y a los niños enviándolos a Alemania e hizo cegar a otros dos parientes. Así se aseguró la soberanía exclusiva y, con ello o a pesar de ello, su camino a la fama. Pero su hábil padre y predecesor había preparado con la «Regesta del iudex Dagome» la fundación de una Iglesia propia y consecuentemente la independencia de Polonia frente al imperio alemán.

Boleslao, que se consideraba *tributarius Sancti Petri*, fue un cristiano

muy piadoso. Había favorecido la misión de Adalberto, cuyo cadáver compró a los paganos de Prusia y lo hizo inhumar en la Marienkirche de Gnesen. Por lo demás también acosó al imperio cristiano, conquistó Po-merania, Breslau y Cracovia, convirtiéndose en el primer rey de la Gran Polonia, que entonces se extendía desde el mar Báltico al norte hasta las crestas de los Sudetes y los Cárpatos al sur, y desde el territorio de los rusos hasta el Oder.

Polonia se convirtió rápidamente en una nación cada vez más poderosa, siendo un aliado muy codiciable para los combatientes católicos. «De común acuerdo con el papa pudo entonces el emperador acometer de nuevo la organización de la misión oriental, que Otón I había tenido que interrumpir» (Hauptmann).¹⁸

Ambos puede que desearan fervientemente la muerte martirial de Adalberto de Praga. El tal Adalberto, hijo del príncipe Slavník de Libice (fallecido en 981) -que dio nombre a los slavníkidas, tal vez emparentados con los premyslidas y ciertamente sus abiertos rivales, a los que eliminaron a finales de septiembre de 995 (cuatro de sus hijos perecieron y el quinto desapareció apenas una década más tarde)-, no habría soportado por más tiempo la inmoralidad de sus diocesanos (o, como otros piensan, los roces con su superior Boleslao II, a quien los slavníkidas se le antojaban poderosos en demasía). El obispo viajó a Roma, pero el papa Juan XV le obligó a regresar; se enfrentó a nuevos conflictos, por lo que una vez más emprendió el camino de la capital católica, pero Gregorio V le impuso la vuelta. Permaneció entonces en Maguncia junto al emperador Otón III, con quien compartió dormitorio, y partió después hacia los paganos prussos (pruzzos).

Estos antiguos prusianos, cuya religión estrechamente ligada todavía a la naturaleza conocía numerosos montes, árboles, bosques y manantiales sagrados, se defendieron encarnizadamente contra su cristianización. Sólo después de más de doscientas batallas, que especialmente en el siglo XIII y por obra de la orden teutónica condujeron a la despoblación de territorios enteros, pudieron los prussos ser forzados a la aceptación de la Buena Nueva y sólo en el siglo XVII se fundieron definitivamente con los alemanes.

El obispo Adalberto quiso ya en su tiempo contener a los prussos «con el freno de la sagrada predicación», mas pronto se convirtió en testigo de sangre, en mártir, cosa que probablemente siempre había anhelado (aunque repetidas veces había huido de sus propios diocesanos. y más aún, supuestamente, del duque bohemio Boleslao II, el aniquilador de los slavníkidas, aunque también levantó numerosas iglesias y monasterios, lo que le valió el sobrenombre de «el Piadoso»). El príncipe polaco Boleslao Chrobry compró «enseguida, por una cantidad de dinero, la cabeza y los miembros del glorioso mártir» (Thietmar) y sobre el

cadáver se constituyó ya el año 1000 el arzobispado de Gnesen. El emperador, el papa y el propio Boleslao se pusieron de acuerdo para nombrarle rey. Pero probablemente protestaron los príncipes. Y así Otón pudo poner en el banquete, aunque sólo fuese de manera simbólica, su propia corona sobre la cabeza del «amigo y aliado», del «hermano y colaborador del imperio»¹⁹

Pero el obispo Thietmar, que estaba muy lejos de estimar al «taimado» polaco, dice de éste que Otón III en Gnesen «había convertido a un tributario en señor» (*tributarium faciens dominum*) e implora la misericordia de Dios sobre el emperador por «haber exaltado tan alto» a Boleslao, que «se atrevió de continuo a someter poco a poco a obediencia a los que estaban arriba, a seducirlos y ganárselos con el fácil cebo del dinero perecedero para daño de siervos y libres».

Desde el lado polaco las cosas se veían naturalmente de otro modo. En la crónica más antigua del país aparece el Estado de los Piastas, ahora llamado Polonia, dentro del imperium como un reino de la misma condición que Alemania. El mismo duque Boleslao, aquel «*athleta Christi*», aquel «*rex christianissimus*», como le ensalzan sus coetáneos, fue colmado de títulos honoríficos romanos. Se le llamó «*populi roma-ni amicus et socius*», amigo y aliado del pueblo romano, «*frater et coo-perator imperii*», hermano y colaborador del imperio. También dice la crónica más antigua de Polonia que Otón confirió al príncipe polaco honores eclesiásticos, «lo que en el reino de los polacos pertenecía al imperium».

Ahora bien, el *Gallus Anonymus*, el benedictino del sur de Francia, escribió su «*Crónica et gesta ducum sive principum Polonorum*» sólo a comienzos del siglo XII. Había trabajado además en la capilla de Boleslao III Krzywousty (Bocatorcida, 1085-1138); más aún, su obra histórica no sólo se les leyó en la corte polaca a los dignatarios, sino que también fue censurada.

Por ello se mantiene hasta el día de hoy una dura controversia acerca de los límites reales en que se movía la autonomía del soberano polaco, sobre si Otón le nombró patricius o rey y sobre si Polonia fue un país sometido o independiente. Y se comprende que la controversia se dé sobre todo entre investigadores alemanes y polacos o europeos orientales, pues entre tantas otras cosas en ella se deja sentir poderosamente el fantasma del statu quo político.

Una cosa es cierta: Boleslao recibió una reproducción de la santa Lanza (que hoy se encuentra en el tesoro de la catedral de Cracovia), la cual obligaba al receptor a la «*defensio ecclesiae*» (y entregó en correspondencia el brazo de san Adalberto). También pasaron a Boleslao los derechos del emperador sobre la Iglesia polaca. Con lo cual su prestigio creció enormemente, lo mismo que su ambición. Y en definitiva el pro-

vecho de todas aquellas dignidades e insignias no recayó en el imperio romano sino en la Iglesia romana... hasta hoy.²⁰

Pero la misión nacional en el este estuvo de primeras muy lastrada con el *odium* del Dios «alemán». Así volvió a demostrarlo de forma drástica en 983 la sublevación liutiza. Por ello Otón declaró independiente a la Iglesia polaca. Como «apóstol al servicio del Señor» (Holtz-mann), como «siervo de Jesucristo» -un título paulino que destaca el «rol apostólico-eclesiástico del emperador» y que es expresión de su «muy estrecha colaboración» con el papa (Jedlicki)-, peregrinó el año 1000 a Polonia, fue recibido por Boleslao Chrobry en la frontera «de modo muy amistoso» y, bañado en lágrimas, se postró sobre la tumba del santo mártir en la capital Gnesen.

El cometido de Otón en el este, que también expresa el título que acabamos de citar, «*servus Jesu Christi*», y que casa tanto con la concepción del emperador como con la del papa, lo había formulado poco antes Gerberto, el futuro papa, en estos términos: «Reunir las legiones, penetrar en el territorio enemigo, detener el ataque de los enemigos, enfrentarse personalmente a los mayores peligros por la patria, *por la religión* y por el bien... del Estado».

Todos los actos de Gnesen respondían a la cooperación de emperador y papa. Sin duda de acuerdo con éste fundó Otón en el año 1000 el arzobispado polaco de Gnesen en la fortaleza del lugar, en presencia del legado papal y de Boleslao I Chrobry y con la oposición del obispo de Posen, el alemán Unger. Otón dio al nuevo obispado un santo eslavo, su amigo Vojtech-Adalberto; le dio un arzobispo eslavo, a Radin-Gauden-cio, hermanastro de Adalberto, que había acompañado al santo en su viaje misionero entre los prussos. Y le sometió los obispados sufragáneos de Breslau, Kolberg, Cracovia y probablemente otros.

Con esta concesión decisiva al príncipe polaco el emperador perseguía unos objetivos religiosos y políticos. Polonia, al igual que Hungría, podría así robustecerse en el plano eclesiástico, vincularse más estrechamente al cristianismo y constituir un bastión contra el paganismo en el norte. Al mismo tiempo con ello quería Otón naturalmente afianzar la fuerza de choque del imperio, expandirlo aún más e incorporarle también los países del este europeo.

Por todo ello Polonia era más interesante para los cristianos que Bohemia. Al duque Boleslao, a quien casi abrumaron con honores y muestras de favor, se le asignaron Selencia, Pomerania y Prusia como territorios misionales; con lo que también el papa se prometía una mejora en la situación patrimonial de la Iglesia. En los monasterios de Italia central y en Polonia se formaron misioneros especiales para la misión eslava; con tal fin los extranjeros se acomodaron a la población autóctona hasta en la vestimenta y en el corte de pelo.²¹

También respecto de Hungría trabajaron unidos Otón III y el papa. Allí se había hecho bautizar Waik, hijo del duque Gaisas de Hungría en 996, adoptando el nombre de Esteban. El emperador fue su padrino de bautismo y, junto con el papa, autorizó en abril de 1001 la creación del arzobispado de Gran. Asquerio, un discípulo de Adalberto, lo ocupó y como legado papal coronó a Esteban con una corona enviada por Otón. Igual que en Polonia, también en Hungría el emperador y la Iglesia avanzaban de la mano hacia el este. Mas también en el extremo norte y en el sur, en Dalmacia, se anunciaban otros éxitos misioneros y triunfos de Otón III. «Se vio como un nuevo apóstol, por lo que en su círculo ideológico ocuparon el primer plano los elementos eclesiásticos» (Schramm).²²

Más allá del período que estudiamos, ya unas décadas dentro del siglo XI, persiste una disputa entre clerizontes, que se inicia y culmina todavía bajo Otón III y que por lo mismo podemos tratar aquí a modo de apéndice.

La disputa de Gandersheim

Gandersheim, la fundación familiar más antigua de los Liudolfingios, fue creada a mediados del siglo IX por el conde Liudolfo, el antepasado de la casa imperial sajona. El piadoso Varón había destinado primero a tal efecto su hacienda familiar de Brunshausen; pero después eligió un pequeño cortijo rodeado de pantanos en el que se alojaban sus porquerizos. Ahora bien, Brunshausen pertenecía al obispado de Hil-desheim, pero el cortijo de los porquerizos, que había terminado por convertirse en el monasterio femenino de Gandersheim, probablemente pertenecía al territorio del arzobispo de Maguncia. En consecuencia el obispo diocesano Altfried de Hildesheim había consagrado a la primera abadesa, destinada originariamente a Brunshausen, mientras que, ahora que trabajaba en Gandersheim, era consagrada simultáneamente por los obispos de Hildesheim y de Maguncia.

La disputa por la fundación ricamente dotada podría decirse que prendió por causa de Sofía, la hija mayor del emperador Otón II y de Teophanu. Ya en 979, cuando aproximadamente con cuatro años Sofía fue confiada al monasterio de Gandersheim y había de convertirse en una «sierva de Dios», se negó en redondo «a recibir el sagrado velo del señor Osdag (su obispo de Hildesheim) y se dirigió a Willigis, pues consideraba contrario a su dignidad ser consagrada por un obispo que no portaba palio» (Vita Bernwardi). Quería un metropolitano, el poderoso arzobispo de Maguncia (como más tarde, al ser elegida abadesa, rogó y obtuvo de nuevo para su consagración abacial a un portador de palio), y

es algo que se comprende tratándose de una humilde cristiana. El arzobispo, bajo cuya influencia estimulante probablemente se encontraba la donada, mostró tanta más comprensión cuanto que el arzobispado de Maguncia, desde la fundación del arzobispado de Magdeburgo, ya había perdido los obispados de Brandemburgo y de Havelberg, por lo que quiso evitar más recortes y «evidentemente también podía formular según derecho viejas reclamaciones territoriales sobre la región de Gandersheim» (Goetting).

Y así, Willigis exigió por primera vez en el *anno domini* de 987 la jurisdicción sobre el monasterio. Cuando el 18 de octubre Sofía, la hija del emperador que ya había cumplido los doce años, fue consagrada allí monja (Willigis había combatido poco antes en la campaña de Otón III contra Bohemia), hubo un largo y acalorado intercambio de palabras sobre la propiedad de Gandersheim entre el arzobispo y su sufragáneo, el obispo Osdag de Hildesheim. Y todo ello en la misma iglesia, ante el altar, y en presencia del rey que tenía siete años, de la emperatriz Teo-phanu y de numerosos obispos y príncipes. Cada uno de los dos hermanos *in Christo* incluía la fundación en su diócesis: Willigis en el arzobispado de Maguncia, y Osdag en su obispado sufragáneo de Hildesheim. Y el «señor Osdag», que en un memorándum contemporáneo figura como «*simplicis animi vir* (varón de ánimo simple) no se dejó intimidar por el arzobispo, sino que «por inspiración divina hizo colocar su silla junto al altar, para defender de ese modo el lugar y su derecho soberano» (*Vita Bemwardi*). Sólo a regañadientes terminó entonces la disputa, mediante un arreglo: Willigis celebró una misa solemne en el altar mayor y después, conjuntamente con Osdag, procedió a la consagración de Sofía, mientras que a las demás «siervas de Dios» las consagraba únicamente el obispo de Hildesheim.²³

Supuestamente las cosas discurrieron después «en buena paz y armonía» y hubo concordia tanto bajo el obispo Osdag como bajo su sucesor Gerdag (990-992). Pero bajo el santo obispo Bernward de Hildesheim (993-1022) la disputa se reavivó con mucha más fuerza, interviniendo en ella el emperador y el papa y «el veneno de la falsedad puso fin al amor naciente» (*Vita Bemwardi*).

El asunto empezó de nuevo cuando la monja Sofía, que rondaba los veinte años, con gran disgusto de la que era su abadesa y prima Gerbcr-ga II (949-1001; que también había entrado de niña en el monasterio de Gandersheim; era sobrina de Otón «el Grande» y fue maestra de la ca-nonesa y famosa poetisa Hrotsvit, Roswitha, muerta hacia 975) se escapó del monasterio de Gandersheim para vivir durante varios años sin interrupción en la corte de su real hermano, llevando una vida nada canónica «y haciendo circular toda clase de rumores sobre su persona» (*Vita Bemwardi*). Por lo demás en la corte permaneció justamente el

tiempo que Willigis ejerció allí de archicanciller. Al mismo tiempo que él abandonaba el cargo también la princesa regresaba a Gandersheim. Para el de Maguncia fue un fracaso que en 993 Bernward, capellán de la corte y educador altamente estimado de Otón, fuera nombrado obispo de Hildesheim. Y al igual que la severa abadesa Gerberga, también el nuevo obispo de Hildesheim, el conde sajón Bernward, experimentó un fuerte escándalo con la evasión de Sofía -aunque su propia amiga, la abadesa Matilde de Quedlinburg, en tiempos también había pasado un año entero en Italia bastante alejada de los muros de su monasterio-, lo que naturalmente no implica la menor reticencia pues Bernward superó «personalmente en pureza de costumbres a los varones más encanecidos» (Walterscheid).

Por el contrario el arzobispo Willigis, conocedor de la corte como pocos, no podía ver nada desacostumbrado en tales escapadas de monjas que pertenecían a la casa imperial. Y la princesa Sofía, la necesitada de protección *{patrocinando}*, instigó al arzobispo «con discursos amargos» y declaró que «el obispo Bernward no tenía que decirle nada y que el monasterio de Gandersheim pertenecía a la diócesis del arzobispo». Indispuso a éste «gravemente contra el señor Bernward» y naturalmente lo alentó a renovar sus pretensiones sobre Gandersheim. Más aún, «Sofía estaba de continuo a su lado, habitaba junto a él y día y noche impulsaba su causa»; una bella frase, aunque en el original latino dice ' más y presenta una mayor trabazón: «*Sophia assidue illi cohaerens et cohabitans, haec interdum noctuque ambiebat*». Lo que ciertamente no significa en ningún caso que la princesa, hermana mayor de Otón III, ocupase más que «el oído benévolo del arzobispo», para decirlo con palabras de Hans Goetting.

Todo ello irritaba al predicador moralista Bernward. Ciertamente que se lo debía todo a Willigis: éste le había ordenado subdiácono, diácono y sacerdote; probablemente también por su mediación se había convertido en preceptor del emperador y más tarde fue elevado a la sede episcopal de Hildesheim. Por lo demás el carácter y los intereses de ambos no diferían mucho. Sólo que ambos pretendían Gandersheim. Pero las monjas, que por la grave enfermedad de Gerberga estaban ahora bajo la autoridad de Sofía, de vuelta otra vez al monasterio, negaron su obediencia al santo de Hildesheim. Únicamente con la protección de numerosos servidores, el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Cruz, del año 1000 pudo romper el cerco de una muchedumbre, que de haber podido lo habría expulsado de allí («*cum iniuria*» naturalmente), y lograr el acceso a la iglesia del monasterio y celebrar la santa misa. Pero al llegar el ofertorio las piadosas monjitas arrojaron a los pies sus ofrendas entre salvajes maldiciones, «con increíbles manifestaciones de cólera», con «salvajes insultos contra el obispo», en quien casi un milenio des-

pués se encarna para la diócesis de Hildesheim «*el recuerdo de su época dorada*» (Wetzer/Welte). Pues bien, sólo gracias a su escolta armada pudo Bernward escapar de allí sano y salvo.²⁴

De modo totalmente distinto fue recibido en Gandersheim seis días después el arzobispo Willigis de Maguncia, que llegó asimismo con un gran séquito. Allí expuso sus reclamaciones por la posesión del monasterio mientras que el obispo Bernward de Hildesheim apelaba directamente al papa y al emperador, su antiguo pupilo. Supo entonces claramente «que el veneno inoculado ya sólo podía expulsarlo el antídoto papal e imperial».

Pues entretanto había estallado un tumulto violento durante un sínodo reunido en Gandersheim a finales del otoño del año 1000. El obispo Ekkehard de Schleswig, expulsado por los daneses, actuaba como portavoz de Bernward, que cautelarmente se mantuvo lejos, hubo de abandonar el sínodo porque el príncipe eclesiástico de Maguncia -también hoy venerado como santo no sólo allí- «se enfureció sobre toda ponderación» y amenazó al obispo «con expulsarlo ignominiosamente». El metropolitano, estaba claro, era víctima «de personas malvadas... y únicamente Sofía estuvo de continuo a su lado...». Al final parece que los sinodales refrendaron sus pretensiones sobre la posesión de Gandersheim y él dio por zanjada la disputa.

En otro sínodo, convocado por el papa en la ciudad de Pohlde (Harz) el 22 de junio de 1001, junto al legado del papa y del emperador, el cardenal sajón Federico, compareció también el santo obispo Bernward con una vistosa comitiva armada, pues «como obispo introdujo un cambio exactamente según la exigencia del Apóstol», quien también en tiempos de Jesús manejó la espada.

(Santidad supone «siempre una vida sana y llena de sangre, siempre una fuerza suprema y concentrada»: en especial «los santos alemanes son héroes y heroínas alemanas y por ende personalidades conductoras del pueblo alemán», escribía Johannes Walterscheid en 1934, naturalmente, y naturalmente con el Imprimatur del vicario general del cardenal Faulhaber, el gran campeón de la resistencia. Porque en 1934 pareció a los gobernantes «especialmente adecuado introducir al pueblo alemán a semejante consideración de la vida de los santos alemanes», pues en 1934 los santos alemanes habían de ser «los auxiliadores indispensables en la construcción interna de nuestra patria..., quizá incluso caudillos militares, como nuestros grandes obispos de la Edad Media...»)

Estaríamos así de nuevo con nuestro héroe, con san Bernward, y el legado papal, quienes en su tiempo fueron escarnecidos y amenazados «de manera increíble» por obispos hostiles. Estalló «una disputa y tumulto casi indescriptible, pues al representante del papa ni siquiera se le

proporcionó un asiento adecuado. Estalló un griterío espantoso, el derecho y la ley fueron menospreciados y desapareció todo ordenamiento canónico». Al final hasta irrumpieron laicos en la iglesia de los varones de Dios. Y naturalmente parece que «los de Maguncia reclamaban armas y lanzaron amenazas inauditas contra el representante del papa y contra el obispo Bernward». «Muerte a los traidores del imperio -clamaban las gentes del arzobispo, de san Willigis-, abajo Bernward, abajo el cardenal Federico.»

Pero al día siguiente, bien de madrugada, el arzobispo Willigis secretamente había puesto pies en polvorosa con su cuadrilla; el legado papal lo suspendió solemnemente de toda actividad sacerdotal, cosa que al de Maguncia no preocupó para nada. Más bien sus vasallos pronto atacaron de noche la abadía de Hildwardshausen, un obsequio del emperador a san Bernward y que éste personalmente «había consagrado con la mayor reverencia, había dotado con esmero para el servicio divino y lo había distinguido en gran medida con muchos beneficios y donaciones». Y naturalmente allí campaba su tía como abadesa. Pero entonces «irrumpieron las gentes del arzobispo con la oscuridad de la noche, atacaron por todas partes y lo destruyeron todo por completo».

Cristianos, no, ¡santos que se pelean entre sí!

Quiso entonces el santo obispo Bernward «imponer el derecho» en el monasterio de Gandersheim. Pero las monjas, al acercarse el obispo Bernward, pusieron el monasterio en estado de defensa. Castillo, torres y pasadizos pululaban de gentes armadas de la diócesis y de la archidiócesis de Maguncia hasta el punto de que el santo obispo de nuevo hubo de retirarse precipitadamente al barrio catedralicio de Hildesheim, que él mismo había amurallado y fortificado con torres.²⁵

En otro sínodo, celebrado en Frankfurt en el verano de 1.001, y al que una vez más no asistió el obispo Bernward -pretextó una enfermedad-, los prelados alemanes más ilustres se pusieron del lado del de Maguncia. Y cuando el 27 de diciembre de 1001 el papa abrió un concilio en Todi para humillar a Willigis ante los obispos alemanes, sólo tres de éstos se hallaban presentes. Dos de ellos, Sigfrido de Augsburgo y Hugo de Zeits, figuraban desde hacía largo tiempo en el séquito del emperador, el cual moría poco después en Palermo, el 23 de enero de 1002.

Bernward de Hildesheim sólo «pasó a mejor vida» el 20 de noviembre de 1022 y «pronto fue glorificado en círculos amplísimos por milagros esplendorosos» (Wetzer/Welte). En toda la cristiandad católica fue venerado como santo y auxiliador, pues a mediados del siglo XII la canonización de su adversario, fervorosamente promovida en Maguncia, quedó paralizada por los disturbios que desembocaron en el asesinato del arzobispo Amoldo. Sólo en el siglo XVII consiguió Willigis convertir-

se en un santo local de Maguncia, hoy casi olvidado, y aun eso simplemente «porque un sagaz prepósito vio en la veneración de sus restos un buen reclamo para incrementar los ingresos de la catedral de San Esteban» (Böhmer).²⁶

No terminó con ello la disputa de Gandersheim. Sofia, que entretanto se había convertido en abadesa de Gandersheim (1001-1039) -en su silla abacial hasta 1125 sólo se sentaron casi exclusivamente princesas imperiales- y adicionalmente en abadesa de Vreden y Essen, continuó conspirando. Y el arzobispo Willigis siguió reclamando una y otra vez para Maguncia el monasterio de Gandersheim. Incluso después que en enero de 1007 el emperador Enrique II el Santo resolviera el pleito en favor de Hildesheim, la disputa revivió una vez más hacia 1021, poco antes de la muerte de Bernward, ya bajo el arzobispo Aribio II de Maguncia, pariente del emperador Enrique. Y aunque la posición política de Aribio era ya fuerte bajo el citado emperador Enrique y de primeras se fortaleció aún más bajo su sucesor Conrado II -a cuya elección había, colaborado decisivamente y al que había coronado rey en Maguncia el año 1024-, el afortunado luchó por el monasterio hasta 1030 de forma tan encarnizada como estéril con Godehard de Hildesheim, favorito del emperador Enrique y a quien él mismo había consagrado obispo. Por lo demás, otro santo (su fiesta el 5 de mayo).²⁷

NOTAS

Los títulos completos de las fuentes primarias, revistas científicas y obras de consulta más importantes, así como los de las fuentes secundarias, correspondientes a este período histórico se encuentran en la Bibliografía publicada en el octavo volumen de la obra *Historia criminal del cristianismo: Siglo IX: Desde Luis I el Piadoso hasta las primeras luchas contra los sarracenos* (Ediciones Martínez Roca, colección Enigmas del Cristianismo, Barcelona, 1997), y a ella debe remitirse el lector que desee una información más detallada. Los autores de los que sólo se ha consultado una obra figuran citados únicamente por su nombre en la nota; en los demás casos se concreta la obra por medio de su sigla.

1. El peligro normando y el emperador Carlos III el Gordo

1. Ann. Bertin. 882.
2. Regin. chron. 885.
3. Ann. Fuldens. 880. Ann. Bertin. 880. Ann. Vedast. 879s. Ann. Fuldens. (Wien) 884. LMA 1409, V 2174. VI 1249. HEG I 619. 941. Bertram 46s. Riché, Die Karolinger 253s. Ehlers 18.
4. Ann. Bertin. 881. Ann. Vedast. 880s. Mühlbacher II 377s.
5. Ann. Fuldens. 881. Ann. Bertin. 878s. Frenzel 9. Kindlers Literatur Lexikon IV 1695s. v. Wilpert III 834.
6. Ann. Fuldens. 881s. 884 (Wien). Ann. Bertin. 881s. Ann. Vedast. 882, 884. Regin. chron. 881s. 884. LMA V 997, 2177. Mühlbacher II 379ss. 388ss. Riché, Die Karolinger 253s.
7. LMA V 968s. 2176. Mühlbacher II 381ss. Riché, Die Karolinger 255s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 76s. 79. Brühl. Deutschland-Frankreich 366ss.
8. Ann. Fuldens. (Wien) 882. Ann. Bertin. 882. Ann. Vedast. 882. Regin. chron.

882. LMA V 2042. Mühlbacher II 385ss. Riché. Die Karolinger 255s. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 77s. 9. Ann. Vedast. 879s. 884.
10. Ibid. 882ss.
11. Ibid. 885s. Regin. chron. 887. LMA IV 1146. Mühlbacher II 403ss. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 78. Riché, Die Karolinger 256s.
12. Ann. Vedast. 880, 882s. 885. Véase año: «nil utile...» Ann. Bertin. 882. Regin. chron. 882. Mühlbacher II 401.
13. Ann. Vedast. 886s. Regin. chron. 887. Ann. Fuldens. (Wien) 886. (Altaich) 886.
14. Ann. Fuldens. 882s. 885. Regin. chron. 885. HEG I 620. Mühlbacher II 398ss. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 78.
15. Ann. Fuldens. (Wien) 85. LMA IV 1597 (Blok).
16. Montgomery I 164ss. 170ss. 182s. Tellenbach, Europa 445s.
17. Ann. Fuldens. 880, 882s. 892. Véase también la nota siguiente.
18. Ann. Fuldens. 884 (Altaich), 887 (Altaich). Regin. chron. 887. LMA I 929, V 2042. Mühlbacher II 393ss. 397. Mitterauer 188ss. Stormer, Früher Adel 192s. 227s.
19. Ann. Fuldens. (Wien) 887. LMA V 2042, VII 612s. Mühlbacher II 408s. Schur 31ss. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 77.
20. Ann. Fuldens. (Altaich) 886. Ann. Fuldens. (Wien) 887. Regin. chron. 887. Mühlbacher II 409. Konecny 147s. Oesterle 445ss. Riché, Die Karolinger 257.
21. Regin. chron. 887. LThK VIII 1 878.
22. LThK VIII 1 878. Keller, Reclams Lexikon 436s. Mühlbacher II 410. Thrasolt 522s. Auer, Heiligen-Legende 523. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 78s.
23. HEG 621.
24. Ann. Fuldens. 883, 885, 887 (Wien), 887 (Altaich). Ann. Vedast. 887s. Regin. chron. 887. 889. LMA V 2039. Dümmler III 300ss. 306s. Mass 77s. 80s. Riché, Die Karolinger 257. Hartmann. Die Synoden 361ss. Id., Herrscher der Karolingerzeit 84. Fried. DerWeg 429ss.
25. Ann. Fuldens. 887s. (Altaich) Ann. Vedast. 887. Regin. chron. 887s. LMA V 2177s. Riché. Die Karolinger 258ss.

2. Arnulfo de Carintia, rey francooriental y emperador (887-899)

1. Stormer en LMA I 1013s.
2. Véase nota 8.
3. Ann. Fuldens. 892s.
4. Véase nota 43.
5. LMA I 1013. Dümmler III 476s. 479s. Mühlbacher II 426ss. 445. Schur 41 ss. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 83s., que por lo demás no querría ver en Arnulfo a un soberano «que se apoyó principalmente en la Iglesia», cosa que no expone a satisfacción y más bien se impone lo contrario. Véase también al respecto Fried, Der Weg 434s.
6. Taddey 494, 1060. LMA I 93. IV 1957s. Dümmler III 303, 401s. 480ss. 497. 590. Schur 48ss. Kehr 2, 8ss. Tellenbach, Zur Geschichte Kaiser Arnulfs 149.

7. MG Capitul. II 196ss. Ann. Fuldens. 895. Regin. chron. 895. Mühlbacher II 426ss. Hartmann, Die Synoden 367ss. Id., Herrscher der Karolingerzeit 84.
8. Mühlbacher II 427. Dümmler III 397.
9. Babl 99.
10. Arbeo, Vita Haimhrammi 16ss. LThK III 658. En III 3 aparece recortado el texto de Emmeram en casi dos terceras partes. Véase también HKG II/2 125. LMA I 888, V 229. Wetzer-Welte III 556. Babl 74, 80s. La pompa acostumbrada en Vogel II 324ss.
11. LMA III 1888. Dümmler III 477ss. Babl 99, 138ss. 150ss. 188ss.
12. Ann. Fuldens. (Altaich) 882. Ann. Fuldens. 891. Regin. chron. 891. LMA I 1013. HBG I 272. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 86.
13. Ann. Fuldens. (Altaich) 891. Regin. chron. 891. HEG I 636. Mulert 42, 60. Véase Deschner, Agnostiker 160 ss, especialmente 165s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 120s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 86.
14. Ann. Fuldens. (Altaich) 889. Ann. Alamann. 890. LMA I 1014 (Stormer) 1983, V 969. HBG 1274. Dümmler III 341s. Bosl, Bayerische Geschichte 60ss. Bund 489s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 83s.
15. Ann. Fuldens. (Altaich) 892s. Regin. chron. 890. HBG I (Reindel) 274. Mühlbacher II 423s. Stadtmüller 142. Aufhauser 2. Löwe, Deutschland 198. Prinz, Grundlagen und Anfänge 121s.
16. Ann. Fuldens. 871, 893 (Altaich). Regin. chron. 892. LMA I 1014. HBG I 272s. 369. Dümmler III 360s. Mühlbacher II 424. Stormer, Im Karolingerreich 164. Wendchorst cit. ibid. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 85, 87.
17. Ann. Fuldens. (Altaich) 894. Liutpr. antapod. 1, 13. Bosl, Handbuch der Geschichte der böhm. Länder I 197s.
18. Ann. Fuldens. 889, 893, 895, 897 (Altaich).
19. Ibid. 894, 898. LMA VI 721. Dümmler III 460ss. Mühlbacher II 425, 444.
20. Ann. Fuldens. 899s. Mühlbacher II 444, 453. Dümmler III 462ss.
21. Ann. Vedast. 883, 888, 895s. Regin. chron. 888. LMA III 2047, IV 1018s. VI 1353s. HEG I 634s. Todos los textos de las fuentes en Schneider, Erzbischof Fulco von Reims 39ss. Véase también 43ss. Según Zatschek 223 Arnulfo y Fulco se encontraron en Frankfurt, según Hlawitschka en Lotaringia 70, nota 23 en Worms. Véase asimismo 73s. 116. Dümmler III 316s. 320. Hiestand 48s. Penndorf 138ss. Mohr 172ss. Schneidmüller 105ss. Werner, Die Ursprünge 446ss. Rau II 6s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 121. Riché, Die Karolinger 258s. 278s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 85.
22. Ann. Vedast. 888, 893ss. Regin. chron. 888, 893ss. LMA IV 1018. HEG I 635. Todos los textos de las fuentes en Schneider, Erzbischof Fulco 47ss. 54ss. 68ss. 93ss. 105ss. 113ss. Mühlbacher II 432. Dümmler III 320ss. Hlawitschka, Lotharingen 65 ss 76 ss 115ss. Werner, Die Ursprünge 447s. Bund 504s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 85.
23. Ann. Vedast. 893ss. 900. Regin. chron. 893, 895, 903. Todos los textos de las fuentes en Hlawitschka, Lotharingen 117ss. 132ss. 141ss. 161ss. y en Schneider, Erzbischof Fulco 121ss. 130ss. LMA IV 1018s. VI 1354. Berr 43ss. 50ss. 64s. Riché, Die Karolinger 176ss. Werner, Die Ursprünge 448.
24. Ann. Fuldens. 895. Ann. Vedast. 895. Regin. chron. 894s. Taddey 1351. LMA

V 2129. Mühlbacher II 435s. Boshof, Lotharingien-Lotrungen 141s. 144. Werner, Die Ursprünge 476. Lowe, Deutschland 202s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 122. Hlawitschka, Vom Frankenreich 90s.

25. Mühlbacher II 435ss. 442s. Lowe, Deutschland 202s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 91. Parisse 119. Boshof, Lotharingien-Lothringen 142s.

26. Regin. chron. 892, 896, 901. LMA I 1014. Boshof, Lotharingien-Lothringen 141.

27. Regin. chron. 897. Riché, Die Karolinger 269. Boshof, Lotharingien-Lothringen 143. Parisse 119, 132.

28. Ann. Fuldens. 900. Regin. chron. 898s. Ann. Vedast. 898. Taddey 992, 1351. Dümmler III 466ss. 471ss. 50ss. Mühlbacher II 443. Bund 494ss. Lowe, Deutschland 203. Boshof, Lotharingien-Lothringen 143. Werner, Die Ursprünge 476s. Riché, Die Karolinger 169, 291s. Hlawitschka. Lotharingien 172ss. Id., Vom Frankenreich 91.

29. Gregorovius I 2. 563.

30. LP 2,224s. JW 1,425ss. Ann. Fuldens. 883,885 (Altaich). Kühner, Lexikon 62. Kelly 127s. LMA VI 294. Mühlbacher II 392. Gregorovius I 2, 561s. Haller II 133, 140. Seppelt II 322. Zimmermann, Papstabsetzungen 51 s. Id., Das Papsttum 94.

31. Ann. Fuldens. 883s. (Altaich), 888. Regin. chron. 888. Ann. Vedast. 888. Liutpr. antapod. 1. 18s. Kühner, Lexikon 62. LMA I 1933, V 1623s. VI 1232, VII 2128. HEG I 651ss. Mühlbacher II 392, 417, 428s. Dümmler III 313ss. 365ss. Hartmann. Geschichte Italiens III 2. H. 105ss. Gregorovius I 2, 562, 564ss. Cartellieri I 334ss. 346ss. Steinbach, Das Frankenreich 79s. Haller II 128,139ss. Seppelt II 325s. Seppelt/Schwaiger 116. Werner, Die Unruochinger 133ss. Riché, Die Karolinger 258s. 263.

32. JW 1,435ss. Ann. Fuldens. 893. LMA IV 655s. Dümmler III 372s. Mühlbacher II 429. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 113. Haller II 109,112. Seppelt II 328. Ullmann 245. Bund 490ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 53ss.. especialmente 68s. Hartmann. Die Synoden 388.

33. Ann. Fuldens. 893s. Regin. chron. 894. Liutpr. antapod. 1,20ss. 1,33. Dümmler III 373ss. Mühlbacher II 429ss. Seppelt II 329. Mass, Das Bistum Freising 86.

34. Ann. Fuldens. 894s. Liutpr. antapod. 1,28; 1,37. HEG I 654. Dümmler III 379ss. 414s. Zimmermann. Das Papsttum im Mittelalter 96.

35. Ann. Fuldens. 895s. Regin. chorn. 896. Liutpr. antapod. 1,27s. Kühner, Lexikon 63. LMA V 1623s. VII 613. HEG I 655. Dümmler III 414 ss 420ss. 473s. Hartmann. Geschichte Italiens III 2 H. III ss. Gregorovius I 2, 566. Cartellieri I 350 ss 358ss. Haller II 141s. Seppelt/Schwaiger 116. Steinbach, Das Frankenreich 80, 82. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste II 267. Jarnut, Die Eroberung Bergamos 208ss. Hlawitschka, Franken 123s. Id., Lotharingien 122ss. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 24. Riché, Die Karolinger 263s. Véase también Deschner, Abermals 351.

36. Ann. Fuldens. 899.

37. Ann. Fuldens. 896. Liutpr. antapod. 1,38. Kelly 131. Duden 958. LMA II414. HEG I 655. Dümmler III 423ss. Seppelt II 330s. Haller II 142.

38. LP 2,229. JW 1,439s. Ann. Fuldens. 896. Ann. Laubac. 896. Liutpr. antapod. 1,30 (quien por lo demás atribuye erróneamente al papa Sergio III el juicio del cadáver). Flodoard, de triumphis Christi 12,6. Kelly 131s. Dümmler III 426ss. Gregorovius I 2, 570 ss 579. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 123s. Schubert II 444.

Haller II 142. Fischer, Strafen und sichernde Massnahmen 41 s. Seidlmeyer 79s. Seppelt II 331s. Seppelt/Schwaiger 116s. Dhondt 86s. Gontard 189. Hartmann, Die Synoden 388ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 56 sss. Id., Das dunkle Jahrhundert 25s. Id., Das Papsttum 96s.

39.LP 2,230s. JW 1,441. Liutpr. antapod. 1,31. Kühner, Lexikon 64. Kelly 132. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 125s. Gregorovius I 2,572s. Seppelt/Schwaiger 117. Zimmermann, Papstabsetzungen 59. Hartmann, Die Synoden 390ss.

40.LP 2,232. JW 1,442s. 2,705. Flodoard, de triumphis Christi 12,7. Kühner, Lexikon 65s. Kelly 132s. Gregorovius I 2, 573. Haller II 142. Seppelt II 334. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 27. Id., Papstabsetzungen 60ss. Hartmann, Die Synoden 390ss. Deschner, Abermals 80s. 96s. 125, 418, 450s. 453, 465ss.

41. Kelly 133. Seppelt 333s. Bund 492s. Hartmann, Die Synoden 392s. 394s.

42.LP 2,233. Ann. Fuldens. 900. Ann. Alamann. 899. Regin. chron. 901, 905. Liutpr. 2.7ss. 2,32ss. LMA V 2177s. HEG I 637,643s. 656s. Mühlbacher II 456s. 460s. Dümmler III 429ss. 507s. 536s. Gregorovius I 2, 573ss. 580. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 128ss. 176ss. 186. Cartellieri I 360ss. Haller II 143. Steinbach, Das Frankenreich 80. Seppelt/Schwaiger 117. Seppelt II 336. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 30ss. Id., Das Papsttum 97. Hlawitschka, Vom Frankenreich 93. Riché, Die Karolinger 264.

43.Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 182ss. Riché, Die Karolinger 265. Fried, Die Formierung 69s.

3. El rey Luis IV el Niño (900-911)

1. A. Schmid en LMA V 2175.

2. Véase nota 5.

3. Regino. De synod. caus., Praef.

4. Ann. Fuldens. 900. Regin. chron. 900.LMA V 2175. Mühlbacher II 449. Kehr 16. Heumann, Die Einheit des ostfränkischen Reichs 142ss. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste II 299s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 92s. Fleckenstein/Bulst 15. Riché, Die Karolinger 195. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 92.

5. LMA V 2175. HBG I 275 (K. Reindel encuentra también, como otros, «representada» a la nobleza en la regencia del imperio, aunque destaca el rol destacado de Hatto). HEG I 638. Dümmler III 560s. Mühlbacher II 449ss. Schur 56s. Nitzsch, Geschichte des Deutschen Volkes 272. Hlawitschka, Vom Frankenreich 94. Schieffer, Die Karolinger 195ss. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 92. Eibl 23.

6. Ann. Fuldens. 893. Widukind 1.22. Meyer, Taschenlexikon Geschichte 41. LMA IV 1957, V 2117. Dümmler III 497s. Menzel I 263. Mühlbacher II 450s. Hartmann, Thüringische Kirchengeschichte I 46. Schur 56. Schieffer, Die Karolinger 196. Hartmann, Die Synoden 367. Id., Herrscher der Karolingerzeit 92. Beumann, Die Ottonen 15.

7. Mühlbacher II 451.

8. Ann. Fuldens. 893. LMA I 93, III 2121, VI 2158. Dümmler III 497ss. HBG I 422, 469, 504. Kehr 3. Cartellieri I 363s. Schur 55ss. Holtzmann, Geschichte der sächsischen Kaiserzeit I 43s. 46s. Sturz 59ss. Mass, Das Bistum Freising 92. Erdmann, Der

- ungesalbe Kdnig 311ss. Fleckenstein, Die Hofkapelle II 4ss. Id., Grundlagen und Beginn 134. Reindel, Herzog Arnulf 238. Lintzel, Miscellen zur Geschichte 313s. Angenendt, Taufe 145s. Bullough, Nach Karl 317. Schieffer, Die Karolinger 196
9. Liutpr. antapod. 2,1. Widukind 2,36. LMA I 2025. Hauck III 152s. con otras referencias de las fuentes.
10. Ann. Fuldens. 900ss. Ann. Augiens. 907. Ann. Alamann. 907. Regin. chron. 900. Adalb. cont. Regin. 907s. Liutpr. antapod. 2,2; 2,7. Widukind 1,17; 1,20. Ann. Corbeiens. 907. Ann. Laubac. 908. Ann. Hildesh. 908. LMA VI 1845s. HBG I I^o: con numerosas referencias bibliográficas. HEG I 636ss. Dümmler II 457ss. Hauck III 150. Meichelbeck según Fischer, Bischof Uto 63, véase también 57ss. Hóman I 100. Büttner, Die Ungarn, das Reich 433ss. Heuwieser 184. Tomek 109ss. Bosl. Bayerische Geschichte 64. Brackmann, Gesammelte Aufsätze 192. Fleckenstein/Bulst 15. Hlawitschka, Vom Frankenreich 94. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 93. Schieffer, Die Karolinger 196s. Stormer, Im Karolingerreich, UG I 165.
11. Adalb. cont. Regin. 909ss. LMA I 1015. HEG I 639. Dümmler III 556ss. Tomek 109ss. Fleckenstein/Bulst 20. Fischer, Das Zeitalter des heiligen Ulrich 82. Heuwieser I 189. Tellenbach, Europa 447s.
12. Regin. chron. 889, 901. Widukind 1,18. Liutpr. antapod. 2,2s. Dümmler III 509. Hauck III 149. Weinrich. Tradition und Individualität 294.
13. Hauck III 69. 147ss.
14. Regin. chron. 892, 897. LMA I 1321. HEG I 638. Dümmler III 522. Mühlbacher II 453. Fleckenstein/Bulst 16. Prinz, Grundlagen und Anfänge 122. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 105. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 92s. Stormer, Im Karolingerreich, UG 182s.
15. Looshorn 25. Véase también la nota siguiente.
16. Regin. chron. 902s. 906. Widukind 1,22. Liutpr. antapod. 2,6. LMA IV 1957. HBG I 279 (Reindel) HEG I 638. Mühlbacher II 454ss. Menzel I 260s. Fries 72ss. 114s. Schnürer II 42. Holtzmann, Geschichte I 39ss. 62. Lüdtk. König Heinrich I.53. Schieffer, Die Karolinger 196\$. Prinz, Grundlagen und Anfänge 122s. Hartmann. Herrscher im Karolingerreich 93. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 105. Stormer, Im Karolingerreich 196s. Beumann, Die Oltonen 25.
17. Widukind 1,16. Adalb. cont. Reginon. 911. Liutpr. antapod. 2,3s. LMA VI 1579. HEG I 640. HBG II 282s. Fleckenstein/Bulst 15,17. Schieffer, Die Karolinger 200. Riché, Die Karolinger 292. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 93. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 104. 106. Boshof, Königtum 3.

4. El rey Conrado I (911-918)

1. Goetz, en LMA V 1337s.
2. Hlawitschka. Vom Frankenreich 98.
3. LMA IV 2163, V 970. 2175s. HEG I 740. Dümmler III 580s. Schieffer, Die Karolinger 201 s. Werner, Die Ursprünge 476s. Boshof, Königtum 3. Ehlers 20.
4. HEG I 640, 738ss. especialmente 740s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 124. Fleckenstein/Bulst 19s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 98. Id., Der König einer Übergangsphase 107. Ehlers 20s. Brühl, Deutschland-Frankreich 404s.

5. HBG I 282. HEG I 639s. Barraclough 18. Prinz, Grundlagen und Anfänge 124ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 98. Id., Der König einer Übergangsphase 107. Boshof, Königtum 4. Fried, Der Weg 451.

6. Pierer 1754. LMA I 1015. HBG I 280ss. (con abundantes referencia bibliográficas). Schur 65. Reindel, Herzog Arnulf 214ss. Bullough, Nach Karl 317. Prinz, Grundlagen und Anfänge 123. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 103s. 106, 109. Beumann, Die Ottonen 28s. Eibl, Heinrich I 24. Brunner 54.

7. Fragment. de Arnulfo (MG SS 17,570). Adalb. cont. Regin. 919. LThK XI 341. LMA I 1015, V 1337s. VII 569. HBG I 280ss. 467s. HEG I 641. Dümmler III 598. Lütke. König Heinrich 64, 69. Bullough, Nach Karl 319. Reindel, Herzog Arnulf 214, 247s. 257ss. 287. Prinz, Grundlagen und Anfänge 123. Stormer, Im Karolinge-rreich 198. Hlawitschka, Vom Frankenreich 99. Id., Der König einer Übergangsphase 108. Eibl 23s. Beumann, Die Ottonen 27, 29, 45. Hellmann, Die Synoden 295. Brunner 54ss. Según Schneider, Eine Freisinger Synodalpredigt 98s., en Baviera a menudo se rogó públicamente por el duque Arnulfo, su mujer y sus hijos.

8. Taddey 1060. LMA VI 1093s. (Schwaiger). VII 1314. Dümmler III 617. Tüch-le I 139ss. Mass. Das Bistum Freising 30. Brühl, Fodrum 37. Angenendt, Taufe und Politik 162.

9. Ann. Alamann. 911. 913. Ann. Laubac. 911. Adalb. cont. Regin. 913. Ekkeh. Casuss. Galli lss. 29. Taddey 1060. LMA 1015, II 940, III 2123s. V 82, VII 1314. HEG I 638, 641. Waitz, Jahrbücher 29ss. Dümmler III 569s. 577ss. 590ss. 597, 605ss. We-ller, Württembergische Kirchengeschichte 91. Id., Geschichte des schwabischen Stammes 148ss. Tüchle 141ss. Büttner, Geschichte des Elsass 169s. Holtzmann, Geschichte 62ss. Lütke, König Heinrich 68s. 71ss. Schur 64, 73s. Reindel, Herzog Arnulf 257ss. Fleckenstein/Bulst 16s. 20ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 98ss. Id., Der König einer Übergangsphase 187ss. Fuhrmann, Die Synode von Hohenaltheim 440ss. Hellmann, Die Synoden 287ss. 300 ss 309s. Brühl, Deutschland-Frankreich 408s. Fried, Der Weg 457.

10. HEG I 640s. Fleckenstein/Bulst 22. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 109. Fried, Der Weg 458.

11. Widukind 1,25. Adalb. cont. Regin. 919s. Liutpr. antapod. 2,20. Ekkeh. Casuss. Galli 49. Taddey 1294. LMA I 1015 VI 1588. HEG I 641 s. 669s. HBG I 284. Fleckenstein-Bulst 24s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 125s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 100. Beumann, Die Ottonen 30. Brühl, Deutschland-Frankreich 411s. (subraya el mal estado de las fuentes). Althoff/Keller, Heinrich I. und Otto der Grosse I 56ss. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 135. Véase también Deschner, Abermals 39.

12. Goody. Warum die Macht recht haben muss 69.

5. Enrique I, el primer rey germánico (919-936)

1. Eibl 31.
2. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 18.
3. Fried, Die Formierung 77. Id., Der Weg 464, 473.
4. Adalb. cont. Regin. 936.

5. Thietm. 1,8. Widukind 1,25s. Kelly 119. Kühner, Lexikon 57. LMA III 1670. IV 1102s. VI 1579, 1588 (Struve), VII 1227. HEG I 670. Hlawitschka, Der König einer Übergangszeit 112s. Althoff/Keller I 31ss. 51s. Eibl 21. Para la importancia «social» de las numerosísimas fundaciones de monasterios femeninos sajones: Leyser, Herrschaft und Konflikt 105ss. Véase también la nota siguiente.

6. Thietm. 1,8. Widukind 1,26. Thaddey 1195,1294.LMA I 98s. IV 981, V2041s. Lüttke, König Heinrich 78s. Heimpel 36s. Bullogh, Nach Karl 318. Schramm, König. Kaiser und Päpste II 302. Althoff/Keller I 60ss. 66s. 68s. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 112ss. Eibl 24ss. Beumann, Die Ottonen 14, 22ss. 28, 32ss. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 141ss. Fried, Der Weg 462. Beumann, Otto der Grosse 53, habla de un «doble elección». Schlesinger cit. según Brühl, Deutschland-Frankreich 411ss.

7. Thietm. 1,5; 1,9. Widukind 1,31; 2,11.LMA IV 2036, VI 1579. Waitz 15ss. 113. Dümmler III 584s. Hauck III 21. Lüttke, König Heinrich 51, 55ss. 164. Eibl 21s. Beumann, Die Ottonen 26. Fried, Der Weg 454s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 137ss. Acerca de Widukind y su oscuro destino ver, por ejemplo, Althoff, Der Sachsenherzog Widukind 251ss.

8. Thietm. 1,16; 1,18.Eibl 20s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 134s. El sobrenombre romántico de «el Pajarero» aparece testificado sólo tres siglos después de la muerte de Enrique: Brühl, Deutschland-Frankreich 141.

9. Thietm. 1,8. Widukind 1,26s. Ruotg. Vita Brunon. 4. Vita Oudalt. 3. LThK II 1 407, VII 637. LMA III 1076, IV 1161, 2020s. V 2107, VI 412, VII 623s. Waitz 66s. 106ss. Hauck III 17. Lüttke, König Heinrich 678s. 97s. 166s. Reinhardt 152ss. Lippelt 148. Erdmann, Der ungesalbte König 334ss. Lintzel, Zu den deutschen Königswahlen 199ss. Heimpel 16ss. 35ss. Holtzmann, Geschichte 69ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 10ss. Wattenbach-Holtzmann, Geschichte I 100s. Ehrhard, Die Kirche der Märtyrer 103. Véase para la «saga heroica cristiana»: Deschner, Abermals 349ss. Büttner, Heinrichs I. Südwest- und Westpolitik 49ss. Schlesinger, Die Königserhebung 538s. Claude, Geschichte I 23ss. 27ss. Kallfelz, Lebensbeschreibungen 12. Fleckenstein. Grundlagen und Beginn 137, 139. Fleckenstein/Bulst 26. Stern/Bartmuss 152ss. 169s. Beumann, Die sakrale Legitimierung 150ss. Id., Die Ottonen 40s. 48. Schneider, Das Frankenreich 72. Hlawitschka, Vom Frankenreich 103, 108. Id., Der König einer Übergangsphase 117s. K. Schmid, Bemerkungen über Synodalverbrüderungen 693ss. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 170. Zufferey 42ss. Giese 486ss. Fried, Die Formierung 76s. Id., Der Weg 462ss. 472. Althoff/Keller I 33, 63ss. 92s. 122s. Amplia información sobre el afianzamiento de la soberanía mediante alianzas y uniones: Althoff, Anicietiae und Pacta *passim*, especialmente 16ss. 52ss. 69ss.

10. Widukind 1,26. Véase 1.41. Lüttke, König Heinrich 123. Bünding-Naujoks, Imperium Christi 70. Ahlheim 178. Bullogh, Nach Karl 318. Lubenow 12s. 19s. Véase asimismo Deschner. Die Politik II 417ss.

11. Hauck III 73s. 76s.

12. Hlawitschka, Vom Frankenreich 109s. Id., Der König einer Übergangsphase 111 ss especialmente 118. Brühl, Deutschland-Frankreich 413s.

13. HEG I 677 nota 32. K. Schünemann, Deutsche Kriegsführung im Oslen während des Mittelalters, DA 2. 1938.

14. Althoff/Keller 7, 88.
15. Thietm. 1.3; 1,10. Widukind 2.3. HEG I 874 (Reindel). Dümmler III 584. Hauck II 87ss. Lüdtké, König Heinrich 1.3. Holtzmann, Geschichte I 88s. Bauer, Der Livlandkreuzzug 306, nota 12. Brüske, Untersuchungen zur Geschichte des Liutizen-bundes 16. Donnert 289ss. Stern/Bartmuss 174,190. Schlesinger, Kirchengeschichte Sachsens 17. Claude, Geschichte des Erzbistums I 18. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 159. Tellenbach, Vom Zusammenleben 15. Eibl 22. Fried, Der Weg 473s. Brunner 35. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 157ss.
16. Thietm. 1.10:1,16; 1,24. Widukind 1,35ss. Ann. Corb. 929. LMA II 550s. 554s. III 439s. IV 2198s. V 1875,2038. Waitz 123ss. 130,144. Köttschke/Ebert 30. Lüdtké, König Heinrich I 3ss. 15, 124ss. 128, 134ss. Holtzmann, Geschichte 89ss. Donner 332s. Ahlheim 178. Brüske 17ss. Büttner, Die christliche Kirche ostwärts 149s. Claude, Geschichte I 18. Schlesinger, Kirchengeschichte Sachsens 35s. Id., Die mittelalterliche Ostsiedlung 45. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 159s. Fleckenstein/Bulst 34s. Epperlein 274. Lippert 9ss. Stern/Bartmuss 190s. Beumann, Die Ottonen 44s. Eibl 28s. 31. Cram 155s. Lubenow 16s. Ludat, An Elbe und Oder 9ss. Véase al respecto en nota 2 el epílogo de Lothar Dralle 213. Boshof. Königium 8. Schulze. Hegemoniales Kaisertum 159ss.
17. Thietm. 1.10ss. 3,2: 4,33; 4,37; 4, 65 etc. Widukind 1,36. Tusculum Lexikon 269. Voltaire 88. Véase al respecto el artículo instructivo de J.-C. Schmitt, Macht der Toten 143ss. Y en general sobre la estrategia de atontamiento a finales del siglo xx: Buggle 3ss. 289ss. 369ss. 398ss. que vale la pena leer. Véase asimismo Gelhausen 162ss.. Kliemt 170ss. y el artículo desenmascarador Wie «progressive» Theologen das Christentum «retten» 193ss. También Id., Denkverbot 57ss. 70ss.
18. Thietm. 1.16s. Véase asimismo 6,59; 6,80. LMA II 359ss. IV 2038. Schöffel I 107s. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 119.
19. Thietm. 1.17. Widukind 1,40. Adam von Bremen 1. 55ss.
20. Thietm. 1.18. Widukind 1,38. Regin. chron. 889. Ekkeh., Casuss. Galli 54; 64. Holtzmann, Geschichte I 39. 83ss. 92s. Lüdtké. König Heinrich I. 168ss. Aufhauser 2s. Haller, Das altdeutsche Kaisertum II,13s. Stern/Bartmuss 169,173s. Schlesinger, Archäologie des Mittelalters 19. Fleckenstein/Bulst 20. Beumann, Die Ottonen 39s. 44. Para la fortificación véase sobre todo Dannenbauer. Adel, Burg 121ss. 140ss. 150ss. en: Grundlagen der mittelalterliche Welt.
21. Widukind 1,38. Lüdtké, König Heinrich I 170s. Eibl 29.
22. Widukind 1.38s. Liutpr. antapod. 2.25ss. Flodoard. Ann. 933. LMA VI 593. Waitz 150ss. Lüdtké. König Heinrich I.171ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 160. •
23. Lüdtké, König Heinrich I. 176. Beumann, Die Ottonen 46s.
24. Ann. Fuldens. 845. LMA II 335s. Bosl, Der Eintritt Böhmens und Mährens 43ss. Id., Probleme der Missionierung 1ss.
25. Thietm. 1.2. LThK VII 682, XI 882s. LThK III 557. LMA II 357s. 461. III 1350s. V 2166. VII 159. Wetzer/Welte XI 864. HKG III 1,272. HEG I 872s. Naegle II 258, 354ss. Hauptmann, Die Frühzeit 321. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 159.
26. LThK III 429, III 557. LMA II 358, VI 616. Naegle II 288, 354ss. 360ss.
27. LMA V 2166. HBG I 287 (con referencias bibliográficas). Naegle II 247,

328ss. Hauptmann, Die Frühzeit 321. Lüdtkke, König Heinrich I. 137ss. Holtzmann, Geschichte I 90. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 126.

28. Werner/Welte XI 864s. Fichtinger 386. Aerssen, Kirchengeschichte 120. Naegle II 33ss. 62ss. 73,139s. 177s. 188ss. 226. 252ss. 262. Stadtmüller 150. Yhrasolt 334. El opus con Imprimatur del 6 de mayo de 1939 apareció justo antes del comienzo de los millones y millones de martirios alemanes (y otros). La introducción, pese al empleo del vocabulario nazi, quiere ofrecer «retratos de grandes personalidades, luchadores y vencedores», «retratos de todas las épocas de la historia y la cultura cristiano-alemanas, cristianas y nacionales». «Semejante *historia cristiana y alemana, que se ofrece a diario* significa un despertar de nuestra grande y gloriosa (!) historia cristiano-germánica, significa una reflexión sobre nuestra índole cristiano-germánico, significa una siembra de arte cristiano-germánico, significa tradición y renovación de la tradición, es decir, obligación y vinculación histórica y a partir de la misma una nueva conciencia cristiano-alemana de la propia realidad y misión, después de tanto desarraigo y deformación por obra de una extranjerización unilateral y antinacional y de un autoencogimiento unilateral y nacional significa una reconstrucción, ahondamiento y extensión, significa una nueva vida desde el antiguo, venerable y sagrado hogar del suelo y la sangre cristiano-germanos» (¡sangre y suelo!), «significa "*Mementote patrum vestrorum*", Acordaos de vuestros padres y antepasados, de los antepasados cristianos en general y especialmente de los cristiano-germánicos: ¡Sed sus dignos nietos y descendientes!».

29. Thietm. 2.2. LMA II 358. Naegle II 264ss. 275, 328.

30. LThK XI 823. Naegle II 283ss. 300ss. 312, 319ss.

31. Thietm. 1,18; 1,21. Widukind 1,41. Eibl 29s.

32. Lüdtkke, König Heinrich I. 5, 189s. 198s. 205. Para la crítica del «loco» Lüdtkke: Brühl. Deutschland-Frankreich 413s.

6. Otón I «el Grande» (936-973)

1. Widukind 2,36.

2. Thietm. Prol. II.

3. Bünding-Naujoks 71.

4. Bumann, Otto der Grosse 51.

5. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 126, 141.

6. Thietm. 2,1. Widukind 2,1s. LMA VI 156s. VII 1104. HEG I 679s. Büttner, Der Weg Ottos 45s. Holtzmann, Geschichte I 111s. Lintzel. Miscellen 381ss. Schmid, Die Thronfolge Ottos des Grossen 422ss. Grundmann, Betrachtungen 207. Schlesinger, Kirchengeschichte I 15. Id., Die Anfänge der deutschen Königswahl 344ss. Erdmann, Forschungen 25ss. Bullough, Nach Karl 318. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 140ss. Fleckenstein-Bulst 42s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 113s. Schramm. Kaiser, Könige und Päpste III 39ss. 47ss. 54ss. 157s. Reinhardt 155ss. Bumann. Die Bedeutung Lotharingiens 25. Id., Otto der Grosse 56. Riché, Die Karolinger 300s. Pätzold 33s. Hehl, Iuxta canones 117s. Para las luchas jerárquicas en la edad media: Fichtenau, Lebensordnungen 18ss. 25.

7. Widukind 2,1. LMA V 67s. VI 1564. Schlesinger, Beobachtungen zur Ges-

chichte 419. Fleckenstein, Die Struktur des Hofes 5ss. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 127. Beumann, Otto der Grosse 56. Pätzold 34s. Riché, Die Karolinger 300s. Véase también la nota precedente.

8. LMA VI (Struve) 1566. HEG I 680. Weitlauff 7. Brackmann, Der römische Erneuerungsgeanke 7. Fried, Die Formierung 5. Beumann. Otto der Grosse 50. Lubenow 13ss. Boshof, Königtum 13.

9. Flodoard. 946. LMA I 104. Schnürer II 119ss. Holtzmann, Geschichte I 130s. 205. 245s. Auer, Kriegsdienst des Klerus I 342s. (en: MIOG: 370). Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 135. Hlawitschka, Vom Frankenreich 129. Id., Kaiser Otto I. 138s. Riché, Die Karolinger 303s. Fried, Die Formierung 58. Pätzold 44.

10. LMA V 390s. (Schott/Romer). Dauch 241. Steinbach, Die Ezzonen 855. Bu-lough, Nach Karl 322. Stern/Bartmuss 185. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 139s. Id., Vom Frankenreich 114s. Id., Kaiser Otto I. 127s. Krah, Absetzungsverfahren 261ss. Riché, Die Karolinger 303. Beumann. Otto der Grosse 56s. Fried, Die Formierung 58. Pätzold 44.

11. Widukind 2,6; 2,10. LMA III 1512s. VI 1564. HEG I 681. Hlawitschka, Vom Frankenreich 114s. Id., Kaiser Otto I. 127s. Krah, Absetzungsverfahren 261ss. Riché, Die Karolinger 303. Beumann. Otto der Grosse 56s. Fried, Die Formierung 76s. El verdadero «país base» de Otón, el «epicentro de su soberanía real» fue el país de Harzum, Müller-Mertens/HUScher 13s.

12. Thietm. 1,26; 2,2; 2,34. Widukind 2,8; 2,11. Adalb. cont. Regin. 938. LMA I 1015s. 1156ss. III 78,1512s. VI 1564. HBG I 288ss. (con muchos datos bibliográficos). HEG I 681s. Schramm. Kaiser, Könige und Päpste III 156. Riché. Die Karolinger 302. Fried, Die Formierung 78. Pätzold 38. Hlawitschka, Vom Frankenreich 115s. Id., Kaiser Otto I. 128. Krah, Absetzungsverfahren 258ss. Wies 95s. O.Meyer, In der Harmonie von Kirche und Reich 212. I. Schroder, Zur Rezeption merowingischer Konzilskanones 244s. Para la evolución del derecho de asilo ver: Lotter, Heiliger und Geknter 9s.

13. Thietm. 2,34. Widukind 2,12; 2,15; 2,17; 2,24; 2,26. Adalb. cont. Regin. 939. LMA II 226, III 1512s. IV 1466, 2154, VI 1564. HEG 682. Hlawitschka, Vom Frankenreich 116s. Id., Kaiser Otto I. 128s. Pätzold 38s. Wies 98ss. empieza en el «Milagro de Birten» casi a estremecerse ante la emoción o el celo «religioso».

14. Thietm. 2,21. Adalb. cont. Regin. 939s. 954. Kelly 140. LMA I 93s. IV 549s. 964s. 1146. HEG I 682. Büttner, Geschichte des Elsass 179ss. Holtzmann I 121ss. 148ss. Auer, Der Kriegsdienst 327ss. Lippelt 60. Steinbach, Die Ezzonen 853. Schmid, Die Thronfolge Ottos des Grossen 490ss. Bullough. Nach Karl 319s. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 144. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 117ss. Pätzold 39s. Karpf 94ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 117. Id., Kaiser Otto I. 129.

15. Thietm. 2,4; 2,39ss. Vita Brunon. 17s. LMA IV 2063. Holtzmann, Geschichte I 153, 156. Hirsch, Der mittelalterliche Kaisergedanke 33s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 117s. Id., Kaiser Otto I. 129. Fried, Die Formierung 78. Riché, Die Karolinger 302. Pitz, Wirtschafts- und Sozialgeschichte 52 habla de «la configuración de la frontera oriental alemana», de «la pacificación del territorio de asentamiento alemán».

16. Thietm. 2,6ss. Adalb. cont. Regin. 953s. Widukind 3,13; 3,32ss. Ruolg. Vita

Brunon. 16ss. Vita Oudalrici 10- LMA I 1016, IV 964s. V 1344, 2039, VI 1564s. HEG I 682, 685s. HBG I 293s. (con amplia bibliografía). Büttner, Geschichte des Elsass 188. Fischer, Das Zeitalter des heiligen Ulrich 84, 88s. Falck 60. Weitlauff 37s. Bu-lough. Nach Karl 320. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 145. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 119, 122. Pätzold 40. Wies 139ss. 143ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 121. Sobre la oposición en Sajonia véase especialmente Leyser, Herrschaft und Konflikt 20ss.

17. LMA VI 1565, VII 1796.

18. Fried. Die Formierung 165ss. con numerosas referencias bibliográficas.

19. Thietm. 2,23. Vita Brunon. *passim* especialmente 8; 12; 14; 20; 25; 30s. LMA II 753ss. VI 1565s. VII 578; 1 lo4s. Keller, Reclams Lexikon 82s. HEG I 748.751. Holtzmann, Geschichte I 151s. 171ss.200s. 233. Auer, Der Kriegsdienst 336, 340s. Prinz, Klerus und Krieg 175ss. En tono apologético y eufemístico: Kohler 180. Steinbach, Die Ezzonen 854. Hallinger 48. Neuss/Oediger 166ss. Fischer, Politiker um Otto den Grossen 98ss. Kallfelz 171ss. Lotter. Die Vita Brunonis 75. Id., Das Bild Brunos I 19ss. Bloch 41 ss. 48. Wattenbach/Holtzmann I 8. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 147. Bullough, Nach Karl 320s. Pätzold 45.

20. LThK VII 1019. LMA III 1600. Wetzer/Welte II 673s. Achter, Die Kölner Petrusreliquien 955,977ss. 982ss. Sobre la importancia de la confederación metropolitana de Tréveris véase también Haverkamp, Einführung *passim*, especialmente 123ss. Sobre Tréveris en la Alta Edad Media: Anton 135ss. 163ss. Además: H.-J. Schmidt, Religiöse Mittelpunkte und Verbindungen 182ss. Ranke-Heinemann. Nein und Amen 217ss.

21. Thietm. 2,9. Widukind 3,44. Flodoard. 955. Vita Oudalr. 12 LMA I 1212s. V 1786. LThK II 804. HEG I 686. Pätzold 45.

22. Thietm. 2,9s. Vita Oudalr. 12.

23. Widukind 3,46s. Vita Oudalr. 12. Vita Brunon. 35.

24. Thietm. 2,10s. Widukind 3,46ss. Vita Oudalr. 12. LMA V 1786. Wetzer/Welte XI 377. HEG I 665s. 686s. Weitlauff 39s. Erben 70. Holtzmann. Geschichte 136. 157ss. 177,217. Zoepfl, Der heilige Bischof 9ss. Büttner. Der Weg Ottos 50. Leyser, The Battie 15ss. Fischer, Das Zeitalter des heiligen Ulrich 85. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 133. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 145. Wattenbach/Dümmel/Huf II 469. Fried, Der Weg 513ss.

25. LThK VII 642, VIII 280s. XI 960s. dtv Lexikon 14,155s. Kelly 147. LMA IV 1434, V 1761s. 2112. VI 2157. HKG III/I 280. HBG I 224, 305. Uhlirz I 96ss. Hauck III 163ss., especialmente 177ss. Zibermayr 120. Pfeiffer. Die Bamberg Urkunde 16ss. Wattenbach/Holtzmann I 285ss. Holtzmann. Geschichte I 252ss. Janner I 354. Heu-wieser, Geschichte I 63ss. Tomek 115ss. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 211ss. Fichtenau. Zu den Urkundenfälschungen Pilgrims 96ss. Reindel, Bayern i Ka-rolingerreich 242. Brunner 85ss. especialmente 90ss.

26. Heuwieser I 63ss.

27. Vita Oudalr. *passim*, especialmente 1, 3, 5, 9ss. 21 ss. Arnold von St. Emmeram, Libri duo des. Emmerammo 1.17 (PL 141. 1016). Wetzer/Welte XI 372, 376, 386s. LThK II 78, 13 126, XI 365ss. LMA I 1213. Babl 167. Zoepfl, Das Bistum Augsburg 66. Weitlauff 8ss. 35,38ss. Bosl, Bayerische Geschichte 75. Kallfelz 12,37, 53 nota 5. Plotzl 83s. 90ss.

28.Thietm. 3,8. Ekkeh. Casis. Galli 51, 57. Wetzer/Welte XI 376, 382. LThK XI 366s. III 219. Keller, Reclams Lexikon 489. Fichtinger 370. Kühner, Lexikon 74. Kelly 150.LMA IV 931, 1315. Wattenbach/Holtzmann, Geschichtsquellen I 257s. Wattenbach/Dümmmler/Huf 463. Zoepfl, Das Bistum Augsburg im Mittelalter 74s. Dorn 116ss. 126ss. Kallfelz 12. 37ss. Kühner, Das Imperium 124. Rummel, Ulrichslitaneien 351s. Hörger, Die «Ulrichsjubiläen» 309. Véase asimismo la nota precedente.

29. Thummerer, Urkundlicher Bericht 231ss.

30.Thietm. 2,9s. Vita Brunon.35. LMA V 1786. Hauptmann, Die Frühzeit 324. Keller, Das Kaisertum 247. Fischer, Das Zeitalter des heiligen Ulrich 85. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 162.

31.LMA I 1321s. Fried, Die Formierung 79. Riché, Die Karolinger 312. Pätzold 45s.

32.Thietm. 2,12; 2,14; 2,19; 2,28. Widukind 2,9; 2,20; 3.54. Taddey 522. LMA IV 2160. Hauck III 107. Hauptmann, Die Frühzeit 321. Keller, Das Kaisertum Ottos 374. Holtzmann, Geschichte I 126, 134s. Id., Aufsätze 3.Kossmann 452s. Bullough, Nach Karl 321. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 17, 29. Stern/Bartmuss 192.Donnert 333ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 161s. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III160. H. K. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 230. Lubenow 18ss. Althoff, Das Bett des Königs 141ss. Fried, Der Weg 500s.

33.Hauck III 84ss. 96. Boshof, Königtum 13. Fried, Der Weg 500s.

34.Widukind 2,4; 2,20s. Adalb. cont. Regin. 928. HEG I 679. Hauck III 21s. 77ss. 90s. Holtzmann, Geschichte I 108, 133s. Id., Aufsätze 3. Brüske, Untersuchungen 21s. Stern/Bartmuss 192. Ludat, An Elbe und Oder 10ss. Fleckenstein/Bulst 41, 44, 59s. 70s. Haller II 182. Lubenow 24. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 77.

35.Thietm. 2,12. Widukind 3,53ss. Liutpr. hist. Otton. 10,17. Taddey 522. LMA II 551, 1101s. III 1762, IV 1980, VI 1009. Hauck III 88ss. 102ss. Holtzmann, Geschichte I 134. 160ss. 179s. Hampe, Karl der Grosse 70. Ahlheim 179. 181. Stern/Bartmuss 193. Pätzold 45s. Fichtenau, Lebensordnungen 220.

36.Widukind 3,70. LMA I 48, VI 1009,1390s. Hauck III 105ss. Para la predica-ción de la guerra total, el exterminio de pueblos y la difusión de una intolerancia violenta ya y precisamente en la Biblia: Buggle 36ss. 56ss. 68ss.95ss. Sin embargo, resulta muy instructivo, según Streminger, Die Jesuanische Ethik 126s., que «el en-colerizado Yahveh resulte relativamente inofensivo si se le compara con el Padre amoroso del Nuevo Testamento. Véase asimismo Id., Golles Güte 215ss. Baeger 206s. Mynarek, Denkverbot 83ss. Deschner, Die unheilvollen Auswirkungen 182ss. Por lo demás, también la Biblia puede utilizarse para todo, pues en efecto «no sólo contiene el Sermón del Monte con la exigencia del amor a los enemigos, sino tam-bién los libros de Samuel con la exigencia del exterminio de pueblos; por ello nada tiene de extraño que se la cite tanto en manifestaciones pacifistas como en los servi-cios litúrgicos de campaña anteriores a las campañas de aniquilación...», según escri-be Bírnbacher 148. Mas nunca hay que olvidar lo que dice Herrmann. Passion 38: «El verdadero criminal no es el torturador ni el verdugo profesional, sino la multitud anónima de los espectadores».

37.Thietm. 2,7; 2,16s. Widukind 3,8. Flodoard Ann 350. Adalb. cont. Regin. 950. Naegle II 330ss. Holtzmann, GeschichteI 173s. 210,219,235s. Id., Aufsätze 5s. Stern/.

Bartmuss 194. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 17ss. 25ss. especialmente 34ss. 45ss. Wentz/Schwineköper 17s. 42, 81ss. Brackmann, Magdeburg als Hauptstadt 18,29 etc. Lippelt 151s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 127. Riché, Die Karolinger 301s. 376. Pätzold 46.

38.Thietm. 2,14: 2,29. Widukind 3,66s. LMA I 476, VI 616, 2125, VII 52s. 880s. HEG I 905ss. HKG III/I, 262s. Hauptmann, Die Frühzeit 322s. Holtzmann, Geschichte I 180ss. Ketrzynski. The Introduction 16. Halecki 19s. Hensel 236ss.

39.Thietm. 4,55. Hauptmann, Die Frühzeit 323s. Holtzmann, Geschichte I 198s. Kossmann 452s. Mayer, Mitteleuropäische Studien 66. Bosl, Europa 236. Rice 155. Rhode 11.

40.Thietm. 8,32. Según este cronista, ibíd., la población de Kiev estaba formada principalmente por «daneses (danis) avezados a la lucha». Adalb. cont. Regin. 959; 961. dtv vol. 15. 296. LMA I 98s. III 1121ss. 1130s. 1398s. V 1121ss. especialmente 1123s. VI 756s. 1395s. VII 137s. 880s. 1112s. HEG I 694,842, 925ss. 989ss. HKG III/I 275ss. Benz 12s. Ammann 12, Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 163s. Riché, Die Karolinger 313. Beumann, Otto der Grosse 68s. Schreiner, Byzanz 143. Poppe 271ss. Blum 15s. Janin/Sedov/Tolocko 203ss.

41.Thietm. 7,43s. Wetzer/Welte IX 457ss. LMA 11522. II 459s. 1794ss. (se menciona el año 989 como el de la campaña contra Cherson) III 768 ss especialmente 771ss. V 267, 306. 1124 (Hosch). VII 137s. HEG I 841ss, 929ss. 992. Rice 155. Ver-nadsky 286s. Jirecek I 141. Ammann 15, 21, Hellmann, Slawisches, insbesondere ostsl. 264s. Blum 21s.

42.Thietm. 7,75. LMA II 459s. V 306 (A. Poppe). Hellmann, Slawisches, insbes. ostsl. 266s. Ammann 23.

43. Wetzer/Welte I 270s. LThK II 471s. 13 715s. Kelly 115, 118 LMA I 690, II 220ss. (H. Ehrhardt), III 499, 1527, IV 1865 ss (Ch. Radtke), 1883ss. 1928, VII 804. HEG I 953. Hauck II 698ss. Walterscheid 87ss. Stratmann, Das Recht der Erzbischofsweihe 67s. Haendler 119ss. Friedmann 194s. 198.

44.Thietm. 1,17. Adam von Bremen, Gesta Hammaburgens. eccl. pontif. 1,56; 1,59. Amplia información sobre la conversión del rey danés Harald en: Ermoldus Nigellus. Carmen IV v.6Ü6ss. (Poet. lat. aevi Carol. II 75). LMA III502 (Skovgaard-Petersen), IV 1561.1929. V 348. HKG III/I, 264. HEG 1675,953s. Hauck II 706ss. III 80ss.

45.Thietm. 2,42. Adam 2,4. LthK II 82,13 131. dtv Lexikon 16,191. LMA 1104, IV 1929. VI 1257, 1391. HKG III/I, 264. Hauck II 708ss. III 93s. 99ss (aquí con referencias bibliográficas).

46.LMA IV 1930. Kominski/Skaskin I 127. Brackmann. Gesammelte Aufsätze 31. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 134s. Para la fundación del obispado de Meissen (Misnia) 77ss. especialmente 81ss. Acerca de la realeza «sagrada» también en la edad moderna véase el importante estudio de G. Feeley-Harnik, Herrscherkunst 195ss.

47.Franzen, Kleine Kirchengeschichte 165. Abendzeitung München, 24. Juli 1995. Véase para el siglo xx: Deschner, Die Politik der Päpste I u. II *passim*, así como Deschner/Petrovic, Weltkrieg der Religionen 261ss. Umeljic/?i7.v57'm Dokumentation 281ss.

48.LP 1,470s. JW 1,284. LP 2,86s. JW 1,327. LP 2,246ss. JW 1,466ss. LP 2,251 JW 1, 469ss. LP 2,234 JW 1,444s. Zimmermann, Papstabselzungen 158ss.

49. LP 2,251, JW 1,469s. LP 2,229 JW 1,439s. 2,705. LP 2,240s. JW 1,449ss. 2,706. LP 2,255ss. JW 1,477ss. 2,707. LP 2,259 JW 1,484s. LP 2,243 JW 1,454s. LP 2,244 JW 1,457s. LP 2,140ss. JW 1,235s. LP 2,279 JW 1,556s. LP 2,261s. JW 1,495s. Zimmermann, Papstabsetzungen 198s. Nitschke 40ss. Véase además los textos decisivos en Kühner, Kelly y en LMA.
50. LP 2,236ss. JW 1,445ss. Kühner, Lexikon 65s. Kelly 132ss. LMA VII 1787. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 208s. Dümmler III 601. Gregorovius 1,2, 576ss. Cartellieri I 368. Haller II 143. Seppelt II 336s. Seppelt/Schwaiger 118s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 27. Id., Papstabsetzungen 63.
51. Kelly 136. LMA V 1891, 2178, VI 1165, 2110. HEG I 833ss. Seppelt II 339s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 35. Beck 120ss. de Rosa 63.
52. LP 2,240s. JW 1,449ss. LP 2,243 JW 1,454s. Liutpr. antapod. 2,47s. Pierer X 524. Kühner, Lexikon 66.LThK VI 470. Kelly 139.LMA VI 321. Gregorovius I 2, 578ss. 583s. Holtzmann, Geschichte I 98s. Haller II 143s. Portmann III. Seppelt II 337s. 341, 346. Seppelt/Schwaiger 118. Neuss 102 de Rosa 63. Karpf 5ss.
53. Liutpr. antapod. 2,48. Kelly 137. HKG III/1,226. HEG I 796. Dümmler III 602s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 166s. Gregorovius I 2, 580s. 587s. Haller II 147. Seppelt II 341s. Seppelt/Schwaiger 118. Eickhoff 298s. Falco 167. Erben 53. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 44ss. 54s. 71.
54. Liutpr. antapod. 2, 57ss. 2,68ss. Flodoard Ann. 922ss. LMA V 397ss. 710s. (Tobacco) HEG I 657s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 188ss. Hlawitschka, Franken, Al. 102s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 72.
55. Liutpr. 3,2ss. 3,11ss. Flodoard. Ann. 923s. 926. Ann. Alamann. 926. HEG I 658. LMA II 940s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 193ss. Hlawitschka, Franken Al. 104. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 73.
56. Flodoard Ann. 926. LMA V 158. HEG I 658. Gregorovius I 2.592. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 197. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 73s.
57. Liutpr. antapod. 3,39ss. 4,14. HEG I 660s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 198ss. 248. Seppelt II 344.
58. Flodoard 946. De triumph. Christi 12,7. Liutpr. antapod. 3,18; 3,43ss. 4,14. Kelly 139. Kühner, Lexikon 68ss. HKG III/I, 226s. HEG I 650ss. 659. LMA I 280s. V 158, VI 321. Dümmler III 603. Gregorovius I 2, 592ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 215ss. Haller II 148ss. Seppelt II 345ss. Seppelt/Schwaiger 118s. Holtzmann, Geschichte I 99. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 74.76ss. 93. 96s. Id., Papstabsetzungen 78. Gontard 191. de Rosa 64.
59. Liutpr. antapod. 5,3. LMA I 280s. Kühner, Lexikon 69s. Kelly 140s. Seppelt II 348 s (aquí cita de E. Sackur).
60. Liutpr. antapod. 3,49; 5,3ss. 5,12; 5,26ss. LMA I 1933s. V 158. HEG I 660s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 232ss. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 99.
61. Liutpr. antapod. 5,32.
62. Thietm. 2,5. Liutpr. antapod. 5,31. Widukind 3,7: 3,9s. Flodoard 950s. Vita Mathild. poster. 15. LMA I 95,145,1933s. V 2128. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 236s. 243ss. H. Keller, Zur Struktur der Königsherrschaft 177ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 170s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 100.
63. Thietm. 2,5. Widukind 3,10. Flodoard 952. Liutpr. Liber de Ottone rege 1; 15.

Kelly 143. LMA I 95, 1934, V 2039. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 250ss. Holtzmann, Geschichte I 188s. Seppelt II 353s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 134, 137. Id., Papstabsetzungen 235s. Bernhart 93. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 171. Fleckenstein/Bulst 65.

64. Liutpr. de Ott. rege 3; Flodoard Ann. 954. Kelly 142ss. Sickel, Alberich II. 104s. Kopke/Rümmel 350ss. Dresdner 62. Haller II 151. Seppelt II 352s. Klauser 187. Zimmermann, Papstabsetzungen 78, 257. Zimmermann, Parteiungen 365ss.

65. Liutpr. de Ott. rege 10. Kelly 142s. Haller II 151. Fleckenstein/Bulst 65. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 135s.

66. Liutpr. de Ott. rege 2. LThK IV1 841, IV3 1210. LMA I 95, IV 1958. HEG I 690. Sommerlad II 239s. Holtzmann, Geschichte 1116ss. 174s. 201. Vehse 110. Bullough, Nach Karl 322. Seppelt II 355, 358. Bernhart 93. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 139. Id., Papstabsetzungen 183. 186. Fleckenstein/Bulst 60. Heer, Mittelalter 532s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 198s.

67. Liutpr. de Ott. rege 3. MG Const. I Nt. IOss. Tract. cum Joh. XII. 20ss. Heg I 690s. Kelly 143. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 2s. Hampe, Die Berufung Ottos 153ss. Grundmann 200ss. Haller II 152ss. Bullough, Nach Karl 322. Seppelt II 356s. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 173s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 199ss. Sobre la actitud discrepante de las fuentes coetáneas acerca de la coronación imperial de Otón I, ver Keller, Das Kaisertum 218ss.

68. Holtzmann, Geschichte I 192. Büttner, Der Weg Ottos 58ss. Haller II 155. Seppelt II 355, 357. Seppelt/Schwaiger 122. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung 128ss. Beumann, Otto der Grosse 69.

69. Thietm. 2.13. Adalb. cont. Regin. 963s. Liutpr. de Ott. rege 3s. 6s. Otto von Freis. Chr. 6,23. LMA II 1490, IV 882 (Singer), VI 1652. HEG I 664, 691. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 4ss. Gregorovius I 2, 619ss. Hampe, Die Berufung 163ss. Haller II 155s. Id., Das altdeutsche Kaisertum 26. Seppelt II 358s. Schoffel I 115. Fleckenstein/Bulst 67. Prinz, Grundlagen und Anfänge 148s. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung 128ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 81 ss. 254ss. Id., Das dunkle Jahrhundert 144ss. 154. Graf 53s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 126s. Beumann, Otto der Grosse 68.

70. Adalb. cont. Regin. 963. Liutpr. de Ott. rege 8ss. Ann. Hildesheim. 963. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 6ss. Gregorovius I 2, 620s. Holtzmann, Geschichte I 194. Seppelt II 359. Haller II 156. Boye 55s. Tangi 107ss. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 148. Id., Papstabsetzungen 255ss. Prinz, Grundlagen und Anfänge 149. Gontard 195.

71. LP 2, 246ss. JW I, 466ss. Adalb. cont. Regin. 963. Liutpr. de Ott. rege 10ss. 15s. Kelly 144. LThK VII 11763, 823s. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 8ss. Gregorovius I 2. 622. Haller II 155s. Id., Das altdeutsche Kaisertum 26. Seppelt II 360. Fleckenstein/Bulst 67. Zimmermann, Papstabsetzungen 85s. 243s. 248, 255. Id., Das dunkle Jahrhundert 149.

72. Adalb. cont. Regin. 964. Liutpr. de Ott. rege 17ss. K'ihner, Lexikon 70s. Kelly 143s. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. IOss. Gregorovius I/2, 624ss. Holtzmann, Geschichte I 196. Haller II 156s. Seppelt II 360s. Seppelt/Schwaiger 123. Kampf, Das Reich 52. Bernhart 93. Gontard 195. Graf 54s. Boye 56. Zimmermann, Papstabsetzungen 258. Id., Das dunkle Jahrhundert 150s. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 137.

73. Hergenrother II 211s.
74. LP 2,251 JW 1,469s. Liutpr. de Ott. rege 21s. Adalb. cont. Regin. 964s. Kelly 145. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 14s. Gregorovius I 2, 626s. Haller II 157. Gontard 195. Boye 56. Seppelt II 362. Zimmermann. Papstabsetzungen 92ss. 247. Id., Das dunkle Jahrhundert 152. Schreiner, Gregor VIII., nackt auf einem Esel rei-tend 171s.
75. Holtzmann, Geschichte II 303. Haller II 145s. Hertling 131. Gontard 199s. Daniel-Rops 686. Véase también Bugge 7s. Deschner, Die Politik der Päpste *passim*, especialmente II 417ss.
76. LP 2,253s. JW 1,470ss. Adalb. cont. Regin. 965s. Kelly 145s. LMA V 542. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 17s. Gregorovius I/2, 629s. Holtzmann, Geschichte I 203. Haller II 158s. Seppelt II 363ss. Graf 57s. Gontard 196. Zimmermann, Papstabsetzungen 95ss. Id., Das dunkle Jahrhundert 153s. Id., Das Papsttum im Mittelalter 101. Beumann, Die Ottonen 101. Schreiner, Gregor VIII., nackt auf einem Esel reitend 172. Althoff/Keller II 198.
77. HEG I 692. Holtzmann, Geschichte I 204. Büttner, Der Weg Ottos 54. Hay 339. Steinbach, Die Ezzonen 855. Kempf, Das mittelalterliche Kaisertum 228. Kosminski/Skaskin 133. Stern/Bartmuss 188. Zimmermann, Das Papsttum im Mittelalter 100ss. Bullough, Nach Karl 322. Prinz, Grundlagen und Anfänge 149. Hlawitschka, Vom Frankenreich 118s. 124, 131. Sobre la tradición de Carlos: Deér 38ss. Beumann, Grab und Thron 9ss. Siguiendo las huellas de su padre doctor, el discípulo de Hlawitschka, R. Pauler, intenta una «nueva interpretación»: Das Regnum Italiae *passim*, especialmente 164ss. Sobre la discusión histórica de la política alemana en Italia durante la Edad Media véase sobre todo las muy atinadas reflexiones de Althoff/Keller 2 vols. *passim* y Fried. Der Weg 529ss.
78. Pauler, Das Regnum Italiae 9ss. 21s. 102ss.
79. Ibid. 64ss. El emperador fue también generoso con algunos monasterios italianos; véase por ejemplo Zotz 172ss.
80. LMA I 1908, VI 1652. VII 1295. HEG I 695. Hlawitschka, Vom Frankenreich 130. Id., Kaiser Otto I. 140. Beumann, Die Ottonen 101s. 108. Pätzold 48. Glocker, Die Verwandten der Ottonen 156s.
81. Widukind 3, 72. Liutpr. Legatio *passim*, especialmente 3: 9. Cita 44. LMA I 821. HEG I 695. Hauck III 217. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. Bauer/Rau 239. Beumann, Die Ottonen 108s. Glocker, Die Verwandten der Ottonen 155ss. Renischler *passim*, especialmente 9ss.
82. LMA V 532. VII 74. Uhlirz, Jahrbücher I 20ss. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 27ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 125s. Beumann, Die Ottonen 109. Glocker, Die Verwandten der Ottonen 154ss. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 140. Pätzold 48.
83. Glocker, Die Verwandten der Ottonen 154.
84. Thietm. 2, 43. Widukind 3, 75s. Adam von Bremen, Gesta Hammaburg. eccl. 2, 21 llama a Otón «el dominador de todos los pueblos del norte». Holtzmann, Geschichte I 216. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 77.

7. El emperador Otón II (973-983)

1. Otto von Freis. 6,26t.
2. Thietm. III Prol.
3. Thietm. 2,44; 3,1; 3,13s. 3.16; 4,6. Adalb. cont. Regin. 955, 961,967. Widukind 3,76. LThK XI 920s. 113 799s. Ekkeh. Casuss. Galli 98. LMA I 169s. III 1030, 1766. IV 1468. V 19 (Seibert). VI 1567. Taddey 263s. 1308, 1310s. Uhlirz, Jahrbücher I *passim* y 212. Wattenbach/Holtzmann, Geschichte I 10. Holtzmann, Geschichte I 239ss. Brackmann, Gesammelte Aufsätze 200. O. Meyer, In der Harmonie 218. Beyreuther, Otto II. 67s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 163. Landau 29ss. aquí tam bién la cita de Seckel.
4. LMA VI 1567. Stern/Bartmuss 196s.
5. LMA II 358s. III 300, IV 2063s. VI 616s. (Lübke), 1567. HEG I 696s. HBG I 297s. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 70ss. Naegle II 353s. 366ss. 372s. Staber 26. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 190s. Glocker. Die Verwandten 167ss. 175ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 132. Prinz, Grundlagen und Anfänge 161s. A. Kraus, Geschichte Bayerns 61ss. Fried, Der Weg 552ss. Beyreuther, Otto II. 68. Althoff/Keller II 150. Según Beumann, Die Ottonen 113, «ya los coetáneos» conocieron el sobrenombre de «el Pendenciero».
6. Thietm. 3,7; 3,24. Ann. Weissenb. 975; Ann. Hildesh. 976. Ann. Magdeb. 976. LMA II 358, IV 613,2063s. HBG I 224s. 298ss. HEG I 697. Uhlirz I 92ss. Holtzmann, Geschichte I 247ss. Hellmann, Die Ostpolitik Kaiser Ottos II 49ss. Prinz, Grundlagen und Anfänge 162. Fleckenstein/Bulst 82s. Hlawitschka. Vom Frankenreich 132s. Id., Otto II. 147. Beumann, Die Ottonen 115. Fried, DerWeg 554.
7. LMA V 1204, VI 616s. VII 1481. HEG I 907. Holtzmann, Geschichte I 251s. Rhode 3ss. 7. Fleckenstein/Bulst 85.
8. Thietm. 3,8. Widukind 2,39. Richer von Reims 3,69ss. especialmente 3,71. LThK XI 960ss.II3 724. Wetzer/Welte IX 97ss. Taddey 162,1323. LMA I 93, II 755s. V 993, 2127. HEG I 697s. VI 1567. VII 830s. Uhlirz, Jahrbücher I 105ss. especialmen te 116. Janner I 385. Staber 26. Walterscheid 167ss. Bullough, Nach Karl 323. Hlawitschka, Vom Frankenreich 133, 137. Id., Kaiser Otto II. 148, 151. Glocker, Die Verwandten 187ss. 191, 198. Beyreuther, Otto II. 69. Fichtenau, Lebensordnungen 50. Srandel 101.
9. Thietm. 2.14. Taddey 46. LMA III 534s. IV 1762s. 1865 (Riis), VI 1567. HEG I 953s. Uhlirz I 134s. Holtzmann, Geschichte I 245s. 275ss. II 279. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 35. Schoffel I 118. Bauer, Der Livlandkreuzzug 306.nota 12. Fleckenstein/Bulst 83.
10. Thietm. 3,17ss. Ann. Hildesh. 983. Ann. Magdeb. 983. Adam von Bremen, Gesta Hammaburg. 3,21s. LMA I 107,1986, II 193, VI 23s. Uhlirz, Jahrbücher I 203s. Holtzmann, Geschichte I 275s. Id., Das Laurentius-Kloster 167. Abb/Wentz 21. Fleckenstein/Bulst 88. Stern/Bartmuss 194s. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 35. R. Schmidt, Rethra 368. Bullough, Nach Karl 323. Fritze, Beobachtungen lss. Bündig-Naujoks 71s. A. Heine (edit.), Adam von Bremen 7ss. Beyreuther, Otto II. 71. Lubenow 24ss. Ludat, An Elbe und Oder 2. A. 38ss. 41 s. Herrmann, Die Nordwestslawen 276ss. Friedmann 259ss.
11. Thietm. 3,18s. Uhlirz, Jahrbücher I 203ss. Fleckenstein/Bulst 88. Stern/Bari-

rauss 195. Schöffel I 118. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 157s. Beu-mann, Laurentius und Mauritius 241. Lautemann 198. Friedmann 259ss. especialmente 266.

12. Schlesinger, Kirchengeschichte I 146. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 156. Hlawitschka, Otto II. 150, 152. Beyreuther, Otto II. 71.

13. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 71ss. Seppelt II 371. Fried, Der Weg 557s.

14. LP 2,255ss. JW 1,477ss. 2,707. Kühner, Lexikon 72s. Kelly 146ss. Uhlirz, Jahrbücher II 58s. Gregorovius I 2,639ss. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 68, 97. Según Haller II 160 el asesinato «no está claro». De modo parecido Zimmermann, Papstabsetzungen 100ss. Id., Das dunkle Jahrhundert 202s. 224. Holtzmann, Geschichte II 290. Seppelt II 369ss. Seppelt/Schwaiger 124s. Gontard 197s. Beyreuther, Otto II, 69ss.

15. MG Constit. I S 436. Sommerlad II 254. Schulte, Der Adel 211. Beyreuther, Otto II. 71. Hlawitschka, Kaiser Otto II. 149.

16. Thietm. 3,20ss. Ann. Sangall. 982. Extensamente: Uhlirz, Jahrbücher 177ss. 254ss. 262ss. Gregorovius I 2,643s. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 74ss. 85ss. Eykhoff 365ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 33s. Zoepfl, Das Bistum Augsburg im Mittelalter 79. Holtzmann, Geschichte I 267ss. Bullough, Nach Karl 323. Slern/Bartmuss 197. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 191s. Weller, Württem-bergische Kirchengeschichte 95. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 222ss. Hlawitschka, Kaiser Otto II. 149. Beyreuther, Otto II. 71s. Fried, Der Weg 560.

8. El emperador Otón III (983-1002)

1.HKG III/1,271.

2. Fried, Die Formierung 82.

3. Thietm. 4,9.

4. Gorich, Otto III. 277.

5. Thietm. 3,18; 3,25s. 4,1ss. 4,7s. Richer 3,96. Ann. Quedlinb. 984s. LMA III 135ss. IV 1468,2063. Uhlirz, Jahrbücher I 206s. II 12ss. 31ss. Holtzmann, Geschichte II 281ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 36. Bullough, Nach Karl 323s. Auer, Der Reichskriegsdienst 142. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 158ss. Prinz, Grundlagen und Anfänge 166s. Hlawitschka, Vom Frankreich 135s. Glocker, Der Verwandten 160s. 294ss. Beumann, Die Ottonen 127ss. Id., Otto III. 73. Althoff, Otto III 39s. 43ss. 124s. Erken, Die Frau als Herrscherin 275s. Ludat, An Elbe und Oder 2A. 23ss. Gorich, Otto III. 187ss. especialmente 203ss. Véase también 278. Acerca de los Anales Quedlinburgenses extensamente ibid. 52ss. para la «vinculación romana de la dignidad imperial» y la actitud de «la parte septentrional del imperio o de los sajones» véase ibid. 113ss.

6. Thietm. 4,15; 4,43. Vita Bernw. 2,2ss. Wetzer/Welte I 848ss. Comparar LThK II 96 con LThK I3 129s. 152. LThK II3 286ss. VII 502, XI 81. Taddey 118, 1194. Kelly 151ss. LMA I 101, 145s. 915s. 2012s. IV 1300ss. 2087, 2155s. V 542s. 1881s. VII136,391,1288s. Uhlirz, Jahrbücher I 188, II 8,266s. Hartmann, Geschichte Italiens IV I. H. 104ss. Bohmer, Willigis 53ss. 71ss. 80ss. Wattenbach/Holtzmann, Geschichte

I.11, 46s. 61, 294s. 323. Holtzmann I 240, 273, II 279, 285ss. 301ss. 320ss. Falck 64. Bullough, Nach Karl 323ss. Wollasch 135ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 35ss. Voigt, Adalbert 34ss. 46ss. Bosl, Herzog 292s. Stern/Bartmuss 198. Fleckenstein. Grundlagen und Beginn 192s. 195. Id., Hofkapelle und Kanzlei 305ss.. especialmente 307s. Fleckenstein/Bulst 90ss. 96ss. 105. H. Müller, Heribert, Kanzler Ottos III. *pas-sim*, especialmente 88ss. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 122s. Brackmann, Gesammelte Aufsätze 246s. O. Meyer, In der Harmonie 219s. Zimmermann. Das Papsttum im Mittelalter 104s. Id., Gerbert als kaiserlicher Rat 235ss. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste 216ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 135s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 166s. Fried, Die Formierung 82. Beumann, Die Ottonen 131. 133. 135, 137. Id., Otto III. 76s. Glocker, Die Verwandten 93ss. 98. Althoff, Otto III. 57s. 68ss. 78ss. 91 ss. 96ss. 154. Gorich, Otto III. 211ss.

7. Vitas. Nili 92s. Petr. Damián., Vitas. Rom. 25. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 110. 121ss. 133. Looshorn I 52. Según Uhlirz II 275, Otón favoreció (en Italia) aún más a los monasterios y fundaciones canónicas. Incluso hubo fundaciones nuevas «indudablemente con el fin exclusivo de multiplicar los puntos de apoyo a la autoridad imperial». Sobre los componentes políticos y militares de la peregrinación a Monte Gargano: ibíd. 290. Hauck III 62ss. Bohmer, Willigis 73s. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 38ss. Holtzmann. Geschichte 175s. Köhler, Die Ottonische Reichskirche 182. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 137. Fried. Die Formierung 82. Althoff. Otto III. 25, 122s. 130.

8. Thietm. 4.19. Ann. Quedlinb. 995. Uhlirz 1197. Seppelt II 374. Prinz. Grundlagen und Anfänge 168s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 139. Fried, Otto III. und Boleslaw Chrobry 13ss. Althoff. Otto III. 73ss. 82ss.

9. LP 2,259s. JW 1,484ss. Kelly 149s. LMA V 542. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 97s. Zimmermann, Papstabsetzungen 104s. Id., Das dunkle Jahrhundert 227ss. Véase asimismo cap. 11, nota 14.

10. Thietm. 4.30. Ann. Quedlinb. 997s. Ann. Hildesh. 996s. Ann. Lamb. 996. Johannes diac. Chronic. Venet. 152s. Martin von Troppau, Chron. (MG SS XXII 432). Kühner, Lexikon 74. Kelly 150s. LMA IV 1668, V 542, 569s. VI 347s. 1577. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 100ss. 110s. Holtzmann, Geschichte II 290. Haller II 162. Gontard 200s. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 256ss. Id., Papstabsetzungen 104ss. Id., Das Papsttum 103s. Schramm, Kaiser. Könige und Päpste 220ss. Moehs, Gregorius V. 59ss. Wolter. Die Synoden 144ss. Gorich, Otto III. 222. Althoff, Otto III. 82ss.

11. Thietm. 4.30; 4.43. Ann. Quedlinb. 998. Vitas. Nili 89ss. Johannes diac. Chron. Venet. 154. Kühner. Lexikon 74. Kelly 151ss. LMA II 1805, VI 1288. 1351s. Uhlirz, Jahrbücher II 258ss. Hartmann. Geschichte Italiens IV 1. H. 112ss. Haller II 162. Gontard 201. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste 232ss. Bullough, Nach Karl 324. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 197s. Id., Rex Canonicus 66ss. Nitschke 40ss. Althoff, Otto III. 100ss.

12. Chron. Monast. Casin. (MG SS 34 p. 202). Thietm. 4.30; 4.43. Ann. Quedlinb. 998. Petr. Damiani, Vitas. Romualdi 25. Taddey 304. LMA III 1764s. Uhlirz, Jahrbücher II 261s. 526ss. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 114. Haller II 162. Gontard 201. Althoff, Otto III. 103, 105ss. Gontard 201. Althoff, Otto III. 103, 105ss. (aquí las fuentes italianas entre otras), 122, 130.

13. Menzel I 302. Althoff, Otto III. 110ss. Para las «reglas» cristianas desde el Antiguo y el Nuevo Testamento véase recientemente Buggle 36ss. 68ss. 95ss.

14. Thietm. 2,37; 3,13ss. Ann. Hildesh. 985, 987, 990. Ann. Quedlinb. 985s. 995. HEG I 863. Uhlirz, Jahrbücher II 70s. Hauck III 97, 142ss. Bohmer, Willigis 79. Schlesinger, Kirchengeschichte Sachsens I 305. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 136ss. 149ss. 157, 161ss. 171, 196ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 137s. 141. Wolter, Die Synoden 123ss. Ludat, An Elbe und Oder 4ss.

15. Thietm. 4,11; 4, 21s. 4,29; 4,38. Ann. Hildesh. 985ss. 990ss. Ann. Quedlinb. 986. Adam 2,41; 2,44. HEG I 702, 864s. 907. M. Uhlirz 156. Uhlirz, Jahrb. II 125s. 145s. 156, 168ss. 188s. 240ss. 468ss. Bohmer, Willigis 176. Holtzmann, Geschichte II 293s. 309s. 325s. Ahlheim 191s. Fleckenstein/Bulst 96,100. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 161ss. 167ss. 180. Lubenow 26ss. Ludat, An Elbe und Oder 2. A. 43ss. Friedmann 165: los obispos de Minden fueron muchas veces «comandantes en el reclutamiento sajón».

16. Althoff, Otto III. 64s.

17. PL 139, 464 B (cit. según Sprandel), Thietm. 4,11. LMA I 15, 1019, II 359ss. 2172 VI 616s. VII 82s. 124. LThK I3 14s. II3 1235ss. HEG I 907. Hauptmann, Die Frühzeit 325. Rhode 7ss. Ilss. Holtzmann, Aufsätze 191s. Kossmann 453. Véase 444. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 163ss. 171s. Hensel 237ss. Sprandel 101.

18. LMA II 359s. III 430s. VI 617. Heg I 907. Holtzmann, Geschichte II 308s. 322s. Maschke 304ss. Kossmann 449s. Hauptmann, Die Frühzeit 326. Bosl, Europa im Mittelalter 236. Althoff, Otto III. 127s. Hensel 239. Warnke 127ss.

19. Thietm. 4.28. LMA II 358s. VII 292ss. 2004. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 106ss. Hauptmann, Die Frühzeit 326. Véase también en Uhlirz el «Exkurs» XVIII: «Los preparativos del viaje a Gnesen» 538ss.

20. Thietm. 5,10. LMA II 365s. IV 1099. HEG I 908. Uhlirz, Jahrbücher II 320s. Holtzmann, Geschichte II 344s. Kossmann 460. David 64. Dvornik, The Making 147. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 199. Erdmann, Forschungen zur politischen Ideenwelt 99ss. Schramm, Herrschaftszeichen 502. Zeissberg 3ss. Ludat, Piasten 330ss. Id., An Elbe und Oder 71ss. 92. Extensamente sobre la santa Lanza: Brackmann, Gesammelte Aufsätze 211ss. especialmente 226ss. Véase asimismo 249ss. 257. Para la santa Lanza puede consultarse el amplio estudio de H. Malissa: Vorläufiger Bericht zur Heiligen Lanze como apéndice de K. Hauck, Erzbischof Adalbert 345ss. Ludat, An Elbe und Oder 2. A. 67ss. especialmente 71 ss. Acerca de la influencia de la política cotidiana véase recientemente Althoff, Otto III. 126s. Gorich, Otto III. 80ss.

21. Ann. Hildesh. 1000. LMA IV 1142, 1523. Uhlirz II 323s. Holtzmann, Geschichte II 342ss. Kossmann I 420 ss especialmente 437ss. Hilsch, Die Stellung des Bischofs von Prag 1, 432. David 62s. Dvornik, The Making 142ss. Jedlicki 524ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 198s. Brackmann, Die Anfänge des polinschen Staates 24. Id., Der «Römische Erneuerungsgedanke» 15ss. Calude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 194s. Ludat, Piasten 338. Beumann Otto III. 94.

22. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 199s. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 279.

23. Vita Bernw. 13; 39. LMA IV IV 1102s. V 148s. Uhlirz, Jahrbücher II 115s.

346ss. Hauck III 268s. Bohmer, Willigis 87ss. (con otras fuentes), 173. Goetting, Das Bistum Hildesheim 159ss. 180ss. Glocker, Die Verwandten 206ss. Gorich, Otto III. 123ss. Sobre la *Vita Bernwardi* amplio comentario de Gorich ibid. 92ss. Asimismo Gorich, Der Gandersheimer Streit 56ss. Wolter, Die Synoden 182ss. (amplia bibliografía). Althoff, Otto III. 57s. 160ss. Goetting 159ss. 174ss. Princesas rebeldes dentro de los monasterios se dieron ya en la época merovingia, véase por ejemplo Ennen 53ss. Scheibelreiter *passim*. Véase también al respecto IV 271ss.

24. Vita Bernw. 16ss. Wetzer/Welte I 851. LMA V 148s. Uhlirz, Jahrbücher II 348s. Bohmer, Willigis 91ss. 176. Walterscheid 269. Leyser, Herrschaft und Konflikt 93 nota 47. Wolter, Die Synoden 184ss. Glocker, Die Verwandten 207ss. Goetting 160, 171, 174.

25. Vita Bernw. 19 mss. 28ss. Wetzer/Welte XI 1106s. LMA I 2012. Uhlirz, Jahrbücher II 349. Hauck I 270. Bohmer, Willigis 93ss. 100s. 176. Walterscheid Vorwort y 269. Gorich, Otto III. 127s. Althoff. Otto III. 162s. Goetting 183ss. 190ss.

26. Wetzer/Welte XI 1107. Bohmer, Willigis 101ss. 167s.

27. LThK IV3 286s. 814s. LMA I 927, 2013, IV 1102s. 1531, V 1338. Wolter, Die Synoden 227ss. Glocker, Die Verwandten 208s. Gorich, Otto III. 130. Goetting 197ss. 246s.